



# FUGAS DE TINTA 10

CUENTOS, RELATOS  
Y POEMAS  
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL







# FUGAS DE TINTA 10

CUENTOS, RELATOS  
Y POEMAS  
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

# 2017

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA



# FUGAS DE TINTA 10

## CUENTOS, RELATOS Y POEMAS ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA 2017

MINISTRA DE CULTURA  
Mariana Garcés Córdoba

MINISTRO DE JUSTICIA Y DERECHO  
Enrique Gil Botero

VICEMINISTRA DE CULTURA  
Zulía Mena García

DIRECTOR GENERAL INPEC  
BG. Jorge Luis Ramírez Aragón

SECRETARIO GENERAL  
Enzo Rafael Ariza

DIRECTORA DE ATENCIÓN Y TRATAMIENTO  
Roselín Martínez Rosales

DIRECTORA DE ARTES  
Guiomar Acevedo Gómez

SUBDIRECTORA DE EDUCACIÓN  
Maricela Guevara Montaño

COORDINADORA GRUPO DE  
LITERATURA Y LIBRO  
María Orlanda Aristizábal B.

GRUPO PROMOCIÓN DE CULTURA,  
DEPORTE Y RECREACIÓN - GOCUL  
Febe Lucía Ruiz Tirado

GRUPO DE LITERATURA Y LIBRO - RELATA  
Vanessa Morales Rodríguez  
María Juliana Serrano Ochoa  
Felipe Martínez Cuéllar

Textos logrados en los talleres de  
escritura creativa del año 2017.

COORDINADOR LIBERTAD BAJO PALABRA  
José Zuleta Ortiz

© Ministerio de Cultura,  
República de Colombia  
© Red de Escritura Creativa, RELATA  
© Derechos reservados para los autores

EDITORA  
Janeth Posada Franco

Prohibida la reproducción total o parcial  
de esta edición sin la autorización de los  
coeditores y de los propietarios del *copyright*.

CORRECCIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN  
TALLER DE EDICIÓN • ROCCA® S. A.  
Cristina Sánchez, Yeimi cardozo y  
Brenda Serán ~ Revisión de textos  
[www.tallerdeedicion.com](http://www.tallerdeedicion.com)

Primera edición, octubre de 2017  
ISBN 978-958-5445-04-8

IMPRESIÓN Y ACABADOS  
La Imprenta Editores S. A.



TALLER DE EDICIÓN  
ROCCA

# ÍNDICE



PRESENTACIÓN José Zuleta Ortiz	15
AMAZONAS ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE LETICIA VÍCTOR ANDRÉS LEÓN CASTIBLANCO ~ DIRECTOR DE TALLER	17
LA MADRE DEL LAGO Y EL RÍO AMAZONAS Alfonso Guerra	19
LA LUZ DE MIS MADRUGADAS Casper (seudónimo)	21
LA MESA Carlos Mario Vela Miranda	25
FRAGMENTO DE MI HISTORIA Gina (seudónimo)	26
ANTIOQUIA ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE APARTADÓ JOSÉ DANIS MORELOS ~ DIRECTOR DE TALLER	29
VUELTAS DE VIDA El Ciego (seudónimo)	31
RELATO FANTASMA Ferneý Montoya	33
COSAS QUE PASAN Wilmar (seudónimo)	35

CONDENA INESPERADA Tod Richard Mann	36
ANTIOQUIA	39
CÁRCEL MUNICIPAL DE ENVIGADO ANDRÉS DELGADO ~ DIRECTOR DE TALLER	
SIEMPRE ALEGRES Chacho (seudónimo)	41
ES MEJOR UN FEO CON SENTIMIENTOS Lápiz Consciente (seudónimo)	44
MI PRIMER AMOR Vicky (seudónimo)	46
EXPERIENCIAS VIVIDAS Shanna (seudónimo)	47
MIEDO AL AMOR Yovany Doval Rodríguez	49
ANTIOQUIA	53
COMPLEJO CARCELARIO Y PENITENCIARIO DE PEDREGAL JOSÉ RAFAEL AGUIRRE ~ DIRECTOR DE TALLER	
MUROS CON AMOR LEJANO Gloria Esperanza Aguirre Ladino	55
MIS CREDOS BÁSICOS Johana Cristina Monsalve	57
NADIE SABE... Manapa (seudónimo)	58
CASTIGO DE TIEMPO Marlies Aidé Montoya Tobón	60
UN GRITO EN LA MADRUGADA Ferro (seudónimo)	63

ARAUCA	65
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE ARAUCA NELSON PÉREZ ~ DIRECTOR DE TALLER	
LAS TRES AMIGAS Biannet Uscátiga Rodríguez	67
GUERRA DE ANIMALES Carmen Aleida Matute	69
LOS MISTERIOS DE EL ROSARIO Gladys del Carmen Pérez	71
SEXO Y TRINCHERA Luz Miyis Segura	73
LA TRAGEDIA DE MI VIDA Marinella Arévalo Sayado	76
BOGOTÁ	79
COMPLEJO CARCELARIO Y PENITENCIARIO METROPOLITANO DE BOGOTÁ (LA PICOTA) RUBÉN DARÍO SÁNCHEZ ~ DIRECTOR DE TALLER	
LAS PALABRAS Héctor Wilson Castiblanco Ruedas	81
YO Y EL MAGNO Fray Elías (seudónimo)	82
AQUEL GESTO DE CARIÑO Swapje (seudónimo)	84
BOGOTÁ	85
ESTABLECIMIENTO CARCELARIO LA MODELO VÍCTOR MANUEL MEJÍA ~ DIRECTOR DE TALLER	
UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD Pipe (seudónimo)	87
LA MÍA David Orlando Durán	89

EL CUCHO	92
Jhon Alexander Muñoz Delgado	
EL HOMBRE Y LA PALOMA	95
Jorge Hernández	
DESPERTAR	97
Pablo César Ramírez Palacio	
BOGOTÁ	101
RECLUSIÓN DE MUJERES DE BOGOTÁ (EL BUEN PASTOR)	
VÍCTOR MANUEL MEJÍA ~ DIRECTOR DE TALLER	
UN ÁNGEL SIN FUTURO	103
Maricruz (seudónimo)	
MI ÁNGEL PERDIDO	109
Müllerlande Sanclemente Zuluaga	
LA TRAICIÓN	114
Nanyi Ome Rojas	
EL INICIO	117
N. Hernández (seudónimo)	
BOLÍVAR	119
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE CARTAGENA (TERNERA)	
DAVID LARA RAMOS ~ DIRECTOR DE TALLER	
HIJO DE LA GUERRA	121
Adalberto Gómez Sepúlveda	
LA HISTORIA DEL CARCELERO MAKUNBA	124
Adrián Hurtado Garcés	
EN BUSCA DE ORO	126
Marrón (seudónimo)	
FUERZA OCHO	130
Óscar Humberto Galvis Gonzales	
ALMA VIVA	
William Maza Jirado	132



BOYACÁ	139
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE CÓMBITA	
CAMILO IGUA TORRES ~ DIRECTOR DE TALLER	
LA AUSENCIA	141
David Ortega Mora	
LA ISLA DE LOS CONVICTOS	149
Deivi Javier Sánchez	
ARTILUGIO INFANTIL	152
Lequic (seudónimo)	
EL DÍA DEL TROPEL	155
Orlando Cadrazco Salcedo	
EL MISTERIO DE UN HOMBRE COMÚN	164
Rito Antonio Veloza Ballesteros	
CALDAS	171
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MANIZALES	
MAURICIO QUINTERO ~ DIRECTOR DE TALLER	
EL REY DE LA GOMA	173
Álvaro Javier Buitrago	
POR UN IMPULSO	177
Niwde (seudónimo)	
MÁS ALLÁ DEL DOLOR Y LA DESILUSIÓN	180
Jorge Luis Muñoz Parra	
NADA ES LO QUE PARECE	184
José Antonio Valencia Parra	
LA GUACA DEL CHUMBIMBO	187
Víctor Antonio Londoño Ríos	
CAQUETÁ	191
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE FLORENCIA (CUNDUY)	
RAMIRO OCTAVIO SALDAÑA FONSECA ~ DIRECTOR DE TALLER	
MIS PESADILLAS	193
José Ulises Peña	

VERDADES Y MENTIRAS RaskoInikove (seudónimo)	197
MILAGRO DE LIBERTAD Sigfredo (seudónimo)	203
CESAR ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE VALLEDUPAR LUIS ALBERTO MURRAS ~ DIRECTOR DE TALLER	209
LA LLAMADA Jeison Jiménez Pérez	211
SUICIDIO José David Aguirre Acevedo	214
FUEGO VERDE Marlon Guerra Melgarejo	217
HUILA ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE NEIVA BETUEL BONILLA ~ DIRECTOR DE TALLER	219
CON UNA BOTELLA EN LA MANO Alexis Fernando Narváz	221
TODOS CREEN QUE ES MENTIRA Angélica Quesada Pedraza	223
RELATOS DEL SIETE LUCAS Javier Losada	226
COSAS DE MUJERES María Lucelly Meléndez	228
TODO POR AMBICIÓN Néstor Fabriciano Polanco	231

MAGDALENA	233
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE SANTA MARTA (RODRIGO DE BASTIDAS) ANTONIO SILVERA ~ DIRECTOR DE TALLER	
TODO ERROR TIENE CONSECUENCIA Berta Elena Robles Pérez	235
TRABAS DE MI VIDA Heliberto Antonio Bonett	237
ELVIRA Javier Pérez Ospina	239
ME GUSTARÍA NACER DE NUEVO Jean Carlos Beleño T.	242
RECHAZADOS POR LA SOCIEDAD Yobani Miranda	244
 META	 245
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE VILLAVICENCIO CAMILO IGUA TORRES ~ DIRECTOR DE TALLER	
EL VALOR DE LA FAMILIA Darío Díaz	247
CAMPESINO DE TORO Duguto (seudónimo)	249
HISTORIA DE CHISVI Efraín Vargas [Alma Llanera]	252
TODO EMPIEZA ASÍ José Miguel Pardo Castro	256
MI PRIMER GRITO Labs (seudónimo)	270
 NORTE DE SANTANDER	 273
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE CÚCUTA JOHANNA ROZO ~ DIRECTORA DE TALLER	
TRAYECTO Adriana Martínez	275

MI LLANERITA Carmen Cecilia Coy Camacho	277
MI VIEJO AMOR Carlos Mario (seudónimo)	278
ALEJANDRA Liliana Monsalve Dávila	280
LA TORMENTA DE LA SEPARACIÓN Maribel Suárez	281
SANTANDER ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE GIRÓN HUGO ARMANDO ARCINIEGAS ~ DIRECTOR DE TALLER	283
RENCOR A FONDO BLANCO Andrés Felipe Hernández León	285
SOLEDAD Alonso Morales (seudónimo)	288
EL ÑATO Y EL HOMBRE DE NEGRO Libardo Chinchillá Durán	290
TU AUSENCIA O. R. M. M. (seudónimo)	292
ENTRE SOMBRAS Y SILENCIOS Whadith Méndez	293
TOLIMA ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE IBAGUÉ (PICALAÑA) FABIÁN SIERRA ~ DIRECTOR DE TALLER	297
LA JAULA Cristian Andrés Hernández	299
RÉQUIEM DE NAVIDAD Eduin Yovany Correa	300

VALLE DEL CAUCA	305
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE BUENAVENTURA	
JEFFERSON PEREA ~ DIRECTOR DE TALLER	
CHAMACOS DEL BARRIO	307
Andrés Asprilla Hurtado	
PRISIÓN, MUERTE O TRIUNFO	309
Perrenke (seudónimo)	
SE LLAMABA NIKOL	310
James Minotta B.	
LO QUE EL RÍO SE LLEVÓ	311
Juan Antonio Murillo	
¿DÓNDE ESTÁ EL DELITO?	312
Roberto Freidman del Castillo Quiñones	
VALLE DEL CAUCA	313
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE PALMIRA	
WALTER MONDRAGÓN ~ DIRECTOR DE TALLER	
LA CICATRIZ	315
Gabelo (seudónimo)	
SOLO VEN	317
Morralito (seudónimo)	
LA PATASOLA	319
Juan Pablo Cruz Hernández	
EL RIVIEL	321
Max Neil López	
EL CUIDADOR	323
Milton Bolaños Pérez	



# PRESENTACIÓN



Diez años es tiempo suficiente para evaluar. Volvemos atrás y reconstruimos lo hecho, recordamos las tribulaciones, los obstáculos salvados. Miramos desde el presente todo aquello y nos preguntamos si valió la pena. Releo, para escribir esta presentación, la presentación del primer libro de *Fugas de tinta: En este momento, mientras sus manos sostienen estas historias, en alguna cárcel, en medio del tumulto de los patios o desde la soledad de las celdas, otras manos escriben la historia no narrada de Colombia*. En ese libro publicamos los escritos de los talleres realizados en diez cárceles; hoy, diez años después, presentamos los de veintiuna.

En el segundo año entendí algo que traté de expresar así: en las cárceles el escritor no posa de escritor, no busca redención ni notoriedad, tampoco beneficio. No pretende publicidad, la mayoría no desean ser publicados. En las cárceles la escritura vuelve a ser lo que es la escritura de literatura: una necesidad, una vía para tratar de encontrarse, de comprender, de salvarse. Nunca ha sido tan fácil explicar a un auditorio que la buena literatura es aquella en la que los personajes son complejos; esto es que no se dividen entre buenos y malos y que por el contrario acoge lo que nos constituye: nuestra ambigüedad y nuestras contradicciones, la compleja artimaña que somos. Explicar que la literatura trasciende lo moral y lo ideológico y que indaga sin prejuicios sobre nuestra condición, es algo que les resulta claro y estimulante.

En el séptimo año comenté: *estos textos son un documento valiosísimo sobre Colombia y deberían ser leídos por quienes se interesan por los problemas sociales de nuestro país*; agregaría: los que se interesen por su salud mental y por su tragedia ética.

El programa Libertad Bajo Palabra nos ha permitido dar la palabra como herramienta a quienes no la tenían. Muchas de las conductas humanas son respuesta, reacción a sucesos trágicos, a injusticias de todo tipo, a miedos insoportables. Propusimos la palabra a cambio del acto. Poder

expresar la rabia con palabras y no con hechos. Poder encontrar que la palabra revela la propia historia y al revelarla nos permite comprenderla.

Libertad Bajo Palabra ha hecho posible, durante estos diez años, que miles de mujeres y hombres encuentren en la literatura que la palabra es un lugar de placer. Hemos formado por medio de la escritura lectores y algunos se han salvado en la literatura.

Suele ocurrir que las respuestas, y a veces la gratitud, aparecen mucho después y en donde no las esperamos: ayer, en la inauguración del Festival Internacional de Poesía de Cali, vi entre el público a un exalumno de la cárcel de Peñas Blancas. Al final del acto se acercó y me dijo: “gracias profesor, la poesía es libertad en la libertad”.



JOSÉ ZULETA ORTIZ  
Coordinador Libertad Bajo Palabra



# AMAZONAS

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE LETICIA



VÍCTOR ANDRÉS LEÓN CASTIBLANCO  
DIRECTOR DE TALLER



# LA MADRE DEL LAGO Y EL RÍO AMAZONAS

Alfonso Guerra



Hace muchos años vivíamos en un lago cerca de la ciudad de Leticia; este lago era muy hermoso y había muchos peces. Se miraba la naturaleza con mucha tranquilidad y se respiraba un ambiente sano. Se vivía de la agricultura, de las gallinas, los patos y muchas cosas más. Ahí no más quedaba el río Amazonas, el más caudaloso del mundo, a donde llegaban muchos turistas y personas de diferentes países a conocer la hermosa región amazónica.

Era media noche cuando de repente se sintió una especie de temblor en el lago; la balsa en la que vivíamos comenzó a moverse y el río empezó a hacer olas, los gramalotes y los árboles se movían de lado a lado, en ese momento empezó a hacer mucha brisa. Se sentía un ambiente muy extraño; las aves gritaban, los grillos hacían sonidos, y lo mismo hacía el resto de los animales que había en el lago. Esto era una señal de que algo iba a pasar: el agua del lago empezó a burbujear como si fuera una olla hirviendo; inmediatamente mi papá se levantó muy asustado y preocupado por aquello tan extraño que estaba sucediendo. Era como un pánico en la naturaleza. Mi papá me dijo:

—Hijo, ayúdame a empujar la balsa, porque se está secando el río.

A lo que yo le respondí:

—¿Qué pasa, papá?

Y él me dijo:

—Parece que está saliendo la madre del lago, pero tranquilo que ya todo va a pasar.

No alcanzamos a empujar la balsa, pues el río en esta parte se secó muy rápidamente y quedamos sobre la arena. Se iba secando cada vez más y más, y se produjo una tranquilidad en el lago que duró aproximadamente

diez minutos. De repente se sintió una fuerza inmensa que hizo temblar la tierra y arrastró con todo lo que estaba a su alrededor.

Era una boa muy grande, que medía más de diez metros de largo. Mientras se arrastraba, partía toda la tierra hasta llegar al río Amazonas. Cuando la boa se adentró en el río, el lago quedó completamente seco, y así, en medio del asombro, esperamos a que amaneciera.

A las seis de la mañana del día siguiente se pudo ver cómo había quedado expuesto el lecho del lago, y las personas que llegaban a recoger agua no creían lo que estaba pasando, ya que en vez de agua se encontraron que en el pastal y los gramalotes había toda clase de pescados, que iban recogiendo.

Con el pasar de los minutos fueron llegando muchas más personas y nadie sabía lo que había pasado, los únicos que habíamos presenciado y vivido lo ocurrido éramos mi papá y yo. Todos venían a preguntarnos qué era lo que había sucedido, pues la nuestra era la única balsa que había en el lago.

Así que entre todas las personas que nos encontrábamos en ese momento decidimos ir a buscar el rastro de la boa en su camino al río. Buscamos, hasta que encontramos la marca enorme que dejó la boa en la tierra.

Es muy sorprendente la fuerza que tiene este animal para haber dejado esta huella. Es uno de los seres más peligrosos del Amazonas porque se puede comer a una persona y cosas más grandes todavía.

Todos los años, cuando el río se seca formando las playas, se observa la marca que deja la boa; tan grande como el lecho de una quebrada. El lago vuelve a tener vida al poco tiempo, pues se dice que ahí quedan las crías de esta grandiosa serpiente.

Cuando hay creciente el río se une con el lago haciendo ver un solo cuerpo de agua con muchas olas y corrientes. El río Amazonas es hermoso, pero a la vez peligroso, en especial para las personas que no lo conocen bien.

# LA LUZ DE MIS MADRUGADAS

Casper (seudónimo)



Los sucesos que me llevaron a la desafortunada historia de tener que pasar por las frías celdas de una prisión tienen comienzo en el año 2014. Para esta fecha me encontraba ostentando una próspera carrera como subintendente activo de la Policía Nacional. En ese entonces era técnico en el área de automotores de la SIJIN. Era un hombre reconocido en el pueblo de Leticia, ya que toda la ciudadanía tenía que ver conmigo a la hora de un informe por cualquier accidente de tránsito, cuando iban a sacar vehículos del territorio amazonense o cuando ingresaban automotores procedentes de Brasil o Perú; en fin, manejaba mi estatus.

Para finales de 2014 llegaron unos *pintos* a Leticia provenientes de Medellín, quienes me buscaron y me propusieron realizar una serie de hurtos en este municipio, así como en Tabatinga, Brasil.

Teniendo en cuenta que yo conocía cómo eran las reacciones policiales, que la frontera tenía poco o nada de control policial y que había mucha facilidad de pasar al vecino país con el producto de estas hazañas, decidí aceptar. A la final el poder del dinero corrompe a cualquiera, y quería darle algunos lujitos a mi familia, conformada por mi compañera sentimental y mi hija de tan solo un año de edad. Además, los manes eran paisanos míos, lo que me dio más confianza para voltear con ellos.

Tras pasar unos días nos pusimos de acuerdo y decidimos que uno de los golpes iba a ser al Banco de Bogotá. Empezamos a hacer seguimientos para mirar qué seguridad tenía; se revisaron las cámaras de seguridad, tiempos de apertura y cierre de las cajas fuertes, vías para la fuga, en fin, todo para que la vuelta saliera bien. Ya todo estaba cuadrado, hasta una

trabajadora del banco estaba dentro de la Organización, además de unos manes del mismo municipio que operaban desde antes en este territorio.

Para el mes de marzo decidimos realizar el esperado golpe, cada quien sabía su función y así se hizo. Fue fácil, todo nos salió bien, como se tenía planeado. Una vez hecho el atraco, la plata y los *tigres* (quienes realizarían el atraco) se esconderían en Tabatinga, ya que allí la policía colombiana no podía hacer nada.

Los policías parecían locos, unos pa' arriba otros pa' abajo. Nadie sabía cómo ni quiénes hicieron tal hazaña, nunca se había cometido un hurto de esta magnitud y menos a plenas 2:30 de la tarde. Cogían a todo el que se les cruzara por el camino, todo el mundo era sospechoso. Tenían que demostrar que estaban haciendo algo, pero nada que daban un dato real. Más de uno se sentía frustrado y temeroso, ya sabían lo que les corría pierna arriba por no dar con los responsables del hurto. Yo por mi parte me sentía nítido.

Íbamos bien. Ya olía el triunfo y contaba con una jugosa suma de dinero, la cual me correspondería una vez hecha la división por cabezas. Pero a las once de la noche aproximadamente todo empezó a cambiar de blanco a negro para nosotros, ya que algunos de los que cometieron el hurto se empezaron a desesperar, pues querían tener en sus manos la parte de ellos, sin importar que aún la marea estuviera alta. Fue tal la disputa entre los mismos compañeros de causa, que casi se dan bala por acelerados. Por tanto, los paisas decidieron entregar la mitad del dinero a los leticianos para que estos repartieran como ellos quisieran; lo de nosotros lo repartiríamos como ya estaba cuadrado desde un principio.

Pasados unos veinte minutos después de esta contienda, la central de comunicaciones empezó a reportar que todas las unidades policiales debían llegar a una residencia ubicada detrás de la bomba de gasolina de la avenida internacional; indicaban que se había recibido una llamada en la que informaron que en esta vivienda entraron cuatro personas en moto y que habían escondido las motocicletas en las cuales se transportaban, lo que los hacía altamente sospechosos del hurto del banco.

En cuestión de segundos esta casa y toda la cuadra a la redonda estaba rodeada de policías. Una vez pasé por la cuadra señalada, me informaron que el operativo iba para una casa específica. En ese momento me quedé en primera, me detuve; los pies se me pusieron fríos, mientras que mi cabeza ardía. No sabía qué hacer, pues la casa señalada era la casa del líder del grupo de los leticianos. Traté de reorientarme y de inmediato me alejé

del lugar con el fin de calmar y persuadir a los que estaban dentro de la casa para que no se fueran a calentar y no los cogieran con nada que los involucrara en el hurto.

Pero esto fue infructuoso, no respondían al teléfono, lo que me dejó más intranquilo, ya que no sabía cómo se iban a dar las cosas en ese momento. Además, no podía hacer otra cosa que esperar y rezar para que los de adentro arreglaran lo que ya habían desbaratado.

Los policías no tenían otra cosa que hacer, más que esperar. Impacientes, con sus armas desenfundadas, especulaban entre ellos, hacían comentarios como: “¿Habrá policías involucrados?”. Pero nadie sabía nada; yo por mi parte solo apretaba el culo y tragaba en seco. Nadie sabía nada, lo único que podía hacer era esperar a que dieran la orden de allanamiento para poder ingresar a la residencia y estar vigilantes a los movimientos de los que en esta casa se ocultaban.

Unos cuarenta minutos más tarde, tras la espera y la incertidumbre, los policías empezaron a informar por el radio de comunicaciones que había unas personas saltando por los techos de las casas posteriores a la residencia en la que se ocultaban los sospechosos. Los policías empezaron a correr, unos desde la calle, otros pedían permiso a los propietarios de las casas vecinas para que los dejaran ingresar y subir a los techos. Otros ingresaban a las casas y registraban cuanto rincón hubiera. Había mucha tensión y adrenalina por parte de todos. En fin, de ese sector ya los manes no podrían salir.

De un momento a otro y después de tanta zozobra los manes salieron corriendo de una de las casas del sector, huían apresuradamente intentando cruzar la frontera que estaba a tan solo dos cuadras de distancia, ya que una vez allí la policía colombiana quedaba imposibilitada y no los podía capturar. Los policías los perseguían con el fin de no permitir la fuga al vecino país; parecía una persecución de película. Cuando los manes ya se vieron cogidos empezaron a tirar plata a la calle para que la gente se abalanzara a recogerla y obstaculizara a los policías; sin embargo, estos fueron más rápidos y faltando unos cien metros para lograr pasar la frontera fueron alcanzados y finalmente capturados.

Unos policías golpeaban a los manes, estaban ardidos porque los pusieron a voltear; otros se dedicaron a recoger la plata y legalizarla para ellos, mientras que otros alejaban a la gente y tomaban en custodia parte de lo que quedó del botín. Este dinero era la prueba de que los manes habían sido los del robo al banco. Con la detención de estos pintos ya veía el fin

de mi carrera y el inicio de mi vida como un perseguido más por la justicia (pa' no llamarlo de otra forma); yo sabía que las cosas ya no iban a ser igual que antes.

Después de todo lo que sucedió, la noche fue tensionante. El coronel no dejaba que nadie se acercara a donde tenía a los manes, estaban aislados; a cada uno le tenía un escolta y no permitía que ni entre ellos mismos se hablaran. Uno a uno iban pasando a la oficina del coronel, ya que él mismo y algunos oficiales de su confianza interrogaron a los manes hasta que uno de ellos no aguantó la presión y se descosió. Fue tanto lo que habló que hasta metió a gente que no tenía nada que ver con ese chicharrón, pero que sin embargo habían trabajado con él en otras vueltas.

Antes de llegar las seis de la mañana ya me habían contado que el pinto ese me había nombrado también como miembro de la organización, y había señalado mis funciones, por lo que de inmediato me asusté más y quedé intranquilo y aturdido, mejor dicho, me quedé en neutro. Ya sabía que solo era una cuestión de tiempo para que se expidiera una orden de captura, por lo que dos días después decidí solicitar mi baja de la policía, al menos para no aguantar las miradas y los señalamientos a que era sometido por los demás compañeros.

Meses después fui capturado, al igual que otras personas, como integrante de la banda más nombrada en Leticia. Algunos alcanzaron a huir a Brasil y otros huyeron a Perú.

Mientras me encontraba en Canadá, como le llaman jocosamente a la cárcel, pasé por un estado por el que hasta el más brutal de los bandidos pasa. Estando ya entre los fríos muros de mi celda mis ojos se llenaron de lágrimas, solo tenía mente para pensar en lo que hice; recliné mi cabeza en aquella sucia y hongueada pared de cemento y di un suspiro. Esto de estar encerrado no es fácil y más cuando me atacaba aquel recuerdo y por el hecho de tenerme que alejar de la mujercita que tanto amo, por no saberme comportar y por el daño que causé a algunas personas con mis actos.

Es fácil entender aquí cuán valiosa y preciosa es la libertad que perdí; como dicen mis compañeros: "Quizá ninguno de nosotros se dio cuenta hasta que la perdimos". Ahora solo me queda esperar y pagar mi condena. Pensar en cómo voy a remediar aquel error que hizo que me alejara súbitamente de mi hermosa hija, la Luz de mis madrugadas, ya que ella es mi inspiración y el motivo por el cual no salí huyendo como los demás y afronté con tenacidad mi experiencia carcelaria.



# LA MESA

Carlos Mario Vela Miranda



De espalda a la mesa  
El poeta socavó en el fondo de su alma,  
Como si tratara de encontrar  
El rostro de aquella joven inspiración  
Que lo había convertido en lo que ahora era.  
Pero su alma parecía tan llena y tan vacía a la vez,  
Como el universo  
¡Da vuelta hombre, mira la mesa!  
¡Allí está tu iluminación primera!  
La mesa estaba desnuda.  
Excitada con las caricias de la luz,  
De la mañana, del sol...  
El poeta adoptó ante ella su mejor postura  
Y el más largo suspiro, el mismo papel,  
La tinta: la mesa alumbró su inspiración.  
Ella fue aquella joven, ahora vieja y cansada.

# FRAGMENTO DE MI HISTORIA

Gina (seudónimo)



Yo era una niña cuando empezó mi sufrimiento, porque me hizo falta el calor y el amor de mi padre. Él nunca me aceptó como su hija y esto me afectó hartó.

Fui a vivir con mis abuelos maternos, siempre con la esperanza de vivir algún día con mi madre, de sentir su amor y su cariño. Fue pasando el tiempo y fui creciendo, cuando cumplí doce años extrañaba más a mi madre y, en esos momentos, con la gracia de mi abuelita, que en paz descanse, aprendí a hacer los quehaceres de la casa. Mi sueño más grande era que mi madre viniera por mí, para atenderla con todo lo que había aprendido con mi abuela.

Un día mi sueño se hizo realidad, me fui a vivir con mi mamá... Pensé que todo iba a ser como lo había soñado, pero fue al contrario.

A los catorce años mi madre me encontró cogida de las manos con un amigo, ella reaccionó tan mal que a los días me entregó a un hombre sin yo saberlo. En ese momento qué podía hacer yo, era tan solo una adolescente que no sabía que era tener a un hombre a mi lado, y menos como pareja. Lo único que yo quería era el amor de una madre, que me había hecho falta durante muchos años.

Esa noche fue un calvario para mí, ni siquiera me había llegado la menstruación. Entonces hablé con él, y me dijo que me iba a respetar. Fueron pasando los tiempos, llegó mi primera menstruación, y yo seguía al lado del hombre al cual mi madre me había entregado.

Cumplí mis quince primaveras al lado de ese hombre, a quien yo miraba más como a un padre, y que me brindaba el amor y el cariño que nunca tuve. Con los meses tuve que aceptar la realidad y a ese hombre

como a la persona que era, mi marido, y de ese amor y cariño llegaron a este mundo tres hermosos hijos.

Yo pensaba que éramos la pareja perfecta hasta que un día me di cuenta de que no era así, y que todo lo que había vivido era tan solo una fantasía, porque mi hogar se destruyó en un par de segundos. Quedé sola y abandonada con mis hijos y sin saber a dónde ir, y por cosas del destino encontré a una persona que no pensé que volvería a ver: mi madre.

En ese momento me dio la mano, por eso doy gracias a Dios. Madre solo hay una, y, a pesar de todo lo que he vivido, nunca he dejado de amarla y de pensar que ella es el único amor que hay en mi vida. Primero que mis hijos, amo a mi mamá y la respeto sobre todas las cosas.

Le doy gracias a Dios por mantenerla aún con vida, y ahora que me encuentro privada de la libertad, en estas paredes y en estos momentos, solo cuento con el apoyo de mi valiosa madre.

Si volviera a nacer, le pediría a Dios solo una cosa, que mi madre volviera a ser mi madre.



# ANTIOQUIA

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE APARTADÓ



JOSÉ DANIS MORELOS  
DIRECTOR DE TALLER



# VUELTAS DE VIDA

El Ciego (seudónimo)



Todos en la cuadra le tenían cariño y lo trataban con respeto, en algunas casas lo invitaban a almorzar y él no faltaba, se daba el lujo de asistir con otros dos, pero eso sí, nunca andaba solo.

Crecí en el barrio viendo cómo se organizaban los grupos para defender o actuar en contra de lo que no les gustaba. Eran la ley. La gente acudía a ellos para resolver problemas de familia o de vecinos.

A la edad de dieciocho años, llamó mucho mi atención tener el poder en mis manos, porque era lo que se veía en el momento. Ver y escuchar que otros jóvenes también querían parecerse a ellos. Andar con un arma y que todos les tuvieran miedo. Tenía pensado irme para el ejército, pero mi rumbo fue otro.

Comencé a andar con Charly, así le decían, uno de los hombres del grupo que custodiaba el barrio. Mi madre no debía enterarse. Quería que yo me preparara, que fuera un profesional, que trabajara en una empresa reconocida y le ayudara a sostener a mis dos hermanos menores.

Charly me dio confianza, me enseñó muchas cosas sobre lo que hacían y me mostraba el revólver con el que andaba. Me decía que debía saber manejar uno, para cuando me tocara usarlo. Fue la primera vez que tomé un arma en mis manos y lo que sentí fue muy extraño. Se siente bien tener el poder, es una sensación de grandeza. Me dijo Charly que yo iba a ser uno de ellos, pero cuando estuviera entrenado y el patrón diera la orden.

Un día Charly me pidió que lo acompañara a hacer una vuelta. Llegó a la casa en una moto. No sé para qué fue. Mi madre casi se muere, pensó que me iban a matar. Le expliqué que no pasaba nada grave, que lo iba a llevar donde una amiga que vende perfumes.

Pero Charly tenía un secreto que ni siquiera el patrón de él sabía. Me pidió que fuéramos un momento a la casa donde se quedaba. No había

nadie. Entramos, sacó el revólver y me dijo: Hévalo ahí entre la pretina y conduce.

Eran las cuatro o más de la tarde del día sábado cuando llegamos a un barrio vecino y me hizo detener diagonal a una cancha de fútbol en mal estado. Me pidió el favor de reclamarle un dinero en una casa al otro lado de la cancha. Me bajé, me describió la casa y me puse en camino, mientras que él se quedó en la moto. No pensé que fuera algo peligroso lo que estaba ocurriendo. Al llegar a la casa, luego de atravesar la cancha, llamé a la puerta. En ese instante me acorraló un grupo de agentes policiales de la SIJIN, me hicieron tirar al suelo, me aprehendieron, me dijeron que quedaba detenido y me leyeron los derechos.

Al otro lado vi la misma escena. Charly estaba esposado y lo dirigieron a una camioneta.

Nos subieron juntos.

—No te preocupes, todo estará bien —me dijo mirándome a los ojos. No pronuncié ni una palabra sobre el caso, pero se trataba de una extorsión. Me encontraron armado; aquí estoy encerrado porque soy considerado un peligro para la sociedad y otras cosas más.

Mi madre nunca ha venido a visitarme. Lo hace mi padre, pero me trae la comida que preparan las manos que hoy extraño; daría lo que fuera por estar al lado de ella y mis hermanos.



# RELATO FANTASMA

Ferney Montoya



Ocurrió en Los Cedros, una vereda alejada de la zona urbana, donde un niño de ocho años vivió una pesadilla que nunca imaginó le fuera a suceder.

Un día, como era de costumbre, su madre le encargó buscar leña. El niño, obedeciendo la orden, tomó un machete, un costal, su anzuelo y se marchó por la bananera en busca de troncos. De camino se detuvo en el río Bajirá para probar un poco de suerte con la pesca.

Luego de unos cinco o seis minutos que llevaba en el río, sonaron cuatro disparos muy cerca de allí.

Asustado, corrió veloz a su casa abandonando los implementos. Al llegar a casa, que no estaba muy retirada del lugar, se encontró con su madre tendida en el suelo sin signos vitales y un charco de sangre saliendo de su costado derecho.

Aquella imagen lo despedazó por dentro y reventó a llorar, pero creyendo que los malos aún estaban cerca, se asomó por la ventana de la casa y vio cuatro sujetos armados que se alejaban por la bananera.

Los comentarios de la gente en la vereda no tardaron mucho tiempo. Decían que esos sujetos eran guerrilleros y que fueron buscando a su hermano que llegó de permiso del ejército, pero no lo encontraron.

El niño quedó huérfano y deambuló por las calles durante mucho tiempo. Cuando tuvo un poco más de edad encontró la forma de viajar a ciudad de Medellín, donde habitó por dieciocho años.

A esa edad buscó de nuevo su tierra, pero se dirigió a la ciudad de Apartadó, donde se radicó por un tiempo; trabajó en oficios varios para ganarse el arriendo y la comida.

Cuando llevaba dos años viviendo allí, Acción Social, el programa para la reparación de víctimas, lo indemnizó por la muerte violenta de su mamá y le asignó once millones setecientos mil pesos, dinero con el que

pensó hacerse su propio plan trabajo y adquirió un carro de marca Chevrolet Sprint.

Con este vehículo particular se dedicó a trabajar haciendo carreras; se trataba de transporte informal, ya que no había tenido la forma de estudiar y no le era fácil conseguir un buen empleo.

Un día, cuando el joven pasaba por la terminal de transporte de Apartadó, tres sujetos y una mujer le pidieron un servicio para que los llevara al municipio de Necoclí. Llegando a un sector llamado el Totumo, un retén de la policía de carretera los detuvo para hacer inspección de rutina; le pidieron los documentos del vehículo, el pase de conducción y el documento de identidad. Al constatar los documentos de los pasajeros, le dijeron que quedaba detenido por tráfico de migrantes y se lo llevaron a la estación de policía. Al día siguiente fue liberado, debido a que el joven no presentaba antecedentes y era la primera vez en un asunto de estos.

Pasados unos meses, otros sujetos le preguntaron que en cuánto los llevaba al municipio de Turbo y les dijo que les cobraría lo que costaba un pasaje, cinco mil quinientos. Al llegar a Turbo con los sujetos, estos le preguntaron que en cuánto los llevaba a Necoclí; él les dijo que les cobraría diez mil por persona y arrancó con ellos. En el camino preguntó quiénes eran ellos y le contestaron que eran turistas.

Saliendo de Turbo hacia Necoclí, cayó en un retén de la policía y le exigieron los documentos. Volvió a quedar detenido por tráfico de migrantes; los sujetos tenían permiso de estar en el país por diez días, pero ese tiempo estaba vencido. Ellos quedaron libres, pero esta vez el joven no corrió con buena suerte; ya detenido, le hicieron audiencia de legalización de captura, lo dejaron en libertad con compromiso de presentarse nuevamente en fechas siguientes y en la otra audiencia aceptó cargos y recibió una condena de dieciséis meses de prisión. Condena que hoy cumple en la cárcel Villa Inés del Reposo en el municipio de Apartadó. Con frecuencia recuerda lo que le tocó vivir desde niño y le duele todo lo que fue perdiendo en su vida: su madre, el trabajo y su libertad.

Hoy espera terminar el tiempo de la condena para salir a trabajar y empezar de nuevo.

# COSAS QUE PASAN

Wilmar (seudónimo)



Todo estaba listo para la boda de mi amigo Miguel. Después de la misa nos íbamos a la casa de Miguel a celebrar con los amigos cercanos.

Recuerdo que me dijo que no me perdiera, que estuviera al lado suyo todo el tiempo y que no perdiera de vista a Natalia.

Al salir de la barbería, una bala perdida lo tomó por sorpresa, incrustándosele en el pecho. Él cayó de inmediato. Yo había salido detrás de él y cuando cayó al suelo me tiré pensando que alguien disparaba.

Un charco de sangre se tomó la entrada de la barbería y un hombre armado pasó corriendo a toda prisa, pero se detuvo en la esquina, como si persiguiera a alguien, dejándonos la espalda libre.

Al ver a Miguel tendido en el piso, sin signos vitales, me dio mucha ira; me levanté y me le fui al hombre de espaldas, sin importar que estuviera armado, con una navaja que yo cargaba y se la clavé en el cuello. Le enterré mi navaja una y otra vez, hasta verlo caer igual que mi amigo.

Cuando Natalia se enteró, se quitó la vida; no pude hacer nada, ya estaba detrás de la reja pagando una venganza que nos dañó, o mejor, le dañó la vida a dos familias y a mí.

# CONDENA INESPERADA

Tod Richard Mann



Transcurrido el año 2004, un año tranquilo, en un pueblo a orillas del mar Caribe, conocí a la madre de mi tercera hija por medio de su padrastro, debido a que trabajábamos juntos en una horticultura. Nos hicimos buenos compañeros de trabajo, hasta el punto que un día me invitó a su casa para que mirara la ampliación que él le estaba haciendo.

En casa del señor Matías, mientras observaba la ampliación de una de las salas, se me acerca una joven y me ofrece una taza de café, que desde ese momento enlazó nuestras vidas. Por aquellos días entablamos una amistad que se nutrió de confianza.

En aquellas visitas, que se volvieron cotidianas, le conté parte de mi vida y ella me habló de la suya. Nunca mencionó que después de la separación del padre de sus hijos, ya tenía otra relación. Me di cuenta un día que estuve en su casa y la encontré discutiendo con un joven. Aquella discusión era porque el joven había salido con la hermana de ella en una moto y se demoraron mucho tiempo en regresar; además de eso, porque su hermana regresó sola, argumentando que el joven se había quedado en el centro del pueblo. Una hora más tarde regresó y se encontró con reclamos. Inconforme con las explicaciones de su pareja, decidió romper con la relación.

A partir de ese momento me convertí en un apoyo moral para ella, y le tomé mucho cariño a ella y a sus hijos. Con el pasar del tiempo todo fue tomando otro rumbo, fue cambiando de una manera extraña, hasta que empezamos una relación sentimental en la que surgieron cosas lindas, como la llegada al mundo de nuestra hija Manuela.

La relación fue de buen agrado para mi familia, que hasta le brindó apoyo para que ella pudiera terminar sus estudios de secundaria.

Sin embargo, durante el tiempo que duró en la casa de mi familia las cosas se fueron poniendo feas de parte de ella. Su actitud cambió. Ahora

su comportamiento era agresivo y de celos. Se perdió la confianza, la situación se puso difícil, ya no era igual.

Entonces pensamos que debíamos hacer algo pronto y fue cuando ella decidió trabajar.

Consiguió un empleo de tiempo completo, pero el remedio fue peor que la enfermedad. En el trabajo conoció a la persona que se convertiría en su actual pareja. Sin que yo me diera cuenta de la situación, ya se estaba organizando algo entre ellos.

Ella descuidó la familia por andar en el trabajo y con su pareja a escondidas, mientras que yo me dedicaba a los niños cuando regresaba del trabajo.

Los días pasaban y yo ignoraba lo que sucedía, ella se mostraba un poco indiferente conmigo, pero yo no imaginaba la razón.

Un día, nuestra hija de apenas tres añitos se enfermó. La mamá no estaba en casa y le pedí a mi hermana que me acompañara a llevar a la niña al hospital por urgencia, porque presentaba una molestia en su parte íntima.

A pesar de la gravedad de atención en salud de este país, corrió con la suerte de ser atendida sin esperar mucho tiempo. Al examinarla se le detectó una infección urinaria. Los médicos nos explicaron de qué se trataba y nos dieron la fórmula para comprar los medicamentos. Esa noche la mamá llegó a la casa y se enteró de que la niña estaba en el hospital. De pronto apareció desesperada preguntando por el estado de la niña. Cuando supo de qué se trataba, me acusó de violador sin importarle nada y sin tener las pruebas de que fuera así. No podía creer lo que estaba escuchando de parte de ella. Traté de calmarla, pero insistió en lo mismo y me advirtió que me demandaría.

Nunca tuve miedo a su advertencia porque realmente creía que solo en la cabeza de ella cabía que yo pudiera hacerle algo así a mi propia hija, que es mi adoración hasta el sol de hoy, pero me equivoqué: también cupo en la cabeza de los oficiales que me arrestaron y del juez que me condenó.

Hoy estoy atrapado por la crueldad de una mujer que aprovechó sus patrañas para salirse con la suya y oficializar la relación que tenía clandestinamente.

Es injusto todo lo que estoy pagando, pero no tengo otra salida, así funciona este país. En mi caso no hubo investigación. Me sorprende y me decepciona que solo las acusaciones de una mujer sean las pruebas suficientes para hacerme ver como un monstruo, un malvado.

Desde aquí, el lugar de justicia donde también caen inocentes, así nadie les crea, levanto mi voz silenciosa, con el alma desgarrada, para contarle al

mundo que estoy bien, que perdono el sistema de justicia, que perdono a la mamá de mi hija, que perdono cualquier atropello conmigo, pero ay de aquel que se pase de listo y le haga algún daño a mi hija, porque a ese no lo perdono, así regrese a estas rejas.

ANTIOQUIA  
CÁRCEL MUNICIPAL DE ENVIGADO



ANDRÉS DELGADO  
DIRECTOR DE TALLER





# SIEMPRE ALEGRES

Chacho (seudónimo)



Nacido en 1993, le he entregado mi vida entera a ser futbolista profesional, cosa de locos, madrugar cientos de días con la misma ilusión: concentraciones, viajes, estadios, culturas, cuántas cosas bellas suceden mientras trabajas por lograr dicha meta. Pero tampoco faltaba la fiesta.

Fiesta, una palabra de varios significados, pero cuántas consecuencias deja dicho evento. Recuerdo que nos encontramos con una de solteras y solteros donde los personajes perdían su compostura. Siempre estaba quien daba paso a estos festines; y yo era uno de esos locos con muchas amistades; era futbolista activo, pero descansaba de la competencia el fin de semana. Decidí organizar una fiesta, pues muy pocas veces en el año se puede desatinar. Convoqué mujeres y solo unos parceros —los que son—.

Después de las diez empezaron a llegar. Yo, todo un loquillo, invité a varios *arrocitos en bajo*, pues nunca me ha dado miedo juntarlas, ya que con mis socios veía cómo hacían magia.

Antes de dicha hora llegó Martina Blanca, ella rizos de oro, cadera y hermosas piernas infinitas. Nos dispusimos empezar con un breve *litrico* de guaro, uno tras otro y otro más, guaro viene y guaro va. A ritmo de tantas se fue calentando la cosa, ambos nos deseamos y aprovechamos el momento, dichoso ese mueble azul, *añañai*. Después entró la llamada, avisando que se acercaban más poblanas aún. Los socios no se pronunciaban. Ya con Martina encima, y buscando la manera de distraerla, bajé a la esquina, le comenté a un pana y este la captó de una; lo relacioné con Martina, y bueno, ya había cuadrado el sistema para atender a esas nenas que venían; llegaron Soraya, Lorena, Charlotte, Stefani, tremendas paisas. Todas se sumaron. Nada de manes para atender, las abejas presionando. Bajé de nuevo a la esquina y volví con pocos parceros más, en excelente forma, alcohol suficiente y una actitud la HP para emborracharse todo el fin de semana. A las

doce en punto llevé a Martina a su casa, como ella me lo había pedido. Al llegar de nuevo a la fiesta estaba Stefani muy dispuesta, se puso las botas para montar chorizos, papas, arepas, bueno, todo el rollo pues.

Pasados los minutos en la cocina, yo solo con Stefy, en medio de chorros, comida indirectas y buen rap, congeniamos tanto que se vino otra fuga de pasión. Yo ya le había expresado que al acostarnos no haríamos nada. Ella mencionó que sería inolvidable, la casa traqueteando, la gente enloquecida. Nos encerramos y *miau* pues, que solo se vive una vez en la vida. Esa madrugada, a las cinco, quedaron los más nítidos, se dejó venir esa congregación de amanecidos a brindar y a cantar los temas con todo el sentimiento.

Después de varias horas los mismos carelocos nos fuimos al estadio, a ver jugar al Atlético Nacional, el más grande. Pusimos en la casa un mensaje en bandera grande, antes de arrancar para el coloso Atanasio Girardot. Pegamos una fiesta con la otra, a ritmo de los colores verdes y blancos, las sustancias y todo el efecto. Qué belleza, ni planeado hubiera sido tan chimba. Hablé con Fanny, una pelirroja hermosa que era hinchada de otro equipo, pero arrebatada como yo, y ya traíamos cuento. Yo muy directo por los chorros que traía encima le mencioné un parche de locos, con bombos, trapos, cánticos y buen juego. Ganamos el partido del Nacional y despertaron efectos en cada grito de gol, nos sentimos todos muy unidos. Al acabar el partido me la llevé, a Fanny, para la sede de la fiesta y con los del estadio volví a empatar otra fiesta, otra noche un poco más breve que la del día anterior, pero con una compañera en la cama con más espíritu; no tan solo sexo, sino más comprensión y cosas lindas. Al levantarnos, desayunamos en la cama, sexo dichoso, y entonces sí a descansar.

En mi casa había quedado tan solo un parcerero, el más fino. Con cervezas y *desenguayabe*, en la casa empezamos a organizar, cuando llamaron esta vez Lorena y Charlotte, ofreciendo comenzar la fiesta con un almuerzo y películas para la tarde. Pensé: “cuando estás derecho, estás derecho”. Pusimos la casa magistralmente, llegaron las peladas, princesas, con lo prometido, todos sabiendo cuál era el guardado; entre los cuatro nos organizamos, hacía mucho calor en nuestros cuerpos. A eso de las siete de la noche nos dejaron al socio y a mí bien contentos. Se fueron. Para cerrar con broche de oro nos bajamos para la esquina por las últimas polas (Pilsen) y a revivir todo el fin de semana que se había logrado.

Martes en la mañana, no más allá de las nueve, ya con una mente muy loca, pasó lo siguiente, el día que cambiaría esta vida.

Me encontraba a unas horas de firmar contrato, solo faltaba levantarme con el pie derecho ese martes 14 de noviembre. El día antes, un familiar que le trabajaba a mi viejo en una pastelería llamó a la casa, tarde en la noche, para excusarse por enfermedades. Además de jugar al fútbol también soy panadero desde los dieciséis años. Entonces sería el único que podría remplazarlo, ya que, como es lógico, al ser de mi padre la panadería, yo tengo en la cabeza todas las funciones. Durante la llamada, mi papá le dijo al panadero, que además es primo mío, que tratara de recuperarse. Le dijo que llamara temprano para saber cómo seguía. Las cosas se quedaron así.

En la madrugada de dicho día, a las 4:30 de la mañana, timbró el teléfono de mi subconsciente; ya sabía de qué se trataba, que el panadero no se recuperaba. Más tarde se confirmó mi presentimiento. El primo llamó y dijo que seguía muy mal. Miré mis maletas de fútbol preparadas, dispuesto a coronar una firma que cambiaría el rumbo de mi familia, pero hubo cambio de dirección, y saqué el uniforme blanco de panadero para ir a ayudar en la pastelería, pensando acomedidamente que de ahí me habían sostenido durante todos esos años. En medio de mi mal genio repasé bajo el agua de la ducha las palabras de mi madre: “todo sucede por algo, solo mígueme”. Me relajé y le puse la actitud para ir a levantar la mejor producción en el establecimiento.

A eso de las ocho de la mañana, sacando de afán tres latas de almójanas, una mujer se dirigió al baño, muy elegante ella, y me causó impresión, pues de camino al baño había mucha harina en el piso y su vestido tocaba el suelo. Se dejó pasar ese pensamiento. Mi viejo llegó a la pastelería con el desayuno: arepa, chorizo, y empaté con dos pandequesos calientes. Durante el desayuno, cinco personas que se encontraban en el negocio, de sus camisas resaltan collares del CTI, todo se puso gris, la música que tenía sonando dejó de sentirse y se refirieron a mí diciéndome Alejandro Ossa Restrepo, más toda la parla que se viene cuando hacen efectiva tu orden de captura. Los papás se aletearon pero yo, que ya sabía más o menos qué me esperaba, los tranquilicé. Dos manes me sujetaron y me esposaron. Mientras tanto le decía a la vieja, muy seguro de mí: “Cucha, relájese, usted sabe, un día a la vez, así tiene que ser”. Me esperaban cuatro camionetas, mucha gente del CTI, y en menos de un día se vino abajo mi carrera futbolística y plasmó esta historia tras las rejas...

¡Vive sin límites, vive un día a la vez!

# ES MEJOR UN FEO CON SENTIMIENTOS

Lápiz Consciente (seudónimo)



En el año 2016, específicamente el día 17 de abril, empecé una relación amorosa que, no sin exagerar, para mí ha sido la relación perfecta.

Hice una fiesta de despedida en la casa porque a los dos días me pensaba ir para Panamá. A esa fiesta llegó Manuela Luján. Ella era mi amiga desde el 2015. Fue ella quien estuvo pegada al lado mío durante la recuperación de mi desmedido accidente, en el que fui arrollado por un camión mientras conducía una moto.

Nunca pensé que Manuela se llegara a enamorar de mí. Durante la fiesta no cogía ni una indirecta. A las 10:30 de la noche fui a la cocina de mi casa para darme un pase. Ella llegó y me preguntó:

—¿A qué sabe eso?

—Solo es una sensación chimba —le dije.

Nos cuadramos en ese instante, justo después de que ella se dio un pase.

Al día siguiente de la fiesta, ella me dijo:

—Vivamos juntos.

Acepté de una. Pensé que era charlando, pero no, a las 3:45 de la tarde, del 18 de abril del año corrido, llegó con los corotos y, pues, ahí me di cuenta de que ella no charlaba.

Pasados cinco meses, el 23 de septiembre de 2016, su hermana llegó a quedarse un tiempo. Ella le decía a mi mujer sobre mí:

—Es pequeño, feíto, vamos a ver qué encontramos de interesante en él.

Pasada una semana encontré llorando a mi cuñada, a Tatiana, me acerqué y le pregunté qué le pasaba. Me dijo que el novio, que para esa fecha era Daniel Chaverra, la había engañado. Recuerdo que le dije que la belleza no era todo y salió una frase de mi boca:

—Es mejor un feo con sentimientos que un bonito vacío.

Tatiana empezó a cogerme cariño, tanto que Manuela se las cogió y la sacó de la casa. Mis sentimientos y mi forma de ser la habían enamorado. No lo digo yo, lo dice la cuñada, que antes de irse de la casa se lo confesó a mi mujer.

La relación de amistad con ella ya no existe porque no era conveniente para la relación que vivo, porque para mí Manuela es mejor que su hermana Tatiana.

# MI PRIMER AMOR

Vicky (seudónimo)



Recuerdo el día en el que pasando la calle de mi casa vi a un hombre conduciendo un carro particular viejo y feo; sonaba horrible, le escuchaba hasta el último tornillo que tenía. Se detuvo y muy sonriente me dijo:

—¡Qué negra tan linda!

Me causó mucha risa al verlo tan coqueto, aunque no le pude ver bien la cara, y saber que, con ese automóvil, no levantaría ni un mal pensamiento.

Pasaban los días y notaba que, siempre, a eso de las cuatro de la tarde, todos los días, pasaba por el frente de mi casa, paraba, me pitaba, sonreía y salía disparado en esa chatarra de carro. Pero no se dejaba ver bien.

Un día, siempre en la misma rutina, escuché desde mi casa que la gente hacía escándalo en la calle y gritaban:

—¡Descarado, no sea inconsciente, es un perrito!

Y el hombre del carrito contestaba:

—Me la gané yo en esta cuadra, siempre que paso me sucede algo.

Se notaba preocupado y apenado. Pero yo no podía verlo bien, porque estaba de espaldas.

Al poco tiempo me encontraba en una discoteca. Un chico que olía muy rico, atractivo, alto y guapo, se dirigió a mí y me invitó a bailar. Yo estaba fascinada con ese hombre tan guapo. Hasta le di mi número telefónico. Pasamos superrico. Lo más chistoso fue que al salir de la disco, vi el carro feo parqueado y supe que quien lo conducía era el chico más lindo. Mis amigos me gozaban porque muchas veces les expresaba que ese tipo de ese carro: jamás.

Y duramos cinco años y hasta un hijo le tuve.

# EXPERIENCIAS VIVIDAS

Shanna (seudónimo)



Nos dirigíamos a trabajar, cuando en realidad éramos un grupo de apartamenteros. Fue un miércoles a eso de las 5:30 de la tarde. Nos encontrábamos en Pereira, cerca de un conjunto residencial.

Bob era uno del grupo. Él y yo nos bajamos del carro para no levantar sospechas, pues en pareja no dábamos tanto visaje. Teníamos que decidir a cuál casa íbamos a entrar en el conjunto residencial. Vimos una casa cerca de un potrero, era la más apropiada.

Bob abrió la ventana con una llave, entró, me tomó de la mano y dijo que me tocaba entrar con él. La verdad, me sentía súper asustada. Era la primera vez que lo hacía. Cuando ingresamos a la casa, me dijo: “Enana, vaya al segundo piso, que yo raqueteo en el primero”. Empecé a esculcar y descubrí la caja fuerte. Lo llamé y le dije: “ayúdeme a sacarla”. Bob me dijo: “China, las bambas”. Seguí esculcando, mientras él sacaba la caja de la pared. Me dirigí a una alcoba y me di cuenta de que era la habitación de una mujer, porque encontré muchas joyas.

Ya íbamos terminando cuando llamé al celular de otro compañero que nos esperaba en el carro: “Nico, vamos saliendo, esté pendiente”. Cuando Nico iba a recogerlos, dejó a Japonés en la portería para que estuviera pendiente de los celadores. Nico se pasó por el potrero, rompió una varilla de la reja y le pasamos la caja. No nos dimos cuenta de que la casa tenía sensores.

¡Dios, se disparó esa alarma! Ya estábamos pillados. Me sentía con un miedo enorme. En medio de ese susto, yo cogí la maleta donde había dejado todas las joyas y salimos disparados a correr. Japonés nos decía por el celular que los celadores se dirigían a dónde estábamos corriendo y de repente empezaron a dispararnos.

Nos sentíamos desesperados, además no llevábamos armas. Bob y yo empezamos a correr por el potrero, porque Nicolás se había ido primero

para el carro con la caja fuerte; seguimos corriendo hasta que nos acercamos a la carretera donde nos esperaban en el carro. Giré para mirar atrás y los vi detrás, persiguiéndonos por la manga; alzaban sus armas, disparaban, y por la carretera unas camionetas también nos hacían tiros. Todo era muy confuso. Por fin nos montamos al carro y comenzó la persecución. Oso era quien conducía. Íbamos a toda velocidad. Los esquivaba para volarnos de la camioneta que nos seguía. Ya íbamos llegando al hotel, en el camino habíamos perdido a la camioneta. Guardamos el carro en un parqueadero, entramos al hotel y nos cambiamos.

Japonés se había quedado en la portería de la unidad residencial donde habíamos robado, se nos olvidó por completo. Nos comunicamos con él y coordinamos para que llegara al hotel.

Salimos a las 9:30 de la noche a comer, bajamos la caja fuerte y la maleta con todo lo que robamos. Entramos al hotel y ellos comenzaron a abrirla con destornilladores y llaves de expansión. Había plata; éramos seis y nos tocó, a cada uno, de a cinco millones, y faltaban las joyas de oro. Contentos, pero casi perdemos la vida.

Recuerdo que hasta me halagaban, decían “buena, china, coronamos...”.

Cuando llegó Japonés, nos dijo que los manes de la camioneta eran Los Rayas, “ellos son los que limpian los barrios”. Lo sabíamos porque un policía que trabajaba con nosotros nos dijo que por su radio informaron que unos ladrones se habían metido a una casa y que Los Rayas estaban colaborando para atraparlos. Nos miramos y fumando yerba nos dijimos: casi perdemos la vida, pero coronamos. Y nos fuimos para Cali.



# MIEDO AL AMOR

Yovany Doval Rodríguez



## PARTE I

Un día fui a la casa de un amigo. Toqué la puerta de su casa y una carita angelical fue lo primero que vi. Fue como ver la octava maravilla del mundo. Sus ojos color café destellaban como si también se hubieran hechizado al ver los míos. Su mirada era penetrante y sonreía como si ya me conociera.

Al momento de saludar “hola señor”, pude notar que tenía una voz muy tierna y una cabellera de hermosos rubios que le llegaban hasta la cintura, y eso la hacía ver más bonita. En ese momento me encontraba tan feliz, como si hubiese encontrado el paraíso. Con solo verla, sentía que la amaba. Fue un amor a primera vista y, para sorpresa de todos, fui, o mejor, era correspondido de igual manera, además porque hice uso de mi inspiración y, antes de que llegara su hermano, la invité a comer helado. Fue el detonante para que el amor fluyera. Yo aún no sé cómo conquisté a esa mujer, pero lo logré.

Después de un tiempo ella me explicó que fue ese detalle hermoso, un helado de chocolate, el que enamoró su corazón.

## PARTE II

Después de aquel suceso de felicidad que duró tres cortos años, y digo que cortos porque muy bien saben que lo bueno no dura, una mañana salí de mi casa, como de costumbre, para el trabajo, pero me acordé de que mi cuñado me había comentado, el día antes, que me llevara el arma para cuando saliera del trabajo. Teníamos pensado salir a *cobrarlo*, ya que hacía días no lo hacíamos.

“Hay que cobrarlo”, me dijo. Yo le respondí con la positiva, para luego salir por la noche y visitar a las nenas o las gagas-mundas, como las llamaba mi mujer.

Y así fue como cometí mi gran error. Me desplacé al lugar de trabajo en La Bayadera en una moto Discover 125. Llevaba conmigo y *empretinado* un revólver calibre 38 corto, de marca Escorpión. Iba muy tranquilo, analizando todo a mi alrededor. Recuerdo que cogí la vía del Ferrocarril y en el trayecto de la Minorista, en uno de sus semáforos, tuve un breve sentimiento al ver dos motorizados que se hicieron a lado y lado, como si me escoltaran.

Al cambiar el semáforo todo ese pensamiento cambió porque ellos en sus motos de alto cilindraje no dejaron ni el polvo.

Cuando estaba por llegar a mi lugar de trabajo, para sorpresa mía vi un retén y un tombo que me hacía señal para detenerme. Pidieron los papeles de la moto y de mi persona. Todo transcurría muy normalmente, pero cuando los oficiales solicitaron que me bajara de la moto para una requisita comenzó el martirio y mi desenlace de aquel amor tan lindo y real.

Me leyeron los derechos. Pedí una llamada y contestó mi señora, embarazada y a semanas de dar a luz. Por su voz entrecortada pude evidenciar el gran daño que le causé.

En adelante, pasamos de vernos a diario a solo vernos por unas cuantas horas los domingos, día de visitas en los penales.

### PARTE III

Estando en la cárcel de Bellavista fui trasladado, para el colmo de mis penas, para Las Heliconias, en Caquetá.

Todo fue como el dicho: “amor de lejos es para los pendejos”. Fue muy duro, porque las llamadas se hicieron dificultosas, ya no podíamos hablar todo el día, como lo hacíamos desde la cárcel de Bellavista. Yo sufría mucho todo ese amor, cada día lo sentía más amargo, porque me sentía impotente y rabioso.

Mi hija ya pronto iba a cumplir un año y medio, y yo sin poder verla crecer. Solo la vi una vez, recién nacida, cuando me la llevaron. De allí en adelante fue solo cariño que yo le expresaba por el teléfono. Muy duro.

Aunque todo ese tiempo que estuve detenido nunca me abandonó, cuando pude recuperar mi libertad me di cuenta de que nada quedaba de

ese amor tan lindo. Como si hubiera sido un cuento de hadas. Esta vez el amor no triunfó sobre todo lo que me tocó vivir.

Tanto que anhelaba que llegara ese día. Noches enteras sin poder dormir. Solo, parado mirando el paisaje por una claraboya de mi celda. Escuchaba el rocío susurrar durante las madrugadas, cómo cantaba el gallo; en medio de esa selva, escuchaba cómo las ranas y los grillos cantaban, acompañándome en mi agonía.

Hoy solo pienso y me pregunto dónde quedaron esos amores que cada ocho o quince días nos enviábamos por medio de cartas por correo.

Solo lo hizo para que no me sintiera triste. Y luego cuando salí me dio la puñalada, me cobró por dejarla sola en ese tiempo tan duro para ella. Me hirió de tal manera que casi me mata, si es que no lo hizo ya.



# ANTIOQUIA

COMPLEJO CARCELARIO Y PENITENCIARIO DE PEDREGAL



JOSÉ RAFAEL AGUIRRE  
DIRECTOR DE TALLER



# MUROS CON AMOR LEJANO

Gloria Esperanza Aguirre Ladino



El 12 de febrero de 2017, a la inusual hora de las tres de la mañana, en el tramo sur, escucho pasos de botas que se aproximan a mi celda. Se trata de la cabo Milena abriendo algunas rejas de las treinta y dos que hay en ese sector. Con voz de mando que a esa hora suena como un trueno, va llamando una a una de las diez PPL (Personas Privadas de la Libertad) que estábamos en lista de traslado. Cuando escucho mi nombre, me pongo de pie como un resorte y la vozacha de mando se tornó angelical cuando dice: “Gloria, te vas, tienes veinte minutos para salir...”. Desde el día negro en que ingresé a este lugar, anhelé que llegara este momento. Una mezcla de sentimientos asaltan mi espinazo; una procesión de vacíos, alegrías, tristezas y miedo.

A las cinco de la mañana, luego de despedirme de quienes por dos años fueron mis amigas, hermanas y muchas veces juezas, diez PPL (a veces le pongo otros significados a esta sigla: Personas Para la Libertad, Pedir Perdón y Libre...), aún con lágrimas corriendo por las mejillas, nos encontramos en los calabozos de reseña de la Cárcel Distrital de Bogotá ¿Volveremos a vernos algún día...? ¿Cuándo, dónde, cómo?, son preguntas sin respuesta y dolorosas cuando se lleva a cuestras un futuro incierto.

Cuatro meses después de haber llegado a la nueva cárcel El Pedregal, en Medellín, siento mi vida henchida de un sentimiento que no puedo calificar más que de amoroso y, a pesar de los muros grises, me arma de valor para seguir viva; aprecio la infinitud de la vida, me siento entera, en armonía con quienes me rodean. Se pegan a mi mente los detalles que enamoran, como cuando nos recibieron con helados el día de nuestra llegada. Dentro o fuera percibo un mundo de puertas abiertas porque me amo y abrazo al prójimo de rejas para adentro tanto como al de rejas hacia afuera; es un sentimiento capaz de romper cadenas y dar alas de libertad, incluso, para que otras vuelen conmigo. Mi mente y mi cuerpo conviven

en armonía con estos muros y así puedo sonreír y dar voces de aliento a los más necesitados.

Ah, cárcel El Pedregal, lograste la paradoja de hacerme descubrir el ser libre y oculto que por siempre respiraba en mí.



# MIS CREDOS BÁSICOS

Johana Cristina Monsalve



Creo en el chocolate todo poderoso,  
crucificado y derretido en la boca ansiosa  
y sedienta de manjares.

Bendito seas entre todas las delicias.

Creo en el blanco y en el negro  
con clavos y canela  
o solo el chocolate solo.

Creo en el chocolate como solución  
a la soledad y la tristeza que duelen.

Belleza hecha sabor  
para dioses deleitosos,  
paraíso para los sentidos  
más allá de la boca glotona.

Bendito seas chocolate.

Que vivas por siempre chocolate.

Amén...

# NADIE SABE...

Manapa (seudónimo)



¿Que cómo me fue en la visita?, pregunta mi compañera Justina cuando llego al patio; pues imagínate que después de despedir a mi hija, pasamos a la requisa con la dragoneante de turno, me desvisto, mi ropa es revisada, me la entregan y me visto de nuevo. Al voltear por la ventanita, observo a mi pedacito de corazón; mi hija haciendo fila cerca del portal número dos. Pongo mi cara contra los barrotes y grito: “¡Hija, Alejandra, mi muñeca...!”. Dos o tres veces grito, pero ella parece no escucharme. Vuelvo a gritar con todas las fuerzas de mis pulmones: “Aleja, Aleja, Aleja”... y alguien abajo responde, pero no creo que sea ella y es cuando mi intuición de madre me dice que Aleja se aleja, se aleja, se aleja...

Mi grito no es escuchado por ella, pero sí por la dragoneante que se devuelve y me fusila con la mirada. Mi osadía dio motivo para ponerme frente al grupo en el momento en que despedían a sus familiares y amigos. Miré a todo el mundo esperando una actitud alentadora, pero solo vi rostros angustiados, ojos hechos un mar de lágrimas y voces acalladas. Entendí que acá uno viene solo, vive solo, sufre solo y sigue solo. Mi necesidad de escucharla y mi falta de experiencia en este bendito lugar me desesperan hasta más no poder. Entonces me acuerdo de las palabras del padre Jorge cuando dice que no hay que maldecir porque las palabras tienen eco y se le devuelven a uno; para qué embarrarla más. No obstante, sentí temor, un escalofrío recorrió mi cuerpo, pensé que ese grito me causaría un encierro en la UTE, lugar frío, húmedo y deprimente; es un encierro dentro de otro encierro, pero no ocurrió, solo fue un llamado de atención y una anotación en el libro disciplinario.

Ya en mi celda, mirando por la ventana hacia el patio con sus paredes de color gris, me pregunto qué será de mí en lo sucesivo. Pienso en las injustas circunstancias que me trajeron a este lugar. No me gusta sentirme

triste, debo estar alegre y optimista, entonces, me prometí hacer hasta lo imposible para que este encierro fuera lo más llevadero posible, sabiendo que un día no lejano se abrirán las seis o siete puertas que me lleven a la libertad y se derrumben las murallas de todo encierro.

Y hoy sigo gritando y grito todos los días y también sigo gimiendo, solo que ahora mi grito es interior hasta que se me seque no sé qué cosa dentro de mí. Nadie sabe, en este lugar, la necesidad que tenemos de gritar. Nadie sabe, nadie sabe...

# CASTIGO DE TIEMPO

Marlies Aidé Montoya Tobón



Luego de hablar con ella y decirle cuán importante era para mí, de expresarle que era la reina de mi vida, mi heroína por siempre, me despedí y me dirigí a una de las ventanas del lugar que habito, repleto de víboras, lobos y leones. Sentí rabia y dí un grito desesperado: “Dios, qué *canazo*, hasta cuándo, hasta cuándo...”.

Con la cara mojada, la nariz mucosa, la garganta seca de tanto suspirar con la boca abierta, escucho a las compañeras golpear la cortina del baño y gritar “conteo, conteo, conteo...”. Es lo mismo de cada día y corro y corro para no ser la última de la fila. Veo las caras largas de las compañeras y escucho la templada voz de la guardiana. Separo la mente del cuerpo para dar cabida a un momento de felicidad, pero persisten los sueños rotos, la derrota, el llanto, también risas, ropa blanca, abrazos, besos rojos, luces y sombras jugando a enloquecerme.

Veó la casa sola, vacía, pero en realidad no está tan vacía, está ella, puedo sentirla sin verla. Avanzo y puedo apreciar que me espera después de tanto tiempo... Percibo el monstruo negro del olvido. Voy llegando aunque no llego del todo. Saboreo sus lágrimas y se ríe y nos abrazamos en un solo código de complicidad. ¡Cómo disfrutábamos el juego de vivir juntas! Todo era gestos que expresaban más que palabras y gritos. Nos amábamos. De repente doy un salto para alcanzarla justo cuando escucho un grito: “oiga, ¿qué le pasa?, corra que se acabó el conteo y le están cerrando la puerta...”. Yo corro y llego con la respiración agitada y me encuentro con la guardiana que no detiene el cierre de la reja azul y me dice: “Tiene su informe”. Firmo la anotación y por fin llego al lugar que comparto con Nidia, Cintia y Alexandra; las miro sin observarlas, las oigo sin escucharlas.

Entro al mágico lugar donde tan solo con cerrar la sábana que hace de cortina me concede el poder de un respiro, un tris de libertad; puedo

hablar, debatir, rogar, criticar y discutir con el director del penal e implorar al juez mi libertad y hablar con Dios.

Beso a mi madre, voy por las viejas calles contemplando una luna grande, suspiro por mis amores, revuelco escombros del pasado para tratar de descubrir algo que me sirva en el presente. Hojeo mi espíritu en busca de sosiego.

“Qué le pasa, hija, ¿es que se fue por el sanitario?” y otra vez a correr, pero antes, en segundos, me dirijo a la ventanita enrejada, donde solo me caben las manos si las junto como si fuera a orar, y a veces logro ver alguna estrella. Me siento feliz y grito: “Dios, gracias...” y luego subo a mi planchón, tomo un libro donde permanece su fotografía, la observo, la beso. Acostada bocarriba araño árboles, ríos, dragones y hasta un cuadro de la última cena formados por los manchones del techo. Otra vez el color azul de las rejas; aun así, sigue siendo mi color preferido.

Se apagan las luces y me doy cuenta de que tengo el libro sagrado en mi pecho sin haber leído ni una letra de su sabiduría. Las voces en el patio se van apagando mientras intento elevar una oración, pero nunca falta el gemido de dolor de la enferma de turno, la enferma de la noche que nunca falta.

En medio de tanto caos, alguien dice: “hoy nos llega la notificación, hoy nos vamos...” y otra vez ella vuelve a mi mente; no podría imaginar ni un día sin ella.

He llegado a la conclusión de que entre más me demore para levantarme, más riesgos tengo de meterme en líos. La música suena fuerte y muchas bailan; es el premio por el buen comportamiento. Escucho el vallenato *Muchacha encantadora*, sé que ella también revive nuestros felices viejos tiempos. Una compañera me invita a unos tragos de café bien conversados. Alzo la mirada al cielo y con la mano derecha escribo en el cielo LIBERTAD y pienso que tengo un día menos de encierro. Días antes había soñado que estaba vestida de blanco y al abrir la puerta ella me encontró a mí también vestida de blanco, y al contar su sueño dijo que éramos felices para siempre y mi pecho se inflamaba de suspiros y deseos.

Una mañana, muy de madrugada, me despierto inquieta, embargada por una tristeza que no cabe en mi cuerpo. Pensando en ella intento llamarla, pero no es posible la comunicación. Minutos después me llama la coordinadora Ángela y solo escucho una pregunta: “Marlies, ¿ya usted llamó a su casa?”. Esa pregunta me da de frente como un golpe seco, luego me dicen que debo llamar porque algo ha sucedido. Al fin logro comunicarme

y me dicen que el día anterior había sufrido una trombosis, que había sido intervenida quirúrgicamente, pero no pudo resistir.

En la coordinación, la subdirectora Beatriz logra gestionar un permiso de salida; ello fue el más grande regalo de la vida. Cuando la guardiana me notifica que puedo hacer uso de dicho permiso, yo, que tanto me demoro en levantarme, ya estoy lista para partir. Fueron ciento veinte minutos de espera para dicho permiso por calamidad familiar; el camino era demasiado largo y el tiempo demasiado corto.

Al llegar, el guardia, comprensivo, decide quitarme las esposas y acompañarme el tiempo requerido. Un sobrino que dejé como niño, ya es adulto. Todos me miran como a una extraña; soy una extranjera en mi propio terruño. Seguramente ven el chuzo que el destino me ha clavado.

En la sala de cuidados intensivos, lo primero que veo son las patas de la cama, camino un poco más y la veo; a pesar de tener un tubo en su boca, la observo plácida, como si estuviese durmiendo una siesta y con veinte años menos. Una enfermera llega y empieza a desconectar cada cable, cada manguera... En ese momento comprendo que ambas estamos sometidas a un castigo de tiempo y mi compromiso es ayudarla a partir y desprenderme de ella como una vez ocurrió cuando salí de su vientre. Se va sin ver cumplido su sueño de diez años de espera. Se va para el cielo sin verme a mí salir del infierno. Le prometo que lucharé por ser feliz y exitosa hasta ese día en que, para siempre, nos encontremos de nuevo.

¡Te amo mamá, te amo...! En este castigo de tiempo, en esta guerra con el destino, el cielo ganó...

# UN GRITO EN LA MADRUGADA

Ferro (seudónimo)



Madrugada del domingo de resurrección. Meditabunda me asomo por la pequeña ventana de la celda y un frío cálido toma mis mejillas haciéndolas sonrojar por el obsequio de un amanecer de grandeza. Grito con las alas extendidas: “Dios, dónde están...”. Vienen a mí ecos, sollozos que abren mi boca para decir: “Me has dado amor, perdón, misericordia y mil oportunidades. Dejaste que mi mamá fuera mía, que mis hermanos soportaran mis agravios, que mis sobrinos se quedaran con lo más dulce de mí. Tuve el ayer, el hoy, lo que traje, lo que dejo, lo que gano y el porqué de estar acá y ser lo que soy; la más afortunada de las criaturas”.

El bosque circundante me mira con olores de libertad, el viento canta para que los árboles dancen y abran espacio para ver lo que hay más allá. Se eriza mi piel y se cubre de plumas afligidas por la muerte del ayer.

Salí a volar por el mundo y no lo reconocí; tenía el cabello engomado en canas, extremidades biónicas, el mundo me había dejado huérfana, tirada a mi suerte, pero con el tiempo a mi favor para llegar a mi hogar. Sentí algo de temor al pasar por el barrio, era como un pueblo fantasma. Los silencios me aturdieron. Marina no sonreía al mirar el disfraz de diablo roja que colgó en el perchero. Elba cuidaba sus dos esperpentos y su esposo la había abandonado. Luis, el amigo de edad madura que me robó el corazón, yacía en una tumba y como él muchos otros no alcanzaron a darme la bienvenida. La casa donde nací ya no existía, sobre ella levantaron una estación del metro. Suspendida en el asombro agilicé el recorrido de mi desgracia. No encontré los mismos lugares, las flores habían muerto, los parques me insultaban con sabor a óxido, el lechero se vinagró, el arepero

murió entre arepas, Magola se volvió transformista. Encho no quiso verme; se acostumbró a dormir con otra, yo era parte de su olvido.

En casa todos me tocaban y pellizcaban. Me reconocí con los moños que me hacía la abuela. La cama, mis cosas me ataban con cadenas de añoranza. Mi madre dejó orinar sus ojitos para refrescar su alma, se quitó su armadura para abrazarme, recordó que soy su hija; era una leve sombra de su pasado. Me preguntó por cuánto tiempo estaría encerrada. Mis lágrimas sonrieron por ella.

Asomada en la pequeña ventana, vi el día nacer otra vez. Me quité las alas y me acosté a dormir.



# ARAUCA

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE ARAUCA



NELSON PÉREZ  
DIRECTOR DE TALLER



# LAS TRES AMIGAS

Biannet Uscátiga Rodríguez



Nos encontrábamos en la celda 201, todos los días hablábamos cosas de la vida de cada una. Isa era mi compañera más hiperactiva: le gustaban las drogas, pero, como cada una de nosotras, tenía su tragedia, se encontraba en prisión por querer ayudar a una chiquilla: la acusaron de secuestro de niños. Como ella hay muchas personas en prisión. A la Gomela Pérez la acusaron de homicidio y secuestro, tenía una condena de veinte años.

Nuestra 201 era la celda más pobre del penal: no tenía televisor ni radio, mucho menos un ventilador para calmar el calor. A pesar de eso, todos los días nos reíamos de nuestras aventuras, siempre teníamos algo que contar. Yo les hablaba de cómo fue mi vida: a mis doce años fui violada y a mis trece fui mamá. Una mañana, cuando mi hijo tenía tres meses de edad, decidí que era mejor vengarme de todo el daño que me había hecho aquel hombre. Entonces busqué los malos caminos, los cuales me llevaron a mucho sufrimiento. En ese trazo de mi vida conocí a muchas personas a las que sin querer les hice daño.

Pasaron los años. En una vuelta de la vida me volví fanática de los casinos, cuando salía del trabajo me iba a apostar. El día que mejor me había ido, pues le había pegado a la ruleta y a otras dos máquinas, se me dio por salir al parque a sentarme, lo que nunca me gustaba hacer, pero era para darle gracias a Dios por todos esos premios que había tenido ese día, cuando se acercaron dos hombres y me preguntaron qué hacía; yo les contesté que dándole gracias al rey de los cielos porque me había bendecido. Ellos me dijeron que lo que debía hacer era pedirle ayuda en todos los años que me esperaban en prisión. Entonces me leyeron mi orden de captura. Nunca pensé que esa orden, por la cual me encuentro en prisión, provenía de una denuncia que me había puesto una persona que hablaba conmigo todos los días y predicaba la Biblia. A veces me pregunto si ese

señor de verdad anda en el camino de la verdad o solo lo hace por estar bien y no trabajar. A mí me condenaron a siete años de prisión sin rebaja. A la Gomela, a veinte años, con beneficios; a Isa la condenaron a cinco. Todas somos madres.

Isa trabaja para ayudar a sus hijos; por ella me he inscrito en muchos cursos del Sena. Acá en la cárcel aprendí sastrería y también hice un curso de cooperativismo y otros; tengo tantos proyectos para cuando salga... La Gomela tiene cinco hijos; todos los días trabajamos en el proyecto de hacer una casa y poder estar juntas.

Debo decir también que me enamoré de un hombre maravilloso, con el que me casé. Lo amo, él ha sabido entenderme porque también estaba preso, hoy somos felices, espero que todos los días que me quedan sean para poderme resocializar.

A veces me pregunto por qué los valientes se tropiezan; por eso estoy presa, por dármeles de valiente. Hace poco me echaron gas pimienta en los ojos porque me enfrenté a dos sapos lengüilargas, porque sapo no es el que cuenta, sino el que inventa lo que no es; pobres putas mariguaneras, no vale la pena ni nombrarlas, porque la basura al balde... así son ellas.

Algunas veces dicen que la cárcel arregla a las personas, qué va, las hace ser más rencorosas, pero también más fuertes y más decididas.

Una mañana, me levanté como a las siete de la mañana y me dieron el mejor regalo: me dijeron que tenía una entrevista. Ese día cumplía treinta y dos meses de prisión; yo salí con lágrimas en los ojos porque me dijo una dragoneante que era algo que me iba a sorprender, era mi hijo de dieciséis años que había venido de Puerto López, pero como era menor de edad no lo dejaban ingresar al patio. Esa ha sido mi única visita.

Cada momento miro hacia la reja para ver a qué hora me llaman para mi libertad. Pero cuando me llamaron para testificar, me di cuenta de que había condena por otro proceso, así que se acabaron mis ilusiones de salir. Estoy como empezando de nuevo, pero hay algo que está aquí conmigo: la fe de salir de estas rejas... Estos últimos días recibí el mejor de los regalos: poder estar con mi familia. Ellos entendieron mi situación, dejaron de acusarme sin razón y han venido a visitarme, parece que el tiempo que falta lo podré pagar más descansada, porque cuando la familia está con uno, se tienen más fuerzas para seguir adelante.

# GUERRA DE ANIMALES

Carmen Aleida Matute



## DESDE LA RECLUSIÓN DE MUJERES EN ARAUCA

Bueno, les voy a contar una historia: se trata de una cacería diaria entre gatas y ratonas, desde las 6:00 a. m. empieza la faena. Las gaticas pendientes, las ratoncitas escondidas, por los roticos mirando azaradas, a ver dónde se pueden comer el pedacito de queso.

En una de esas cacerías, se amontonaron dos o tres con el queso ya preparado para consumirlo, y una de las ratoncitas dijo: si viene la gatica, yo les digo.

¡Qué bonito ese color! Cuando, oh sorpresa, les dijo la gatica, es negro porque estaba encima del palo. Las agarró con el queso en la mano. Fue tal el susto que no alcanzaron a botar la cacerola donde preparaban el queso para ser consumido, les quitaron la cacerola, estaba calientica y olía a queso. Las cuatro ratoncitas fueron formadas, humilladas, maltratadas con palabras muy duras, como unas bandidas, unas ratas, unas porquerías que no valen nada como ser humano. Las pusieron a lavar paredes, escaleras y baños.

Las ratitas tienen condenas tan culas que solo vienen a comer gratis. Ratas, les repetían, ratas, ratas, fueron castigadas duramente haciendo aseo tres veces al día a todo el patio. Pero las ratoncitas seguían haciendo de las suyas, seguían comiendo queso a la lata, pues la fábrica está aquí mismo en la prisión: las mulas entran cargadas a cada rato, aunque han caído varias, pero es que ese negocito da mucha plata. Las gaticas les dicen a las bandidas ratoncitas: “Vamos a ver quién se cansa primero, ustedes o nosotras, pues nosotras no nos cansamos de castigarlas y aparte meterles un informe con el gato mayor”. Pero eso no les importa a las ratonas, son unas bandidas,

siguen haciendo de las suyas, comen queso por todos lados. Yo apuesto a que esta guerra la ganan las ratonas, ya que ese queso no se puede dejar de comer, aunque las gatas porten botas y uniforme, no las controlarán; dicen que ahora una de las que usan botas y uniforme vive con un comequeso, que son gatos con botas, y que por eso ha bajado la presión, y ahora el queso anda como Pedro por su casa, pues ahora la gata es archiamiga de las ratonas comequeso.

Soy Aleida Matute, no soy gata ni ratona, pero estoy presa por darle un coñazo a las dos gatas de esos comequesos. Me condenaron a cuarenta y dos meses, y eso que solo les di un coñazo y un aruñón en el cuello.

# LOS MISTERIOS DE EL ROSARIO

Gladys del Carmen Pérez



Cuando mi madre y yo trabajábamos en el hato El Rosario, vino el doctor Félix Delgado en su avión, como de costumbre, y mandó a los peones a que recogieran el ganado del hato. Había embarcado unos novillos, cuando de pronto divisaron un toro cachocandela con los cascos blanquitos y el lomo amarillo.

—Mira, ese es el toro de la llanura —le dijo uno de los peones al patrón—, al hombre que lo desafía se lo traga la llanura, se convierte en candela y espanta al resto del ganado.

Un jinete de un caballo negro abrió el tranquero sin bajarse del caballo, con cadenas, convertido en candela; hubo un reguero de jinetes y caballos y los hombres quedaron asustados.

Al mediodía llegaron los caballos sin los aperos y los jinetes a pie. Uno estaba ciego y el otro tartamudeaba, otro venía sin camisa y sin sombrero. El caporal del hato se fue a dar un vistazo por el potrero. Cuando eso yo tenía ocho años; le pregunté a mi mamá qué había pasado.

—Hija, ese es el toro del pauto, cuando se convierte en hombre, y cuando está en el corral se transforma en toro cachocandela.

El patrón le dijo al caporal:

—Perro Sute, vaya y mira cómo llegaron los jinetes, y que suelten las bestias que yo me voy para la ciudad, en la madrugada vengo —así pasó el resto del día. Los obreros, muy pasito, comentaban que ese toro era del Diablo. En el corral entró una tempestad con truenos y olor a cacho quemado y azufre, y se reventaron los alambrados.

Los jinetes se recogieron en el hato entre chistes y cuentos. Y empezaron los dichos de los hombres nativos de Casanare:

—Cuando se caen los tizones, se va del fundo la cocinera; si una persona al comer encuentra un terrón de sal en la comida, es que se va a quedar viudo.

El mono becerrero dijo:

—Cuando la comida está salada es que la cocinera está alegre.

—Y ahora me toca el turno a mí —dijo Ramiro, sentado en un chinchorro, en un alar de la caballeriza—: si los perros aúllan de noche es porque espíritus malignos rodean la casa, se debe poner una cruz en la entrada. Cuando un gallo canta tres veces a las dos de la madrugada y no le contesta otro, morirá el dueño del ható.

Tiempo después, cuando estaban velando en el salón del ható al patrón, de pronto apareció un gallinazo y cayó encima del ataúd. Los que estaban esa noche salieron corriendo, ya que sabían que el papá de él había tenido pacto con el diablo; cuando prendieron las luces estaban, en el ataúd, las huellas del diablo, exactamente de Lucifer.

Esas son las cosas que recuerdo de mi niñez, así tal cual sucedieron, así las vi, así ocurrió en la finca El Rosario...



# SEXO Y TRINCHERA

Luz Miyis Segura



Estaba en el monte. Tenía frío, bostezaba de pereza y sueño, andaba en las selvas de Colombia, en una columna móvil al mando de Romaña, en los páramos de Sumapaz, Cundinamarca. Saqué la cabeza de mi camping, no se veía nadie; me dieron ganas de volver a dormirme cuando escuché un ruido así como tramp, tramp, tramp, muy suave, como cuando pisas sobre la yerba. Vi la hora, eran las 4:50 de la madrugada, pensé que era la guardia de turno que estaba caminando cerca. Seguí arrunchada, pero mi intuición no me dejó tranquila, no pude más y tuve que ir a ver qué pasaba. Me abrigué, me puse el pasamontañas, los guantes y la bufanda. Salí a buscar a los centinelas y al relevante de turno. Todo había quedado en silencio. Fui hasta el camping de los que llevaban el turno, y para mi sorpresa estaban todos dormidos, ¡estábamos sin guardías! Todos los cinco jeteados. Me quedé más fría que una muerta en la nevera, perdí la voz, pero reaccioné rápido, le pedí ayuda a Chuchito. Empecé a llamar a los demás, pero tal vez no me creían o la maldita pereza no los dejaba, por el frío, es que todos éramos llaneritos, y el frío nos pegaba duro, muy duro.

Le cargué el tiro de la recámara a mi fusil. Ya comenzaba a aclarar más el día, y empecé a observar en todas las direcciones. Estaba segura de que había escuchado unos pasos; de repente vi unos montones blancos, grandes y pequeños, camuflados con ramas y hojas de frailejón. Me quedé lela mirando, me acordé de los entrenamientos que nos dieron en los años 92 y 93, cuando nos enseñaron varios tipos de camuflaje y mimetismo. Como nadie me había hecho caso, me fui a buscar una trinchera detrás de un árbol inmenso; cuando corrí a acomodarme, sentí que le había puesto el pie a algo blandito, y del susto caí tendida encima de él.

Tal vez por el miedo o por no sé qué cosa, me confundí en su mirada, y sin decirme nada, sin más ni más, me besó. Yo me sentí rara, tenía miedo,

no podía gritar, no me salía la voz; sabía que estábamos rodeados, así que me quedé quieta, lo dejé que me besara. Lo hacía tan bien que sin querer, sin pensar, le seguí el juego. Era una locura, pero se sentía tan rico que no pude detenerme. Cuando terminamos el beso, me miró a los ojos y me sonrió. Le pregunté, en susurros, quién era, cómo se llamaba. Él me sonrió y me volvió a besar, me sentí sujeta por esos brazos fuertes y bonitos y me empecé a excitar.

—Soy el sargento del batallón alta montaña —me dijo. Fue tanto el impacto, que del susto no supe dónde quedé.

—Eres mi cautiva guerrillera —me besó otra vez. Me gustó mucho, me tomó en sus brazos y se montó sobre mí, me sentí como ahogada, deslizó sus manos, me soltó el chaleco, me desabrochó la correa, desabotonó mi pantalón y empezó a tocarme. Yo no actuaba, lo dejaba que hiciera. Cerré los ojos y me dejé llevar por el placer, estaba perdida en mis ganas. Parecía un sueño, ya no tenía miedo, no sentía sino ganas de que no parara. Le bajé la cremallera del pantalón y se la saqué, sin decirle ni una palabra lo conduje hasta que me penetró.

Cuando nos vinimos empezó una balacera impresionante. El chillido de las balas y los gritos hicieron que nos apretáramos con fuerza. Entre la selva de ruidos, escuché que me gritaban “¡Chata, Chata, qué pasa, dónde estás!”. En segundos me abroché el chaleco y me atrincheré por un lado de la cepa del árbol. En ese momento no sabía a quién disparar, ni en qué dirección estaban mis compañeros.

—¡Sargento, Sargento! —se escuchaba también. Al poco rato ya ambos bandos tenían heridos y muertos. Él tampoco sabía qué hacer, tampoco decía nada. A mí se ocurrió disparar al aire.

Al cabo de un rato salimos corriendo hacia la misma dirección. Él quería llevarme a la patrulla, pero yo quería buscar a mi gente. Entre cruces de balas me dijo que me fuera con él, pero, como buena fariana, yo le contesté que no. Cogí otro rumbo y busqué hacia los míos. Había dos heridos y un muerto.

Seguimos en el combate todo el día: plomo y plomo, cesaba una media hora y otra vez plomo, casi a las diecisiete horas se emputó Romaña y nos dio la orden de entrar con toda para sacarlos o que nos sacaran. Ellos eran treinta y seis contraguerrillas y nosotros una compañía de combate compuesta por cuarenta y ocho hombres. Esa noche maniobramos, les hicimos un cerco, amanecimos atrincherados, sin ruido, con hambre y sueño y medio muertos de frío. Ellos vinieron hacia donde nosotros, también iban

avanzando calladitos, querían tomar posición, pero ya nosotros estábamos ubicados. Por esas casualidades de la vida, o por designios de Dios, nuevamente me crucé con mi hombre, al que me había comido esa mañana. Cuando me vio, me apuntó. Yo le hice señas para que apretara el gatillo. Pero tal vez se acordó de lo que habíamos hecho y no me disparó, sino que se fue acercando lentamente y yo empecé a recular, buscando alejarnos del resto. Cuando estuvimos lejíitos, se me acercó y me volvió a besar. Me dijo que si le había gustado tirar en medio de las balas, yo no le dije nada y lo besé. Lo estaba empezando a acariciar otra vez cuando sentimos una lluvia de balas; eran mis compañeros. Él, como pudo, se fue corriendo. Yo salí brava con el grupo porque me habían interrumpido el segundo polvito, pero lo que les dije fue que por culpa de ellos se me había escapado ese man.

Cuando todo terminó, cuando los soldados por fin se fueron corriendo, yo busqué por todos lados a ver si estaba dentro de los muertos, pero no lo vi. Solo me quedó su apellido, Jordán, y el recuerdo de que a mis diecisiete años había vivido una experiencia única en pleno combate.

# LA TRAGEDIA DE MI VIDA

Marinella Arévalo Sayado



El día 15 de junio de 2008 ocurrió la tragedia. Mi marido se fue a tomar; al volver, cuando le abrí, me pegó contra la puerta de la pieza y me insultó.

—¡Malparida, hijueputa! —me gritaba. Buscó un cuchillo y me amenazó.

Yo salí corriendo por encima de una malla que cercaba el patio. En la calle grité por ayuda. La vecina del frente se levantó con mis gritos y me dijo que entrara a su casa. Mi marido me alcanzó y me tocó con el cuchillo, entonces yo agarré uno que estaba en una mesa y, para defenderme, le metí una puñalada.

Los vecinos se asustaron, yo también estaba asustada, pero todo había sido por defenderme. A él lo llevaron para el hospital de Tame (Arauca) y llamaron a mi familia y le contaron todo.

Nosotros vivíamos en un caserío llamado Flor Amarillo, en la vía de Tame a Arauca. Hasta allá llegaron algunos familiares míos, fueron ellos quienes me aconsejaron que me fuera porque seguro que ahí me iban a matar. Yo les hice caso, me fui para Tame y me presenté a la policía. Confesé los hechos y acepté cargos.

Mi marido falleció dos meses después. A él lo trasladaron al hospital de Arauca, y de ahí a Bogotá, pero luego le dieron de alta y fue en la casa donde no se cuidó las heridas y se le infectaron, fue eso lo que lo llevó a la tumba. A mí me condenaron a doscientos ocho meses por homicidio simple. Como estaba en embarazo, la juez de Tame me dio la domiciliaria hasta que mi hijo tuvo seis años pasaditos, y de ahí la juez me llamó para que me presentara acá en Arauca, donde estoy acabando de pagar mi condena para volver algún día a ser libre de toda esa desgracia que me pasó.

Lo único que me queda de eso es mi hijo, que es lo más sagrado de mi vida. Ya le conté a él la verdad de lo que pasó entre el papá y yo. Le dije

que el papá había muerto por un problema que había tenido conmigo, porque él nos quería matar a los dos, porque para esa fecha el niño estaba en mi vientre.



# BOGOTÁ

COMPLEJO CARCELARIO Y PENITENCIARIO  
METROPOLITANO DE BOGOTÁ (LA PICOTA)



RUBÉN DARÍO SÁNCHEZ  
DIRECTOR DE TALLER





# LAS PALABRAS

Héctor Wilson Castiblanco Ruedas



Las palabras  
Compuestas por letras para formar frases  
que al decir las sin sentido nadan como los peces.  
Algunas de ellas hacen sentir ilusión,  
más cuando se dicen con el corazón.

Leo y releo tus escritos,  
y me recuerdan tus besitos.  
Me dan ganas de llorar al pensar,  
si es una realidad o ganas de soñar.

Me hace daño tu tono de voz  
pues siento odio y no amor entre los dos.  
Cada palabra es más hiriente  
dejando el alma doliente

Dios mío, ¡ayúdame a cambiar!  
Todo aquello que me hace dudar.  
Estoy solo y me dedico a escribir.  
Y con palabras trato de describir.

Cuando reflexiono, reconozco mis faltas,  
pues son ellas el perjuicio de mi mente.  
El decir palabras causan sentimientos  
y algunas de ellas resentimiento.

# YO Y EL MAGNO

Fray Elías (seudónimo)



16 de junio de 1999, plaza de San Pedro en Roma

La mejor visita de mi vida a un lugar histórico, la ciudad imperial de los césares. Yo, un simple peregrino del sur, donde los campos, la fauna, la flora, y la cultura son distintas, estaba al otro lado del mundo. Mi gran sueño, como católico y occidental proveniente de un país latino, era conocer al vicario de Cristo en la Tierra. Aquí iba, estaba nervioso, porque me iba a encontrar con un ser magnífico, el súper grande. Me sudaban las manos, me temblaban los pies, miraba todo a mi alrededor, era un espectáculo jamás visto por mis ojos latinos. Me acompañaron a la camarilla pontificia grandes lores vestidos de púrpura, con sotanas espléndidas y hermosos peccorales, con roquetes blancos de lino bordado. Me custodiaban unos caballeros de alta estatura, de ojos preciosos como el cielo azul; además llevaban una gran armadura de acero con lanzas y espadas con mangos dorados y penachos. Con paso marcial me acompañaban a la cita preparada para mí.

Me cubría un traje de paño, zapatos charolados, camisa almidonada, puños almidonados y mancornas, una corbata de lino de color rojo. En mi mano derecha llevaba la tarjeta de invitación para presentarla al cónsul del vaticano. ¡Hemos llegado!

—¡Oooh, su Santidad! Qué hermoso estar con usted en este momento, perdone mis lágrimas, pero no puedo contenerme. —Tranquilo, jovencito, ven siéntate conmigo. ¿Cómo te llamas? —Su Santidad, mi nombre de pila es Pedro Sebastián Faustino Luis Jorge Elías Chica López. —Ja, ja, ja. ¡Por Dios! Hijo mío, qué hombrecito tan afortunado de llevar tantos nombres, cuéntame, ¿de dónde provienen tantos nombres y por qué? Dime, te escucho. —Su Santidad, mi nombre proviene del linaje paterno de mi familia: el primer nombre es el de mi tatarabuelo, el segundo de mi bisabuelo, el tercero de mi abuelo, el cuarto de mi padre y el último es el

que por derecho me corresponde, Santidad. —Bueno, cuéntame, ¿de qué ciudad vienes? —Vengo de una gran ciudad llena de café, alegría folclórica y sobre todo muy católica, Santidad. Se llama Pereira, del departamento de Risaralda, Santidad. —Ah, ya veo. De ese lugar hay aquí un cardenal, tú lo debes conocer. Darío Castrillón. —Sí, sí, sí, sí. Es uno de los mejores obispos que ha tenido la Diócesis de Pereira, muy amante de los pobres y defensor de la vida... Santidad, ¿le puedo preguntar un poquito de usted? —Claro que sí, dime, ¿qué quieres saber de mí? —Santidad, usted no es de Italia, ¿verdad? —No, hijo, de dónde crees que soy. —Mmmmmmm ¡Ya sé!, polaco. —Cierto, soy de Polonia, un país que sufrió muchísimo por la ocupación nazi. Cuando joven tuve muchas dificultades para convertirme en sacerdote. Mi nación se volvió comunista después de la guerra; yo vivía en Cracovia, una linda ciudad con muy buenos principios. Mis padres fallecieron muy temprano, cuando yo aún era muy joven...

Hizo una pausa y cambió el tema. —Pero bueno, ¿quieres tomar algo? —Síiiii. —¿Qué te gustaría? —Una taza de café, Santidad, pues soy precolombino. —Está bien. ¿Con algunas galletas dulces? —Síiii. —Por favor, hermana Sagrario, tráiganos a los dos unas galletas dulces y dos tazas de café calientico. ¿Sabes, Pedro? Me encantó esta visita, me siento muy feliz al dialogar con un hijo de la hermosa República de Colombia, que aprecio tanto y amo con mi corazón. —Santidad, ¿puede regalarme su nombre en esta pequeña libreta? —Claro, Pedrito, soy Karol Wojtyła, ese es mi nombre de pila, pero mi nombre papal es Juan Pablo II. No te olvidarás de él, ¿verdad? —Jamás, Santo Padre, jamás. —Bueno, ya fue suficiente tiempo para estar contigo, me debo marchar para continuar con mis obligaciones como obispo de Roma. Pero antes escucha con atención: sé un buen hombre, humilde y sencillo y serás muy feliz en la vida. No olvides eso nunca. —No, Santidad. ¿Puedo abrazarlo una última vez? —Claro que sí, ven, acércate, yo siempre te amaré como hijo de Dios. No hores que la fuerza del espíritu santo te hará fuerte hoy y siempre. —Adiós, Santo Padre. —Adiós, mi querido Pedrito.

Nunca jamás olvidaré esta experiencia.

# AQUEL GESTO DE CARIÑO

Swapje (seudónimo)



Todos los momentos de mi vida han sido agradables y siempre han iniciado con el contacto de algún desconocido. Cuando llegué al mundo no conocía a mis padres, tíos, abuelos, etc. No hablaba, pero hacía gestos y balbuceos, que les gustaban a aquellas personas, para entablar una conversación con esos desconocidos. De igual manera, antes de conocer a mi amada esposa ella era una desconocida. No la conocía, pero surgieron temas que solo le gustaban a ella, entre los cuales recuerdo el ritmo de la salsa, que no me gustaba, pero que terminó por gustarme. Lo mismo sucedió cuando conocí a mis suegros, cuñados, a mi primer jefe, etc.

Actualmente tengo pendiente una conversación con un nuevo ser que llegó a mi hogar, solo tengo una foto y algunas expresiones de mi esposa y mis hijos, como “Es tan hermoso”, “Es tan bonito”, “Tan tierno”, “Muerde muy duro”, “Salta de alegría cuando me ve”, entre otras. ¿Dónde lo podré conocer? Puede ser en un café, en un carro o en mi casa; no lo sé, pero, como cada momento de mi vida, también va a ser agradable. Pienso que nuestra conversación sería acerca de si le gusta el concentrado que come o si se siente bien con sus nuevos amos; si lo están cuidando bien, si le están dejando el agua servida, si lo han regañado o le han pegado con el periódico, si lo miman... Así como sucedió con Lana, mi gata, yo sé que también sucederá con Bruno, mi nueva mascota, recibiré grandes gestos en respuesta a cada tema.

Por ahora sé que está feliz y también añora que llegue el día de entablar nuestra primera conversación, para verme entrar por esa puerta y mover su colita en gesto de cariño, al ver a su amo y sentir la felicidad de la gran familia que lo acogió.

# BOGOTÁ

ESTABLECIMIENTO CARCELARIO LA MODELO



VÍCTOR MANUEL MEJÍA  
DIRECTOR DE TALLER



# UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD

Pipe (seudónimo)



De paseo por México, con mi esposa, me di cuenta de que algo andaba mal. Me sentía incómodo y no era normal, sentía que algo malo iba a pasar. Disfrutamos cada día que pasaba, pero seguía con el mismo presentimiento.

Llegó el día de regresar a Colombia. Aprovechando que me encontraba en ese lugar, y como es usual en la mayoría de los colombianos, la ambición me pudo. Traje algo que estaba prohibido ingresar al país, sin pensar en las consecuencias que esto podía traer para mí y para mi familia. Claro que, la verdad, ya lo habíamos hecho en varias oportunidades y por eso me atreví a seguir adelante.

Resultó que el presentimiento era cierto. Pasé por alto la voz que me decía “NO LO HAGAS”. Llegamos al aeropuerto y quedamos en el filtro de migración. Nos habían descubierto; de inmediato supe que todo había acabado, que la misma vida nos había puesto punto final.

Miré a mi esposa y se me derrumbó todo. Quise devolver el tiempo, ella no merecía lo que estaba pasando. Una vez más pensé: “debí hacerle caso a mi corazonada”, pero sabía que ya no era posible y no había salida. Me tocaba afrontar la realidad y ser fuerte por los dos.

Ha sido un proceso muy fuerte, de muchos cambios y descubrimientos, tal vez algo necesario en nuestras vidas. No sé si de esta manera, pero sí es UN ALTO EN EL CAMINO.

Ha pasado el tiempo y no todo ha sido malo, hemos aprendido cosas muy buenas y valiosas para nuestras vidas, con gente humana que no creerías encontrar acá, lo que me ha llevado a pensar que estamos tan contaminados por la sociedad actual, que esta misma nos ha llevado a errar desastrosamente.

Ahora estamos atentos y cerca de una respuesta de nuestro lío jurídico para irnos a casa; tendremos muchas historias que contar, muchas lágrimas que derramar y muchas risas para brindar, pero lo más significativo, tendremos una NUEVA VIDA QUE COMENZAR, una SEGUNDA OPORTUNIDAD.



# LA MÍA

David Orlando Durán



Amanecí en el cuarto de hotel de quinta en el que viví durante los últimos diez años, ubicado en el centro de la ciudad. “Amanecer” es un formalismo, porque a lo largo de esos años llegaba cuando el sol ya había salido y despertaba hacia las dos de la tarde, después de una noche infernal de drogas, alcohol y juerga, y esta no era la excepción.

A mi izquierda, semidesnuda, estaba la Marcela, mi Marcela: novia, amante, amiga, compañera de aventuras desde que teníamos doce años. Una noche en que su padrastro la castigó por haberse comido unas chocolatinas de la “chaza” de la que derivaban su sustento, Marcela se fue conmigo para nunca más volver a su casa.

A partir de esa noche, y según sus propias palabras, alcanzó plena libertad, la que según ella nadie le podía quitar. Tenía dientes blancos, pequeños, finos y parejos que proyectaban inocencia, distante de la mujer brava y frentera que en verdad era. Defendía su libertad como una fiera defiende a sus cachorros.

Me había acompañado durante casi diez años en los trabajos que realizábamos para subsistir en esta fría ciudad, donde cada quien busca lo suyo, sin importarle lo de los demás.

Luego de cada golpe certero y de la adrenalina que acompañaba al mismo, con gran frenesí nos íbamos de rumba con felpas, pepas, bazuco y marihuana; de esta última utilizábamos dos con características distintas, la sativa para mayor concentración y adrenalina, y la índica para descansar y relajarnos.

Todo trabajo coronado lo celebrábamos con fiestas de varios días, tiempo durante el cual nos apartábamos de nuestra realidad. A las fiestas asistía ella con alguna novia ocasional, dejándome en ocasiones participar en la juerga, mientras que en otras no me dejaba ni siquiera mirar. Esa era

mi parcerá, la de piel canela, cabello ensortijado, manos delgadas y finas, cuerpo esquelético marcado por los azares de la vida, señales de una que otra pelea en la que ella aprendió a defender lo que a su manera llamaba libertad. Esa era mi socita, para mí la mujer más bonita y la más segura pa' voltear, ya fuera en el transporte público o en las calles solitarias de esta jungla de cemento llamada Bogotá. Nos habíamos especializado en Transmilenio, por lo denso de la carga, lo que los académicos llaman productividad y efectividad, que facilitaba nuestra actividad.

Para mejorar el foco en nuestro negocio, nos empujábamos un par de sativas antes de salir a camellar. En hora pico nos hacíamos un palo, dinero suficiente para cubrir las necesidades de una semana, incluidos los balones, los angelitos, los diablitos y las felpas de cada celebración.

En diez años de labores no había tenido los bolsillos vacíos, ni había llovido tanto desde la noche anterior, parecía que el cielo se hubiera roto de un solo tajo. Invitaba a estar en casa, pues había abrigo y compañía junto a una amiga que mi Marcela había invitado.

Llevábamos casi dos días de juerga, las tripas empezaban a sonar de hambre. Le dije a mi Marcela que lo único que necesitaba era un teléfono inteligente, para venderlo.

Necesitaba doscientas lucas para quedarme en ese lugar dos o tres días más, de rumba, con comida y con la compañía de Marcela y su novia fugaz.

Hice vestir de forma apresurada a mi Marcela con su blusa de tiras que hacía un año le había regalado en el centro comercial donde abordamos aquella tarde el Transmilenio.

Ella se puso los jeans levanta-colas que invitaba a besar sus nalgas, las botas de caña donde escondía el puñal, con suelas desgastadas, y una descolorida chaqueta de cuero.

Nos fuimos a paso de locomotora buscando la estación de la décima para encontrar el botín que nos permitiera seguir de rumba por diez años más.

Teníamos nuestros roles y un guion que habíamos ensayado y que sería la sorpresa total. Ella bloquearía las puertas y volaría puñal a todo aquel que intentara atacarme o atraparme. Activar el botón de emergencias haría al Transmilenio detenerse en medio del camino, y así nuestra ruta de escape sería éxito total, solo tenía veinte segundos cuando recibiera mi señal.

Me paseaba impaciente por el pasillo del segundo vagón, buscando la víctima que expusiera un celular; de repente, un estudiante desempacó de su mochila un nuevo Mac. Hice mi seña a mi Marcela levantando el

pulgar y le caí a la víctima mostrando mi arma para que entregara el Mac que representaba dos palos, uno más que el celular.

Sin oponer resistencia, el muchacho entregó. Vi en otro pasajero un lazo de oro en el cuello, se lo rapé y me dispuse a saltar cuando vi que una dama sacó el teléfono con disimulo como para llamar a la policía. Entonces le pedí de forma cortés: “Vieja HP, entrégueme el teléfono, porque la puedo chuzar”. La mujer se aferró al cacharro, me obligó a herir su brazo para quitarle el teléfono.

De tres brincos salí del bus sin percatarme de que estaba en marcha y que otro Transmilenio que pasaba por el lugar de forma violenta me despidió por los aires con teléfono, lazo y Mac.

Durante tres meses estuve inconsciente en un hospital, totalmente cuidado por el cuerpo médico de ese lugar, y cuando abrí los ojos estaba rodeado también del Cuerpo Técnico de Investigaciones. Me llevaron a la URI de Puente Aranda y luego a la Modelo. Mi Marcela estaba en otro penal, muy a su pesar y a que, a su manera, luchó por su libertad.

Salí por vencimiento de términos hace un mes. Nos fuimos a celebrar con mi Marcela al barrio El Restrepo, luego un par de índicas, para finalizar en el hotel donde nuestros sueños se iban a conciliar.

Mientras prendía mi segundo bareto, mi Marcela había tomado ventaja, y al doblar la esquina un hombre me la quería violar. Reaccioné con prontitud y violencia y de una fuerte patada tumbé al hombre, que a grito herido decía: “por favor no me golpeen más, todo lo mío les entrego, no me hagan sufrir”.

Los vecinos, al escuchar los gritos, bajaron con palos y machetes. Nadie creyó mi versión de que quería violar a mi Marcela.

Hoy me encuentro de nuevo en la Modelo a la espera del juicio, porque a mi manera y a la de ella pretendimos defender nuestra libertad, mientras ella, mi Marcela, a su modo, espera su juicio en otro penal.

# EL CUCHO

Jhon Alexander Muñoz Delgado



Estaba almorzando con mi esposa y mi suegra, cuando, como decimos las personas privadas de la libertad, “Mi causa” apareció en el noticiero, en los avances de las noticias principales.

La nota se trataba de un video en el que el personaje aparecía tomando whisky en el balcón de su apartamento, relajado y desparpajado. Semejante comportamiento tenía que ser castigado. Seguramente nos iban a quitar la detención domiciliaria. Un almuerzo tranquilo se transformó en un caos total.

Qué vamos a hacer, había llegado el momento de prepararnos para ir a la Modelo a cumplir la orden de detención intramural del juez. Del INPEC ya debían estar saliendo por mí para llevarme a las instalaciones de la Modelo.

Ya no pude comer más, ja, ja, ja, ja, noooo eso no, me terminé toda la comida. Primero el almuerzo y ahorita miramos qué necesitamos para estar preparados, pensé.

Con la tranquilidad que me caracteriza, terminé de disfrutar el almuerzo que pensé sería el último con mi familia. “Bueno, preparemos la maleta”: dos blue jeans, una pantaloneta, tres camisetas, dos polos, un par de tenis.

La pinta de las audiencias: un pantalón de drill azul, dos camisas, otro par de tenis pero negros. Dos toallas, cepillo de dientes, jabón, desodorante, loción, crema dental, seda dental. Lista la maleta.

Todo muy bien organizado, en un morral que había comprado hacía algunos días para la ocasión, mi viaje a la Modelo. Ya eran las tres de la tarde, los niños estaban por llegar del colegio. Iba a disfrutarlos en la probable última tarde con ellos.

No recuerdo mucho más de ese día. Era martes. Todos los días de esa semana, cada vez que sonaba el citófono, el corazón se aceleraba; yo brincaba a contestar, sentía que se me agotaba el aire, hiperventilaba, dentro de mí decía: “LLEGARON”.

—Sí, dígame.

—Don John, que si va a dejar ropa para la lavandería...

“Bueno, veamos que me falta por hacer, el apartamento está ordenado, listo para la llegada de los niños del colegio”. Otra vez el citófono, se repetía la película, esa voz interior “LLEGARON POR MÍ”.

—Sí, dígame.

—Don John, que van a cortar el gas, que si baja para ver si logra pagarlo por el punto de pago y evitar que lo corten...

Nuevamente la respiración normal, pero la gastritis aumentaba. El citófono sonaba entre cuatro y cinco veces por día.

—Sí, dígame.

—¡Ay, qué pena, me equivoqué de apartamento!

Mi voz interior decía: “¿Será que no se puede equivocar con otro apartamento, mi querido amigo de la portería?”. Pero como no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista, llegó el viernes, y cuando pensaba que el fin de semana sería el último en el seno de mi familia, sonó mi celular.

—Señor Muñoz, estamos llegando a su apartamento. Por favor baje, venimos del INPEC.

Otra vez, caos. Qué falta, claro, la colchoneta, corra a comprarla, tres chaquetas delgadas, diez sándwiches, un paquete de papas súper crocantes; ya la maleta no era suficiente, ahora también tenía una bolsa gigante. Entre las cosas de último momento están los objetos más preciados que me acompañan y me traen los mejores recuerdos, como la cobija gris enorme, que era la que teníamos en la cama; simplemente mi esposa la tomó y la puso en la bolsa, también una pijama de vikings y dragones fluorescente con la que jugaba con mis hijos. Listo, bajemos.

Los esperé media cuadra antes de la entrada. Llegó la camioneta del INPEC, pero no pudo frenar antes de la portería, el impulso la dejó frente a la entrada, y la reversa no funcionó en ese momento, una cortesía de mis carceleros.

Una etapa de mi vida había terminado, la etapa de las felicitaciones, donde la vida me sonreía, mis padres recibían elogios y se sentían orgullosos de su hijo mayor, el ingeniero, el que tiene la misma pinta del papá, el mismo timbre de voz.

Y el que apenas pudo disfrutar de su Silvana cuatro años y de Juan Alejandro dos. Cinco años de matrimonio (Liliana); atrás quedaron los días de gloria y orgullo. Iniciamos una nueva etapa de vida. Subí a la parte de atrás de la furgoneta del INPEC. Mi cuñado llegó corriendo:

—La almohada, John.

Desde el interior de la camioneta un niño me dijo con voz ronca y oscura:

—Siga, CUCHO.

# EL HOMBRE Y LA PALOMA

Jorge Hernández



Un amigo mío estuvo unos meses acompañándonos en este sitio de permanencia obligada y en un día lluvioso de febrero le dio por comerse una flor, de esas que llaman cartucho, cultivadas junto al altar de la virgen de Las Mercedes, patrona de este lugar.

Esa flor de color blanco le supo a gelatina. De pronto me dijo que, de esas palomas que se encontraban en el patio, había una a la que le habló y ella le entendió.

Pensé: “se enloqueció mi amigo”.

Al día siguiente quise sentir lo que mi amigo me describió, comí un gran pedazo de flor. Había varias palomas cerca y me detuve a hablarle a cada una de ellas, pero todo fue en vano. El único que podía hablarles y entenderles era Carlos, mi amigo.

Carlos le pidió un favor a una paloma. Ella aceptó. Le pidió que fuera hasta un país de Centroamérica y le llevara una razón a su familia. Transcurridas dos semanas, la paloma no regresaba. Mi amigo se mostraba contrariado. Decidió olvidarse de la paloma.

Una tarde en que nos encontrábamos conversando en el patio, de repente apareció la paloma viajera y mi amigo la reconoció; esperó a que se acercara y le preguntó cómo le había ido en el periplo. La paloma se tomó un tiempo para responder, pues quería descansar. Al rato le comunicó a Carlos que había entregado la comunicación a una de sus hermanas.

El mensaje decía que muy pronto lo iba a abrazar y que iban a compartir juntos muchas cosas que habían quedado pendientes desde su partida.

Como si fuera una premonición, Carlos salió en libertad en el mes siguiente al retorno de la paloma y se fue derecho para su país, llevando a cabo todo lo planeado con su hermanita.

Antes de emprender su viaje de regreso, mi amigo me comentó que, para lograr una comunicación cierta, la flor debían consumirla tanto la paloma como su interlocutor.

En una carta, mi amigo me dijo con nostalgia que intentó hacer lo mismo en su pueblo natal, pero todo fue inútil. Al parecer, la flor que producía esos efectos se encontraba dentro de los muros.

Le respondí que la paloma me había dicho que, como él había perdido su fe en la misión que le había encomendado y dado que no quería que él volviera a este lugar, le había cortado para siempre el hechizo de poder hablar con ella.



# DESPERTAR

Pablo César Ramírez Palacio



Me levanté con el timbre aturridor y alarmante de una llamada a las seis de la mañana, de un número desconocido. Por lo general, ese tipo de llamadas no traen buenas noticias. Por supuesto, no lo eran.

De ahí en adelante comenzaron a desencadenarse eventos desconocidos para cualquier ser humano que nunca haya vivido la triste, desgarradora, humillante y oscura experiencia de perder la libertad.

Durante las horas siguientes llegó una tormenta: todos hablaban, juzgaban, acusaban y se sentían con la suficiencia moral, ética y jurídica de opinar, eso sin tener en cuenta la prensa que destruye la vida y honra de cualquier ciudadano y de su familia. En menos de doce horas condenan a alguien sin conocer los hechos, solo importa el sensacionalismo y amarillismo de la noticia.

Éramos trece personas para la foto de las seis de la tarde, muchas para gusto de la prensa. La foto, debido al poco espacio, no quedó agradable, por lo que decidieron publicar una foto previa que habían obtenido al medio día, donde no había sino diez personas. Para fortuna mía y de los otros dos que habíamos sido capturados en diferentes ciudades, no alcanzamos a llegar a la foto del medio día.

Ese día me encontraba frente al mar de Coveñas, una de las playas más tranquilas y solitarias por esa época en el Caribe; vestía una pantaloneta polo roja, camiseta rosada y chancas, que hasta el día de hoy las veo con nostalgia todos los días en el cajón. ¿Por qué nostalgia? Pues ese día no pude meterme al mar. Esperé más de seis meses esa oportunidad. Hoy, trece meses después, me toca recrearlo en mi imaginación, así es la vida.

Después de bañarme y vestirme, acompañado de mis captores, tomamos camino: dos horas en carro. Esperamos en el aeropuerto, luego tomamos un avión hasta la capital.

Nos recogió un carro conducido por un agente de la DIJIN que parecía feliz, tanto que me aterró, como si hubiese acabado de ser padre o estuviese bajo el efecto de alguna sustancia. Tenía ojos de locura y sonrisa de satisfacción.

Terminé, después de pasar por muchos lugares en el proceso de captura, en una fría y oscura celda de la estación de policía de Mártires. Llegué a media noche a un camarote de tres alturas negro, metálico y ligero.

No sabía cómo era ese lugar, ni con quién me tocaría compartirlo. La oscuridad de la noche bogotana en marzo me impedía ver. Pensé que por ser el último en llegar me tocaría el lugar más alto.

Esa noche, sin cobija y sin nada que apaciguara el frío, dormí a medias. Recordé varias oportunidades en que tuve que subirme a la banca de un paradero en la calle, después de la nevada de un invierno en Nueva York, mientras esperaba impacientemente la llegada del bus que me llevaba al *college*.

El frío ingresaba de abajo hacia arriba, como en las películas, un humito que se cuele por los espacios que quedan entre los zapatos, las medias y el pantalón; que congelan todo el cuerpo comenzando por los huesos de las extremidades inferiores.

Lo que menos importa son los detalles, pero eso es lo que todos quieren saber; sin embargo, lo que realmente importa es la tormenta que se presenta dentro de nuestras mentes; pensamientos van y vuelven, imágenes, recuerdos de las personas más importantes y que sufrirían en esta montaña rusa de emociones.

Recuerdo las caras de las personas que nos topábamos a nuestro paso. Expresiones de miedo, de susto, de chisme. Todos abrían camino al andar. Realmente me sentí observado e importante; es la única vez que no he hecho fila para registrarme ni para el filtro de seguridad del aeropuerto, y no tuve que preocuparme por la silla asignada.

No me puedo quejar de las personas que estaban a cargo del operativo, fueron decentes, incluso me permitieron hablar con mi familia por teléfono. Ese día pensé: “que buenas personas son”, pero días después me di cuenta de que lo que realmente querían saber era a quién llamaba y qué hablaba, la inocencia me atacaba por segunda vez en el mismo día. No sé si es gracioso o preocupante, al fin y al cabo es mejor ser el bueno. Ese día yo parecía el anfitrión de ellos, los invité a desayunar, a las medias nueves, al almuerzo y así sucesivamente hasta llegar la cena.

Entre idas y venidas, entre diferentes personas y lugares transcurrió mi primer día, sin saber por qué estaba ahí, o con quién, cuál fue la decisión que me tenía en esa situación, qué hice, qué no hice, o qué me faltó por terminar. Durante todo el día y la noche le rogaba a Dios que todo fuera una equivocación o mejor aún que alguien me despertara de esta larga e interminable pesadilla.

Es el momento donde todos buscamos la ayuda de un ser superior, ahí sí nos acordamos de Dios, que alguien nos acoja en su seno y nos diga simplemente “todo va a estar bien”.



# BOGOTÁ

RECLUSIÓN DE MUJERES DE BOGOTÁ (EL BUEN PASTOR)



VÍCTOR MANUEL MEJÍA  
DIRECTOR DE TALLER



# UN ÁNGEL SIN FUTURO

Maricruz (seudónimo)



Llovía a cántaros en la fría ciudad de Bogotá y en el hospital, a través de una ventana, Natalia observaba caer la lluvia mientras descansaba en una camilla. Estaba exhausta después de haber parido a su primer hijo.

Natalia era una niña-mujer de catorce años y aún sobresalían sus facciones infantiles. Era hija de una mujer alcohólica que la había maltratado.

Aunque jamás había conocido un padre, sí habían desfilado, durante su niñez, decenas de amantes que su madre le imponía como padrastros. Fue por culpa de uno de esos que la habían echado a la calle como a un perro.

Natalia, con doce años, ya se estaba convirtiendo en una mujercita muy atractiva, y su madre, llena de celos, la echó por temor a su amante de turno que se fijó en su hija. La niña tenía lindos ojos verdes y cabello castaño claro, su rostro era angelical y hermoso y llamaba la atención.

Natalia caminaba sin rumbo y sin dirección. Las lágrimas corrían por sus mejillas y sentía un dolor y un vacío inmensos en su corazón, se preguntaba cómo una madre podía odiar tanto a su hija, a pesar de ser juiciosa y obediente.

No sabía cuánto tiempo llevaba caminando, pero sentía frío y hambre. Cansada de caminar, se sentó en un andén, y vio a un chico alto y rubio dirigirse hacia ella, Natalia sintió temor, pero el chico le sonrió:

—Hola, monita, no te había visto por aquí. ¿Cómo te llamas?

Natalia, algo tímida, le respondió:

—Me llamo Natalia Gómez, ¿y tú?

—Yo no recuerdo cómo me llamo, pero sé que mis amigos me conocen como Menudo.

Natalia observó al chico, era guapo aunque vestía unos jeans rotos y una camisa descolorida color azul. Pensó que si ese chico se vistiera bien, podría pasar por un hijo de papi. Menudo la miró.

—¿Vives por aquí?

—No, la verdad es que vivo como a veinte cuadras.

—Si quieres, te acompañamos a tu casa.

—No tengo casa.

Menudo la miró desconcertado.

—¿No dices que vives como a veinte cuadras?

—Mi mamá me echó de la casa y no tengo a dónde ir.

Menudo le propuso que se quedara en su cambuche. Natalia dudó, pero sintió miedo de quedarse en medio de la oscuridad y accedió. Menudo la condujo debajo de un puente donde tenía su cambuche. Había varios colchones en el suelo y unos cojines en cuero ya rotos. En una mesa de madera había velas encendidas sobre unas botellas de gaseosa. Natalia sintió temor, pero la sonrisa y la amabilidad de Menudo le dieron confianza.

—En un momento llegan los muchachos, te van a caer bien, son buenos chicos.

—¿Cuáles muchachos?

—Pues el parche con el que comparto el cambuche.

—¿Cuántos años tienes, Menudo?

—Diecinueve años, ¿y tú?

—En un mes cumplo trece.

Menudo la miró fijamente y Natalia se sintió algo intimidada; él se acercó.

—Eres muy linda, Natalia.

Menudo la tomó por la cintura y, sin que ella pudiese evitarlo, la besó. Natalia, que nunca había besado a un chico, se sintió entre nubes y, sin saber por qué, aquella noche y debajo de ese puente, se entregó y se hizo mujer.

Al día siguiente los ladridos de un perro callejero despertaron a Natalia. Se encontraba sobre un colchón roto y bajo una mugrienta cobija. Menudo no estaba, así que se sobresaltó y salió del cambuche. A la salida del puente vio a un chico acurrucado junto a una hoguera.

El chico no aparentaba más de quince años y tenía unos harapos tan sucios, que no se veía de qué color eran. Natalia se acercó y le preguntó por Menudo. El chico la miró y sonrió, era simpático, tenía ojos marrones.

—¿Eres la monita que trajo Menudo? Mucho gusto, me dicen el Zarco.

Antes de que el Zarco pudiera contestar, llegó Menudo con otro chico como de diez años. Al ver a Natalia, se acercó y le plantó un beso.

—Fui a comprar pan y café para que desayunemos, tómatelo calentico.

—¿No piensas desayunar?



—Ya desayuné en la cafetería, ¿cierto, Chinche?

El niño asintió. Menudo, abrazado a Natalia, le dijo, mientras miraba al Zarco y al Chinche, que ellos eran los panas con los que vivía. Luego, mirando a los chicos, les dijo que Natalia era su mujer y que esperaba que la respetaran tanto como a él.

Los panas de Menudo respondieron con ademanes de respeto. Natalia sonrió; en medio de aquella miseria se sentía por primera vez importante y querida, ya se sentía enamorada del hombre al que se había entregado por primera vez.

Menudo le enseñó a Natalia a reciclar. Ese era su rebusque, al igual que el de otros muchachos como él; aunque cuando el Chinche veía la oportunidad también raponeaba carteras y celulares. Natalia aprendió rápido ya que era bastante lista y, aparte de eso, por su belleza, se le facilitaba negociar con los dueños de la chatarrería para que le pagaran bien el material que llevaba.

Menudo era adicto al bazuco y Natalia, quien lo veía como su amo y señor, no le reprochaba, todo lo contrario, ella misma se lo compraba en un expendadero que quedaba a unas dos cuadras del cambuche. También compraba un licor barato que los emborrachaba y los calentaba en esas noches frías. Al igual que Menudo, los otros chicos también eran consumidores, y Natalia, mientras ellos tomaban y fumaban sus pipas, procuraba medio arreglar el lugar.

Un día Menudo invitó a Natalia a tomar. Ella se excusó diciendo que debía madrugar a vender unos cartones que había recogido, pero él insistió y ella accedió a tomar con ellos. Después de varios tragos, terminó fumando bazuco; desde aquel día Natalia se hizo adicta, al igual que el resto del parche.

Llevaba tres meses fumando. Cierta mañana se sintió indispueta al pararse del colchón. Todo le daba vueltas. Volvió a acostarse y se quedó dormida. Ya era la una de la tarde cuando Menudo se despertó y, al ver que Natalia dormía a su lado, la llamó. Ella le dijo que no se había levantado porque estaba indispueta.

Natalia fue con Menudo a reciclar. Luego de vender el material, Menudo compró dos bandejas de *corrientazo* y se sentaron en un andén a almorzar. Menudo le dijo a Natalia que les estaba yendo muy bien, que el cucho del reciclaje estaba pagando lo que era.

—¿Y no podríamos ahorrar unos pesos? Creo que estoy embarazada —dijo Natalia.

Menudo, al terminar de almorzar, se limpió la boca con el puño de la camisa.

—Vamos donde don Ignacio para que te ponga unas inyecciones para abortar.

Natalia le dijo que no quería perder al bebé. Él le hizo ver lo inconveniente de la situación y lo poco que podían ofrecerle. Ella dijo que con lo bien que les estaba yendo podrían alquilar una habitación.

Menudo, después de discutir con Natalia un rato, por fin aceptó de mala gana que tuviesen al bebé. Natalia estaba consciente de que Menudo tenía razón, pero a ella le daba miedo abortar; además, en medio de su inocencia, ella soñaba con que su hijo algún día tenía que caminar.

Siguieron reciclando y viviendo bajo el puente, pues aunque les iba bien, todo se lo consumían en bazuco y comida. Ya Natalia tenía seis meses de embarazo y muchas veces se quedaba recostada mientras su amado iba a vender lo reciclado en la basura. Uno de esos días, ya casi de noche, cuando llegó el Zarco, al ver a Natalia sola empezó a consolarla y a acariciarle la barriga con cariño.

En ese momento apareció Menudo, quien malinterpretó la situación. Maltrató a Natalia porque sospechó que algo extraño estaba pasando entre su amigo y su compañera.

Menudo sacó su navaja y agredió al Zarco, que salió corriendo. Natalia sollozaba tratando de calmarlo, pero Menudo estaba como loco y no entendía razones; los celos y el dolor de creerse engañado lo tenían embrutecido.

Desde aquel día a Natalia se le convirtió la vida en un infierno, pues ya Menudo no la trataba con cariño. Se volvió déspota y muchas veces hasta le echaba en cara su supuesta traición.

Natalia, al ver que en pocos meses nacería su bebé, dijo a Menudo que debían comprar ropa y algunas cosas. Él respondió que buscara al Zarco, que era el padre verdadero de esa criatura. Natalia lloraba en silencio.

Un día, mientras estaba reciclando, Natalia pasó por una calle y vio un rancho abandonado, corrió donde Menudo y lo convenció para que lo invadieran. Menudo, aunque seguía furioso, aceptó. Pasaron las cosas para el rancho. No tenían luz, pero Menudo se buscó unos cables y los conectó al poste del alumbrado público. El agua la suplieron de un lavadero de autos cercano.

Natalia estaba feliz, pues sentía aquel humilde rancho como su hogar, aunque Menudo la ignoraba y no la respetaba. La noche que sintió los dolores de parto lo encontró desnudo con una ñera. Perdió el conocimiento.

—Joven, joven.

Natalia abrió los ojos, estaba en una clínica. Vio a una enfermera con un pequeño bebé en brazos. La enfermera le sonrió:

—Le traigo a su bebé, es un niño hermoso, nació muy saludable.

Natalia esbozó una sonrisa y recibió al bebé. Vestía un pañal y una camiseta blanca. A escondidas de Menudo había comprado alguna ropita y también una vecina le había regalado algunas cosas.

Al otro día, a Natalia le dieron de alta y salió con su pequeño hijo en brazos. El hospital quedaba a unas quince calles del rancho, Natalia caminó sin ganas. Al llegar, encontró a Menudo jugando cartas con unos compinches. Siguió derecho hacia el colchón y descargó a su pequeño hijo, quien dormía plácidamente sin imaginar que había llegado al lugar equivocado.

Natalia, que sufría por la indiferencia y el menosprecio de su compañero, se refugiaba en el licor y la droga. Siempre daba a su hijo alimentos y cuidados antes de fumarse. Menudo en cambio era indiferente y apático con el bebé, pues se imaginaba que el niño, que se llamaba Petter, no era suyo; hasta renunció a su rol de padre, jamás se dignaba a mirarlo. Así fue creciendo el pequeño Petter, bajo los cuidados de una madre drogadicta, alcohólica, y bajo la indiferencia y el desamor de un padre que no lo quería.

Petter creció rápidamente y se convirtió en un niño muy próspero y trabajador; donde don Chucho se ganaba la vida cuidando los carros. Le regalaban el almuerzo y la comida y hasta le daban para que llevara a casa.

Petter sustentaba el vicio de su padre, y, como ya no gastaba en alimentos, aparte del bazuco y el licor para Menudo, ahorraba unos pesos. Tenía el sueño de comprar una bicicleta.

Cuando Petter cumplió nueve años, don Chucho le regaló cincuenta mil pesos. Petter fue a la olla para comprar el bazuco para su padre. Se quedó mirando aquellas bichas y se preguntó por qué su padre había dedicado toda su vida a aquel polvo. Quería saber qué sentía su padre al fumar. Compró más bazuco y se fue, dispuesto a probar.

Petter, bajo la mirada indiferente de su padre, se metió un pipazo. Ya no iba a trabajar, se encerraba dos o tres días a fumar. Perdió su trabajo y decidió dedicarse a robar negocios cercanos. Empezó a escalar muros y a meterse en las casas desocupadas. También raponeaba celulares. Los vecinos estaban iracundos y ofendidos con Petter.

La junta comunal del barrio empezó a ver la amenaza que significaba Petter y llamaron al teniente, quien se las arregló para encerrarlo en la correccional, de donde se escapaba siempre.

Entre tanto, a Natalia la hirieron por robar dinero. Una vecina, que en ese momento pasaba por el lugar, corrió al rancho para avisarle a Menudo, pero este estaba tan ebrio que no le prestó atención.

Petter, quien escuchó a la vecina, le suplicó con lágrimas que por favor ayudara a su mamá. Aunque la llevaron al centro de salud, fue en vano, las heridas eran mortales. Tuvo que llorar la muerte de su joven madre.

Petter se quedó con su padre en el rancho. Menudo dejaba fumar a sus compinches a cambio de algunas trabas, sin importarle la suerte del niño, quien acudía a la caridad de los vecinos para no morir de hambre. Pero como era un niño muy avisado, empezó a cuidar carros a la salida de un restaurante y le iba bien.

Un día, Petter se robó un computador portátil que llevaba una jovencita, y el papá de la estudiante, cansado de las delincuencias de Petter, lo buscó y le propinó tres balazos en la cabeza dejándolo tirado en una esquina. Petter tenía tan solo diez años. Nadie reclamó su cadáver.

A los dos años de la muerte de Petter, Menudo murió de cirrosis en el rancho y los vecinos, que no lo querían, llamaron a medicina legal para que lo recogieran.

Quizá sí existe un cielo, allí estarán Natalia, Petter y Menudo reunidos, y viven como la familia feliz que no pudieron ser en la tierra.

# MI ÁNGEL PERDIDO

Millerlande Sanclemente Zuluaga



La felicidad de regresar a España con sus amigos, su novio y su hijo mayor. El dolor y la tristeza de alejarse nuevamente de su patria Colombia, su única hermana de veinticinco años y sus hermosos sobrinos.

Sentimientos encontrados pasaban por la mente de Dayana, una mujer de origen colombiano que partió de su país hacia Europa cuando tenía veinte años, en busca de nuevas experiencias y un mejor futuro.

Llevaba radicada en España diecisiete años. Hacía diez que no viajaba a su país de origen. Tenía temor al reencuentro de sus recuerdos.

Después de veintiocho días de recorrer las calles de su ciudad natal, Tuluá, disfrutó el encuentro con su padrastro y revivió momentos inolvidables al lado de su única hermana, y en compañía de su hijo de siete años, quien visitaba por primera vez ese extraño pero caluroso país.

Dayana se encontraba como despertando de un sueño en el aeropuerto El Dorado, en Bogotá. Todos esos momentos vividos tan intensamente eran parte del pasado, y después de diez horas de vuelo estaría nuevamente en ese maravilloso país en el que había decidido pasar el resto de su vida y ver crecer a sus hijos. Su futuro esposo y su hijo de diecinueve años estarían esperándola en el aeropuerto El Prat, de Barcelona, ansiosos y felices por su retorno.

Mientras divagaba entre sus recuerdos y jugaba con su pequeño hijo, escuchó de repente su nombre a través de la sala de embarque, cuando ya los pasajeros empezaban a abordar el avión.

Nuevamente llamaron por el altavoz: “La señora Dayana Moreno, por favor acercarse al punto de embarque, puerta número 7”.

—Mamita, mamita, es tu nombre, te están llamando, ya es hora de tomar nuestro vuelo. ¡Volvemos a España!, ya quiero ver a mi hermano y a mis amigos del cole. Vamos, vamos...

Dayana estaba absorta en sus pensamientos, pero cuando el niño tomó su mano y la miró, entendió que algo muy malo estaba a punto de pasar y sintió deseos de abrazar a su hijo y desaparecer en el tiempo, y que nada ni nadie pudiera interrumpir ese momento. Deseó que se prolongara eternamente.

—¿Es usted Dayana Moreno? —preguntó un policía con voz imponente.

Dayana estaba paralizada, no podía articular palabra. El niño contestó:

—Sí, señor policía. ¿Ya nos vamos a España?

Los siguientes minutos fueron muy confusos para Dayana, su cuerpo estaba allí, pero su mente seguía remontándose días atrás. Su amigo el italiano, días antes de viajar a España, le había propuesto llevar una maleta, según él, con la intención de ayudarla.

No le dijo cuánto ganaría ni la cantidad de droga que llevaría, simplemente la hizo sentir segura porque eran amigos desde hacía quince años y él siempre había estado con ella en los momentos difíciles, ¿por qué iba a engañarla ahora?, ¿no estaba acaso ayudándola y llamándola constantemente, para mostrarle que le importaba su situación?, ¿no se había ofrecido amablemente y sin ningún interés a prestarle dinero para apoyar a su hermana?

Dayana recuerda que su primera respuesta fue negativa y se había enojado mucho ante semejante propuesta que le hacía su amigo, cuando él sabía que ella siempre comentaba con sus amigos que jamás se metería en asuntos de drogas. Ella había trabajado muy duro para montar su propio restaurante y para ser modelo de honestidad y emprendimiento para sus hijos, ¿era una idea descabellada!

Los policías le dijeron a Dayana que tendría que ir con ellos para identificar las maletas. Como una *zombie* se levantó de su asiento sin soltar la cobija de su hijo, al que estrechó contra su cintura, como si presintiera que en pocos instantes lo separarían violentamente de su lado. Solo deseaba despertar pronto de esa terrible pesadilla, no podía ser más que eso.

El italiano, ante la negativa de Dayana, no dejó de llamarla y escribirle al WhatsApp; le envió 300 euros para que pudiera estar tranquila los últimos días en Colombia, y ella se sintió feliz, ya que pensó que era un amigo de verdad.

El día del esperado retorno a España, el vuelo salía desde el aeropuerto de Cali. Ella se despidió con tristeza de su hermana y sobrinos, aunque en su corazón deseaba ver a su hijo mayor y a su novio.

Se encontraba con su hijo en el aeropuerto de Cali, cuando avisaron que el vuelo había sido cancelado. Les dieron alojamiento en un hotel de

Cali con todos los gastos pagos y dos días para disfrutar con su hijo a solas, sin saber que serían los últimos momentos compartidos con su pequeño.

Pasearon por las calles de Cali, compraron detalles y regalos y pasaron un día inolvidable en el Parque de la Caña. Madre e hijo hacían planes fantasiosos de todos los viajes que harían juntos; ella reía cuando él le decía que se harían viejitos y pasearían por la playa cogidos de la mano porque la amaría eternamente.

Dayana, motivada por las fantasías de su hijo y sus ambiciones, escribió a su amigo italiano contándole del retraso del vuelo y excusándose por la estúpida decisión de no llevar la maleta. Dijo que era una “señal del destino” el retraso del vuelo y que seguramente “Dios quería darle un empujoncito”. Esa fue la ridícula conclusión a la que llegó para excusar su fatídico error.

—Señora Dayana Moreno, ¿son estas sus maletas? —preguntó el policía despertando a Dayana de su letargo.

—Sí, señor policía, esas son —contestó, mientras apretaba a su hijo contra sí misma y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Pidieron autorización para abrirlas y comenzaron a sacar paquetes de productos alimenticios: Mijo, café, leche, soya y otros paquetes comestibles que ella no sabía que se encontraban allí. Su amigo le había advertido que no abriera las maletas ya que estaban monitoreadas y solo las abrían en el lugar de destino.

Ella pensaba que por mucho habría dos kilos pero en realidad la maleta llevaba doce mil novecientos gramos de cocaína pura, casi trece kilos.

En la mente de Dayana solo estaba su hijo, quería abrazarlo y desaparecer como en las películas de ficción que tanto les gustaban. Poder pedir un deseo con tanta pureza y tanta fe que al abrir los ojos ya se hubiese hecho realidad, pero cuando abrió los ojos la realidad la golpeó como un mazo en su cabeza. Le arrebataron a su hijo mientras le mostraban el contenido de los envases y hacían la prueba química frente a ella. Cocaína pura de altísima calidad.

—Está detenida por tráfico y fabricación de sustancias estupefacientes. Tiene derecho a un abogado.

El policía leía sus derechos mientras ella se perdía en sus recuerdos. Lo que escuchó a continuación no pudo entenderlo, por su mente iban y venían imágenes de toda su vida, de su infancia, su madre, sus matrimonios, sus amigos, el colegio, la universidad, los viajes a Italia, Inglaterra, Francia, el nacimiento de sus hijos, sus triunfos, sus fracasos. Era como si

estuviera muriendo y recorriera paso a paso todo lo que había vivido. Lo que más revivía era cada instante con sus hijos.

Dayana miró como si de una visión se tratara, los policías hablaban con su hijo en un cuarto con cristales al lado de donde ella estaba. El niño aún estaba ahí, tan cerca, pero tan lejano, ella ya lo sentía distante, perdido... Y ella ¿quién era?, ¿cómo había podido hacerle eso a su hijo?, ¿qué podía hacer para evitarle ese dolor? Ya todo se había acabado, era el fin.

De sus ojos empezaron a brotar lágrimas contenidas, se liberó de los policías y corrió hacia su hijo, los dos se fundieron en un abrazo profundo y lloraron sin poder contenerse, sin decir palabra, mientras los policías los miraban y se decían entre ellos frases hirientes.

El niño secó con sus manos las lágrimas de su madre.

—No me quiero ir con ellos, ¿a dónde me llevan?, ¿cuándo volveremos a España?

El niño miró a los policías:

—Mi mamá es buena, por favor, yo puedo explicar lo que pasó: alguien puso esas cosas en nuestra maleta. —El niño empezó a llorar—. ¡Mi mamita no fue! ¡Mi mamita no fue! ¡Déjenla ir, por favor!

Entre llantos y ruegos, el niño dejó de suplicar, pareció entender que él nada podía hacer. Se aferró al cuerpo de su madre como si quisiera pegarse a ella y nada ni nadie pudiera separarlos.

Dayana secó las lágrimas de su hijo y suplicó a los policías que por favor los dejaran un momento a solas. Reunió las últimas fuerzas que le quedaban y le habló con toda la serenidad y amor que pudo:

—Hijo mío, te amo con todas las fuerzas de mi corazón, no existe nada ni nadie en este mundo que pueda romper esos hilos mágicos de amor que Dios creó entre nosotros. De ahora en adelante esos hilos mágicos se estirarán todo lo que sea necesario, sin reventarse o dañarse para mantenernos siempre en nuestra sintonía de amor; estemos donde estemos, nuestro amor se mantendrá vivo. Estos señores te llevarán a un sitio especial, es como de vacaciones o de paseo en otro país, será como un hotel solo para niños. No te preocupes, cariño, van a cuidar muy bien de ti. Todo va a estar muy bien.

Mientras Dayana le hablaba, sentía que se desmoronaba y que las lágrimas contenidas amenazaban con salir no solo por sus ojos, sino también por cada parte de su cuerpo. Continuó hablando:

—Tu papito vendrá a buscarte lo antes posible y no tendrás que estar mucho tiempo en ese sitio, tú y yo tardaremos unos días más en vernos y la



verdad no sé cuántos, cariño, tu mamita ha cometido un error gravísimo y estos señores solo están haciendo su trabajo, ellos deben hacer cumplir la ley.

El niño respondió:

—No eres mala, eres la mejor mamá del mundo, por favor no dejes que me lleven, yo me voy contigo, no importa si nos encierran juntos.

Dayana sintió como si arrancaran a tirones un pedazo de su corazón y de su alma, cuando arrancaban a su hijo de sus brazos y se alejaban con él. Vio en cámara lenta cómo se llevaban al ser que más amaba sobre la faz de la tierra.

Su mundo se tornó oscuro. Sacó de su pastillero, que aún no le habían decomisado, unas pastillas de Diazepam y se las tragó rápidamente para que nadie la viera, y durante el interrogatorio respondió lo que pudo, medio dormida, mientras se sumía en la penumbra de sus pensamientos y su alma se transportaba sola y sumisa al infierno.

# LA TRAICIÓN

Nanyi Ome Rojas



Un presentimiento acechaba la puerta, un sentimiento de culpa, una misión. Todo empezó con pequeños sueños, sueños que perturban la noche. Montañas, derrumbes, caídas, una tempestad en un sábado que terminaría en un sinfín de preguntas. Un por qué.

Nanyi se levantó, no prestó atención, siguió su rutina. Tenía trabajos que entregar donde estudiaba, tenía que cuidar a su hija de siete meses; además, unas cuantas peleas en la semana, con su esposo, la tenían agobiada. Estaba decidida a dejar los problemas atrás, seguir con su estudio, poner su negocio de peluquería y tener a su hija bien y estar tranquila con su marido.

Ese fin de semana decidió ir donde su madre, como acostumbraba. Quería enmendar los altercados y evolucionar. Terminados sus trabajos, le dio un beso a su hija, le dio un abrazo a su marido y pidió a Dios que todo terminara para un mejor futuro, sin pensar en que el problema no había empezado.

4:30 a. m. Sonó la alarma de su celular. Nanyi, como siempre, caminó al baño, se duchó, preparó la colada de su hija, los pañales, la muda de ropa, todo listo para que su madre la cuidara mientras ella estudiaba. Sacó la leche... sonó el timbre, eran las 5:00 a. m.

El corazón le empezó a latir, un raro sentimiento apareció, como cuando el corazón se arruga, el estómago se abruma y mil cosas en la cabeza empiezan a surgir. ¡Despierta! Un golpe, dos golpes, tres golpes rompieron la puerta. Sintió que todo se derrumbaba, temblores rozaron el piso de aquella mujer.

Su sueño empezó a ser una película de terror, un dolor profundo; sintió algo extraño, ¿serán ladrones? ¿Enemigos? Un silencio de un segundo se volvió una eternidad.

Cogió un cuchillo que tenía en el planchón de la cocina, en su otra mano la bolsa de leche que por el susto no pudo soltar y en su cabeza un pensamiento, mi familia primero. Un cuarto golpe y un quinto, un grito que sacudió su alma, derrumbaba su ser, su futuro, su sentir.

—¡Policía Nacional!

No hay palabras para descifrar lo que venía encima. Su apartamento inundado de policías, querían a su esposo. Mil delitos, mil palabras. Solo quería abrazar a su hija, que por la perturbación de los ataques prendió en llanto. Sus pequeños brazos sostuvieron la pequeña compasión que sentía, sentimientos rotos, alas rotas. Solo faltaban unas palabras para derrumbar lo que sentía. Palabras del agente de infancia que venía por la menor, pero ella explotó en ira.

—Por encima de mí se llevan a mi hija —respondió ella.

—Doy media hora, si no tienen a alguien que recoja a la menor, tendremos que llevarla —respondió el agente de bienestar familiar.

Nanyi llamó a su madre. Correo de voz. No respondía. Los nervios alteraron su ira. Veinte minutos después el agente recibió una llamada. La madre de Nanyi devolvió la llamada que con tanta necesidad había hecho su hija.

—Malas noticias, arrestaron a su hija por los mismos delitos de su yerno.

El dolor de una madre no solo expresa la desilusión que produce el saber que su hija iba tras las rejas, también que su querida nieta quedaría a la intemperie, como un naufrago perdido en el mar.

Pero ella, la mamá de Nanyi, fue como una luz, como una salvación. A pesar del dolor de su corazón, tomó un rol que hacía más de quince años no tomaba. La decisión de ser madre y abuela, prometiendo no dejar a esa pequeña.

Le dio un abrazo a Nanyi, vio con dolor, rabia y tristeza a su yerno, cogió a su amada nieta y vio cómo se llevaban a su hija detenida como una gran criminal, muchos hombres armados, cámaras de grabación y camionetas.

Nanyi llegó con su compañero sentimental a la URI de Paloquemao. Allí nadie sabía qué decir, solo incertidumbre llenaba la cabeza de aquella mujer que días antes pedía por mejorar las cosas; no sucedió y todo cambió.

Fotos, huellas; los llevaron a un salón donde al transcurrir largas horas vieron llegar compañeros de calle, los que ahora llamarían compañeros de causas. Una audiencia, dos, tres y una decisión: Retención intramural. Los compañeros del esposo de Nanyi le dieron la espalda.

¡Dios mío!, ella no lo podía creer, personas que en algún momento le dieron la mano a su esposo. “Los quiero ver mal”, pensó un segundo con una piedra en la garganta, como una flaga que quema y no sana. Solo ella sabía que destrozaron un hogar, no uno, sino dos, tres... muchos. Suspiró y rezó. Esto no era para siempre.

# EL INICIO

N. Hernández (seudónimo)



La llegada aquí fue impactante. Lo recuerdo con horror, pero al mismo tiempo mi cerebro olvidó muchos momentos dolorosos; no lo tengo claro, pero lo que es inolvidable es la llegada al Buen Pastor, a una horrorosa jaula sin luz, un baño que funcionaba a medias y dos niñas mirándonos, pero sin vernos.

Llegué aquí con tres señoras que conocí en todo este proceso. Una de las niñas que estaba ahí sentada era reincidente, fue un ángel para nosotras, pero con un apodo espantoso; tenía la cara marcada y un diente roto por una pelea con una dragoneante. Nos enviaron al patio uno. Es una bodega con paredes altas y unas pequeñas ventanas para airear el sitio, muchas colchonetas en el suelo, muchos ojos aterrados mirándonos y muchos gritos de los uniformados. Qué hermosa bienvenida después de saber que estás lejos de tus seres queridos.

Pegamos los colchones y nos abrazamos todas, incluyendo la otra niña de la jaula que no hablaba. Éramos un soporte emocional la una con la otra, nos dijeron que serían solo tres días y pasaron diez.

Sobre el techo roto, sucio y tenebroso, se veían las sombras de los chulos volar. Algunos reposaban sobre las esquinas de aquellas tejas, que los atraían como si supieran que en el interior de aquel lugar había cuerpos en descomposición o tal vez almas en agonía. Nos encerraban muy temprano y no podíamos ir al baño, a todas nos tocaba en un balde asqueroso a cualquier hora de la noche y los mil ojos pendientes del sonido estruendoso de un candado gigante que nos indicaba un alivio para respirar.

Salíamos desbocadas a pelearnos los únicos dos cubículos llamados “baños” y también la desesperante ansiedad de comer cualquier cosa que nos trajeran. ¡Qué tristeza! Pero qué más triste que ver a los internos de

seguridad con sus labios cosidos como protesta por lo que para ellos es tan justo; esto y algo más durante la eterna estadía en este lugar especial.

# BOLÍVAR

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE CARTAGENA (TERNERA)



DAVID LARA RAMOS  
DIRECTOR DE TALLER





# HIJO DE LA GUERRA

Adalberto Gómez Sepúlveda



Pepe fue uno de los pocos niños con la oportunidad de nacer dentro de un grupo guerrillero, ya que eran contados los embarazos autorizados y este fue permitido porque sería el hijo de la compañera sentimental de un comandante.

Pepe nació el 20 de enero de 1986 en una montaña del Urabá antioqueño. Hijo de alias Antonia y el comandante Julio. Creció en medio de las armas y los conflictos. Pepe, junto con los pocos niños de esa comunidad, por su condición de infante, era utilizado en los campos para asistir cultivos, con el fin de ir formándolo.

Cuando las milicias urbanas informaban sobre algún operativo del ejército nacional, los niños eran asignados a civiles colaboradores de este grupo en la región.

Cuando tenía diez años hubo un operativo del ejército nacional que las milicias urbanas no tuvieron tiempo de informar. Los niños se encontraban en el campamento al momento del combate entre el ejército y la guerrilla; ante el caos del enfrentamiento los niños huyeron, y tomaron rumbos diferentes.

Algunos fueron hallados y protegidos por el ejército, que luego los entregó al Instituto de Bienestar Familiar.

Pepe, que siempre sobresalía por su astucia, se internó en la montaña, y caminando por ella se encontró con un campesino, que le preguntó el motivo por el que estaba por esos lares. Pepe mintió diciendo que sus padres lo habían echado de su casa, así el campesino, ingenuamente, sin dar aviso a las autoridades, lo llevó a su finca y le dio posada.

En la finca ayudaba con los trabajos suaves, pero los territorios en los que estaba la finca eran dominados por las autodefensas campesinas. De hecho, una vez, estando Pepe y don Camilo en los corrales, llegó un pequeño

grupo armado de las autodefensas campesinas; ellos conversaron con don Camilo y le preguntaron por el niño que lo acompañaba, refiriéndose a Pepe; él les respondió que era un sobrino. Lo mandaron a buscar agua para tomar en una olla, al regresar con ella se las entregó; él se sentó con ellos tranquilamente, pues ya estaba acostumbrado a ver armas.

Esas visitas se volvieron frecuentes y siempre los atendía el niño, Pepe ganó su confianza de a poco. Así pasaron seis años, hasta que un día el comandante del grupo le propuso que trabajara con ellos, propuesta que Pepe no despreció.

Se despidió agradeciendo a don Camilo su hospitalidad. De esa manera ingresó a las filas de las autodefensas, en las que estuvo siete años, hasta que la mayoría de ese grupo se desmovilizó. La división en la que él estaba no se acogió al proceso de desmovilización, por lo que quedó como disidente. De allí nacieron los grupos emergentes o bacrim, y ya en este nuevo grupo lo asignaron a otra zona.

Una vez en una finca, mientras Pepe descansaba, los atacó otro grupo ilegal. De un momento a otro se encontró atrincherado en el tanque elevado de la finca; un proyectil impactó en una de las vigas que sostenía el tanque y le entró por el bolsillo izquierdo del chaleco porta-proveedor, a la altura del pecho.

Los compañeros de Pepe, al ver eso, pensaron que el tiro había ido directo y que él lo había aguantado; comenzaron a murmurar que Pepe era brujo y ese comentario llegó a oídos del comandante del bloque, quien no dudó en decir que era a él a quien necesitaba de escolta. Ante esto, Pepe no quiso desmentir la versión de sus compañeros. Fue tanta la confianza que le tomó el comandante, que donde se puteaba la zona con grupos contrarios Pepe era enviado como comandante de escuadra; él solo obedecía órdenes y por suerte todo le salía bien. Con ello logró que lo nombraran comandante de zona. Ya en ese nivel Pepe tenía relaciones con altos mandos, por lo que se hizo muy popular en esa organización. En algunas zonas del país las bacrim hicieron nexos con algunos grupos guerrilleros. Pepe, aprovechando esas alianzas, quiso indagar sobre el paradero de su madre.

Una vez en una reunión con mandos medios de la guerrilla, Pepe le preguntó a uno de los guerrilleros por Antonia, su madre. El hombre le confesó que en un operativo del ejército nacional ella se había quedado dormida y no supieron más de ella. El ejército nunca la reportó ni capturada ni como dada de baja, así, la desaparición de alias Toña era todo un misterio. Uno de los patrulleros de Pepe, que escuchó la confesión, le

comentó al resto de compañeros que la mamá de Pepe también era bruja, porque había desaparecido en un combate.

Después de un año, Pepe fue capturado por el ejército nacional y recluso en un penal de alta seguridad. Aún sus compañeros creen en su hechicería, tanto que se atreven a decir que en medio de los combates han visto su espíritu peleando por ellos.

# LA HISTORIA DEL CARCELERO MAKUNBA

Adrián Hurtado Garcés



Un día Makunba, mientras pasaba por un pueblo, vio una niña atrapada entre unos grandes peñones; al ver su agonía la salvó y se la llevó para su casa. Le dio comida y ropa para que se cambiara, sin saber que la mamá de la niña la estaba buscando.

Makunba le preguntaba dónde vivía, quién era su madre, pero la niña no recordaba nada. Makunba cuidó por seis meses a la niña. Él tenía dos hijas de la misma edad, y jugaban juntas todos los días.

Después de seis meses, Makunba salió con la niña para ver si ella recordaba algo. De un momento a otro, notó que estaba rodeado de policías que lo acusaban de secuestro a menor de edad; él intentaba explicar que en realidad la había ayudado, porque estaba atrapada en unos peñones y que solo la había cuidado todo ese tiempo. Por más grande que fuese el sufrimiento de Makunba, fue condenado a veinte años de prisión.

A los cinco años de estar en la cárcel, la mamá y la niña visitaron a Makunba porque ya la niña recordaba lo que había sucedido y se lo había contado. La historia conmocionó tanto a la mamá que decidió ir a la cárcel a pedirle perdón por el malentendido y agradecerle lo que había hecho por su hija. Ese encuentro fue tan emotivo que todos terminaron llorando. Ante la sinceridad de la mujer, Makunba también la perdonó de corazón. En la despedida, la niña le agradeció por salvarle la vida, Makunba la abrazó y le dijo: No me des las gracias a mí, sino a Dios que mandó un ángel para que te salvara.

Esas palabras fueron muy dolorosas para la mujer, que se sintió en la obligación de cuidar a las hijas de Makunba, porque su esposa había

fallecido y él quedó solo con dos hijas. Durante ocho años, la mujer lo visitó todos los fines de semana y lo ayudó en todo lo que había necesitado.

Al cumplir nueve años, Makunba salió de la cárcel. La mujer, al verlo, quedó tan sorprendida que lo abrazó fuertemente y los dos se unieron en llanto y alegría. Con el tiempo, Makunba le propuso matrimonio y ella aceptó, se casaron y vivieron muy felices con las tres niñas. Makunba solía decir que ayudaría a las personas que estuvieran en peligro, pasara lo que pasara, aunque fuese tres veces a la cárcel siempre estaría feliz por salvar a una persona.

Las niñas crecieron y cuando todas tres terminaron el bachillerato entraron a la universidad para estudiar una carrera y prepararse cada día más. Una estudió Derecho; otra estudió Medicina y la otra Pedagogía; consiguieron buenos trabajos, pero nunca olvidaron ayudar a sus padres. Ellos no trabajaban; con sus tres hijas profesionales vivieron muy felices.

Montaron una empresa de mecánica que cada día era más próspera. Makunba, con el tiempo, se volvió en un gran empresario; tras no tener nada obtuvieron mucho dinero. Makunba ayudó a mucha gente pobre, montó una fundación para las personas que eran adictas a las drogas y al alcohol. Dios lo bendijo con un buen corazón. Makumba siempre dijo que la vida era bella y, aunque tuviésemos dificultades, todo sería cuestión de encontrar la mejor solución.

# EN BUSCA DE ORO

Marrón (seudónimo)



Me dijo el dueño de la tienda que queda en frente de mi casa:

—Vecino, ¿verdad que usted es minero?

—Sí, soy nacido y criado en el municipio de Segovia, donde la economía depende de la minería.

—En Buriticá la gente está consiguiendo mucha plata en las minas.

—¿Cómo así?

—Sí, yo hablo con un familiar que tengo allá y me dice que en cuatro o cinco días se consiguen hasta diez millones de pesos.

—¿Y dónde queda ese pueblo?

—Queda arriba, en la vía a Urabá, como a dos horas y media de aquí de Medallo, pero no dejan trabajar gente que no sea del pueblo.

Tras la conversación le marqué a Mauricio y le dije:

—Qué hubo güevón, ¿qué hace?

—Nada parcero, por aquí relajado.

—Oiga, por ahí en un pueblo cercano creo que están sacando oro como un putas.

—Y ¿usted sabe dónde queda?

—Nada, me enteré por el señor de la tienda de por la casa.

—Ah, usted verá, solo le echamos gasolina a la paloma, vamos y miramos.

Organizamos las herramientas necesarias, martillo, muela, taladro y palo. Al día siguiente madrugamos a las cuatro de la mañana, y ya a las siete estábamos en San Antonio, la imagen de un santo que está a orilla de la carretera de bajada a las minas, que es la devoción de este pueblo frío y cafetero, que apenas indagaba la minería.

“Buenos días”, saludo va, saludo viene, pero nadie conocido. En un momento nos saludó un señor que se percató de que veníamos de viaje y nos dijo:

—¿De dónde vienen, muchachos?

—Venimos de Medellín, pero somos de Segovia.

Extendió la mirada al abismo, señaló y dijo:

—Esa ramada que se ve allá, con plástico negro, es la mina de los segovianos.

Nos miramos y empezamos a descolgar, sabíamos que allí encontraríamos algún conocido o al menos paisanos.

Fuimos bien recibidos, no en cantidad pero sí en actitud. Lo único bueno era la mujer del administrador, tenía un aspecto malvado con el que no podía; lo demás, si se pelotea un mosco, se desnuda. Solo en eso podía pensar mientras observaba el planchón aéreo que bajaba y subía por la garrucha que alimentaba la dotación de una mina multinacional que estaba al fondo de ese abismo.

El explosivo con el que se trabajaba no era Indumil, ni siquiera Anfor, era “polvo loco”, y era muy aburridor trabajar con eso. Eso está compuesto de azúcar refinada tres equis, potasio y otros compuestos químicos, no era bueno por lo peligroso, porque cualquier chispa lo prendía.

Ya teníamos trabajo, nos tocaría ingeniarnos qué comeríamos y dónde dormiríamos, debido a que el pueblo estaba a cuarenta y cinco minutos caminando; además, todo estaba totalmente ocupado y no se encontraba ni una pesebrera que alquilar. Los rumores de la bonanza del oro lo tenían congestionado.

Para comer optamos por ir a una casa de familia cercana a la mina:

—Señora, buenas tardes, ¿usted podría por favor vendernos dos almuerzos?

Nos miró, y con timidez respondió:

—Yo no vendo comida.

—Señora, lo que pasa es que venimos de Medellín y vamos a trabajar en la mina de los segovianos, y ellos nos dijeron que arrimáramos a ver si usted nos vendía algo de comida.

—Muchachos, lo que pasa es que yo no tengo qué prepararles.

—No importa, nosotros comemos lo que usted nos dé.

—Yo hice comida para mis hijos y mi marido, pero si alcanza y queda, les vendo los dos almuerzos.

Luego de almorzar le preguntamos si podría seguir vendiéndonos el almuerzo, a lo que respondió:

—Muchachos, lo que compramos aquí, es para cocinar dos a tres días.

—Doña, no nos va a fiar, plato comido, plato pagado. Así podrá ir comprando más comida, fijese que le sirve a usted y nos sirve a nosotros.

—Me toca conversar con mi marido a ver qué dice.

Y aunque la cidra o papa' e pobres que llaman no era de mi agrado, nos tocó atravesar buen fríjol con buena cidra.

Luego de eso entramos al hueco; como la mina era de cajón, tocaba por escaleras con la ayuda de un lazo. Miramos los frentes de trabajo y notamos que cada uno estaba muy bien hecho con cacao y galena. El frente que nos iban a dar era en un nivel en el que la mina estaba fea y delgadita, por eso el avance era escaso, porque las que tenían oro ya estaban ocupadas con el personal que llegó primero.

Inspeccionamos el terreno y la vimos dura, tras eso salimos un momento a la bocamina y nos encontramos con el administrador, quien nos preguntó:

—¿Qué hubo muchachos, cómo la vieron?

—Bien, mañana madrugamos a darle candela a eso.

—Y... ¿ustedes dónde van a dormir?

—Aquí, mientras tanto.

—Aquí hace mucho frío a la madrugada.

—¿Entonces cómo hace el celador?

—Pues... él tiene hamaca.

—Ahí miramos cómo hacemos.

—Bueno, no hay problema, entonces nosotros nos vamos; estén pendientes, que el celador viene de cuatro a cinco.

—¿Cómo sabemos quién es el celador?

—Él es un señor blanco, serio, usa sombrero y se llama Manuel.

Efectivamente a la hora señalada llegó don Manuel:

—Buenas tardes —dijo.

—Buenas tardes, ¿usted es don Manuel? —Él asintió.

—Nosotros llegamos hoy de Medallo y vamos a trabajar aquí. Hablamos con el administrador para que nos dejara dormir aquí mientras nos ubicamos y dijo que no había problema porque así le haríamos compañía a usted.

Extrañado preguntó:

—¿Cuánto tiempo se van a quedar?

A lo que respondimos:

—No sabemos, dependiendo cómo pinte la cosa.



Al llegar la mañana, cuando el personal empezó a llegar a sus labores, unos sobrios y otros enguayabados, comentaban que habían echado un personal de la mina de los remedianos, porque se había perdido un oro, y que el celador estaba involucrado. A esto, don Manuel contestó:

—¡Por eso es que yo no hago nada con nadie, ni le recibo plata a nadie, porque basta con que se tomen un trago y se pongan a hablar de todo! Yo tengo que cuidar la papa, de lo contrario quién le va a dar comida a mis pela'os. Así que ninguno venga con cuentos, ni siquiera a proponerme algo.

Mauricio y yo nos miramos, y de una entendimos que la ilusión del oro pasa por grandes dificultades.

# FUERZA OCHO

Óscar Humberto Galvis Gonzales



En una tarde calurosa y a la sombra de un palo de mango departía con mi amigo, Luis Barros, anécdotas de nuestras vidas, ambos contemporáneos, él currambero y yo llanero. Aun así sabíamos entendernos.

Al deleite de un par de cervezas para apaciguar la sed, mi amigo me contó que en una ocasión partieron de La Heroica, a las cuatro de la mañana, rumbo a Houston, con una escala en Tampico, en una moto nave de diecisiete mil quinientas toneladas llamada *Río Atrato*, con bandera colombiana.

El mar estaba como un plato, esto no era bueno, decía el capitán, esto trae malos augurios. Era una nave muy sofisticada. En la proa, en la parte de trabajo, tenía un rompehielos con una grúa central de trescientas toneladas y cinco secundarias de ciento veinticinco toneladas.

Llevaba una tripulación de veintidós marineros profesionales, transportaba carga de toda clase, sacos y cajas de mercancías. Frutas, supersacos de polietileno, “polet”, donde vienen los ladrillos, cemento y alimentos. Este barco tenía cuatro cuartos fríos, y los contenedores iban en la cubierta.

Cuando llevaban veinticuatro horas de navegación recibieron una alerta de huracán, preciso en la ruta que llevaba. El capitán, de inmediato, cambió un poco el rumbo para no encontrarse de frente con el fenómeno natural. Lo evadió sin perder el curso. Al cuarto día iban cruzando el golfo de México, llamado el cementerio de barcos, cuando fueron alcanzados por la cola de ese monstruo de los mares, con vientos de más de cien kilómetros y oleaje: montañas de agua que se levantaban de ocho a diez metros. Y comenzó una lucha de pericia y experiencia del capitán Preciado, un profesor retirado de la Escuela Naval.

La carga que iba en la bodega cinco, toda se dañó, porque se llenó de agua; no habían trincado las tapas McGregor, que son las puertas de las bodegas.

Las motobombas del buque se habían dañado y todos los marinos tuvieron que improvisar. Se repartieron en las otras bodegas porque la carga se fue a estribor. Se rompieron todas las trincas; el caos era total, corrían desesperados de un lugar a otro porque la nave se había ladeado unos cuarenta grados. El agua tocaba el borde de la cubierta. Luchaban por pasar la carga a babor. La angustia de la tripulación era tan grande que a dos marineros en popa, Luis y el contra maestre, los encontraron haciendo una balsa para lanzarse al agua. Los convencieron de que había que luchar por sus vidas. A bordo era tal el cansancio que en un momento Barros le entregó su vida a Dios. No podía más. Fueron setenta y dos horas de una lucha desigual; no podían cocinar, solo se abastecían de enlatados. Los motores del barco permanecían encendidos, pero el estado en que se encontraba el buque era tal que ni siquiera se podía mover. El haber quitado la carga dio sus frutos. Ganando así grados hacia babor, gritaban de alegría. La tormenta tropical llamada El Gloria por poco acaba con su existencia. Lograron llegar a Tampico. Durante diez días hicieron las reparaciones pertinentes; a lo lejos se divisaba Houston, para darles la entrada.

“Atrás quedó la odisea más violenta que haya tenido como marinero, el desespero era tanto que en algún momento sentí que ya no era capaz de aguantar. Me siento orgulloso de todos mis compañeros, dimos todo, y gracias a la capacidad de un gran hombre, con la ayuda de Dios, logramos que Fuerza Ocho no acabara con nosotros”.

# ALMA VIVA

William Maza Jirado



Ja ja jaa ja ay ay ay, qué bella es la vida.

De donde vengo no valgo nada. Más valioso es el polvo que levanto con mis pies descalzos, con cada paso que doy, abriendo brechas y atravesando caminos inciertos. Pero a donde voy valgo más que oro refinado. Aun así no tengo precio, me ataron con cadenas y grilletes a un madero como a yunta de bueyes, me amordazaron y a feroces latigazos quisieron doblegar mi fe; a filo de espadas mataron mi pasión.

Gracias a mi otro yo fui libre, y mi libertad traspasó las fronteras y los límites del espacio vacío.

—Alegría, alegríaaíaía.

Es el eco de la voz que retumba entre paredes y barrotes de la caja de cristal de Cartagena de Indias, la amurallada y fortificada con sus puntas de lanzas y de cañones apuntando a su enemigo inglés. Qué bellas son tus casas y balcones coloniales, el olor de la mujer que grita como loca por tus calles y plazoletas. ¿Quién es? ¿Quién es ella? ¿Qué alegre canta!

Tu dulce cantar, mujer piel negra, de pollera colorá, que mueves tus caderas de aquí pa' allá. La lírica de tu voz y el olor de tu cuerpo suda'o que le dan un brillo a tu piel, que me seducen con un apetito voraz. Veo a mi mulata, ven que va a comenzar un son mapalé. Mi negra es caderona, guapachosa, pechugona, mueve sus caderas, mueve sus cinturas al son mapalé; con su ponchera encima de la cabeza vuelve y grita como loca:

—Alegría con coco y anís. Aguacate, platanito, mango, melón y patilla. ¿Es que no me oyen? ¿O es que no me ven? ¿Nadie quiere a la negra? Alguien que me quiera y me compre la ponchera, para no venir mañana... Alegría con coco y anís. Casera, ¡cómpreme a mí!

\* \* \*

El secante sol del mediodía acaloraba los cuerpos. El cuerpo de la afrodi-  
ta sediento, la hizo acercarse a un puesto de venta de refresco y bebidas  
tropicales.

— Señor limonero, deme una limonada.

— ¿De qué la quiere?

— De limón, para calmar la sed.

— De agua panela y sigues con ganas de tamarindo para que te cases  
connmigo — le dijo el limonero.

Ella picarosamente le sonrió y le dijo:

— Bueno, si te vas a hacer cargo de mis cinco hijos y de mi marido...

Por su lado pasó un carretillero de brazos fornidos, de espaldar ancho,  
pantalones cortos, suda'o, renegrío, de salivar espeso y olor intenso. Su  
sombrero era de paja. Un hijo negro colgaba en su pecho, con un colmi-  
llo de perro muerto, como un amuleto de aseguranza, se persignó y dijo:

— Negra de mi amor, dame un sorbo que me muero de sed — suplicó  
y replicó.

— Sopla, sopla, viento a reclamar. Y que vengan de lejos tus pesqueros.

En su carretera llevaba siete bloques de hielo y cuatro canastas de pes-  
cado fresco que sacaron los negros pescadores cuando lanzaron sus trasma-  
llos a la orilla de la playa de Marbella. Sacaron bacalao, macabí y barbudo  
playero. La faena se puso buena.

El pela'o Siso o Abel, echó su canoa al agua y, con el remo en mano,  
remó hasta las afueras del mar y se fondeó a viento en popa.

En el bajo de la ensenada, solo cinco minutos pasaron para que un  
cardumen de sardinas y anchoas presagiaran la buena fortuna. Pero el ruido  
de un fuerte chapuzón dispersó la picaresca fiesta de salpique de sardinas  
y anchoas. Un monstruo marino dejó ver su aleta dorsal. Sí, era él, un pez  
mero de casi dos metros de largo que se había convertido en el terror de  
los pescadores y embarcaciones pequeñas que no podían realizar tranquilos  
sus faenas de pesca artesanal, porque a donde llegaba ese mero los peces  
más pequeños huían de ahí y hasta rompía los plásticos y los anzuelos. Pero  
Abel, lleno de valentía y terquedad, se motivó a enfrentarse a ese monstruo.

Abel, el Siso, preparó su mejor carnada y la ensartó en un anzuelo de  
tres pulgadas; amarrado a un "cordel" de veinticinco libras, dejó caer car-  
nada al mar. El voraz y fiero monstruo, de una sola bocanada mordió la  
carnada, y quedó enganchado en el anzuelo por la parte inferior de la boca.  
Abel jaló el cordel y el mero bramó y saltó, tratando de desengancharse o  
tratando de romper el nailon. Decía Abel:

—Estás cogío, nomejoña.

Dejó que se llevara más cordel y luego lo jaló para cazar al gran pez. El salpique de agua era más intenso y el mero, dando volteretas, provocaba remolinos. Después de una hora de ardua batalla, ambos estaban cansados tanto el pesca' o como el pela' o.

El pela' o Siso tenía sus manos ensangrentadas por las quemaduras y cortadas producidas por el cordeel, hasta que tomó la más arriesgada decisión: arrojar al mar. Con un arpón en su mano aporreó al mero en la espina dorsal con la filosa varilla y se la dejó incrustada con una claraboya para que el pez no pudiera hundirse y no se escapara.

Las otras embarcaciones que habían percibido lo sucedido fueron en pos de su ayuda. Y así, el gran pez, el terror de las cuevas de las piedras, fue vencido. Esta noticia corrió como agua y voló como el viento. Mucha gente se aglomeró a la orilla de la playa del sector Las Tenazas, más exactamente en el atracadero del barradero. Se regó la romería por todo el centro de la ciudad amurallada.

La noticia tocó los oídos de la esbelta mujer negra, que con ponchera y todo corrió a ver lo que pasaba. Cuando fue a ver si era cierto que habían atrapado al gran pez, lo que llamó su atención no fue el pez, sino aquel escuálido y valiente pescador, quien con un tinto en la mano y un cigarro reponía sus fuerzas. Fue en ese instante que los ojos de Miriam empezaron a brillar y la llevaron a pecar.

1976, año en que Miriam y Abel empezaron una aventura fugaz. Miriam quedó en embarazo no deseado, porque ya era madre de cinco hijos de su primer matrimonio. Sin embargo, pasaron los meses y su embarazo se hizo más notorio. Su barriga crecía a paso rápido hasta cumplir nueve meses de gestación. Un 17 de mayo de 1977, cuando la noche empezaba, semidesnuda, gritó:

—Ayayay Dios mío, mi mae, me duele mucho. Corre, Elisa, corre avísale a tu abuela, que la parturienta va dar a luz.

¿Qué hora es? ¿Por qué retumban los tambores? ¿Por qué el palmoreo lleva ritmo y sabor? ¿Por qué encienden fogatas y las doncellas giran alrededor del fuego al ritmo de un mapalé? Hay mucha bulla al son de un mapalé. Alguien grita, alguien maúlla otra vez. ¿Por qué corren las ancianas rumbo a la casa de arriba con sus mechones encendidos?

—Apúrate, Cándida, que ya el agua de la fuente reventó.

Allá en la última casa del barrio de La María se veía un alboroto, un gentío de mujeres que venteaban sus polleras, otras se agarraban la cabeza, lloraban, se agachaban dando vueltas y vueltas.

—¡Corre! Tráeme esta totuma con agua del tanque de la lluvia

—¿Qué pasa? ¿Por qué hay tanta gente en esta humilde casa?

—¡No se *arrecuesten* a la pared porque es de tabla y se puede caer!

Me abrí pasó entre la multitud.

—Y qué hace acostada esa mujer en el piso de piedras y sobre esas esteras mojadas y manchadas con sangre.

—Es la hija de Basilio que está apunto de parir, es su sexta encarnación, pero el primero de su traición. Es el primogénito de una aventura fugaz con un simple pescador artesanal que a la plaza del mercado fue a dar vendiendo pescado, uno por un centavo y dos por un peso.

De rodilla estaba Cándida, la matrona de este palenque. La negra de brazos fuertes por tanto pilar y pilar los granos de maíz y de arroz, descendiente de san Basilio, nacida en Palenque, cantadora de mapalé y bulle-rengue, y oradora del lumba lumba. Viajaba libre como el viento, cantaba como la María Mulata diciendo:

—Ahora, vamos negra, puja más, que tu hijo viene ya. Pujan mi hija linda, puja que para parir naciste, fruto de la fertilidad.

Miriam, la hija de Basilio pujaba y pujaba; apenas el recién nacido asomó su cabecita empezó a brillar como el sol del mediodía.

La placenta, como fiera rabiosa, se resistía a dejarlo escapar, pues ella quería mantener ese tesoro por un rato más, aquel que fue su más íntimo huésped. Cándida, la matrona lo jaló por la cabeza con cautela y cortó el cordón umbilical. Lo bendijo con una palmada y el recién nacido se puso a cantar.

*Dame la teta mamita / Dame la teta mamá / Que tengo hambre mamita y me tengo que alimentar / Para que brille mi pelo y siempre te pueda alumbrar.*

Se oía una romería, el sonido de los tambores no cesaba y la fogata se encendió. Las doncellas no se cansaban de bailar por más que sudaran, movían sus caderas como si les estuviesen picando las hormigas. Como si las estuvieran puyando con una espina de limón o con la filosa punta de una aguja de corozo.

*Y esta es la puya loca / Puya que te puya / Cuidado que te puya / Baila la puya loca, canta la puya loca.*

Una de las vecinas dijo:

—Es Miriam, la negra palenquera, que trajo a otro hijo a este mundo a sufrir.

—¡Calla esa boca! —gritó la cándida a su vecina, y continuó—: Este niño es libre y para él no hay cadenas ni ataduras y su cuerpo no será azotado ni con látigo ni con vara de hierro, no habrá espada que lo venza, correrá como potro salvaje, rugirá como león, sus brazos serán fuertes y su fuerza como la de un búfalo, se levantará y su vuelo será como el águila de la montaña, el esplendor de su cabello será como los rayos del sol en las noches oscuras. Cuando salga de su casa, alumbrará su camino, y cuando viaje y no encuentre regreso será el brillo de su alma la luz que guíe sus pasos, sus ojos serán como diamantes de los que broten felicidad cuando lo invada la tristeza.

Miriam exclamó:

—¡Ay, mi niño pelo de candela que hoy mezo en mi cuna! Canto al Dios de los cielos y lloro a la tierra para que mis lágrimas la rieguen y formen ríos que sacien tu sed. Que caiga maná del cielo directo a tu mesa para que comas con leche y miel. Que el fruto de la hermosura de tu juventud se multiplique por mil hasta el final de los tiempos sensoriales y deslumbren el infinito absoluto donde el silencio hace su dulce melodía.

*Oh la la la la la, la la la la / Arrurrú mi niño, arrurrú Mirian / Por qué llora mi niño / Por qué llora mamá / Por qué tiene hambre / Y no puede mamar / Mis tetas se secaron / Con qué lo alimentaré / Con agua de panela / y ramitas de laurel / Su pelo es pelo Candela / su cuerpo es Colora'ó.*

Isidoro y Candidito, dos de los hijos de Miriam, merodeaban angustiados y afanados por la cocina, pero Miriam, la hija de Basilio, estaba pasando por una situación crítica, el alimento escaseaba en su casa, para ella y sus otros seis hijos. La mayoría de las veces le tocaba hacer de padre y madre; su mamá Cándida le ayudaba en lo poco que podía.

Un día Guillermito, el niño pelo candela, enfermó; ardía en fiebre, permanecía con vómitos y una incontrolable diarrea. Miriam, asustada, sin saber qué podía hacer por la salud del niño, acudió a su madre, quien buscó hojas de los árboles de mango, eucalipto, guayaba, guanábana, matarratón, hierbasanta y hierbabuena, y las puso a hervir en una olla ahumada sobre un fogón de leña seca. Al cabo de una hora, bajó la olla y la puso en reposo al rocío de la noche bajo el cuidado centinela del aire y a la luz de la luna llena. A la mañana siguiente, cuando apenas el sol dejaba caer sus primeros rayos de vida, vació la cocción en una batea de barro cocido y cogió a Guillermito por la cintura, lo alzó más arriba de su cabeza, luego lo besó



en la frente y los zambulló en la cocción de la batea mientras lo bañaba, un canto ceremonial herencia de sus ancestros del pasado, a la vida misma, a los cuatro vientos, al presente y al porvenir.

*Oh batata / Anzulu, mananga, mana, / Lamalanga de Angola / Soplo divino, soplo de vida / Ven a mi sanar / Si quieres mi vida tómalala ya / Pero a mí niño lindo déjalo crecer.*

No pasó una hora cuando la fiebre de Guillermito bajó. Mientras cándida bañaba a su niño, Miriam en la cocina ponía a hervir en una ollita pequeña flores y hojas de manzanilla, toronjil y un diente de ajo morado. Luego, con una cucharita sopera le dio a beber a Guillermito y de una vez dejó de llorar, no volvió a vomitar y la diarrea cesó.

Cándida, la matrona, le dijo a su hija:

—Ve, Miriam, tú no puedes hacerte cargo de este niño, mejor ve y entrégaselo a su papá.

Esa era una decisión triste y dolorosa para Miriam. Con la lágrima en sus ojos envolvió a Guillermito entre paños de tela; el niño la miraba con su mirada tierna y con sus manitas tocaba el rostro de su mamá. Después de haber echado la poca ropa en una bolsa plástica, cogió al niño de pelo candela entre sus brazos y salió con él.

Bajó la loma de La María, sin saber ella que atrás dejaba una escena de llanto y desolación, cuando sus hijitos mayores le gritaban y le lloraban.

—Mami, no te lleves a mi hermanito —decían Elisa, Isidoro y Candidito.

A aquella humilde vivienda la invadió una estela como de nube gris. Estela que se expandía por toda la loma de La María. Se silenciaron los tambores, se apagó la fogata, quedaron solo cenizas que hasta el viento se llevaba de ahí.

Las doncellas pararon de danzar.

—¿Dónde está mi Guillermito? ¿A dónde se lo llevaron? Él tiene el don de la alegría y en él renace el ser del espíritu de la luz.

Miriam ignoraba aquella tragedia final y no presintió lo que estaba por venir. Tomó un jeep negro marca Willys, de transporte colectivo informal, con rumbo a la plaza del mercado de Bazurto, donde se encontraba trabajando el papá de Guillermito, a quien ella llamó Abel. Él, al voltear hacia atrás, no podía creer lo que sus ojos veían. A esa hora del día, lo que Miriam cargaba envuelto entre sus brazos era su cachorrito, su hijo Guillermito.

Miriam, en un tono duro y desafiante, le dijo:

—Aquí tienes a tu hijo, tú verás si lo dejas morir.

Abel, sin mediar palabras, lo recibió en sus manos malolientes y llenas de escamas de pescado, que empezaba a escamar y apilar para la venta.

*Arrecostó* al niño a su pecho como la gallina empolla a sus polluelos. Mirian, con el corazón roto, se despidió de su niño lindo, de su pelo candela al que por muchos años no volvió a ver.

Mientras tanto, Abel, con Guillermito en brazos, y con la bolsita en la que estaba la poca ropa del niño, tomó un bus hacia el barrio Olaya Herrera, ubicado en la zona suroccidental de la ciudad de Cartagena; ese barrio está rodeado por la ciénaga de la Virgen, por lo que es una zona pantanosa y salitrosa. La historia de Guillermito cambió al bajar de la loma de La María a la zona llana de la ciudad. El niño pelo candela fue llevado a otra humilde vivienda en donde vivían sus otros hermanos, hijos legítimos de su progenitor.

Ellos eran cinco con su madrastra Coralia Irene, quien con el tiempo llegó a convertirse en la verdadera madre del niño pelo candela, quien llevó luz y alegría a sus cuatro hermanitos, que cuidaban de él. De un momento a otro el cuerpo de Guillermito dejó de ser colorado y su pelo candela perdió todo su color; el ave de paso se llevó el alma de su mamá Cándida.

*Ha le lo le le lo le / Ave de paso a paso adónde vas / Vienes de lejos ¿A quién buscas? / Ha le lo le le lo le.*

# BOYACÁ

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE CÓMBITA



CAMILO IGUA TORRES  
DIRECTOR DE TALLER



# LA AUSENCIA

David Ortega Mora



Fue imposible no pensar en ella, en su única amiga, en aquel ser que había logrado compenetrarse con lo más íntimo de su alma, en aquel espacio que parecía blindado al resto del mundo. Pero no solo ella había logrado cruzar ese entendimiento mutuo.

La recordó tal cual fue ella, alta, con un cuerpo esbelto, fruto de la gracia de la genética. Con el cabello negro azabache, largo y liso, cogido con una cola de caballo, ajustada en lo alto de la coronilla. Sus pechos grandes pero firmes y su cintura delgada. Sus piernas largas y contorneadas, que partían desde unas nalgas perfectas, de aquellas que toda mujer soñaría. Una belleza que se nutrió del trasnocho, del humo del cigarrillo y de los bares oscuros. Una belleza que sostuvo con noches desaforadas de baile y trago, y una que otra pastilla.

Apareció de la nada un sábado en la tarde, en la sala biblioteca de don Lázaro, un viejo que vivía en su barrio. Don Lázaro permanecía como un espectro en una esquina del billar. Con su pinta de bohemio de París y sus setenta años bien llevados a pesar de los excesos. Fumaba cigarrillos Capri, de esos largos y delgados, como de actriz de cine de los cincuenta, y se tomaba un café tras otro, mientras dedicaba todas las tardes de ese espacio de su vida a leer.

Miguel, como asiduo jugador de billar del barrio, conocía a don Lázaro solo de saludo y no podía dejar de sentir curiosidad por aquel hombre a quien no podía imaginar sin un libro en las manos. Mientras tacaba y hacía carambolas, buscaba un ángulo a través del cual pudiera leer el título de cada uno de ellos, tarea que casi siempre resultó un fracaso. Hasta que una tarde, impulsado por quién sabe qué designio extraño, se acercó hasta la mesa de la esquina, en donde permanecía como parte del mobiliario aquel septuagenario.

— Buenas tardes, don Lázaro, ¿cómo le va?

— Joven aún, muy bien gracias, ¿y tú? — respondió el viejo.

— Bien, don Lázaro... Es que lo que pasa es que a mí me gusta mucho leer, pero ya he leído casi todo lo que hay en mi casa...

— Me parece muy bien joven — replicó don Lázaro.

— Sí don Lázaro... y como usted... pues, lo veo siempre leyendo, ¿usted no podría prestarme un libro?

Aquel viejo quizá vio en Miguel algo de lo que él pudo haber sido alguna vez, tal vez algo en sus ojos. Don Lázaro vivía con su esposa, doña Blanca, una vieja querida y amable que nunca tuvo hijos, pero que derramaba aquel amor materno nunca conocido en toda criatura que se cruzara por su camino. La casa de esta pareja estaba situada justo al frente de la casa de Miguel. Ese día del billar, don Lázaro le dijo a Miguel que prestar un libro era algo que no le gustaba hacer, porque casi siempre se perdían y nunca volvían a él, pero que dado el caso, que era él, un joven del barrio, podría hacer una excepción.

— ¿Y qué te gusta leer, amigo? — le preguntó el viejo al joven.

— Pues de todo señor, lo que llegue...

— Pues hombre, primero necesitas un guía en el mundo de la literatura.

Don Lázaro se autotituló tutor de Miguel en el mundo del conocimiento de las obras maestras de la literatura. Lo invitó a que se pasara cualquier día por su casa, para empezar con la enseñanza. Al otro día, domingo a las diez de la mañana, se presentó Miguel en la casa de don Lázaro, con una bolsa de papel con panes recién horneados en la panadería del barrio, como un presente humilde a tanta amabilidad. Fue en esa casa que Miguel descubrió verdaderamente qué significaban los libros en su vida. La biblioteca de don Lázaro se convirtió en un santuario personal, en la revelación de las voces vivas de autores desaparecidos, en su primer y sincero gusto por la literatura. Al lado de ese viejo amable y fumador empedernido caminó desde el Partenón de Atenas hasta las letras de los contemporáneos latinoamericanos. Don Lázaro pareció rejuvenecido con este joven que, ávido del mundo, se comía cuanto libro llegara a él, como un recluta enérgico que marcha más por convicción que por obligación. Fue su primer maestro, el verdadero, un hombre crítico y culto, que conocía mucho del ámbito literario y que parecía un objeto de otro planeta en su hogar, clavado en un barrio obrero de una ciudad montañosa de América Latina. Lázaro Vélez, un sujeto de admirar, uno de los pocos sobrevivientes de una época de cambios culturales de un pueblito que tenía

ínfulas de ciudad. Discípulo de don Fernando González y compañero de Gonzalo Arango y su recua de nadaístas. Fue un revolucionario en sus días de juventud, con sus manifiestos atrevidos y su indignación erudita frente a la modorra de siglos de la madre apostólica y romana. Un hombre singular, un verdadero poeta, un real escritor, de carne y hueso, sentado en su mecedora de mimbre y tomando el algo que su mujer le preparaba con todo el amor posible. Doña Blanca era hija de una familia próspera de los viejos tiempos. Era la niña mimada de un hombre de misa diaria y de los que cargaban santos en las procesiones de Semana Santa. Dicen que la relación de Blanquita con Lázaro resultó en un escándalo en sus días porque no se podía concebir que una mujer de alcurnia y criada bajo los ritos más púdicos tuviera romances con un loco, con un vicioso, con un libertino como Lázaro Vélez. Pero como las historias de amor sí existen, Blanca Montoya renegó de su estirpe y escapó en el tren que conducía al Magdalena Medio con aquel filósofo, con aquel tipo extraño, con aquel tipo extraño de patillas largas. En aquella ciudad en donde todos se conocían, ese fue un escándalo; el tema llegó por medio del devoto padre de Blanca a oídos del obispo, que ni corto ni perezoso excomulgó a Lázaro por calavera y hereje, por manchar el nombre de una familia tan distinguida. Lázaro y Blanca vivieron en la calurosa y arenosa Barranquilla, hasta que el padre de Blanca, viejo y cansado, cedió y envió una carta de perdón no solicitado a su hija y a sus decisiones. Desde entonces Lázaro y Blanca volvieron a la ciudad, en donde ella trabajó por más de treinta años como maestra de la Normal de Señoritas y en la cual Lázaro se desempeñó como catedrático de la Universidad Nacional hasta que se cansó.

Era un sábado en la tarde y Miguel estaba rebujando hojas viejas y revistas polvorientas, cuando sintió, justo detrás de él, un aroma diferente al de siempre.

—¿Y vos quién sos? —dijo una voz dulce y ronca, obviamente femenina.

Era ella, con su juventud en flor. Una hija de la hermana de doña Blanca. Celeste era la hija menor de doña Judith Montoya. Tendría los mismos dieciséis años que en esa época tenía Miguel, quizás unos meses mayor que él, pues ella había nacido el día de san Patricio.

Miguel y Celeste, hombre y mujer, pero tal vez la misma moneda con sus dos caras; la misma conexión, la misma angustia en medio de las montañas. Para Miguel resultaba doloroso saber que aquel ser ya no estaba ni estaría nunca más en el plano de las presencias, y tal vez solo rondara por los pasillos de la memoria que la evocaba como un dulce martirio, como

una llamada al resquicio de la puerta que un día decidió cruzar. Con una rencilla permanente por todo, con una amargura en las palabras que no podía equipararse a la dulzura de su sonrisa.

Ella vivía en el norte del valle, en un barrio parecido al de Miguel. Un barrio de vecinos trabajadores, un poco venido a menos, en el límite entre la ciudad y el municipio de Bello. Estaba en el último año de bachillerato, en un colegio de monjas adscrito a Nuestra Señora de Chiquinquirá. Usaba un perfume de bebé llamado “Arrumi”.

Había ido a casa de su tío Laza, como lo llamaba, en busca de una asesoría para un trabajo escolar. Resultó que también estaba loquita por descubrir nuevos mundos en los libros. Al igual que Miguel, estaba tan desorientada que su madre optó por enviarla a casa de don Lázaro, para que él le ayudara un poco en su cabalgata incierta.

—¿Y vos quién sos?

—Hola... Me llamo Miguel.

—Hola, Miguel —dijo ella, acompañando sus palabras con un beso en la mejilla derecha de Miguel—. ¿Y qué haces acá?

—Es que yo vivo al frente y don Lázaro me presta libros.

—¿Sí?, Súper... Me llamo Celeste.

Para Miguel y Celeste fue como un chapuzón en un lago fresco en mitad del desierto. Para Miguel, conocer a una chica linda, sin remilgos, sin poses falsas, sin ínfulas extrañas, con un mismo gusto. Para ella fue algo más simple, tal vez supo desde ese momento el influjo que causaba en él, tal vez en su mirada lo notó. Ella, siendo mujer y contando en su interior con ciertas estrategias intuitivas de las cuales adolecen los hombres, supo que él iba a convertirse en alguien importante en su existencia. Ese día nació una amistad que iba a perdurar por mucho tiempo, que iba a trascender lo físico hasta encumbrarse a lugares invisibles, en esos recovecos de las ideas y de las emociones.

En ese instante resultó inevitable que sus ojos se tornaran acuosos, como cuando se siente el gas lacrimógeno, inevitable. Por lo que alguna vez se tuvo y ya no volvería jamás. Era como un ataque inesperado, de esos que lo atrapan a uno y lo desmoronan. Era la inevitabilidad de ser presa de los recuerdos, que nos agarran a traición y que aparecen desde su escondite para que no pretendamos actuar como si nada hubiese ocurrido atrás, en ese pasado que termina marcando nuestro presente. La evocación del ayer y de los sueños, que parecían lo único posible, en contraste con la realidad que siempre surge implacable, que no responde a nuestros deseos y que



fluye siguiendo leyes cósmicas que parecen no depender de la voluntad de los seres humanos.

Ella amaba dos cosas en la vida: los libros y los animales. No soportaba a la raza humana y juraba, besándose los dedos pulgar e índice juntos, que primero preferiría salvar a un perro de la muerte que a cualquier hijo de mujer. Terminó ingresando a la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Antioquia, pues, al igual que a Miguel, sus padres la encaminaron a que estudiara algo que le sirviera para vivir de manera decente.

A medida que crecía, cada uno se separaba del otro, como un árbol que crece y cuyas ramas se bifurcan. Llamadas ocasionales y encuentros más fortuitos que planeados. La última vez que Miguel la vio con vida sintió que a su amiga algo le sucedía, que algo la mortificaba, que su mirada no era igual, que su voz parecía aletargada y lenta, y no por las drogas que nunca pudo abandonar. Fue en el parque de El Poblado, una madrugada fría. Él estaba con Valentina y otros compañeros de rumba, cuando la vio sola, en una banca, fumando un cigarrillo. Se acercó y cuando la vio ella hizo un puchero, como si estuviera aguantando las ganas de llorar. Se levantó y lo abrazó con fuerza, y él pudo sentir todo su cuerpo junto a él, el calor de su pecho, los huesos de la cadera tatuada que lo chuzaban como un par de puñales. Fue un abrazo largo, de esos que no parecen tener final. Solo con el tiempo supo Miguel que ese abrazo era un grito desesperado, de aquellos que lo revuelcan a uno por dentro. Que no es posible explicar con palabras. Cuando ella lo soltó, él observó que las lágrimas rodaban por sus mejillas blancas, levemente sonrojadas por el frío, ausente de maquillaje. Le preguntó qué le pasaba.

—¿Por qué estas llorando?

Y ella no dijo nada. Un hombre, mayor que ellos, entre los treinta y los cuarenta, llegó a donde estaban con una cerveza en lata y se la ofreció a Celeste. No hubo preguntas; no salieron palabras de ninguna boca. Ella se fue caminando, junto al desconocido, y cuando llevaba quince pasos, volteó y se despidió de Miguel con la mano derecha, abriendo y cerrando los dedos. La vida ya no era la misma; ya nada iba a ser igual.

En el consultorio 602 del edificio Imperial, la psicóloga especializada en el tratamiento de las adicciones y con maestría en terapia analítica, Ana María Villegas, continuaba con la quinta sesión de su paciente Miguel Acevedo.

—¿Es un hombre de muchos amigos?

—Alguna vez pensé que sí. El tiempo me enseñó que solo tengo unos pocos. Tuve una mejor amiga —respondió el paciente.

—¿Tuvo? ¿Qué pasó? ¿Ya no son amigos? —preguntó la doctora.

—No sé si todavía somos amigos, ella murió.

—Ahh. Qué pena —dijo la especialista.

—Sí, una pena.

—Usted sabe que podemos hablar de lo que usted quiera. Podemos pensar en otra cosa —dijo la doctora como una manera de seguir con la conversación.

—No, está bien. Igual ella hizo o hace parte de mi vida. Ella se suicidó. Era veterinaria y trabajaba en el centro de zoonosis del municipio. Era la encargada de sacrificar a los perros y gatos callejeros. La encontraron muerta en el interior de su auto. Se había inyectado una dosis letal de pentobarbital.

Miguel no pudo sacarse a Celeste de sus pensamientos. Hablar de los muertos es hacerlos vivir. Tal vez esa sea la inmortalidad que alcanzan algunos hombres hasta que son olvidados. No era un hombre de velorios ni visitas a cementerios, y no por miedo o fobia a la muerte, sino por el respeto que le infundaba el terreno en el que reposan miles de sueños que ya nadie sueña. Ella estaba sepultada en el cementerio Campos de Paz, en un lote que sus padres habían comprado para nunca tener que sacarle los restos a los cuatro años y para no tener que depositarla, a ella o lo que quedara de ella, en un osario que iba a ser puesto en una cripta húmeda y fría de alguna iglesia. Al lado de la lámina de mármol tallado, que contenía sus datos personales y una frase simple de despedida, su madre había sembrado un ciprés. Miguel no había visitado la tumba de Celeste desde el día de su funeral. Quizá todo como parte de aquel ser en que se había convertido después de esa época. La noche se apoderaba de la ciudad, y era una noche sin luna, una bruma oscura que podría llegar a aterrar en un terreno baldío. Los horarios de visita del cementerio no permitían ingresos después de las seis de la tarde, aunque este seguía abierto las veinticuatro horas por las salas de velación que funcionaban en sus instalaciones. Se podía ingresar al cementerio si se entraba a un velorio. Miguel supuso esto sin razonar demasiado. Se bajó del taxi justo a la entrada, en la cual compró doce girasoles a una señora gorda y con la cabeza poblada de canas amarillentas, que ya cerraba su punto de venta y se disponía a partir con un rumbo que solo ella conocía. El vigilante de la portería de ingreso lo abordó y Miguel, leyendo de soslayo un aviso funerario en el cual se anunciaba

el fallecimiento de doña Esmeralda Ibáñez de Correa, explicó que venía a despedirse de su abuela, que apenas llegaba de un largo viaje. Entró sin dificultad y, aparentando que se dirigía a la parte en donde se ubicaban las salas de velación, aprovechó la oscuridad para seguir de largo, internándose en la profundidad del camposanto, sin más guía que su memoria. Miguel caminaba encima de la hierba que servía de tapete a miles de cuerpos descompuestos, evitando pisar lápidas o monumentos. Tenía cierta pista acerca del lugar en el cual descansaba para siempre su amiga. Era difícil reconocer la tumba en una noche tan oscura. Viajaba en este terreno cargado de tan extrañas energías. Como un sabueso que persigue una presa a partir del olor lejano. Miguel divisó el árbol que se movía con una cadencia que le imponía el viento. Él supo que ese era el lugar que buscaba. Se sentó encima de una escala de mármol que sostenía la lápida. La ciudad se veía lejana en tal oscuridad y solo sonidos vagos llegaban hasta él. Con la mente en algún lugar muy distante, comunicándose sin decir una sola palabra con aquella que ya no abría la boca. El tiempo relativizado cayó de pronto sobre Miguel, esto cuando el cielo adquiría ese tono plomizo que le brinda cada amanecer. No llovía, pero el rocío de la mañana le hizo sentir un frío acumulado. Con los ojos enrojecidos y un pegote salino en su rostro, que comprobó con su lengua al lamerse la comisura de los labios, bajó el sendero asfaltado. A su espalda quedaron los doce girasoles puestos como ofrenda nunca agradecida, y un dolor que no podría borrarse.

Salió del cementerio, cruzó la avenida 80 y le puso la mano al primer bus que iba en dirección a Laureles. Se sentó al lado de una muchachita vestida con el uniforme de gala de las Betlemitas. Una niña delgada, con una palidez otorgada a esos seres que viven en la noche. Ella sentía el vapor dulzón que se desprendía de Miguel, una mezcla entre humo, eucalipto, tierra húmeda y alguna fragancia con olor a madera. Miguel iba sentado al lado de la ventana y apoyó su frente en el vidrio. La joven miraba al hombre que tenía a su lado, alto, con una barba de trasnochado; lo observaba llorar sin gemidos, viendo las lágrimas gruesas y certeras que resbalaban por sus mejillas y caían en sus piernas. Había algo de ese hombre que hizo que la muchacha se estremeciera sin querer, sintiendo un escalofrío.

El portero del edificio en el cual estaba ubicado el apartamento en que residía Miguel lo vio venir desde una esquina y se percató de que estaba vestido con la misma ropa que el día anterior. Accionó el botón que estaba debajo de la mesa que funcionaba como recepción y la puerta de vidrio grueso se abrió dando paso a Miguel, que cabizbajo atravesó el

umbral. Saludó al portero con un leve movimiento de cabeza y se instaló en la puerta del ascensor esperando que se abriera.

Al entrar en el apartamento, se deshizo del maletín que llevaba colgado en la espalda, se quitó los zapatos, la camisa, el jean, y se quedó en interiores y medias. No lo acosaban las ganas de una ducha como de costumbre, sino un deseo oculto. Se dirigió al cuarto que utilizaba como biblioteca, una habitación atiborrada de libros y de toda clase de documentos. Recordó, como aquel que sabe en qué lugar se encuentra cada cosa importante de su vida, que el libro que buscaba estaba en la parte superior de uno de los estantes como si lo hubiera puesto allí para no tenerlo a la mano. *Un hombre* de Oriana Fallaci. Abrió el ejemplar original de tapa dura color vino-tinto y de títulos blancos, y encontró la dedicatoria que Celeste le había escrito el día que se lo regaló: “un hombre para un hombre... te adoro”.

El caudal de lágrimas reposadas quién sabe desde cuándo no paraba de salir de sus ojos, y las pupilas dilatadas no miraban a ninguna parte. Se acostó en la cama y puso el libro a un lado. No supo en qué momento se quedó dormido, ni soñó nada. Se deslizó hacia las sombras que se hallan detrás de los párpados cerrados, perdiéndose de sí mismo y de sus recuerdos, preso de una calma rara, de un cansancio probable y de la acumulación de los licores de la melancolía.

# LA ISLA DE LOS CONVICTOS

Deivi Javier Sánchez



Permanecí durante mucho tiempo pensando si esto era mejor que la muerte. Cuando digo mucho tiempo, imagino una cueva sin fondo, un túnel excavado. Para hombres que deben vivir para siempre en el olvido, esperando impacientes una voz de alivio, aunque solo fuera una palabra de un ser querido, que hiciera un eterno eco en mi memoria. Estaría allí imprimida en mi alma y fortalecería los infinitos días en aquella cárcel construida con el fin de exterminar a los presos con la letal arma de la soledad.

¿Y qué hacer con los recuerdos, allí donde fui encerrado, quiero decir, allí donde fui abandonado? Me quedaron solo las remembranzas de mi pasado, a veces hablando y escuchando a los pocos reclusos que estaban en las otras celdas; pasando demasiadas noches en vela para expiar las culpas y dejando fluir con toda calma el torrente de mis pensamientos. A veces sentía que no era un hombre sino un ser vaciado y desvanecido en el tiempo.

El desamparo nos seguía. Los compañeros a menudo creían que habíamos un mundo dentro del propio mundo. Nada de voces extrañas. Nunca un mínimo indicio de presencia desconocida; presos y custodios, eso era todo. Parecíamos escuchar algo nuevo o creíamos, pero tal vez era por la latente ilusión de escucharlo. Nuestras vidas eran de personas aisladas que se van disolviendo poco a poco en el tedioso círculo de la rutina.

El mundo exterior no tenía nada que ver con nosotros. Éramos un mundo separado y privado por completo de lo que existía fuera de la prisión. No solo estábamos privados de la libertad, también estábamos expuestos a que nuestra identidad fuera arrebatada, pues a todos se nos asignaba un número y un uniforme del mismo color, nos daban la misma alimentación y el mismo trato.

Nuestros días no eran como los de cualquier otro. Eran sordos, muy sordos, parecía que aparte de nuestras voces no existía ningún sonido;

olía a desprecio, a descuido. Nada llegaba del exterior. El silencio había arrojado sobre nosotros su pesado manto, un manto que ni siquiera tenía un pequeño orificio que dejara pasar un mínimo susurro. Aquel pesado manto, que aun siendo invisible podíamos percibir. Mis pensamientos eran absorbidos cuando lo tocaban. Trataba de enloquecerme, entonces hablaba a alguno de las otras celdas para evitar que mi razón se perdiera en tan callado laberinto.

La celda era de tres metros de largo por metro y medio de ancho. No era, sobre todo, tan alta, entre un metro ochenta y un metro noventa, una cama de cemento, una pequeña ventana en la puerta y otra un poco más grande y abarrotada en la parte trasera, por donde se filtraba la luz del sol. Nos daban una colchoneta, juegos de sábanas y cobijas para tres años, una toalla anual e implementos de aseo cada tres meses. En esto no eran tan inhumanos; sin embargo, he llegado a pensar que esto tenía como propósito prolongar nuestras vidas en ese largo encierro.

Cuantas veces pensé que no lograría sobrevivir. Todo esto tenía una estructura y funcionamiento bien planeados. Era una máquina para oprimir las almas, un engranaje para producir sufrimiento. Puesto que habían premeditado todo, era una construcción infernal capaz de llevar al hombre al más elevado grado de desesperación.

Cómo evoco aquella tarde, desde allí no hay antes ni después. Es como si posteriormente me hubieran convertido en otro ser. Jamás había cometido un crimen. Había cometido diferentes delitos. Pero nunca había segado una vida, ni siquiera cruzó esta idea por mi pensamiento. Esa desgracia llegó como un rayo, como algo inesperado. Cierta día, cuando tan solo pretendía despojar a aquel hombre de su auto y su dinero. ¿Cómo iba a imaginar que era un juez? ¿Cómo pudo ser aquel día el que manché mis manos de sangre? Ya no me quedaba más por hacer sino huir y ocultarme porque su compañera me había visto el rostro.

Ese día presentí que debía decirle adiós a mi vida, a mi familia, a mis amigos, a mi amada. En mi conciencia solo había temor y remordimiento, y creo que mis ojos tenían un aspecto de desolación y tristeza. Tenía en mi recuerdo los ojos de la muerte. No veía nada y no quería saber nada. Una imagen tormentosa estaba grabada en mi mente. El ruido de aquella arma se repetía en mi memoria. Además, me sentía perseguido, creía escuchar las sirenas de los autos judiciales, sabía que tarde o temprano me capturarían. Era un homicida, lo que dijera a las autoridades no tendría mucha importancia; debía recibir una sentencia, no había nada que pudiera absolverme.

No, esto no era una pesadilla. Tenía absoluta claridad de lo sucedido y la angustia que me inundaba me hacía temblar y sudar. Encerrado en mi cuarto no quería hablar con nadie y no lograba decidir qué hacer.

Al día siguiente, nada más amanecer, fui despertado por unos fuertes golpes en la puerta y supe de inmediato de qué se trataba. Un oficial y varios policías más. Mostraron una orden de arresto y de registro; acto seguido empezaron a revolver la casa buscando elementos incriminatorios, hasta que encontraron el arma homicida. Mi madre y mis hermanos, que habían despertado, supieron que me encontraba en un intrincado lfo. Transcurridos unos minutos fui esposado y conducido a uno de los autos que frente a la casa esperaban.

Hacia las once de una gélida noche, abrieron la celda de la comisaría en la que me encontraba; tres agentes llegaron diciéndome que sería trasladado a la cárcel, y me esposaron las manos y los pies. En menos de cinco minutos me encontraba dentro de una camioneta que conducía hacia un lugar desconocido. Al cabo de hora y media estábamos en un aeródromo. Los motores de la avioneta en la que sería transportado estaban en marcha.

# ARTILUGIO INFANTIL

Lequic (seudónimo)



Cuando se acercaba el fin de año, Daniel y Matías les recordaron a Clara y a Luis que la navidad pasada les habían fallado con sus bicicletas. Aquellas palabras hicieron que Clara y Luis cruzáramos sus miradas en silencio.

—¡Niños!, paciencia, por favor —exclamó Clara mientras él buscaba las palabras adecuadas para empezar.

—Bueno niños, en un par de semanas nos cambiamos de casa —anunció a la vez que se dejaba caer sobre el sofá.

La familia de Clara y Luis vivía en una de las barriadas que se tendían sobre las lomas en los alrededores de la ciudad, y cuyas calles sinuosas y destapadas se les antojaban peligrosas para que un par de chicos como Daniel y Matías, con sus ocho y siete años respectivamente, rodaran con sus bicicletas por aquellas calles empinadas.

—Así es, chicos, es una casa de la parte baja de la ciudad, rodeada de parques verdes y amplias avenidas ¡donde podrán volar sobre sus bicicletas cuando estemos allí! —concluyó Clara con voz emocionada.

—¡No, las queremos hoy mismo! —corearon al unísono los chicos aquella tarde con vehemencia infantil.

Lo cierto del caso es que Daniel y Matías eran un par de chicos excelentes, de quienes sus padres estaban muy orgullosos. Entre otras cosas porque en la escuela ellos se destacaban como los primeros de su clase. Aunque a lo largo de aquellas semanas no se volvió a hablar del tema, el sábado siguiente Clara y Luis aparecieron en la casa con un par de bicicletas que hicieron saltar de alegría a sus hijos.

—¡Nuestras bicis voladoras! —dijeron con voz cantarina los chicos esa misma tarde, mientras escudriñaban palmo a palmo sus nuevos juguetes.

—Bien, chicos, aquí está lo prometido —anunció Luis a la vez que entregaba a cada uno su casco, sus guantes y demás equipos de protección.



—Un momento —advirtió Clara con voz de alerta—. Con estos juguetes aún no me van a salir a la calle; además, en un par de semanas estaremos en la nueva casa, por ahora solo podrán jugar con ellas en el patio.

—Sí, mami —dijeron los chicos con tono de resignación.

—Bicicletas voladoras ¡eh! —exclamó Luis el lunes en la mañana, mientras esperaba el bus junto a Clara.

—Ya sabes cómo son los niños —dijo Clara.

Esa mañana, aunque Daniel y Matías no tenían que ir a la escuela por haber empezado sus vacaciones, se levantaron bien temprano. Y allí en medio del patio de su casa, con tijeras en mano recortaron metódicamente unas enormes alas de cartón que luego adaptaron al manillar de cada una de sus bicicletas. Cuando todo estuvo listo se ajustaron los cascos y demás elementos de protección y se instalaron sobre sus máquinas cromadas. Al principio con unos suaves pedaleos recorrieron el patio, pero a medida que las enormes alas se batían sus bicicletas se fueron levantando del suelo.

Minutos después Daniel y Matías volaban al ritmo de sus pedaleos junto a una bandada de aves que todas las mañanas surcaban los aires de aquellas barriadas. Ya en la tarde, bastante cansados, los chicos se despidieron de sus amigos y descendieron en picada hasta el patio de su casa. Daniel, el más gordito de los dos, se llevó un gran susto, pues por poco aterrizó de barriga sobre el arenoso piso.

Al llegar la noche, Clara y Luis encontraron a sus pequeños sumidos en la inocencia de sus sueños.

—No te lo dije, cosas de niños —anunció Clara con tono de hilaridad, mientras miraba a Luis.

A lo largo de la semana, mientras sus padres iban al trabajo, Daniel y Matías pedalearon con mayor intrepidez hasta los bancos de nubes grises que el martes y miércoles cubrieron toda la ciudad, y sobre los cuales saltaron en sus ciclas como si rodaran en una pista de bicigrós.

El jueves, con renovadas fuerzas y después de dormir plácidamente la noche anterior, ascendieron bajo un cielo de un azul inverosímil hasta alcanzar las pocas nubes que de un blanco immaculado flotaban allá en lo alto. Ya extenuados, se dejaron caer sobre las nubes desde donde observaron durante un largo rato la panorámica de la ciudad.

Solo después de algo más de media hora empezaron a saltar sobre las nubes de algodón, mientras con sus manos en lo alto saludaban a los sorprendidos pasajeros de los aviones, que pegados a las ventanillas respondían al saludo inocente de aquel par de angelitos. Al borde del medio día

y después de haber visto pasar ante sus ojos una media docena de pájaros de acero, Daniel y Matías aterrizaron en el patio de su casa sin contratiempo alguno.

Debían poner a punto sus bicicletas para acometer al día siguiente una nueva aventura, a la cual ya habían invitado a todos los amiguitos de la cuadra. En la noche Clara y Luis encontraron en el patio de su casa una docena de bicicletas y a sus pequeños durmiendo plácidamente en sus cuartos.

A la mañana siguiente Daniel y Matías se levantaron muy temprano y, antes de despedir a sus padres, les anunciaron sobre la carrera espacial que tenían programada para ese viernes con los amigos de la cuadra.

—Entonces no olviden sus cascos, chicos —espetó Luis con una sonrisa en sus labios.

—Ni los guantes para el frío —sugirió Clara en tanto plantaba un maternal beso en cada uno. Aquel viernes en la noche, Clara y Luis, al regresar a casa, descubrieron a sus vecinos en medio de un pequeño parque, mirando con incredulidad cómo una banda de bicicletas con enormes alas batientes volaba hacia la gran esfera lunar que iluminaba a plenitud las lomas de aquella barriada.

# EL DÍA DEL TROPEL

Orlando Cadrazco Salcedo



—Abue, ¿por qué la luna no alumbrá de día? —Le preguntó Efraín José a su abuela Mariquita García, mientras ambos miraban el firmamento azul de una mañana de diciembre. El niño recién acababa de cumplir siete años y había quedado al cuidado de su abuela paterna desde que tenía diez meses. Ella, en medio de su pobreza, se había esmerado por enseñarle al muchacho los buenos modales. Estos eran complementados por la señora Luz María Tobio con las clases en la escuela, para que el niño tuviera modales de gente bien, como decía la vieja Mariquita.

—Mijo, la luna no sale de día porque el sol es hombre fuerte y poderoso; la manda a descansar en el día para permitirle a él emitir sus calientes rayos de sol y así secar las ciénagas y los ríos. ¿Te has dado cuenta de que en la orilla de la ciénaga el agua se aleja y la tierra se cuarteá? Bueno, eso no es más que la bravura del sol haciendo que el agua se recoja.

—Y entonces, ¿por qué las hicotéas salen cuando la ciénaga se seca? —preguntó una vez más el niño.

—Por eso mismo, no solo las hicotéas, todos los animales se van en busca de agua y en eso salen a la tierra seca y caliente y es cuando la gente las coge —respondió la vieja—. ¿Te das cuenta de que los meses de febrero y marzo son calientes, lo mismo que la Semana Santa? —continuó doña Mariquita.

El niño insistió:

—Abuela, la profe Luz María nos dijo que en la Semana Santa hace más calor y que si no llueve es porque Dios se pone bravo por la muerte de su hijo. Él se venga de todo el mundo mandando al sol que salga más temprano y caliente. Todo para que la gente sufra más.

—Sí, mijo, así es. Tú sabes que esa profesora es una santa: día y noche se dedica a enseñarle las letras a los muchachos de este pueblo sin importarles

que le paguen o no. No sé, pero se me ocurre, para cuando ella muera, que en este pueblo deberíamos hablar con el cura Font para que la convierta en santa. Es más, yo la conozco desde niña, pues fue ella la que me enseñó a mí las primeras letras. Muy a pesar de ser mayor no le entran los años; es que a los santos los años no se les notan. No ves en la iglesia que todos están jóvenes y rosaditos. Ninguno se arruga ni se envejece, ¿y eso por qué será? No sé a qué se deberá eso; de pronto ellos están hechos de otro cuero, no del mismo de nosotros. Tampoco se asolean en el sol playero de media tarde ni sufren las consecuencias de no tener para la comida como nosotros. En este pueblo pobre no solo nosotros aguantamos hambre.

—Abue, ya tengo siete años: ¿te acuerdas la tarde en que estábamos en la orilla viendo el ganado que atravesaba el río y te pedí que me contaras qué había pasado con mi papá, por qué se había ido, por qué nos había abandonado y tú, con lágrimas en los ojos, me dijiste que esperara cumplir los siete años, que eso era una historia larga y dolorosa? —preguntó el niño interrumpiendo el pensamiento de la vieja—. Abue, necesito que me cuentes todo, no quiero llegar a grande con ese tarugo en la garganta, quiero conocer sobre mi padre. Tú me dijiste que se había ido lejos una mañana de abril, cuando las aves comenzaban a poblar los secos de la ciénaga y todo se llenaba con matas de batatilla, y olía a tierra mojada por la caída del primer aguacero del año, el mismo que hace florecer a los trujillos que nacen en el playón ardiente y en el desierto —insistió Efraín.

—Sí mijo, eso dije, no se me ha olvidado. Es una historia dolorosa y triste —respondió la abuela suspirando profundo y tomando aire en los pulmones, como si el sopor ardiente de la mañana no le permitiera respirar—. Los recuerdos, hijo, me abruma; qué tiempos aquellos. Tu padre era un negro grueso como tu abuelo, joven cuando se metió con tu madre. Se comía el mundo con el andar. Su abuelo se lo entregó a los curas de este pueblo, quienes lo mandaron a estudiar a Medellín. Querían que él fuera cura; era el orgullo de la familia. Pero la vida lo tenía destinado para otras cosas. En el seminario no aguantó. Hizo tres años y no alcanzó a graduarse de bachiller. Por eso no pudo entrar a trabajar de liniero en la compañía telefónica. El patrón político de aquí, el blanco de ojos verdes, varias veces lo intentó meter, pero no pudo porque siempre exigían lo mismo en todas partes. Tu abuelo y yo desistimos de la idea de buscarle trabajo en el Gobierno y quedó por ahí ganándose el día aquí y allá. Le gustaba mucho hablar con la gente, era revolucionario. Eso lo había aprendido mientras estudiaba con los curas en Medellín. Hablaba bonito, como cachaco, y un

día que vinieron por aquí unos señores del INCORA que se metían a las reuniones, fue aprendiendo más y más. Luego se metió a organizar a un grupo y les dio por ocupar las tierras secas que deja la ciénaga en el verano por los lados del Cholen.

La gente aquí decía que eso lo podían ocupar, que no tenía dueño, que era del gobierno y que al final tenían que entregárselas a ellos. Eso se lo decían esos señores del INCORA. Todos del interior: unos señores blancos bien hablados. Se metieron en las tierras por primera vez un final de enero y sembraron yuca, plátano y patilla, y todo eso se dio. Lo recogieron y tuvimos para comer; pero después, a comienzos de mayo, cuando la ciénaga se empezó a inundar, todas las tierras quedaron sumergidas y hasta los ranchos hubo que desbaratar porque por ahí no quedó tierra seca. Bueno, así pasaron tres años. El Chame, como le decíamos por cariño, estaba contento y se le veía feliz. No hablaba sino de esa tierra, “La Parcela”.

Decidió meterse con tu mamá. Ella era de un pueblo a la orilla del río; no era de aquí. Llegó muy niña a este pueblo; se vino con su familia huyendo de las inundaciones. Como el pueblo del que venían se llamaba El Limón, aquí la gente decidió bautizarlos como los limoneros. Ella era una mujer de armas tomar; caminaba rápido con un movimiento de cadera que enamoraba a todos los hombres. Fue tu papá el que la conquistó. Eso parecía como una yegua cimarrona. Era una mujer que espantaba hasta su propia sombra. ¡Uh, carajo, qué negra esa! Se fueron a vivir un día cualquiera. No se casaron y las señoras comenzaron a decir que eso no duraba porque estaban en pecado y hasta el cura Álvaro Alfonso prohibió que entraran a la iglesia. Pero a tu papá no le importaba; poca o ninguna atención les prestaba a esas habladerías. Chismes de pueblo, me decía cuando yo le contaba.

En el invierno, cuando las cosas se ponen durísimas, no se consigue nada. Él alistaba una maletica que tenía, le echaba ropa y se iba para Venezuela a ganarse los pesos. La mayoría de los hombres de este pueblo se iban todos los años para ese país a trabajar en las fincas de por allá. Les pagaban bueno; se iban en los últimos de abril y regresaban con la plata en el bolsillo en los primeros de octubre para prepararse para la temporada de pesca en el río.

Chame, aunque iba a la pesca, en sus últimos años vivió con esa parcela metida entre ceja y ceja. Decía que ya llegaría el día que no tendría necesidad de irse a Venezuela porque después de mayo, cuando la ciénaga comenzara a inundar la loma, él iba a conseguir un ingeniero que le

diseñara una muralla y unos diques para sembrar arroz lo mismo que en la China. Eso lo había aprendido en unos libros amarillos que le llegaban por correo y que leía ansiosamente.

De una finca vecina dijeron cualquier día que esa tierra era de ellos y comenzaron a meter ganado. Es por eso que el paso por el río del ganado arriado por los vaqueros me moja los ojos. Esas vacas de esos ricos son malditas. En la medida en que la tierra quedaba seca le metían ganado. Mi hijo y los compañeros las encontraban porque esos animales se les comían los sembrados. Luego aparecieron los empleados de los ganaderos con revólveres y fusiles a corretear a la gente que estaba allí y a quemarle los ranchos, a arrancarles los sembrados y a meterles susto para que desocuparan esas tierras o los iban a sacar muertos de allí. Tu papá los reunía en los momentos difíciles, cuando a la gente le entraba el miedo, y les decía que aguantaran, que ya él había hablado con un abogado y que ese pleito lo ganarían. Así pasaron dos años más hasta cuando ocurrió la desgracia.

Era abril, la Semana Santa acababa de pasar y todos estaban contentos por irse a sus parcelas a seguir trabajando y cuidando los sembrados. Chame no fue la excepción. Todos se iban los lunes y regresaban los sábados a medio día para irse a las peleas de gallos y tomarse todo el trago de la cantina. Como era la época en que los ganaderos sacaban su ganado de la ciénaga para llevarse a sus fincas en la sabana, encomendé a mi hijo y a todos los parceleros al Señor de los Milagros. Ese domingo, antes de que se fueran, fui a misa con tu madre. Ella estaba como de cuatro meses de embarazo. Le pedí al negro de La Paruma que los cuidara y protegiera porque sabía que las cosas no eran fáciles. Presentimientos que tenemos las viejas de tanto vivir y de tanto ver.

Las mañanas de esa semana fueron ardientes, a excepción del jueves. El día amaneció encapotado. Relampagueaba como por los lados de la serranía de San Lucas y tu abuelo se levantó más temprano que de costumbre. Se sentó a hacer sus oraciones debajo del palo del níspero del patio. Lo había visto cabizbajo, meditabundo; parecía un caracol metido en su caparazón. Varias veces le pregunté si le pasaba algo y él decía lo mismo: “Nada, todo está bien”. Pero yo sabía que no. Lo supe mucho después del día del tropel, cuando en una mañana triste, sentados debajo del mismo árbol, me dijo que él sabía lo que venía. Se levantó más temprano. Se lo confirmaron, pero ya no se podía hacer nada. El viejo era un supersticioso y unos días antes se había hecho leer las cartas de Juana Palmett, una vieja vidente y bruja que había en el pueblo.

Fue desastroso. Dicen que los vaqueros y empleados de los ricos empezaron desde bien temprano, entre oscuro y claro, a destruir los ranchos y arrasar los sembrados de los parceleros. Estos quedaron despavoridos unos; los más verracos para la pelea, los enfrentaron. Las mujeres recogían a sus hijos pequeños para defenderlos de esa furia asesina. El Chame quedó en medio de la trifulca y no se pudo defender. Recibió un machetazo en la espalda que le partió en dos la columna y quedó como un “bocachico”. No se pudo parar y allí lo remataron con un garrotazo en la cabeza como si fuera un marrano. La gente se demoró para traer el muerto y los heridos tuvieron que esperar que la masacre cesara. Cuando los trajeron, varios heridos murieron en las canoas, porque no tenían motores fuera de borda y en el pueblo nadie sabía nada.

Tu abuelo y yo nos preparábamos a almorzar cuando entró tu madre como una loca gritando “¡Mary, Mary, lo mataron; me quitaron lo que más quería!”. Tu abuelo se aprestaba a tomarse la primera cucharada de sopa, que se le regó en la camisa, y me dijo tomándome la mano izquierda: “Yo lo sabía, él no iba a regresar con vida; las nubes negras de la madrugada me confirmaron lo que me dijeron las cartas, todo estaba marcado”.

Corrimos para el puerto y hasta los que no tenían nada que ver en el asunto se apresuraron a llegar. Lo vi tendido en esa canoa boca arriba mirando al cielo. La cabeza achatada por el mazazo, los pies sucios de barro, el pantalón manchado de sangre y roto en varias partes. Llegó sin camisa; los músculos se le habían puesto rígidos por el sol y una mosca se le paró en los labios. Con la ayuda de tu mamá y de voluntarios lo trajimos hasta la casa. Allí alguien apareció con una hamaca, en donde lo metimos con cuidado para que no se partiera en dos. El machetazo fue brutal. El pueblo enmudeció después del mediodía. Todos estaban ocupados con sus muertos y atendiendo a los heridos. El médico Francisco Iglesias pasó por cada una de las casas donde había velorio y fue claro: él no iba a hacer autopsia ni nada. Daría su veredicto con solo ver al muerto para evitarle más dolor a la gente. Así se hizo y en el acta de la muerte de mi Chame solo apuntó que había muerto por un machetazo en la espalda. No mencionó el garrotazo en la cabeza ni la mosca parada en los labios. Mi hijo tenía un gesto de dolor en la cara. Tal vez quiso pedirle al Cristo Milagroso que le ayudara en esa hora, pero no había nada que hacer. Tu abuelo no fue al puerto en busca del cadáver ni estuvo presente cuando lo bañamos y vestimos. Eso lo hicimos tu mamá y yo en compañía de dos comadres mías. Entre las cuatro hicimos ese trabajo hasta dejarlo presentable para que el médico lo pudiera

ver y así lo metimos al cajón y hasta el día de hoy. El viejo se encerró en un rancho que estaba en la cola del patio donde se guardaban chécheres viejos. No volvió a salir hasta mucho después del novenario. Le pasaba la comida por debajo de la puerta como a los presos. Arrumó unos bultos y cosas que había allí para trancar la puerta. Muchos se ofrecieron a derribar la puerta, pero yo me opuse para respetar su dolor.

Samuel era su único hijo, aunque yo fui su tercera mujer. Las otras dos no le dieron hijos y él hasta había llegado a pensar que Dios lo iba a castigar sin descendencia, hasta que quedé embarazada y con la ayuda de la vieja Octaviana Mielles, la partera, lo tuve, lo críe, lo mimé, lo consentí hasta el día que me lo arrebataron con aquel brutal machetazo que le partió en dos el espinazo.

El viejo salió del cuarto de encierro el día que tú naciste. Te vino a conocer apenas oyó tu primer llanto y, como la partera era su comadre, la saludó con la formalidad que lo caracterizaba desde sus días de empleado de la Empresa de Telégrafos: “Buenos días comadre, cómo nació el nuevo vástago de la familia. Servirá para recoger la sangre derramada y las lágrimas brotadas de los ojos de la familia”. “Ahí veremos compadre. Por lo pronto nació bien. Ahora solo falta echarle el canime en el ombligo y esperar que crezca y ya veremos. No adelantemos las cosas, compadre, y usted salga del encierro: a los muertos no los olvidamos con el encierro, a los muertos no los olvidamos con el entierro. La gente añora verlo sentado nuevamente en las bancas del parque, discutiendo de política y de cómo arreglar este pueblo. Además, piense que Chame fue un fiel hijo suyo, como dicen; murió peleando por las ideas que usted le inculcó desde niño, porque usted fue el que lo malcrió al comprarle los primeros libros que leyó”.

El viejo guardó silencio. Contempló todo el cuerpo y con sus manos gruesas tomó las tuyas. Te dio un beso en la frente; a lo que tú, con escasas horas de nacido, respondiste con una mirada de alegría y asombro. Eso te marcaría para siempre. El viejo se volvió a guardar hasta el día que sentí que había abierto la puerta del rancho y vino a verme. “Me voy”, me dijo. “¿A dónde vas?”, le pregunté. “No lo sé; por lo pronto tomaré el primer bus, ya veré”, me respondió.

Te volvió a besar la frente por segunda y última vez. Habían pasado seis meses desde la primera vez que lo hizo. Me dijo que para mitigar la pena de la muerte de su hijo se iría un tiempo a Venezuela a trabajar en las haciendas de por allá. Se emplearía de machetero o vaquero o lo que fuera, con tal de olvidar la pena. Me entregó un papel que contenía la



autorización para cobrar la pensión pírrica que se ganaba por haber trabajado cuarenta años de liniero en la empresa de teléfonos de la nación. “Con esto te alcanzaré un poco; vas a cobrar mensualmente. Además, te mandaré en la medida que trabaje y me paguen. No los olvidaré. Cuida del niño y mensualmente ve al cementerio, limpia la tumba de Samuel; ponle unas flores en mi nombre”. No quiso que ni tú, ni tú mamá lo vieran partir. A ambos les dio un beso en la frente; vi cuando se le aguaron los ojos. Era la primera vez en el tiempo que llevábamos de vivir juntos que lo vi con lágrimas en los ojos y me dije, para mis adentros, “el león está herido”.

Se fue cuando aún no amanecía y las nubes negras se veían venir. No supe más de él. No sé si murió o qué; de ello hace ya siete años. No escribió ni mandó nunca un giro como lo había prometido. A algunos que van y vienen de Venezuela les parece extraño que nadie les haya dado razón del viejo Joaco, como le decían. Es más, en cierto momento se dijo que se había ido para la serranía del Perijá, pasando por Codazzi en el Cesar, para salir de Mechiques en el estado de Zulia, en Venezuela. Que se encontró con una tribu, que se metió a vivir con una india y que por allá está sembrando yuca brava y cerniendo casabe todos los días. Esa fue tal vez la razón para que nos olvidara y para que nadie lo viera por ninguna parte.

Esa tragedia trajo luto y desolación a muchos hogares. Nosotros, tú y yo, nos quedamos solos, y cuando yo muera tú te quedarás más solo todavía. Por eso pido a Dios que te cuide, te proteja y me dé la oportunidad de verte crecer hasta que te puedas defender por ti mismo, para que no quedas expuesto a los brutos de este pueblo. De tu mamá tampoco se volvió a saber. Cuando ibas a cumplir diez meses de nacido, un día en la cocina pelando unos plátanos en la hornilla me preguntó: “Niña Mary, ¿usted cree que pueda sola con el niño? Quiero irme a trabajar de muchacha de servicio a Cartagena. Allá hay muchas mujeres de este pueblo y como son amigas mías me pueden conseguir una buena casa donde me traten bien y me paguen bien para mandarles a usted y al niño. Le aseguro que no haré lo mismo que el viejo Joaco; no me olvidaré de ustedes. Sabe bien que ese niño es mi adoración y que, como se lo prometí a Samuel el día de su muerte, cuando lo traíamos del puerto para acá en esa hamaca que nos regaló no sabemos quién, por el hijo que en ese momento tenía en la barriga daría todo lo que estuviera a mi alcance. Esa promesa la voy a cumplir, niña Mary, cueste lo que cueste. Por eso me voy a Cartagena a trabajar honradamente para que mi hijo no se avergüence de su madre cuando esté grande”.

Lo pensé como tres días. Le pedí al Señor de los Milagros que me ayudara para darle una respuesta a esa mujer y al final solo le dije: “Mija, haz lo que creas que es lo mejor. Lo único que te digo es que este vástago crecerá a mi lado hasta que Dios me de vida y licencia; seré la última persona en irse de su lado y lo haré cuando salga por esa puerta. La misma por donde salió su padre la última vez, metido en un cajón fúnebre. Así mismo lo haré yo y espero que cuando eso suceda, sea él quien me lleve hasta el cementerio”.

Tu madre viajó a Cartagena y los primeros meses bien, nunca dejó de preocuparse; nos mandaba cosas. Pero después se enamoró de un marino filipino que conoció un domingo por la tarde en sus salidas por el Camellón de los Mártires de Cartagena. Dicen las amigas que fue un amor a primera vista. Tu mamá era una mujer vistosa, elegante, pobre, pero se sabía vestir y, como te dije, se comía el mundo con el andar. Ambos se enamoraron. Quién sabe qué le dio ella a ese marino, que decidió llevarse a su país, y le perdimos el rastro. Los que aquí en este pueblo saben cosas de geografía dicen que ese país queda muy lejos. Una carta de allá para acá no llega. Mucho menos un giro. Guardo las esperanzas de que antes de morirme ella vuelva a aparecer por aquí. No es posible que seamos tan de malas que las personas que más quisimos y nos quisieron en la vida nos hayan abandonado de manera tan abrupta y dolorosa. Le ruego al Milagroso y muchas veces le he hecho la pregunta de qué pasó, por qué nos ha pasado esto a ti y a mí, por qué la vida nos ha golpeado tanto, qué mal hice en la vida, porque parece que es a mí a la que le está cobrando alguna cosa.

Las disquisiciones de la vieja fueron interrumpidas por el niño:

—Abue, ¿por qué estás llorando como la vez que me llevaste al río a ver pasar el ganado y viste a los vaqueros?

—Es por lo mismo, mijo. Los viejos solo vivimos de los recuerdos. Eso nos marca para siempre, como el hierro quemador que les ponen a las reses. Eso no se borra jamás. A ti también te pasará lo mismo, irás acumulando recuerdos y golpes en la vida, y cuando llegues a viejo se lo contarás a alguien; de pronto hasta tengas nietos si Dios te permite hacerlo.

—¿Sabes una cosa, abue? —interrumpió el niño—, cuando sea grande me embarcaré y me iré a ese país Filipinas a buscar a mi madre. La profesora Luz María me hizo prometérselo. Como ella dijo, yo no había nacido el día del tropel y tengo la memoria limpia y fresca. Ese hecho no me marca, me alejó de los seres queridos, pero no debo estar resentido.

—Dios quiera hijo que así sea antes de que la luna aparezca y tengamos que irnos a acostar. Que alguien toque la puerta y nos traiga buenas noticias que nos desarruguen el alma.

# EL MISTERIO DE UN HOMBRE COMÚN

Rito Antonio Veloza Ballesteros



Los viajantes que circulaban por la autopista entre Barrancabermeja y San Vicente de Chucuri en Santander (Colombia) presenciaron algo inusual el 24 de mayo de 1994. Vieron a un grupo de personas detenidas a lo largo de ese tramo de carretera de treinta y nueve kilómetros. Al día siguiente, el pastor Roberto Martínez, de la iglesia de los doce apóstoles, explicó la razón por la cual estas personas se habían reunido allí. Habían estado esperando el cortejo fúnebre que transportó el cuerpo del presidente de su iglesia, Nacho Vidal, al cementerio de su pueblo natal tras el servicio fúnebre celebrado en Barranca. El pastor Roberto Martínez describió la escena:

El viaje por carretera del cortejo hasta San Vicente de Chucuri, Santander, fue un emotivo tributo a un profeta de Dios. Los miembros de la iglesia le rindieron homenaje esperando al borde de la autopista y en los pasos elevados a lo largo de la carretera. Algunos llevaban su mejor ropa de domingo, aunque era sábado por la tarde. Otros detuvieron el vehículo; con respeto se pusieron de pie y esperaron a que pasara el profeta. Los agricultores se detenían en el campo y se cubrían el corazón con el sombrero; probablemente fuera aún más significativo el hecho de que los jovencitos se quitaran la cachucha para ponérsela en el corazón. También se ondearon banderas para despedir al profeta mientras pasaba. Había carteles que decían “amamos al presidente Nacho Vidal”. Otros decían: “Lean las revistas y el libro de la Biblia”.

Esta efusión de afecto fue sin duda un homenaje, pero fue más que eso, fue una demostración visible de que la vida de muchas personas comunes cambió al seguir los consejos de este hombre, y las personas que se reunieron a lo largo de la autopista representan a muchos otros.

Entre la fecha en que nació Nacho Vidal en los alrededores de San Vicente y la fecha en que sus restos mortales fueron enterrados allí, estuvo prestando servicio como instructor en los signos del Señor, decían algunos de sus seguidores, viajando por todo el mundo y ayudando a millones de personas a acercarse a Cristo; pero decía yo en mi interior, “quién fue este hombre”, porque en mis treinta y cinco años de existencia nunca había escuchado de él. Con el interés de investigar más a este personaje tan importante para las personas que estaban a mi alrededor, le pregunté a una mujer que me acompañaba en el autobús de regreso a Barrancabermeja.

El 15 de febrero de 1888, Sara Conor y Arturo Vidal recibieron al primer hijo de la familia; lo llamaron Nacho Vidal, como su tatarabuelo, quien prestó servicio como miembro de los once mejores de América, de un equipo de fútbol que no recuerdo.

Nacho nació en una casa de dos habitaciones que su padre había construido el año anterior en su finca. El parto fue largo y difícil y la partera pensaba que el bebé de 5,3 kilogramos no sobreviviría, pero los abuelos del niño tenían otro parecer. Llevaron dos tinas con agua, una caliente y otra fría, e introdujeron a su nieto en una y en otra hasta que comenzó a llorar.

El joven Nacho Vidal, cuyos familiares y amigos a menudo lo llamaban “tranquilo”, disfrutó una niñez muy formativa en la finca que rodeaba la casa donde nació. El joven Nacho era un niño campesino de manera literal y auténtica, un jovencito bronceado y en ropa de trabajo que a una edad muy temprana llegó a conocer la ley del cultivo: “todo lo que el hombre siembra, eso mismo segará”.

Llegó a saber en aquellos días de la escasez, y supo que sin trabajo arduo no crece nada, sino malas hierbas. Debe haber trabajo incesante y constantemente para obtener una cosecha. Así que había que arar en varias estaciones del año, con los afanes y sudores de caminar en un surco la jornada entera tras un par de mulas fuertes. En aquellos días se utilizaba un arado de mano, y era necesario aferrarse constantemente a las agarraderas, las cuales se movían y vibraban a medida que la punta afilada del arado abría la tierra y la renovaba con precisión. Tras un día de trabajo así, un jovencito quedaba agotado y dormía bien, pero la mañana llegaba muy rápido.

El campo quería que el rastrillo, también tirado por mulas, rompiera los montones de tierra y preparara los surcos para las semillas. Sembrar era una tarea ardua y extenuante, y luego venía el riego. La finca de Vidal se encontraba en una zona rural muy seca, que se convertía en fértil con la magia del agua. Era necesario vigilar el agua, no solo durante el día sino

también a lo largo de la noche. No había lámparas eléctricas ni faroles de propano, solamente lámparas de querosene, las cuales desprenden una débil luz amarillenta. Era imperioso que el agua llegara hasta el final del canal. Eso era una lección que nunca se debía olvidar.

Visualizo mentalmente al jovencito, con la pala sobre el hombro, caminando por las zanjas y los campos para suministrar un agua vital a toda la árida tierra.

En aquellos días no existían cargadores mecánicos, solamente había músculos; no es de extrañar que cobrara corpulencia y su cuerpo se robusteciera. Aquellos de nosotros que lo conocimos en una etapa posterior de su vida —me comentaba melancólica mi acompañante—, hablábamos del tamaño de sus muñecas. Una salud robusta, que comenzó a forjarse en su juventud, fue una de las grandes bendiciones de su vida; hasta la última etapa fue un hombre con una energía tremenda. A lo largo de los años de su vejez, cuando caminaba al lado de presidentes y reyes, nunca perdió de vista sus tiempos en la finca, cuando era joven. Nunca perdió su capacidad de trabajar, nunca perdió la voluntad de levantarse al amanecer y trabajar hasta la noche.

Sin embargo, de aquel lugar de su juventud salió algo más que un tremendo hábito de trabajo. Ese algo era cierta fortaleza que emana del campo. Ese algo era un constante recordatorio de la declaración dirigida a Adán y Eva cuando se les expulsó del jardín: “con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra” (Génesis 3:15). En aquellos que laboran la tierra se forja un espíritu de autosuficiencia. No existían en ese entonces programas gubernamentales para las fincas ni subsidios de ningún tipo. Los caprichos de las estaciones se debían aceptar: las tormentas fuera de la estación, los vientos y las sequías se admitían como riesgos de la vida contra los cuales no había seguros disponibles. Almacenar para prevenir la carestía era una necesidad, si no, se pasaba hambre. El único recurso constante contra los riesgos de la vida era la oración, la oración a nuestro padre eterno.

Había mucha oración en aquella casita de San Vicente; había oración familiar, por la noche y por la mañana, en la que se expresaba agradecimiento por la vida con sus desafíos y oportunidades, y en la que se suplicaba la fuerza necesaria para cumplir con la labor del día. Se recordaba a los necesitados y, cuando la familia se levantaba tras orar de rodillas, la madre tenía cargado el carrito para llevar comida a los necesitados. Su hijo mayor llevaba las riendas; esas lecciones nunca fueron olvidadas.

Estas enseñanzas de trabajo duro, unión familiar, servicio y de convivencia con el evangelio según Cristo comenzaron a cumplirse cuando

Nacho tenía doce años, un día que sus padres volvieron de una reunión de la iglesia con noticias inesperadas. El hermano Vidal recordaba más tarde:

*Rumbo a casa, mientras mi padre llevaba las riendas del caballo, mi madre abría la correspondencia y, para sorpresa de los dos, había allí una carta, o sea un llamamiento para ir a la misión cristiana. Nadie preguntaba si uno estaba preparado para una misión, si quería o si podía ir. Al entrar en el sendero que conducía a la casa, mi padre y madre lloraban, lo que no habíamos visto nunca en nuestra familia. Los rodeamos, éramos siete por aquel entonces y les preguntamos qué ocurría.*

*Nos dijeron: Todo anda bien. ¡Por qué lloran!, les preguntamos varios en la sala y allí lo explicaron. Nos reunimos alrededor de un viejo sofá de la sala y papá nos dijo entonces de su llamamiento misional. Y mamá dijo: nos enorgullece saber que a papá se le considera digno de salir a la misión cristiana; nos ven llorando un poco porque estaremos separados dos años; ya saben que papá y yo nunca hemos estado separados más de dos noches seguidas desde que nos casamos, y eso era cuando él iba a la montaña para buscar troncos, palos y leña.*

Con su padre sirviendo en una misión, Nacho asumió gran parte de la responsabilidad de mantener la finca familiar, llevaba a cabo el trabajo de un hombre, aunque era solo un niño, recordaba su hermana Martha tiempo después. Ocupó el lugar de papá durante casi dos años, bajo la dirección de Martha. Nacho y sus hermanos trabajaban juntos, oraban juntos y leían juntos cartas de su padre. Setenta y cinco años después, el presidente Vidal reflexionaba con las bendiciones que recibió su familia por el hecho de que su padre sirviera en una misión cristiana.

Me imagino que habrá algunos en el mundo que dirán que el hecho de que él hubiera aceptado ese llamamiento es prueba de que en realidad no amaba a su familia. Dejarlos en casa solos durante dos años, a siete hijos y a la esposa embarazada, ¿cómo puede eso ser amor verdadero?

*Pero mi padre tenía una visión mucho más grande y amplia del amor. Él sabía que para los que aman a Dios, todas las cosas obran inteligentemente para su bien (Romanos 8:28) Él sabía que lo mejor que podía hacer por su familia era obedecer a dios.*

Inspirado por el ejemplo de sus padres y motivado por su propio deseo de contribuir en su etapa de juventud, comenzó a prestar servicio social a su comunidad ayudando a otros jóvenes y observando diariamente los resultados de su liderazgo, según pasaban los años, hasta convertirse en un hombre que aceptó con gusto sus desafíos y responsabilidades.

En 1920 se matriculó en la Facultad de Agricultura de la Universidad Nacional, allí conoció a su esposa Flor María. Se encontraba con sus amigos cuando una jovencita (Flor) le llamó la atención y él les dijo: —¡Saben!, acabo de tener la impresión de que me voy a casar con ella—. Sus amigos se burlaron al escuchar la afirmación y le dijeron: —Es demasiado popular para un chico de granja—. Pero esto no lo desanimó. —Eso hace que sea mucho más interesante aún— contestó.

Nacho la invitó a un baile, ella aceptó, y otras citas condujeron a los que más adelante llamaron un maravilloso noviazgo; sin embargo, este noviazgo se interrumpió cuando Nacho recibió su llamamiento a servicio como misionero de tiempo completo en la misión británica. Antes de marcharse, él y Flor decidieron escribirse una vez al mes; también decidieron que sus cartas serían de aliento, confianza y noticias y así exactamente lo hicieron.

Muchas situaciones enfrentó en su misión británica; algunos antagonistas de su iglesia habían infundido un odio generalizado hacia los integrantes de su congregación, publicando artículos, novelas, obras de teatro y películas de contenido antimisionero. Pero no permitió que estas pruebas debilitaran su fe.

Flor tenía muchos deseos de ver a Nacho, pero sus deseos iban más allá de la perspectiva inmediata de pasar el tiempo con él. Ciertamente proyectaba la vista más allá, hacia el futuro; deseaba casarse con un agricultor y le agradaba el aparente deseo de Nacho de establecerse en una gran finca familiar.

Cuando Nacho regresó a Bogotá, de la universidad a su pueblo, se dedicó completamente a las actividades de la finca: ordeñar vacas, criar cerdos y pollos, cultivar remolacha. Años después, los líderes del gobierno local le ofrecieron a Nacho el puesto de secretario de Agricultura. Con nuevas responsabilidades, Nacho asesoraba a los campesinos en cuestiones que afectaban la productividad.

La capacidad de Nacho como líder en la agricultura generó otras oportunidades de empleo. Entre 1930 y 1935 trabajó como economista agrario y especialista en la materia en la Universidad Industrial de Santander (UIS). Aceptó otro llamamiento de su iglesia con entusiasmo, creyendo que los jóvenes son nuestro futuro. En fin, Nacho tuvo muchos cargos importantes en su vida profesional, hasta fue ministro de Agricultura, puesto que le permitió a Nacho conocer personas y lugares, llenándose de sabiduría, comprendiendo los grandes desafíos que presenta este país.



Pasados los años, su iglesia, al ver el gran éxito y liderazgo que tuvo Nacho en el país, le ofreció la residencia de su iglesia. Por ser un personaje público, ayudaría a proclamar el evangelio a muchas personas en diferentes partes del mundo. Asistió como representante de su iglesia a Europa, después de la segunda guerra mundial, cuando Europa empezaba apenas a recuperarse de la generalizada y abrumadora destrucción ocasionada por la guerra. Suministraba alimento, ropa y esperanza a sus habitantes.

Como un buen apóstol de Cristo, Nacho obedeció el llamamiento, ir por el mundo y predicar el evangelio a toda criatura (Mateo, 16:15); prestó servicio en muchas partes del mundo haciendo misiones y enseñando a la gente. Después de muchos años de servicio, enfrentó una enfermedad prolongada. Al año siguiente sufrió un derrame cerebral, que le impidió tomar la palabra en público. Durante un tiempo siguió asistiendo a otras reuniones públicas.

En 1991 no pudo hacer más que ver las reuniones de su iglesia por televisión; como era de esperar, su cuerpo comenzó a decaer con la edad; no podía caminar como antes ni hablar. Se produjo un declive gradual, pero él siguió siendo el profeta para muchas personas durante el tiempo en que vivió.

A medida que Nacho iba debilitándose físicamente, la salud de Flor María también decayó hasta su fallecimiento; dos años más tarde, en mayo de 1994, él se unió a ella y sus restos mortales fueron enterrados junto a los de ella en su querido pueblo San Vicente.

Su cuerpo regresa a su hogar en San Vicente, pero su espíritu eterno ha regresado a su hogar junto a Dios. El niño de campo que llegó a ser un profeta de Dios ha regresado a casa. Que Dios bendiga su recuerdo, y creo que fue así, porque todas estas personas lo recuerdan como si fuera ayer. Veo que la gracia de Dios estará con nosotros y nos acompañará eternamente.



# CALDAS

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MANIZALES



MAURICIO QUINTERO  
DIRECTOR DE TALLER



# EL REY DE LA GOMA

Álvaro Javier Buitrago



A partir de este momento comenzarás una aventura no muy placentera, pero realmente interesante. Este mundo oscuro, degradante, como lo quieras llamar, lo he vivido yo; durante tres años navegué entre dimensiones completamente desconocidas, mis sentidos se agudizaban al máximo y mis pulmones no daban más.

Quiero que conozcan con lujo de detalles y se concienticen de lo real y lo irreal de la droga llamada Bóxer. Paso a paso se darán cuenta de sus efectos y sus contradicciones, mis razones para darles a conocer algo tan privado y vergonzoso de mi vida. Es con el ánimo de educar a niños, jóvenes y padres, porque gracias a Dios y a mi voluntad pude salir ileso; no muchos pueden contar el cuento.

Lo que leerán a continuación es vivido por mí, bajo los efectos de la “solución”. Perdón a todos mis seres amados, pero esto es una forma de desahogar mi oscuro pasado.

Era el año 2000, tenía diez años, vivía en un barrio bastante agitado, en una casa humilde con mi abuela, una tía, su esposo y su hija. Solía estar con un amigo al que apodaban el Gringo. Ya está muerto. Los dos estudiamos en el mismo curso y nos escapábamos del colegio para ir al bosque a montar en bejucos. Un día de tantos, nos volamos de clase; durante el recorrido el Gringo me enseñó un tarro de solución. Mi respiración se agitó, ya había visto a varios niños consumiendo. Sacó del bolsillo de atrás de su pantalón dos bolsas de leche vacías, se rio, y me indicó que llegáramos rápido para que pillara como era de chimba el viaje. Aceleramos el paso y llegamos al bosque, muy retirado del barrio; me dio una bolsa y me indicó que la limpiara y la volteara al revés, mientras él abría el tarro; yo estaba asustado, el vacío en mi estómago era inmenso, pues era mi primer vuelo. Derramó un poco de solución al suelo, dizque pa’ las ánimas, me

sirvió dentro de mi bolsa una cantidad moderada indicándome que no chorreara el borde para que no me untara la boca, él se sirvió su “teta” y empezamos. Nos miramos frente a frente; llevé la bolsa a mi boca, la inflé. La sensación que empecé a sentir era indescriptible, unas voces de niños que no lograba entender, luego desde mi dedo pulgar del pie una energía combinada con calor llegaba hasta mi cabeza.

Los árboles cambiaban de color verde a color blanco, una alfombra con diseños extraños aparecía bajo mis pies; cada vez que inflaba la bolsa era más poderoso e intenso lo que sentía. Tenía mucho miedo, era todo tan real que no sabía distinguirlo de lo irreal. En ese preciso momento mi mente se puso en blanco, cerré mis ojos por cuatro o cinco segundos. Al abrirlos me vi a mí mismo consumiendo solución. Era como si mi cuerpo astral se hubiera salido del de carne y hueso. Les confieso que fue repugnante, un yo bueno contra un yo malo, fue algo de otro mundo. Después de dos minutos, volví a cerrar mis ojos, respiré profundo y al abrirlos de nuevo era uno solo; quedó un mareo por unos instantes y después de una hora ya era todo normal, aunque el olor en la boca era un problema mayor. Comíamos salchichón, chicles y trukinis para disimular el aliento. Al transcurrir los días, consumíamos con más frecuencia, nos mareábamos menos y controlábamos el vuelo. Tuvimos muchas visiones durante el primer año, mujeres muertas, naves voladoras... Si queríamos ver a un ser querido ya fallecido, lo veíamos y hablábamos con él, nos convertíamos en millonarios o en gigantes... Esto, hasta que mi abuela me descubrió y me dio una pela que nunca olvidaré, gracias a ello, tomé escarmiento.

Lo más irónico de la vida fue que después de haber pasado doce años, ya con una linda esposa y un hermoso hijo de dos años, tuve un problema mayúsculo, y al no encontrar solución, busqué y ahí estaba, en el baúl de mis recuerdos, “la teta”: rubia con curvas indefinidas. Me enredó de nuevo y esta vez más fuerte. El curso del vuelo ya lo había tomado, era profesional en la materia y por lo tanto no tenía el temor que sentí de niño.

Consumí día y noche durante dos años, exploré todo al respecto, aprendí a “envuelar” a cualquier persona que consumiera al lado mío, y llevarlo hasta sus más grandes miedos y, literalmente, sacarles el alma; aprendí muchísimo, descubrí que la bolsa negra era más poderosa, con esa bolsa me convertía en un hechicero, con sombrero y botas. Yo era llamado “el rey de la goma”.

Era muy esquivo y entrelazaba mi teta para que nadie se metiera en mi vuelo; es como si todos estuviéramos en conexión con nuestras mentes,

como si una mente más poderosa controlara al resto. Esa mente era yo. Sincronizábamos la respiración de todos, convirtiéndola en una sola frecuencia, y así creábamos un sistema, un universo liderado por el rey de la goma. Hagan de cuenta que es Matrix y se pueden lograr cosas extraordinarias; hay ocasiones en las que se pierde la teta, e inmediatamente se pierde la conexión de este mundo; la teta es la llave para el ingreso a Matrix, por esto hay que consumir con más frecuencia o, en mi caso, siempre. En medio de tantas cosas fascinantes mi cuerpo se sentía mal, el tóxico del Bóxer debilitaba el color de mi piel, que se tornaba pálido; mi respiración era limitada, disminuyó mi apetito, pasaba dos o más días con un pan y una gaseosa. El calcio de mis dientes se perdía y, lo peor, la acumulación de este tóxico en mi organismo provocó una bola en mi garganta que aumentaba su tamaño rápidamente; esto por el lado de mi salud. Y por el lado de mi familia, imagínenlo, tengo tres hermanas menores, una abuela maravillosamente cariñosa, una tía que me quiere como un verraco, su esposo y dos hijas, y mi mamá Patricia que la quiero con el alma. Todos ellos me apoyaban, lógico, era el único hombre entre estas lindas mujeres. Imaginen esto: yo entrando a mi casa en plena fiesta de día de madres, con todos reunidos, los Buitrago juntos, y yo con la teta en la mano, sin camisa y más flaco que este bolígrafo con el cual les estoy regalando parte de mi vida, que me ayudó a ser más fuerte.

Y por el lado de mi esposa y mi hijo, les cuento, vivíamos en una pieza de esterilla al lado de la casa de mi mamá; todos los días yo entraba loco, desorbitado, le daba un beso a mi hijo y uno a mi esposa, aún con el olor impregnado en mi piel, hasta que mi mujer tomó la decisión, me puso un alto diciéndome que me amaba, pero que no seguiría permitiendo esto; el niño estaba tosiendo mucho, decía, me cansé, su solución o nosotros, me dijo. Esa noche no dejé de pensar en lo mucho que los amaba y en mi vida.

Al día siguiente decidí “envuelarme” la última vez, pero a lo grande, mandé a un socio a la ferretería con veinte mil quinientos pesos para que comprara cinco boletas de solución de cuatro mil pesos cada una, y con los quinientos, dos bolsas de basura de doscientos pesos y dos mentas.

Me fui para el filo mientras mi socio iba de compras; el filo era mi palacio real. Observé a lo lejos, allí venía, se me hacía agua a la boca; apenas llegó, agarré las bolsas y las uní para que quedaran más fuertes, las abrí bien y vertí el contenido de las cinco botellas por completo, sin dejar chorrear el borde como aprendí de niño; hice presión al borde de la bolsa y la inflé, la llené con mi propio oxígeno, era la teta más grande de mi vida.

Apreté más fuerte los bordes para que no se me escapara el aire, la llevé a mi boca y con mis manos aprisioné el globo llevando un aire contaminado de alucinaciones a mi cerebro; no tuve con el simple aire que ingresaba a mi cuerpo, sino que metí la cabeza completa dentro de la bolsa y perdí el sentido. Desperté luego de un rato, sucio y sin saber qué había pasado, con mi cara y pelo llenos de solución, algo vergonzoso. Ese fue mi último vuelo.

En la noche de ese mismo día tuve un sueño rarísimo, un hechicero me daba instrucciones: que apenas despertara, comprara un tarro de solución y con el contenido escribiera en el suelo lo siguiente: “No más goma” y el signo mío. Y que les prendiera fuego, para sacar el espíritu maligno que habitaba en mí.

Al día siguiente compré el tarro de solución, seguí las instrucciones al pie de la letra y escribí: “No más goma, libra” y le prendí fuego. Mi cuerpo experimentó un descanso, una paz que no había sentido antes. De ahí en adelante me alimenté mejor, las bolas en la garganta desaparecieron, cambié mi actitud y mi vida mejoró de ahí en adelante. Feliz, por contar con una familia que no me abandona ni me ha abandonado, ni en el peor de los momentos, gracias papá Dios por la familia.

Recuerda que Dios deja que nos estrellamos, pero antes de eso nos envía muchos reductores de velocidad, pero por el mismo afán de vivir la vida no vemos lo más valioso de todo, la familia.

Atentamente,

Álvaro Javier Buitrago, el ex rey de la goma



# POR UN IMPULSO

Niwde (seudónimo)



Nací un 14 de marzo de 1988. Un día muy frío y nublado, que fue de gran felicidad para mis padres, especialmente para mamá.

El cucho, siendo muy bebedor y rumbero, pero también de buenas para el dinero y las viejas, le daba una mala vida a mi madre. Ella, con una barriga de seis meses y yo muy pequeño, tuvo una fuerte discusión con el viejo; rápidamente huimos de casa a donde mi tío Minga que vivía en las afueras de Manizales, en un pueblo llamado Neira. Minga era dueño de varias cantinas y burdeles; cerca de él aprendí muchas cosas de ese mundo, supe defenderme y plantarme con actitud ante los demás. Con el tiempo, mi madre se dejó endulzar el oído por el cucho y decidió volver a Manizales.

Regresamos al barrio a vivir otro calvario; mi hermano y yo estudiamos en el Instituto Malabar, mientras mi madre hacía los quehaceres de la casa y mi padre se emborrachaba con sus mozas y sus ociosos compinches; vivían de rumba en rumba, el cucho nunca cambió.

Fui creciendo, tomándome la ley por mi cuenta, con quien fuera y como fuera. Un padre borracho y una madre ultrajada llenaron mi vida de tragedia y me dejé caer en un mundo oscuro. A mis nueve ya fumaba cigarrillo, portaba navaja y andaba con mi combito de arriba abajo. Era un desastre en los estudios y no respetaba a nadie. A los doce fumé mi primer porro, con tan mala suerte que mi padre se enteró y me dio una pela la verraca; quedé tan resentido que hui de casa y me refugié en el pegante y la marihuana. Tres días duré perdido y desorientado, al cabo de los cuales me encontró mamá; destrozada, me reprochaba lo que hacía. El resentimiento a mi padre era más y más grande cada día.

A los dieciocho, obtuve mi primer fierro, calibre 38. Me gustaban las armas, lo llevaba en la sangre; fui entrenando y aprendí unos trucos de más para llegar a convertirme en un sicario respetado. Adquirí gran estilo

para las mujeres, tenía varias a la vez; farras, droga, sexo, muertes... Pensé que había cogido al mundo con mis manos. Con mi familia fui siempre muy reservado, me consideraba un bandido fino, hacía mis vueltas fuera de la ciudad.

En ese tiempo apareció una mujer que cambió mi vida por completo, Julieth. Nos entregamos el uno al otro con amor sincero, desinteresado, solo el uno para el otro, amándonos con todas las fuerzas. Mi abuela me entregó un ranchito y allí empecé una vida placentera con mi amada. Me dediqué a vender drogas y a hacer torcidos. Transcurría así mi vida, pero Julieth no sabía que yo andaba en malos pasos; entre paseos y rumbas vivíamos nuestra loca vida de pareja, no nos preocupábamos por nada, creíamos tenerlo todo. Nos propusimos tener una linda princesa y me prometí dejar las drogas y las armas.

El 15 de octubre de 2011 nació Mafe. Fue el mejor día de mi vida, mi niña se convirtió en todo para mí, tanto así que me retiré de los combos y estuve más pendiente del hogar; trabajaba en oficios varios, a lo bien. Cuando Mafe cumplió su primer año le organicé una gran fiesta: piñata, bombas, torta, amiguitos y muchos regalos. Como una familia humilde convivíamos bien, felices, pero no todo era color de rosa, yo aún fumaba baretta y no dejaba de cargar el revólver, siempre con él encintado porque otros esperaban a ver si yo les daba el pago pa' matarme. Empecé a trabajar en el taller de mi padre; ganaba poco, pero lo hacía rendir, así pude ahorrar unos pesos para poder celebrar el segundo cumpleaños de mi pequeña, no tan lujoso como el primero, pero con todo el amor. La vida es un sube y baja; todo transcurría normal hasta que vino el día de la muerte del paisano "Tanga"; se me derrumbó todo y tocó volver a empuñar el mazo.

Tras la búsqueda del pirobo que mató al paisano llegaron muchas muertes, charcos de sangre ahuyentaban de la esquina, rotos en las paredes, postes y ventanas eran la evidencia de los gritos de mujeres y niños dentro de sus casas, del juicio final de lo ocurrido. Al estar parado en la esquina con un fierro en la cintura y un porro en la mano, me expongo a diario, juego con mi vida cruzando en medio de esta ruleta rusa, mueres o vives, un entorno, un mundo, un universo lleno de oscuridad, maldad, venganza y sufrimiento.

Por esos días mi madre andaba de cumpleaños y me suplicaba que no cargara mi arma; yo me contuve, respiré profundo y con mi hermano y mi padre le llevamos una linda serenata. Estábamos en mes decembrino y las cosas andaban bastante calientes, había rumores de que me iban a matar;

yo me cuidé mucho y no les daba el pago. El 13 de enero de 2014, como a las siete de la noche, apareció Jairo Castro con sus cuatro secuaces bien armados, pero no contaban con que yo andaba con mi hermano y otros dos paisanos armados todos hasta los dientes. Jairo subió hasta la esquina y me llamó, yo bajé cuidadosamente y crucé unas palabras con él; la cosa se puso tensa, pero al fin y al cabo no pasó nada esa vez. Jairo se retiró con una sonrisa hipócrita, dándome a entender que debía cuidarme; nosotros acabamos de fumarnos un porro en la esquina y luego cada uno siguió para su casa. A la una de la mañana escuchamos unos ruidos en la casa de mi hermano, sigilosamente cogí mi pasamontañas, me puse las botas y cargué mi revólver con buena munición. Mi mujer me detuvo cuando me dirigía a la puerta y me dijo:

—Piense en la niña. ¿Es que no la quiere? Usted sabe que ella es lo más sagrado para los dos.

Pero mi ira era grande y de un solo bote estaba afuera; sin pensarlo detoné mi revólver tres veces y una bala atravesó la cabeza de Castro, dejándolo en el suelo sin vida.

Estuve en su levantamiento, fumándome un cigarrillo, relajadamente, como si no pasara nada; eran las cuatro y media de la mañana, ya casi amanecía. Daban muchas versiones, pero al final nadie sabía a ciencia cierta quién había sido el asesino real.

Todo era confuso, pasaron dos horas y los secuaces de Castro volvieron al lugar a buscarme. Yo estaba en la esquina con mi arma, mi amiga inseparable, no tuve más remedio que enfrentarme a ellos; los disparos retumbaban en la cuadra, era mi vida o la de ellos, era la definición sangrienta de todo y yo salí ileso.

Pasaron ocho días, no podía dormir, las imágenes confusas se aglutinaban en mi mente.

El 17 de enero de 2014 me capturaron, en el juicio no acepté cargos. Hoy estoy pagando una condena de treinta y cinco años en La Blanca de Manizales.

Recuerda, hoy estaremos reunidos con nuestra familia pasando bueno y el día de mañana podrás estar encerrado, metido en una ratonera de mala muerte. Lucha por tu vida y tus ideales.

# MÁS ALLÁ DEL DOLOR Y LA DESILUSIÓN

Jorge Luis Muñoz Parra



Ricardo Santamaría nació el 12 de junio de 1980, en la ciudad de Bogotá, Colombia. Su padre es un empresario dueño de una cadena de restaurantes y acciones de Ecopetrol. Ricardo se destacó por ser de los mejores alumnos, por su entrega, su capacidad de aprendizaje y, lo más importante, por convertirse en alguien importante para su país, dejando su huella. Fue único hijo, el niño consentido al que nunca le faltó nada. Culminó su bachillerato en uno de los mejores colegios al norte de la ciudad. Lourdes Estrada, dama de clase, decana de la Universidad El Bosque, fue su progenitora; guiaba su hogar con rectitud, y era un ejemplo para él. Estudió Finanzas y viajó a Estados Unidos a estudiar una maestría.

Su juventud no le daba aún para pensar en una relación, quizá porque no había llegado esa princesa que le robaría el corazón. Solo vivía de aventuras y relaciones muy cortas. Regresó a Colombia, al lado de sus padres.

Una propuesta de trabajo en el Banco del Comercio no se hizo esperar, allí entró como gerente, inició una excelente labor.

Isabel Banquet, administradora de empresas, se cruzó en una reunión del Banco de Montreal con Ricardo. Al verla por primera vez, su mirada dulce y sincera, su cuerpo de tallas perfectas, su rostro angelical, su cadera monumental, adornada por unas piernas largas y torneadas, lograron cautivarlo. Fue así como entraron a una galaxia llena de amor. Conoció al amor de su vida.

Al transcurrir el tiempo, esta relación se afirmó más y más, sus padres apadrinaron su lindo idilio y los amantes no tardaron en unir sus cuerpos, sus mentes y sus almas. La boda se realizó en una iglesia de Santa Marta, de donde era oriunda Isabel; fue una ceremonia sobria y elegante. En su

luna de miel, programada en París, los muros del hotel fueron testigos de la pasión, la lujuria y el frenesí de este lindo amor. Pasaron días maravillosos, de placer, restaurantes finos y tours en los parajes más exóticos de Francia.

Una llamada cambiaría el rumbo de esta luna de miel, la transformó en una luna de hiel. Una sombra poderosa y macabra convirtió este instante en el más tormentoso y duro silencio de dolor y soledad. Ricardo no comprendía por qué su vida llena de triunfos y éxitos pasó de repente a ser un oscuro abismo de impotencia y desazón.

Los nervios se apoderaron de este caballero; la noticia logró inundarlo de nostalgia y debilidad. En un momento de gloria, le arrebataron al ser más querido, su padre, el héroe de su universo. Tomó valor y con voz entrecortada enteró a su esposa de la triste situación. Empacaron maletas y emprendieron el viaje, para enfrentar la dura realidad.

En el avión su mente volaba, tal vez con la misma o quizá con más velocidad que las turbinas de aquella ave mecánica.

Pensaba:

“Ese maldonado que truncó la vida de mi padre lo pagaré, juro que así será”.

Por primera vez aquel hombre, tranquilo, paciente, albergaba un sentimiento de rencor y venganza. El viaje se hizo eterno, Ricardo no veía la hora de llegar. Al arribar al aeropuerto lo esperaba su chofer; no musitó palabra, su mente era un coctel de oscuros pensamientos.

Entró a la funeraria donde yacía su padre, el señor Manuel Santamaría. Lourdes lo recibió en un mar de lágrimas, no lograba contenerlas. Se unieron en un abrazo amargo, en el que el silencio y el llanto se conjugaban en una sinfonía de dolor y desesperación. A su alrededor estaban las miradas pausadas y tristes de los amigos y familiares que acompañaban su duelo. La mayor sorpresa fue cuando quiso ver su rostro por última vez; la tapa del féretro estaba sellada. No hubo necesidad de decir nada, la mirada de su madre le haría comprender mejor la pesadilla.

Durante el sepelio su silencio fue un arma que cortaba su alma desangrándola lentamente; nadie podía imaginar que Ricardo vengaría la muerte de su padre. Transcurrió algún tiempo, Lourdes y su esposa fueron el aliciente para sobrellevar a tan duro dolor. Pasaron algunos días y las autoridades no lograron dar con el paradero de este asesino; llegaron a la conclusión que su muerte fue un atraco más, realizado por la delincuencia común de esta ciudad.

De su tranquilidad no quedaba nada, sus noches se convirtieron en zozobra, ira e impotencia. Empezó a investigar por su cuenta, se movió

por la ciudad con las pocas pistas que tenía, contrató un investigador privado, quien le ayudaría a esclarecer este duro episodio. No existían videos, no tenía ningún rastro, el asesinato fue perpetuado en horas de la noche y en un lugar apartado de la urbe.

Ricardo, fijo en el juramento, cada instante alimentaba su corazón de rencor, rabia y venganza. El investigador logró dar con el paradero del sicario, consiguió un alias, un nombre y una dirección del sur de la ciudad. Ricardo empezó a rondar este barrio por algunos días. Durante este tiempo adquirió un arma y aprendió a utilizarla. Ya estaba seguro de sí mismo y con la firme convicción de acabar con la vida de aquel perverso ser.

En un pequeño parque de este barrio se reunía un joven, que revelaba veintitrés años de edad, con algunos adolescentes y unos niños. Sus reuniones los llevaban a maquinar hurtos y sitios donde expenderían droga, a la vez que consumían.

Allí se encontraba Daniel, alias Marioneta, un pequeño de escasos nueve años, pero con un largo prontuario de muerte, droga y robos. Aquel infante con el corazón duro como una roca tenía armas por juguetes, y por golosinas, la marihuana. Matar para él se había convertido en un juego. Su alma estaba contaminada de frustración y angustia, no se daba cuenta del dolor que ocasionaba.

Carlos, el investigador, le había entregado toda la información necesaria para dar con este asesino; solo que omitió un pequeño detalle, al entregar todas las pruebas, se le olvidó decir que Marioneta era un niño. En realidad Daniel era una marioneta, no se daba cuenta de que este alias era el contraste con la cruda realidad que vivimos, tan solo era preso del sistema y el poder.

Un viernes en la tarde, Ricardo salió decidido a acabar con aquel hombre calculador y frío, aquel asesino vestido de negro, que disfrazaba la maldad, la ignominia y la huella de su crimen. Llegó al parque, observó por algún tiempo, pero no lograba ver a Daniel. Al paso de una hora no aguantó más, bajó de su auto y averiguó por Marioneta a un joven; este adolescente, muy escéptico, pero pensando que lo contrataría para algún trabajo, lo condujo a él.

Ricardo empuñaba con fuerza su arma en el bolsillo de la chaqueta, pensando en descargar sin contemplaciones todo su poder destructivo. Al llegar solo vio a algunos chiquillos consumiendo droga, embebidos en un viaje alucinante de fantasía y perdición.

Este joven señaló a Daniel, aquel niño, perdido en el universo desafiante. Ricardo no supo qué decir, solo atinó a pronunciar:

—No, no... esta no es la persona que busco... gracias.

Regresó a su auto, abrió la puerta y entró. No sabía qué hacer, sus piernas temblaban, la impotencia lo llevaba a una confusión sin límites. Tomó aire como pudo y llamó a Carlos, el cual le confirmaría que Marioneta era un sicario muy certero, y que fue el que segó la vida de su adorado padre. Al mirar a su alrededor vio a los niños que le gritaban:

—Cucho, regálenos la liguita, no sea así.

El silencio y la incertidumbre invadieron a Ricardo, no reaccionaba ante aquel despropósito. De pronto un golpe en el vidrio lo asustó; por vez primera se encontró frente a frente con la mirada de Daniel. Su cuerpo temblaba, un sudor frío recorrió su cuerpo y se confundió con algunas gotas de lágrimas que escaparon de sus ojos. La impotencia y el miedo invadieron cada poro de su piel.

La mirada del muchacho le hizo comprender por un instante que este pulpo gigante del poder cubre con sus largos tentáculos a aquellos seres desprotegidos, vulnerables y fáciles de atrapar. Un suspiro, una mirada de nostalgia y desespero lo llevaron a acelerar su auto y salir de ese infierno enloquecedor. No sabía a dónde ir, lo importante era abandonar aquel lugar.

Un poco más calmado parqueó su auto frente a un bar. Entró, pidió un whisky y lo bebió sorbo a sorbo. No podía borrar aquella imagen, aquella mirada del infante. Aún había en el aire un ruido de rasgadas sombras y gotas de sangre en el alma oscura de una criatura. Aquel sentimiento de venganza e ira, se desvanecía convirtiéndose en desazón, en una impotencia donde trago a trago se bebía el dolor, la rabia, las ganas de matar. Un trago de derrota y silencio quemaba su garganta y ahogaba el deseo marchito por la desesperación...

# NADA ES LO QUE PARECE

José Antonio Valencia Parra



Las cosas no siempre salen como se cree, se piensa o se aparenta. Realmente todo pasa, todo sigue.

Expresar lo que anhelo es difícil. Lo que quiero, complicado, lo que siento, aún más. Lograr lo que sueño es drama, es suspenso...

Mi vida es una novela de ensueño, mi memoria, una colección de historias y vivencias. Momentos difíciles, muchos, tantos que ya perdí la cuenta; alegrías, bastantes he vivido y seguiré viviendo, lógico, esta cuenta común y corriente siempre seguirá abierta.

Me critican, juzgan y condenan; yo juzgo, condeno, critico. Por tal motivo, no me quejo. Encerrado estoy físicamente, pero busco la manera de no aprisionarme mentalmente; las dificultades y problemas toca aceptarlas con cabeza fría, aunque no es solo frío lo que pasa por mi cerebro; celebro tener un corazón fuerte; qué sólido se ha vuelto mi corazón en un lugar donde ni las restricciones ni las privaciones me impiden sentir y asegurar que soy libre. Libre porque pienso lo que quiero, acepto y tomo conciencia, no me embriaga decir que soy el único responsable de todos mis actos, responsable de hacer lo que se me da mi gran puta gana.

La realidad es solo una, la realidad no es uno mismo estancado en un pozo de mentiras que solo posee tristezas y fracasos, que tristemente me han servido para superar temores ¿Acaso no hay mentiras que posean algo verdadero?

Sigo soñando aunque esté despierto; despierto, soñando libre en un mundo real, mi propio mundo...

Un balón, un robot, un carro a control remoto, en algún tiempo mis juguetes favoritos. Con el transcurrir de los años otros juegos fui aprendiendo, arriesgando mi vida, jugando a desafiar la muerte. En fiestas y parrandas no faltaban las drogas, las mujeres, las armas, el sexo en exceso,



lujuria de lujos, fantasías, falsedad. Leo en mi mente recuerdos que pasaron y siguen presentes.

Prender la fiesta, romper la piñata; una buena parranda entre pillos significa violencia, la fiesta no culmina en paz. Con firmeza, confirmo que la piñata se rompe con garrotazos de odio, acompañados de cuchillo y bala; se ilumina el festejo en el rojo típico de la sangre. Consecuencias: el hospital, la cárcel, el cementerio; estos tres recintos siempre están abiertos, qué buen servicio al cliente, y cada quien accede voluntariamente en vida o muerte. La cárcel no es un centro con servicios cinco estrellas; acá estoy, yo soy la estrella, soy el centro, el epicentro; acá cada quién vive su propio cuento. La vida cambia en cualquier momento, a veces para bien, a veces para mal; se vive como se puede y como te dejan; sin embargo, seguiré soñando, aunque el sueño se asemeje a una pesadilla.

Soy libre, libre soy, preso solo un poco. Pienso, anhele, deseo, imagino; se me dificulta no saber qué quiero, pero no me condenaré. Al contrario, doy fe, como dijo un filósofo: “estamos condenados a ser libres”. Así es, así lo creo, así lo siento yo; disfruto, río, decido y expreso sin prejuicios, confieso que también lloro. Quiero desahogarme y sugerir: no te ahogues pensando nada...

Antes pensaba, tengo dos pies, uno fijo acá en el mundo, y el otro fijo en el cementerio; ahora siento que este cementerio de hombres vivos me enseñó que mis pasos pueden dejar huella sin importar donde me encuentre. Soy gigante, soy enano, grande soy cuando pienso: “yo puedo”. Diminuto cuando me atrapa la nostalgia y pienso: “yo no valgo nada”.

Caminos difíciles he recorrido, por eso soy fuerte mental y anímicamente, las cosas que no te matan te hacen más fuerte. Acá en prisión descubrí con qué y con quién cuento; aquí dentro he conocido amigos verdaderos. Los que afuera simulaban han quedado al descubierto, solo engaños y mentiras. A ellos, que me dieron la espalda, doy las gracias por quitarse sus máscaras, buenos actores sí fueron, ahora serán antagonistas de esta novela donde soy protagonista y no serán más mi desgracia. Ahora mi mejor juego es jugar con las palabras; una hoja y un esfero me permiten dar lectura al mundo y escribir mi realidad. Ni las rejas ni los muros harán que me silencie, con libertad puedo decir que mi cultura fue la calle; como todo ser humano he cometido errores y seguro lo volveré a hacer, pero por los amigos de verdad y las personas que más quiero, daré lo mejor que puedo.

No todo es como deseo, pero quiero seguir soñando; despertaré de esta pesadilla cuando libere mi mente, así podré decir: “soy el dueño de

mis pensamientos”. Con voluntad intento hacer lo que imagino, no siempre es posible, pero cuando lo logro la felicidad invade mi cuerpo y una energía fuerte, pura, rodea todo mi ser.

No seguiré siendo el que era, aunque siga siendo el mismo.

# LA GUACA DEL CHUMBIMBO

Víctor Antonio Londoño Ríos



“Esta noche sí salimos a atisbar las guacas, no ha de ser que esta vez sí ardan”. Eso dijo el viejo Erminio mientras se lavaba los pies, allá en la estancia de Vertiaderos; el pobre viejo era más flaco que un gancho de guadua, tenía más carne un arroz en Jueves Santo. Fue precisamente por los días de Semana Santa, cuando se reunían las familias para salir en las noches a atisbar guacas; decían los antepasados que ardían entre las diez y las doce de la noche.

La noche del Jueves Santo se reunieron todos en la casa del viejo Toño para escuchar sus historias; es que él era un viejo sabio, había vivido mucho y tenía gran conocimiento. Todos escuchaban mientras Rubelia preparaba la merienda, y así se mataba el tiempo mientras llegaba la hora de salir a atisbar las guacas. Todos estaban: Rafa, que era más mentiroso que Cosiaca; Chila, que parecía un tamal navideño, solo envoltura; Cachetona, Tere, Pereque, Cristo, Rubio, Alí, Matilde, Macho Pedorro, o sea Tilde, el Doctor o Pedro —se le decía así porque el hombre era más preparado que un kumis, pero el viejo sabio le decía así para que no le faltara con el paquete de tabacos que siempre le traía—. También estaban Toñilas, Pispis, Nando, Arturo y Cautil.

A las diez de la noche todos salieron en grupos impares, porque la leyenda dice que si salen en pares los entierros no arden. Unos miraban hacia El Tejar, lugar oscuro y tenebroso; según la gente, había allí un tesoro escondido. Otros atisbaban para los mangos; la historia cuenta que los carrapas ocultaron allí todo su oro, pero hasta hoy nadie lo ha encontrado. Otros más atisbaban para La Vega, un cerro altísimo del cual se dice que en épocas de la violencia entre liberales y conservadores sirvió de caleta

donde las gentes guardaban joyas y riquezas por temor a ser desterrados, como efectivamente ocurrió.

Los más atrevidos se fueron a buscar la guaca del chumbimbo, un lugar misterioso lleno de mitos y leyendas, rodeado por el cerro de Carbonera y el cerro de Cresta de Gallo. Cuentan que la Madremonte y la Llorona hacían en estos parajes sus apariciones; lamentos y gritos lastimeros se escuchaban por los cañones de las quebradas. Decían que el Judío Errante también emitía su grito aterrador en medio de la espesura de la montaña en las noches más oscuras, justo al pie del chumbimbo, donde precisamente ardían las guacas cada año en Semana Santa.

El chumbimbo era un árbol que tenía unos ciento cincuenta años; había en él más de seis abarcaduras y una inmensa cueva, dentro de la que seстеaban más de sesenta novillas y sobraba espacio para otras sesenta. A su alrededor abundaban las huellas de los guaqueros que cada año venían tratando de encontrar el tesoro de los indios carrapas. El ganado seстеaba bajo la sombra de sus ramas, donde colgaban los gajos de chumbimbas que eran alcanzados por las lavanderas que pasaban hacia la quebrada Llano grande; ellas contaban que lo hacían para que la Patasola no se llevara a sus hijos, que jugaban alrededor de la orilla de la quebrada; al parecer, el olor a la chumbimba verde la ahuyentaba.

Se ubicaron todos en los diferentes sitios. Tilde, Pedro y Rafael escogieron el chumbimbo. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Tilde y Pedro, y de repente Rafael les gritó:

—Miren, allá está ardiendo justo al pie del árbol. —Y salió corriendo loma abajo, mientras Pedro y Tilde, paralizados, no podían ni hablar. Un silencio aterrador invadió el lugar y un fuerte olor a azufre se esparció por todo el espacio; Rafael llegó hasta la base del chumbimbo, sus ojos estaban desorbitados. Solo exclamó—: ¡Dios mío! —Y se quedó paralizado.

Treinta eternos minutos pasaron, luego Rafael subió hasta donde estaban Pedro y Tilde. Los miró con el rostro desencajado; temblaba como caballo cojudo y mientras señalaba hacia el Chumbimbo, cayó desmayado. Lo llevaron para donde el taita Toño que lo agarró en sus brazos luego de ordenarle a Rubelia que le preparara chocolate con leche, canela y huevo. Poco a poco el color le fue subiendo al rostro mientras lloraba en el regazo del viejo sabio que le frotaba alcohol en el pecho. Con voz entrecortada contó que vio un hombre sin piel al cuidado de unas vasijas que brillaban como el sol, custodiadas por una jauría de perros de ojos rojos, ataviados con cadenas de oro.

Al día siguiente partieron hacia la guaca del chumbimbo con el viejo sabio, que había labrado una estaca en forma de cruz; Rubio, que era un joven prudente pero decidido, y Rafael y Toñilas, en quien confiaban ciegamente. Al llegar solo hallaron boñiga de ganado, Rafael indicó el lugar de su visión...

Un viento frío sopló sobre el árbol, se oyó la brisa combinada con susurros y un lamento que surgió del interior de la cueva se convirtió en un ruido escalofriante. Rafael y Rubio se abrazaron y el viejo sabio pegó un alarido:

—¡Ave María Purísima! —Toñilas, como una flecha, saltó, cogió un gajo de chumbimbos y lo lanzó a la oscuridad de la cueva. Segundos después cayó un rayo sobre el árbol y lo derribó por completo con gran estruendo. Luego, el silencio invadió todo el lugar. Desde entonces se dice que el viejo Toño, Rafael, Rubio y Toñilas vencieron al diablo que cuidaba la guaca del chumbimbo.



# CAQUETÁ

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE FLORENCIA (CUNDUY)



RAMIRO OCTAVIO SALDAÑA FONSECA  
DIRECTOR DE TALLER





# MIS PESADILLAS

José Ulises Peña



A continuación, narraré algunos sufrimientos que he pasado durante mi vida.

En 1978, yo estaba cumpliendo diez años y cursaba el tercer grado de primaria en el colegio San Juan Bosco. En esa época vivía en San Juan de Pasto, Nariño, en una casa de inquilinato. Yo estaba distraído jugando con unos amigos de la vecindad, cuando de repente llegó mi madre con una caja enorme. Era lo que yo tanto había anhelado como regalo de cumpleaños: un televisor de veinticuatro pulgadas a blanco y negro. La alegría fue inmensa.

Nosotros éramos muy pobres y a mi madre, lo que ganaba trabajando, solo le alcanzaba para pagar el alquiler de la habitación donde vivíamos. Por ese motivo, yo me la pasaba la mayor parte de mi tiempo libre, después del colegio, viendo televisión donde los vecinos. En ese tiempo me gustaba ver mucho *Tarzán*, *Arandú*, *Kalimán* y *los Súper Amigos*. Pero en varias ocasiones, los vecinos me cerraban la puerta y me quedaba sin ver esos programas durante muchos días. Yo lloraba, así que madre, al verme tan triste, ese día de mi cumpleaños me dejó con una niñera y fue a comprar mi regalo.

Se preguntarán las personas que están leyendo estas líneas, por qué no menciono a mi padre. La verdad es que yo a ese señor no lo conozco. Cuenta mi madre que él nos abandonó cuando yo tenía seis meses de nacido y por esa razón solo tengo el apellido de ella, por lo que muchos me consideraban un hijo bastardo.

Mi madre estuvo embarazada de nuevo, y el 6 de enero, del año siguiente, nació mi medio hermano, Deiby Laureano Rosero Peña. Bueno. Él sí tuvo la dicha de que lo reconocieran como hijo legítimo y no fuera un bastardo como yo.

Cuando yo tenía trece años, empacamos maletas y viajamos a Caquetá a buscar la familia de mi madre. Cuando llegamos a Florencia, por pura casualidad, nos encontramos con la hermana de mi mamá, la tía Mercedes,

que en realidad se llamaba Bertilda. Ella tenía un hijo que tenía la misma edad mía, el primo Albeiro, al que por cariño le decían El Indio, por lo trigueño, flaco y de pelo lacio. La mamá de este muchacho le andaba muy duro. Lo castigaba de una manera muy drástica porque él era muy rebelde y no le gustaba hacer caso a los oficios que le ponían. A veces mi tía lo colgaba, amarrado, de la viga de la casa.

Mi tía tenía un puesto de venta de jugo de naranja y aguardiente en la galería La Satélite. Por esos días, comenzó una invasión en unos predios de los señores Lara, y a mi madre se le ocurrió la brillante idea de ir a invadir un lote para hacernos un rancho donde poder vivir, porque estaba cansada de pagar arriendo.

Al cabo de un tiempo de habernos instalado en el lote, mi tía y mi madre programaron un viaje para un municipio que se llama El Paujil, en Caquetá. En ese lugar vivía otra tía, la hermana mayor de ellas, con nueve hijos y un esposo borrachín. Como yo no había terminado mis estudios, a mi madre se le ocurrió otra brillante idea: dejarme con la tía Luz Marina para que yo pudiera seguir estudiando y terminara la primaria. Mi tía Luz era una mujer simpática, de buenos principios, y tenía un trabajo estable. Ella era la rectora del ICBF de ese municipio. Fue allí donde logró conseguir su pensión, debido a una enfermedad llamada trombosis. Después de estar en El Paujil se programó un viaje a otro corregimiento, Maguare, para visitar al papá de ellas, o sea a mi abuelo materno, Isidro Peña. Él vivía con su esposa y dos hijos, Camilo y Jorgito, jóvenes de quince y dieciséis años, respectivamente.

Después de festejar el reencuentro, mi mamá y mi tía se regresaron a Florencia para seguir luchando por el lote de la invasión. Ambas montaron un negocio de venta de comida en la galería central. Como yo no me amañé mucho donde mi tía Luz, me regresé al poco tiempo para Florencia. Y ahí empezó la pesadilla. Todos los días me hacían levantar a las tres y treinta de la mañana para estar a las cuatro en el sitio de trabajo. Yo, después de que terminaba de ayudarles a organizar el negocio, me ponía a hacerle mandados a las otras señoras que tenían negocios y ellas me pagaban algunas monedas. En ese tiempo estaban de moda las botas texanas, y yo quería unas para mí. Como mi madre no tenía cómo comprarme unas, empecé a ahorrar de lo que me pagaban las señoras por los mandados. Al cabo de un buen tiempo apareció el tío Camilo con un negocio de verduras. Cuando me entrevisté con él, me dijo que el abuelo estaba viviendo en Cartagena del Chairá, entonces me ilusioné y hablé con mi madre para que

me dejara ir. Ella no se opuso. Alisté la maleta y me fui con el tío Camilo, su esposa y una cuñada de él. Después de un largo tiempo, mi madre fue a buscarme porque no tenía noticias mías. Luego de estar unos meses juntos, nos fuimos a visitar a un vecino que había quedado viudo con siete hijos, cinco mujeres y dos hombres. Yo entablé conversación con este señor y me convenció de hacer un viaje a Puerto Camelias, Bajo Caguán, donde duré como dos años trabajando. En ese tiempo, este señor le endulzó el oído a mi madre y la convenció de que se casaran. Yo no estuve de acuerdo con ese matrimonio, así que no asistí a la boda. El señor nunca estuvo muy conforme conmigo, pero la verdad no me importó mucho porque él tampoco me caía muy bien. Lo único que me interesó fue una hija de él, pero desafortunadamente tampoco le caí muy bien a ella. Al año de casados, nació mi primer medio hermano. Lo bautizaron con el mismo nombre del viejo, pero con el tiempo él se cambió el nombre. Años después nació mi otro hermano, Darío, y cuando este tenía dos años nació el tercero, Juan Carlos. Ese matrimonio solo duró cinco años.

Hago un paréntesis acá, para relatar algo que hizo el viejo meses antes de que naciera mi tercer medio hermano. El viejo, sin que se enterara mi madre, vendió la finca en la que vivían e inventó un viaje para San José del Fragua con el pretexto de visitar unos familiares. Se fue llevándose al mayor de mis medio hermanos, y mi madre no volvió a saber de él. La abandonó dejándola sin un centavo y a punto de parir de nuevo. Una mañana llegó un señor con unos documentos diciéndole a mi madre que le tocaba desalojar la finca porque él era el nuevo dueño. Después de escuchar la fatal noticia, nos pusimos a planear el viaje de regreso. Mi hermano y yo empacamos lo que pudimos, porque mi madre estaba delicada de salud y poco era lo que podía hacer. Para acabar de sumarle a la racha que estábamos pasando, durante el viaje caímos en una emboscada guerrillera en el punto conocido como San Juan, vía a El Paujil. Ese día murieron por lo menos cincuenta soldados de los que iban en aquella patrulla. Mi madre sufrió una herida leve de bala. A mi hermano lo hirieron en la pierna izquierda y a mí me hirieron en los dos pies, fracturándome el tobillo izquierdo. Desde ese día, los tres sufrimos traumas psicológicos y no hemos tenido ayuda de profesionales ni de entidades gubernamentales.

Hasta aquí les he contado parte de mi vida en la época en que fui soltero. Ahora siguen algunos hechos después de mi matrimonio.

A la edad de veintidós años me casé. Era un 24 de diciembre de 1990. Mi hijo mayor tenía catorce meses y ya caminaba. Al comienzo mi esposa,

mis hijos y yo sufrimos mucho. Digo hijos, porque a los dos años nació Kelly Julieth. Los padres de mi esposa, al ver que estábamos pasando por una situación de crisis, decidieron darnos posada en su casa. Dejaron de arrendar un apartamento que tenían para dejárnoslo a nosotros. Yo estaba desempleado y no conseguía trabajo. Como mis suegros vivían de hacer bizcochos de achira, pan de queso y envueltos de arroz, decidieron dejarnos los envueltos de arroz para venderlos en los colegios y en las contratas que tenían. A los cuatro meses de haber nacido mi hija le dio una neumonía. Nos tocó hospitalizarla. Mientras yo trabajaba, mi esposa se iba para el hospital a estar pendiente de ella. Pero de nada sirvió el esfuerzo. A los seis meses falleció por negligencia de una enfermera que le aplicó una inyección que no era para ella. Como yo no había terminado todos mis estudios, no podía conseguir un trabajo estable en una empresa. Decidí, entonces, estudiar de noche; de día pude trabajar en la empresa de acueducto y alcantarillado de Florencia (SERVAF). Luego de terminar mis estudios, empecé a regar hojas de vida. Después logré entrevistarme con la concejala María Susana Portela, quien me dio la oportunidad de ingresar al magisterio en el municipio de Cartagena del Chairá.

# VERDADES Y MENTIRAS

Raskolnikove (seudónimo)



—Bueno, ¿cómo te fue, Sacristán? —Así le decían a Carlitos desde que salió corriendo por el pasillo como un niño, gritando a voz en cuello las revelaciones que Dios le había mostrado en un sueño, donde lo elegía como el nuevo líder del grupo de evangélicos del patio.

—¡Carajo! Casi me quedo; corrí como loco hasta la reja. Cuando llegué, el chino auxiliar me montó rostro para no dejarme salir. Le dije que estaba en la lista y que no me podía quedar porque otra oportunidad no llegaría hasta dentro de mucho tiempo. Al fin me dejó salir, pero con la garantía de que esa tarde le llevara dos gaseosas. El cucho Pajoy no salió.

—¿Qué pasó con él? Allá lo preguntaron.

—Lo llamé, pero dijo que estaba muy enfermo; los cálculos en la vesícula no le permiten darse esa oportunidad. Esa entrevista la estaba esperando con muchos anhelos; pero aquí nada se sabe. Al parecer, me dejarán en el rancho. Marito, gracias, yo he esperado mucho esta oportunidad. De veras que no le faltarán los pinches cuando yo esté trabajando como ranchero, amigo. Yo le debo esto a usted. ¡Gracias, Marito!

—Fresco, Sacristán, a todos se les orienta sin compromiso alguno. Espero que lo llamen pronto. Te vas a ganar un mínimo. Eso es lo máximo que pagan en este lugar. ¿Te imaginas? ¡Tu flaca podrá venir a verte! ¿No está contento? Porque me dijiste que por falta de dinero no te ha visitado estos cuatro años. Y que por eso mismo no te había traído al niño. Ahora, con tu paga del primer mes, pues eso será lo primero que harás ¿No es así?

—¡Sí, claro! Mi flaca linda. Me dice que ruega que yo pueda trabajar y le ayude con lo de la casa.

Esto pasó el viernes 23 de junio. Llamaron a cinco muchachos del patio que ya cuentan con la fase de mediana seguridad, y por ese motivo tienen la oportunidad, si lo desean —son pocos a los que no les gusta trabajar—,

de desempeñarse en diferentes actividades en el penal. Esto conlleva privilegios, además de que se los llevan a vivir en un patio especial, con todos los juguetes, y pueden salir por las áreas comunes sin restricciones.

\* \* \*

El tiempo cumple lo que promete. El trabajo de ranchero le llegó a Sacristán como anillo al dedo. Las necesidades del muchacho no le daban más espera. Los días pasan junto con las semanas, y la rutina hace que los días sean tan iguales que no se notan ni se recuerdan los eventos ni las historias que nos suceden diariamente. Tampoco las que nos confían los amigos. Son tantos los que llegan y salen, que solo los recordamos cuando los vemos. Acá es así.

Un día, estando en *sanidad*, me topé con él. Se volvió casi como mi pupilo. Es triste saber que los que estamos más jodidos y les damos toda nuestra energía a los menos llevados por las penas —la mayoría en este penal tiene condenas cortas, de diez años en promedio— para subirles la moral y verlos disfrutar de una nueva vida, llena de oportunidades, los veamos acabados moralmente, sin resuello; o los encontramos agonizando en su interior, apagados como el Puracé. ¿Tú qué pensarías?

Pues así encontré a Sacristán deambulando por los pasillos de la enfermería.

—¡Mi amigazo! ¿Cómo estás? Cuéntame de tu nueva vida.

Me miró como buscando coordinar sus pensamientos. Llevaba una carreta metálica llena de envases plásticos con comida a rebosar. Olía a grasa. Pensé en abandonar la conversación, pero no soy de los que abandonan a un amigo cuando la guerra se está perdiendo.

—Tengo mucho para contarle —me dijo—. Con decirle que hasta me colgué de una ventana para acabar con esta pesadilla que he estado viviendo desde que supe toda la verdad de la Flaca. Unos compañeros me encontraron; y según los médicos, me faltó muy poquito para viajar al más allá. Esto no lo sabe mucha gente. Y espero que usted no se lo diga a nadie.

—¡Claro que no, amigo! —le dije para calmarlo un poco—. ¿Y la Flaca? ¿Qué pasó con ella? Argenis es que se llama, ¿cierto? No puedo creer que ella sea la culpable de que tu vida sea hoy una pesadilla. ¡Ella era tu esperanza, tu norte!

—Ánimo, hombre. Te espera un nuevo futuro después de esta experiencia. La vida es maravillosa, solo es buscarle el lado. Además, eres muy joven y lleno de virtudes que muchas nenas apreciarán.

—Ahora no quiero saber de nadie, Mario. La Argenis era todo para mí. Hoy la llevo en una lista que tengo para cobrar mi estadía aquí.

—Pero ¿qué pasó? ¿Cuéntame! Porque según lo que tú me habías contado, ella era incluso muy religiosa y muy diferente a otras. Dale, Sacristán, cuéntame, todos tenemos momentos duros aquí.

—Sí, lo sé. Pero usted mismo me lo ha dicho, no todos tenemos la berraquera para hacerle frente a cosas como esta. Mire no más lo que intenté hacer por ella. Quise quitarme la vida. Y lo hubiera hecho si no me hubieran bajado de esa ventana. Estaba decidido a quitarme esta hilacha de vida por culpa de esa zorra.

—Te comprendo. Pero yo miro en ti a un hombre fuerte. Mira lo que me cuentas. Se necesita mucho coraje para reconocerlo. Eso admiro yo de los caqueteños. Todos cuentan sus secretos como si eso los liberara de todo su pasado.

—Yo salía a trabajar juicioso. Así como lo habíamos planeado usted y yo todas esas noches de insomnio. ¿Se acuerda? Usted allá en su celda y yo en la mía buscando su rostro con el espejo para que pudiéramos conversar. Le aseguro que trabajé con toda la tenacidad del caso. La Flaca era mi aliciente. Pero ella, como siempre, no dejaba que yo la llamara seguido. Que el niño estaba bien, me decía. Y para mí eso era lo más importante. Mi consuelo era que todo estaba viento en popa. Hasta que el ánimo de querer venir a visitarme se le fue bajando. Un día le envié todo mi sueldo de tres meses. Pero ella decía que no tenía tiempo. Decía que necesitaba por lo menos tres días para una visita desde donde estaban. Pero yo sabía que para salir a Manizales son cuatro horas, más trece horas que dura la corrida hasta acá. Entonces, empecé a pensar de todo. Sin embargo, el saber que ella estaba trabajando juiciosa me daba cierta tranquilidad. Pero por lo demás, yo sabía que me estaba mintiendo. Hasta que un día me dijo: “Esta relación me está afectando emocionalmente”. Escuchar eso, Mario, fue muy duro para mí. Yo me quedé casi sin voz. No pude pensar para poder reaccionar de manera más práctica en ese momento. Como siempre, me llené de rabia, sin siquiera saber por qué ella me decía algo así. Ahora que lo pienso, yo pude haber actuado mejor y haber intentado arreglar el problema. Pero no. Terminamos. Ya antes habíamos estado en esos líos de amores. Pero nunca pensé que iban a aparecer nuevos hechos con la Flaca. Las llamadas terminaron. Nunca más supe de mi hijo, hasta la muerte de mi mamá.

—¿Cómo? ¿Y cuándo murió tu madre?

—Hace ya hace unos meses.

—Cuánto lo siento, mi amigo.

—Gracias, Mario. Al día siguiente de que me enteré de la muerte de mi mamá, a eso de las diez de la noche, me dio por llamar a una amiga del pueblo para preguntar por la Flaca y mi hijo. Una profesora. Ella, días antes, me había dicho que no quería hacerme daño, pero que no podía darme más noticias de mi mujer y de mi hijo. Esas palabras de la profe las tomé con mucha inocencia, pues pensé que yo estaba siendo imprudente utilizándola a ella para averiguar por mi familia. Sin embargo, todo se aclaró después. ¿Te acuerdas, en diciembre, cuando te conté que mi hijo estaba de vacaciones en la costa donde los abuelos?

—¡Sí, claro!, me dijiste que tu hijo te había dicho que su mamá tenía un bebé, cuando le preguntaste por ella.

—¡Eso, hombre! ¡Sí ves? Todo encajó. Todo eso estaba pasando, y yo, como un idiota, amándola y pidiéndole a Dios su bendición por nuestro futuro. Ella ya estaba embarazada y con marido cuando volvimos a hablarlos. Con razón la profesora me dijo, la otra noche que la llamé, “Ay, Carlitos, menos mal me llamaste. Te llamé con el pensamiento”. Y yo, de tonto, no entendía nada de lo que estaba pasando. Yo creí que estaba molesta porque yo la llamaba mucho, pero me salió con el cuento de que estaba esperando mi llamada. “¿Cómo está, profe?”, le dije. “No la había llamado, porque con lo que me dijo la última vez, me dejó pensativo. Pensé que le molestaba”. “No Carlitos, ¿cómo se te ocurre? No es ninguna molestia. Yo siempre estaré dispuesta a colaborar en lo que más pueda”. Esa noche noté a la profe algo exaltada; y yo no tenía ni idea, Mario, de lo que estaba por contarme.

Yo seguí escuchándolo con toda mi atención.

—Sin embargo, no la interrumpí. Dejé que hablara y me dijera eso que sabía de mi familia. “Carlitos, las veces pasadas no te había podido decir nada porque yo no me sentía capaz de contarte lo que ha pasado acá con Argenis. Me parece de muy de mal gusto todo esto que te está sucediendo, porque sé que no te lo mereces”. Yo no entendía lo que me decía, pero tampoco quería que parara de hablar. “Dígallo, profe”, decía yo en mi mente. “Suéltelo de una vez”. “Carlitos, mijo, tu esposa tiene un bebé, y está viviendo con un señor ya mayor”, me dijo. “¿Qué?, ¿qué?”, pregunté lleno de rabia. Mario, le juro que sentí que se me entiesaba la lengua de la ira. Solo pensaba en que la llamada no se fuera a caer. “Sí, Carlitos, el bebé ya tiene seis meses y los he visto de la mano por las calles del pueblo. Yo solo le pido a la vida que no sea tan injusta contigo. Tu hijo ya está grande



y estudiando. Por eso fui un poco grosera y dejé de hablarte aquel día. No me pareció justo lo que ella te estaba haciendo. Yo he sufrido mucho conociendo la verdad. Y tú, Carlitos, hablándome del amor que sentías por ella. Es duro, y más sabiendo que tú estás encerrado, allá, como un pollito indefenso. Pero yo le pido a Dios, Carlitos, que te proteja y te libere pronto de esa prisión donde estás y puedas venir”. Fíjese, Mario, con esas me salió la profe. Y la Argenis que me tenía con pura tramadera para tenerme con ella no sé para qué, si ya tenía un hijo con otro. Un bebé de seis meses y no me había dicho nada. Yo acá todo el tiempo engañado. ¿Y sabe?, he estado analizando el comportamiento de Argenis desde enero de 2015; y en esos días ella actuó de una manera muy extraña a un reclamo que le hice. Me dijo: “¡Bueno, si eso era lo que yo pedía!”. Es algo muy personal, de pareja, pero que me dejó tramado para siempre. Y escuche esto, Mario. Yo aún no lo puedo creer. Hasta ahora caigo en la cuenta. A los pocos días de yo estar preso acá, ella me dijo lo siguiente: “Tú no saldrás de aquí hasta que el destino te muestre todo lo que te vaya a mostrar”.

El Sacristán y yo hemos perdido todo lo que nos ataba a la libertad. La esposa, la madre. Acá es tan normal que un interno pierda esos seres. Ellas son las que más dolor nos dejan. No hay otra forma de separarlas del amor que nos dan cada día o del que nosotros les profesamos a ellas. La demás familia ayuda un tiempo; pero uno tiende, cada día que pasa, a dejar de existir para todos. ¿Qué más tiene que pasar para que un día la libertad toque a mi puerta?

¿Sabes? En ocasiones, en las tardes, me asomo por la ventana y alcanzo a ver, a veces, el bus de Coomotor que llega a Florencia preciso a las cinco y treinta. “¿De dónde vendrá?”, me pregunto. Sé que trae el calor de Ibagué, de mi ciudad. O el frío de la cordillera que tiene que saltar para llegar a la selva. ¿Cuántas veces llegará para ser la última vez? O a veces también me pregunto cuántas casas, o mejor dicho ranchos, se edificarán en la invasión que tengo a la vista desde mi ventana. La he visto crecer. ¿Estaré aquí para siempre?

Las últimas noticias que me han llegado de Carlitos son que espera salir muy pronto de acá de manera condicional. Que está enamorado de otra flaca. Alguien me dijo que él había dicho que sentía lástima por mí. ¿Lástima? Me indignó saber que tenía tan desagradable pensamiento. Lástima. Si yo soy muy feliz de estar acá, en esta trinchera, sabiendo que una victoria se aproxima para darme todos los premios por los cuales he luchado. ¿Y tú qué esperas?

Nosotros esperamos vivencias que a muy pocos les tocarán. Me graduó en diciembre. He leído tantos libros que siento que he viajado más que cuando estaba en libertad. No estés triste. No. Jamás.

# MILAGRO DE LIBERTAD

Sigfredo (seudónimo)



Don Anselmo ha sido sentenciado a una larga pena por un “delito sexual”. La condena es de doscientos un meses y un día, sin oportunidad de acceder a beneficios o subrogados, según le ha dicho la fiscal del caso.

Anselmo hace cuentas y confirma que eso suma dieciséis años y ocho meses.

Tengo sesenta años —se dice a sí mismo—, lo cual quiere decir que cuando salga tendré más de setenta y seis años... ¡Oh Dios mío, no creo que salga vivo!

Es la primera vez que Anselmo entra a una cárcel. Nunca antes en su vida había estado en un sitio semejante y mucho menos en calidad de prisionero.

\* \* \*

Los hechos ocurrieron justo el día que estaba cumpliendo años, una paradójica coincidencia que lo marcaría para siempre; nunca más olvidaría la funesta ironía del destino.

Luego de pasar por los angustiosos momentos de la captura, reseña, imputación de cargos y demás procedimientos de rigor, veinticuatro horas después fue conducido a la cárcel de la ciudad, donde debió pasar su primera noche en la “perrera”, como se le conoce en la jerga carcelaria, un sitio de mala muerte al que meten a todo sindicado mientras se le asigna el patio donde pasará el resto de su detención y posterior condena.

Anselmo ingresó al penal a eso de las 9:00 p. m. Era sábado y a esas horas ya no había ninguna oficina abierta, por lo cual debió pernoctar allí y esperar todo el domingo hasta las 8:00 p. m. para que lo reseñaran y le hicieran el ingreso formal antes de enviarlo a un patio.

La perrera es una sección del pasillo que conduce a “reja uno”, hasta los talleres de ebanistería. Dos grandes rejas cierran a cada lado esa parte del pasillo y no cuenta con ningún tipo de servicio sanitario, solo una pimplina de plástico abierta, por un lado, que sirve de orinal. Esa noche estaba casi llena y Anselmo no tuvo más remedio que soportar el terrible hedor a amoníaco. Tampoco hay planchas de cemento o algo donde poner una colchoneta o algún tipo de lecho.

Anselmo llevaba ya más de veinticuatro horas sin poder dormir, desde el momento de su captura. La situación emocional, el estrés y sus problemas de hipertensión se habían alterado y se sentía totalmente exhausto. Solo llevaba una muda de ropa limpia en una bolsa plástica, además de la que traía puesta. Cuando estaba en los calabozos de la SIJIN, le quitaron la chaqueta que su hija le dejó, así que, al ingresar al penal, solo tenía los útiles de aseo, una pequeña toalla y la muda de ropa.

Se sentó en el piso, recostado contra la pared, mirando al guardia de reja uno que le había conducido hasta allí. No había tenido oportunidad de vaciar su vejiga, su diabetes se había alterado y cada media hora necesitaba orinar.

—¡Guardia, necesito orinar! ¿Dónde lo puedo hacer?

—Allá en ese tarro— contestó de mala gana el guardia.

Fue cuando Anselmo descubrió el orinal portátil. Cuando se dirigía allí, en medio de la penumbra, pudo ver un batiente de una puerta de madera recostado contra la pared. Luego de orinar, procurando no hacer ruido, puso el batiente en el piso e improvisó su cama, con la bolsa de la ropa como almohada. Al poco rato ya estaba profundamente dormido.

A eso de las cinco de la mañana, el guardia lo despertó sin mucha amabilidad y le ordenó que saliera a bañarse, pues era domingo, día de visita femenina. Le indicó un pequeño lugar, ubicado casi al frente de reja uno, donde pudo llevar a cabo sus necesidades fisiológicas, así como darse el primer baño carcelario después de casi cuarenta y ocho horas de haber sido apresado.

Ese día Anselmo tendría algunas gratas sorpresas que fueron un lenitivo para su amarga pena. Primero reconoció entre las visitas a un par de sobrinas suyas, quienes, por coincidencia, habían ido desde otra ciudad a visitar a un hermanastro de ellas, preso allí mismo. Se acercaron a él con visibles muestras de cariño y tristeza al ver a su viejo tío entre rejas; lo saludaron, le regalaron algunas cositas y le prometieron que al terminar la visita pasarían otro instante con él.

Más tarde, a eso de las 10:00 a. m., llegó su hija mayor. Anselmo no la esperaba y se llenó de alegría, pero al mismo tiempo de una infinita tristeza, pues sintió por primera vez la terrible impotencia de verse privado de la libertad y separado, miserablemente, de sus seres queridos. En esos momentos Anselmo aún no sabía cuántos años tendría que pasar entre rejas antes de volver a casa.

—No te preocupes, papá —dijo su hija—, mamá, mi hermana y yo siempre estaremos pendientes de ti y haremos hasta lo imposible para que salgas pronto de aquí.

Mientras Anselmo lloraba en silencio, su hija lo consolaba acariciándole el cabello con mucha ternura, abrazándolo y haciéndole sentir el inmenso cariño que sentía por su anciano padre.

Ese día lo acompañó hasta las cuatro de la tarde, hora en que terminaban las visitas. Anselmo aprovechó esas horas para poner a su hija al corriente de todo cuanto había ocurrido en su primer día después de la captura; ella le contó cómo, tan pronto lo sacaron de su casa, un grupo de investigadores allanó la vivienda. Se llevaron su pc portátil, sus celulares, las memorias USB, la cámara fotográfica y hasta el disco duro del computador de mesa, todo como supuesta evidencia de los delitos que le imputaban. Más tarde aparecería en los diarios regionales la incautación de “material probatorio” por un valor aproximado de siete millones y medio de pesos. Una muestra más de lo que la fiscalía usa para justificar ante la sociedad la supuesta eficacia investigativa y su lucha contra los delincuentes; algo que raya en la ridiculez y la desproporción.

Esa noche, luego de haberlo reseñado y hacerle su respectiva “cartilla biográfica”, el guardián le preguntó el motivo de su detención. Anselmo le contó someramente lo sucedido, y el guardián, de manera muy natural, le dijo:

—Profe, eso le marca unos siete años aquí, váyase haciendo a esa idea.

Anselmo se santiguó “¡Dios mío! —Pensó— Siete años lejos de mi familia, encerrado”. En esos momentos aún no sabía que su condena, en realidad, sería mucho más del doble de lo que el guardián le había pronosticado.

—Lo vamos a mandar a un buen patio, al patio de “Especiales”, donde se encontrará con unos colegas suyos, además de otros empleados públicos —terminó diciéndole el guardián amablemente.

En efecto, Anselmo llegó al patio de Especiales y justo allí se encontró con otros profesionales y con un colega suyo que había sido coordinador

en uno de los colegios donde él había trabajado algún tiempo. Ese amigo lo saludó con mucho afecto y se dispuso a colaborarle en todo cuanto se refería a ponerlo al día en la nueva vida que enfrentaría como prisionero. Ese amigo sería una ayuda muy importante en su adaptación al medio, así mismo se convertiría en su “pañó de lágrimas” durante sus peores momentos de aflicción y angustia. Pronto le ayudó a tramitar una orden para trabajar, para que así empezara su descuento de pena, mucho antes de que lo condenaran. Esta orden de trabajo era para desempeñarse en tejidos y telares, y más tarde solicitarían otra para trabajar como monitor educativo, lo cual le permitiría un poco más de descuento mensual.

El patio Especiales tiene la particularidad de que todos los internos son profesionales y empleados públicos; algunos activos al momento de su captura, otros ya retirados y algunos incluso pensionados, como Anselmo. Había militares, policías, alcaldes, médicos, concejales, docentes, contadores públicos, ingenieros; es decir; toda una gama de servidores públicos sindicados y condenados por diversos delitos.

Aunque es un patio relativamente pequeño, regularmente habitan unos quince reclusos, a veces veinte, y en contadas ocasiones veintitrés. La convivencia allí es aceptable, es decir, comparada con el resto de patios de la cárcel, en ese lugar se siente menos presión, y tanto la guardia como los demás reclusos les tienen cierta consideración y respeto.

Ese fue uno de los aspectos por los cuales la esposa de Anselmo, cuando vino por primera vez a visitarlo, se tranquilizó un poco, pues se había imaginado encontrarlo en una mazmorra rodeado de malandrines y en condiciones deplorables. Afortunadamente, no era así.

Pronto nuestro amigo empezó a trabajar para redimir tiempo de pena. Un amigo le dijo: profe, no espere a estar condenado, mientras más pronto empiece a redimir tiempo, mucho mejor.

Así pues, empezó haciendo bordados en punto-cruz, luego aprendió a tejer mochilas, atarrayas, hamacas y otra serie de tejidos que sus compañeros le fueron enseñando. Esta actividad le serviría de terapia ocupacional. En las noches se dedicaba a leer y a escribir un “Diario de reclusión”, el cual le permitiría, más adelante, un tiempo extra de redención.

El tiempo para Anselmo, casi sin darse cuenta, fue pasando rápido. A los ocho meses, aproximadamente, le aceptaron un preacuerdo y le leyeron su condena: “Doscientos un meses y un día de prisión”, es decir, dieciséis años y ocho meses.

Anselmo aceptó esa terrible condena porque su abogado y la fiscal del caso así se lo aconsejaron. En caso de no aceptar, la fiscal lo amenazó con dejarle los primeros delitos imputados, más otros dos, lo cual lo enfrentaría a una visita carcelaria. En el preacuerdo le dejaría solo un delito, con la condición de que le colaborara, “efectivamente”, en un proceso contra otra persona.

Esto le costó diez millones de pesos que debió pagarle a su defensa en estricto contado. Lo que no sabía Anselmo era que, diez meses más tarde, en ausencia de su abogado defensor, la misma fiscal le imputaría de nuevo los mismos delitos que supuestamente le había quitado, convirtiéndolos en un nuevo proceso.

Al tiempo que esto ocurría, la nueva orden de trabajo como monitor educativo le permitió desempeñarse como docente en el colegio del penal, lo que se convirtió en una nueva terapia al permitirle mejorar el descuento y poder salir de su patio e interactuar con otros internos e internas que se dedicaban a estudiar.

La jornada laboral es de cuatro horas diarias, dos en la mañana y dos en la tarde. A la sección de Educativa, como suele llamarse al colegio penitenciario, asisten todos los presos, sindicados y condenados, que solicitan ese derecho para descontar tiempo de pena.

Allí se dan cita toda clase de conductas punibles, entre otros los de “rebelión”, es decir, los miembros de grupos subversivos. Sería justamente esta situación la que le permitiría a Anselmo entrar en contacto con las FARC-EP.

Tan pronto se firmaron los acuerdos de La Habana con estos camaradas, se encontraron en la necesidad de realizar un proceso de pedagogía para la paz en todos los patios y en todas las cárceles. Algunos de sus alumnos, relacionados con comandantes también internos, le pidieron a Anselmo que realizara dicho proceso, pues no encontraron un camarada capacitado para ello; además, las directivas del penal no otorgaban los permisos correspondientes.

Alguien se enteró de que Anselmo había sido afecto o simpatizante de algunos grupos de izquierda como el M-19, además de haber sido sindicalista y de que en su perfil profesional aparecía como licenciado en Filosofía y Letras, así que les vino como anillo al dedo para que él realizara el proceso de pedagogía para la paz, cumpliendo con ello las órdenes emanadas directamente de la Comandancia del Secretariado.

En contraprestación, y como quiera que pronto comenzaron a ser excarcelados los camaradas, se le permitió a Anselmo formar parte de los listados como “colaborador” con la causa guerrillera. Esto significó, por supuesto, su amnistía y su libertad, y fue enviado a una Zona Veredal Transitoria. Así se cristalizó el milagro que tanto él como su familia estuvieron pidiendo fervorosamente todo el tiempo.



# CESAR

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE VALLEDUPAR



LUIS ALBERTO MURGA  
DIRECTOR DE TALLER



# LA LLAMADA

Jeison Jiménez Pérez



*Al eterno Sergio Iván*

(23 de enero de 2017)

Llevo casi un mes sin llamar a mi casa y no sé cuánto más sin llamar a mis amigos. He estado pensando durante este tiempo que lo mejor que puedo hacer, para que ellos sean felices, es que yo no haga parte de ellos, que lo mejor es que ellos se olviden de que yo existo, que hagan de cuenta que no estoy vivo.

Pero este día, muy temprano por la mañana después de la contada, me llama uno de los rancheros del patio (repartidores de alimentos en la cárcel), me entrega una nota y me dice: “Nacional... (Me dicen así, por ser hincha del verde Atlético Nacional) que llame a su mamá que está muy preocupada y es urgente”. Doy las gracias al ranchero. Leo la nota y es exactamente lo mismo que me dijo el ranchero, me quedo preocupado porque además no entiendo cómo hizo mi mamá para ubicarme de esa manera tan rápida, ya que en este lugar no conozco gente de la calle. En este momento no recuerdo que Jennifer (una amiga mía) tenía un primo suyo en otra torre; inmediatamente consigo un pin prestado y me dirijo a llamar a mi mamá.

Descuelgo el teléfono, marco mi clave, sigo las instrucciones de la operadora e ingreso el número del pin para recargar. Le marco a mi mamá y quien me contesta es mi hermana Naidú.

—Aló...

—Hola, mi amor.

—Hola, hermanito lindo. ¿Cómo estás? ¿Por qué tan perdido?

—Perdido yo, ¡no! ¿Cómo va todo?

—Bien, bueno, la verdad no tanto. ¿Ya se enteró?

—¿De qué?

—Usted... ¿llamó a los niños?

—¡No! ¿Por qué? ¿Qué pasó con mis hijos?

—Con los niños nada, no se preocupe. Perdone por lo que le voy a decir, papito, es que mataron a Sergio Iván.

Al escuchar esto, me lleno de rabia y le digo:

—Después le marco, tengo que colgar —Y cuelgo.

Como no creo lo que me acaba de decir mi hermana, inmediatamente le marco a Karol, que sin duda alguna me aclarará lo que yo tomé como una broma de mal gusto. Marco el número, espero un poco... timbra una vez, dos veces y enseguida contesta.

—Aló.

Con voz un poco entrecortada, le pregunto sin ni siquiera saludarla:

—¿Qué pasó con Sergio?

—¿Quién le contó?

—¿Qué pasó?

—Sí, Jairo, mataron a Sergio.

Al oír esto, siento que me quedo sin fuerza, se me hace un nudo en la garganta, mi corazón quiere estallar, no puedo creerlo, quedo en *shock* y sin decir nada, del otro lado del teléfono, Karol me da algunas explicaciones de lo ocurrido: “Estaba dizque con un amigo en Caracolí, y por matar al tipo ese, lo mataron también a él”.

Me lleno de rabia conmigo mismo y le digo:

—No puedo hablar, lo siento, después le marco, adiós. —Y cuelgo.

Abrazo el teléfono, respiro hondo, pienso unos segundos y me dirijo hasta el sitio donde me parcho todos los días; sin decir nada ni mirar a nadie me acurruco debajo del mesón y lloro como nunca lo había hecho, pues hasta ahora no había perdido a un gran amigo como él. Sí, lloro sin importarme nada ni nadie, igual, aquí cada quien vive su vida.

Me duele mucho lo ocurrido y ya nada puedo hacer, pienso que aparte de perder mi libertad también perdí un gran amigo como Sergio.

Solo quedan los buenos recuerdos de los momentos que compartimos y que no se volverán a repetir. Como cuando conformamos un equipo de microfútbol con los muchachos de la iglesia, al que llamamos “Los arcángeles”, y claro, cómo olvidar esa goleada veinticuatro a cuatro, en la que metiste los cuatro y a mí me metieron los veinticuatro. ¡Qué maletas, no! También de la borrachera en la casa de la señora Diana —la mamá de Jennifer—, dizque por celebrar los quince de Jennifer que ya habían pasado;

los encuentros espirituales en la iglesia y los apodos; “me llamaste Jeiro”, y muchas cosas más.

Sabes, debo darte las gracias por haber sido un padrino y un amigo ejemplar para mis hijos, y no solo eso, también agradecerte porque gracias a ti fue que conocí a Karol. Sí, Karol, el regalo más lindo que pudiste hacerme. Gracias.

Quiero que sepas que siempre te recordaré y estarás en mi corazón...

# SUICIDIO

José David Aguirre Acevedo



El día había transcurrido en aparente normalidad, entre conversaciones triviales y el humo de la mariguana. Aunque estaba un poco preocupado por el relato de José; el pueblo había cambiado demasiado, según él; hacía más de diez años que lo había dejado, pero parecía haber sido ayer. Recuerdo que mi padre tenía un granero cerca del centro, donde yo le colaboraba con las cuentas del negocio. Distráido en mis recuerdos miré la pared y el reloj, que marcaba las cuatro de la tarde, a esta hora es el encierro, así es la regla, ese es el régimen. Llegado el momento, caminé hacia la celda, entré y cerré, porque no me gusta la compañía de extraños; arrojé sobre la plancha mi equipaje: un plato, una botella y un par de revistas viejas. En una de las portadas se podía ver un cuerpo semidesnudo de una mujer que hoy en día debe tener más de cuarenta años y me estremecía. El guardia, parado en la reja, y después de haber cerrado el candado me preguntó:

—¿Quién es esa?

—Johanita González —le respondí.

—Es una veterana con hijos.

—No me importa, hoy será mi amante.

El guardia, en medio de las risas, se alejó diciendo:

—Qué pasen buenas noches, señores.

Después de hojear minuciosamente las revistas, dejé la mejor para la noche. Aún había luz para apreciar el panorama. Por la ventana pude ver el esplendor de la naturaleza y la libertad de los seres vivos, eso me alegraba mucho.

Desde lejos llegó una brisa fresca y pegó en mi rostro para refrescar mis pensamientos y alimentar mis anhelos de libertad. Sumido en mis pensamientos, oí un ruido detrás de mí, era Él, sentado en una butaca muy cerca

de mí. No reconocí su rostro, pero se me hizo familiar. Cuando se percató de que lo estaba mirando dijo:

—¿No vas a decir nada?

—Disculpa, ¿qué dices?

—Pasas las horas mirando por esa ventana, como si buscaras a alguien.

¿Crees que pensar en el pasado puede cambiarlo?

—No, solo quiero refrescar mi memoria.

—No deberías, mejor que eso podrías regalarme un poco de agua, me muero de la sed.

Enseguida llené mi botella y se la ofrecí, sin perderlo de vista. Observé que tomó más de la mitad del agua, y puso la botella junto a la butaca.

—Muchas gracias —dijo. Continué con la conversación—. ¿Ya pensaste en el mañana?

—La verdad, no quiero pensar en eso.

—No puedes defraudar a Diana y a los niños.

—Ha pasado mucho tiempo, y no sé si ella quiera.

—No es ella, son tus hijos.

—No hables de mis hijos.

—No te preocupes por ellos, están bien. ¿Y tú estás bien?

—No creo que esté bien —dije.

—Claro que estás bien, siempre has estado bien, pero podrías estar mejor.

—¿Por qué lo dices?

—En vez de llenarte la cabeza de estupideces y nublar tu pensamiento, lo que debes hacer es reconocer tus errores y dejarlos atrás.

—Fumar no me va a matar, solo me distrae los malos hábitos. Eres melodramático.

—No, soy realista.

—Ok, lo que digas.

—Por favor, piensa que este tiempo podrías convertirlo en una ventaja.

—¿Ventaja? ¿Cómo?

—Recuerdo que querías tener un restaurante como el que había cerca al granero de tu padre.

—Sí, donde trabaja Diana.

—Exacto. Piensa que las cosas antes de construirlas son concebidas por un ideal y posteriormente se convierten en realidad. Hay que empezar por el nombre, analizar qué lugares podrán ser las mejores opciones.

—Un restaurante al estilo mexicano, y me gustaría ver a Diana atendiendo, o hay que buscar más opciones, porque no solo existe la comida mexicana, podría ser comida costeña, española, árabe o, simplemente, comida rápidas...

El tiempo corrió veloz, lo último que recuerdo antes de quedarme dormido fue una recomendación para la preparación de un exquisito “ajiacó bogotano”. Bueno, la sorpresa fue grande. Por la mañana el agua estaba regada al lado de la butaca, la botella a la mitad, justo en el lugar donde la dejó, y una extraña sensación de haber hablado con alguien que no conoces, pero que sí te conoce a ti.

—¿Es todo, señor Rodríguez? ¿Quiere agregar algo?

—Sí, doctor. Este episodio es muy recurrente mientras estoy solo, es demasiado prolongado, es muy real, se puede decir que casi puedo tocarlo; además, las cosas que dice me llenan de mucha confianza, me siento muy seguro. Con los anteriores eventos podía tener algo de conciencia y lograba distraerme de la realidad.

—No se preocupe, señor Rodríguez; la alucinación es más intensa debido a la ansiedad que la produjo. Queda la incertidumbre del resultado del encefalograma.

—Pero, doctor, nunca habían sido intensas y reales; en dos años que llevo padeciendo, estos episodios han sido reales.

—Tranquilo, señor Rodríguez, observe estas imágenes, ¿ve esos espacios en blanco que han crecido paulatinamente?

—Sí, sí, claro, los veo.

—Esos espacios son vacíos en el cerebro, terreno que le hemos perdido a la enfermedad; vamos a contrarrestar esos efectos aumentando la dosis del medicamento. Aplicaremos una ampolla no cada mes, sino cada quince días, y la clozapina no será de 25 mg, sino de 100 mg, para disminuir los efectos psicóticos. Señor Rodríguez, no se preocupe que todo está muy bien con el tratamiento, nos volvemos a ver dentro de seis meses para otro examen de control. Casi olvido un detalle, las conversaciones que tiene dentro de las alucinaciones tienen como objetivo ganar absoluta confianza por parte de esa voz interior. Acuérdense de que la mayor cantidad de muertes por esquizofrenia son suicidios.



# FUEGO VERDE

Marlon Guerra Melgarejo



Salir de pesca con rumbo a Fuego Verde, que es un paraíso obligado en San Andrés Islas, donde el mar resulta ser de siete colores, y caretear en el mar es una actividad que muchos desconocen. Esa parte del mar recibió el nombre de Fuego Verde gracias a un accidente ecológico producido hace muchos años, cuando se arrojaron grandes cantidades de basura en esa parte del mar, de la que quedaron toneladas de fragmentos de vidrios. Los vidrios eran de muchos colores; con el paso del tiempo se fueron cristalizando, perdieron el filo y se transformaron en piedras, debido al sorprendente efecto del yodo que contiene el mar, como si se tratara de una metamorfosis. Estos vidrios de colores partían desde la orilla y hacían un recorrido, una y otra vez, de unos tres kilómetros cuadrados; esta parte del mar es excepcionalmente cristalina, por lo que se puede ver el fulgor de los vidrios coloridos como si se tratara de un tesoro de piedras preciosas puestas intencionalmente por alguien.

Yo solía frecuentar mucho ese lugar en compañía de mis hermanos y amigos de infancia. Allí pescábamos, nos bañábamos y recogíamos las nasas que otros pescadores tiraban al agua para atrapar sus peces. Éramos unos verdaderos misioneros del mar y cada cual tenía una misión diferente; por ejemplo, la de mi hermano Harold era tomar prestado un bote ajeno, sin que nadie, ni siquiera el dueño, se enterara, para irnos a pescar; mi otro hermano, Hernando, tomaba prestada las nasas ajenas y los peces que caían en ella. A mí, como era el más pequeño, me tocaba hacer guardia para que nadie nos descubriera. Como si se tratase de una de esas telenovelas colombianas donde el personaje principal nunca ha tenido nada en su vida, “todo era prestado”.

Un día llegamos a Fuego Verde y encontramos en la orilla restos de una vaca; nos pareció asqueroso, pero igual salimos en el bote a nuestra

faena de pesca. Era como las ocho de la mañana, sacamos varios peces y después nos fuimos a recoger las nasas, a las cuales les habíamos echado trozos de coco unos días antes para que los peces entraran a comer. En la primera nasa había dos pargos y un jurel, en la segunda encontramos una saltona<sup>1</sup> y una enorme anguila verde de más o menos tres metros de largo, extremadamente inflada, por el gran consumo de peces que encontró en la nasa; esta especie de culebra de agua se hallaba enroscada en la trampa, sin querer y sin poder salir de ella, así que decidimos llevarla y comérmola. Cuando navegamos hacia la orilla, descubrí que en los restos de la vaca había una langosta, algo raro para mí, y, con tan solo doce años de edad, ese día pensé que había hecho un gran descubrimiento. Nos bajamos en la orilla, nos deshicimos del bote ajeno y procedimos a rajar el enorme pez culebra que encontramos en la nasa. Al tratar de sacarlo se defendía como un perro enjaulado. Le cortamos la cabeza y después le rajamos el estómago. ¡Sorpresa! Lo que encontramos dentro de su estómago eran cuatro enormes pargos intactos.

Pasados unos días, decidí ir de pesca a Fuego Verde; vaya, otra nueva sorpresa. Un asfixiante olor a mortecina se apoderaba del lugar. Los restos de la vaca estaban totalmente descompuestos en la orilla del mar, y sobre ellos una gran mancha de langostas degustando su banquete de cuero podrido: las reinas de la carroña.

Años más tarde descubrí lo fácil que era atrapar a estos grillos gigantes: con cuero podrido, ya que para ellas es un manjar exquisito.

La langosta es uno de los mejores platos del mundo. Señor comensal, de hoteles cinco estrellas... ella también tiene su lado oscuro, “no coma cuento, coma langosta”.

---

1 Saltona: pez aguja o pez agujeta.

# HUILA

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE NEIVA



BETUEL BONILLA  
DIRECTOR DE TALLER



# CON UNA BOTELLA EN LA MANO

Alexis Fernando Narváez



Todo ocurrió un domingo de muerte. La muerte de un angelito por la irresponsabilidad de dos padres que prefirieron el alcohol y que por causa de este perdieron a un adorable niño de ocho meses de vida. Ese sábado era día de pago de su papá, un padre alcohólico que ese día empezó a tomar desde temprano con sus compañeros de trabajo, que en la tarde jugó pool con ellos y al que su esposa, muy furiosa, fue a buscar a ver dónde se encontraba porque no le había dado para la comida de sus hijos.

Ella le peleó delante de sus compañeros y golpeó las mesas para hacerlo quedar mal, pero él, muy astuto, le dijo que alistara a los niños para llevarlos a comer a un restaurante. Lo dijo para poder bajarle los humos a su esposa, pues tocaba calmarla antes de que hiciera alguna de sus tantas locuras.

Después de la comida, la invitó a tomar y a bailar. Como era temprano, fueron con los niños a una cancha de minitejo y allí compartieron con otros amigos. Ya borrachos, fueron y dejaron a los niños en el apartamento donde estaban arrendados, propiedad de don Víctor, un viejo conocido.

Dejaron a los niños encerrados, a cargo de su hijo mayorcito, y ellos se devolvieron al lugar donde estaban. El alcohol hervía en su sangre y en lo único que pensaban era en el placer, como si la música y el trago se fueran a acabar esa misma noche. En la madrugada regresaron muy ebrios y llegaron a “culiar”, según palabras de su hijo mayor días después de la tragedia. Él fue a buscarlos a la pieza para decirles que su hermanito había llorado toda la noche, que había estado dando vueltas en su corralcito y que había vomitado sangre muchas veces. Dijo que le había sobado la cabecita y que no había servido de nada.

Contó que se había quedado dormido. El niño no sabía que su hermanito, en realidad, había muerto. Aquella terrible noche no le prestaron atención porque, según él contó después a sus familiares, estaban muy arrechos. Dijo que se fue a dormir y que, a eso de las seis de la mañana, luego de una noche lujuriosa, la madre, en medio de un guayado atroz, fue a darle pecho al angelito cuando ya estaba muy frío. La madre lo único que atinó a hacer fue cogerlo y correr hasta la casa del padrino del niño. Ella gritaba como loca: “¡Compadre, compadre, el niño!”. El padrino se levantó, asustado, y cuando abrió la puerta la vio con el niño en brazos. Se lo pasó y él entendió que estaba muerto, que era demasiado tarde y que los gritos eran en vano. Aun así, prendió la camioneta, subió a la madre y al angelito y los llevó al puesto de salud. Allí confirmaron que no había nada que hacer, que el niño llevaba ya muchas horas muerto, que había perdido casi toda la sangre por el vómito frecuente.

Llanto, gritos, alcohol, música y mucha tristeza, una mezcla mortal. El padre no dejó de beber. De hecho, durante el sepelio no paró de hacerlo junto al ataúd; con una botella en la mano, decía que se arrepentía de haber caído en las garras del alcohol.

# TODOS CREEN QUE ES MENTIRA

Angélica Quesada Pedraza



Esta noche es distinta a las demás. Hace mucho viento. Es algo extraño. Como de costumbre en la cárcel, llega la hora del silencio. Son las ocho de la noche y solo se oye el crujir de alguno que otro objeto en las celdas. Luego de un rato, algo suena. Es un sonido fuerte, estrepitoso. Ha sonado muy cerca. La seño, como le decimos a la guardiana, dice con voz agitada: “Prendan luces”. Luego, con el libro de verificación en la mano, llama a lista. Va celda por celda. Pasillo por pasillo. Cuando termina de comprobar que las ciento treinta internas reposan tranquilamente, dice: “Mujeres, apaguen luces y a dormir”.

Es extraño sentir a las guardianas sobre el techo del reclusorio. Se ve que alumbran con linternas, como si se hubiera volado una y esperaran detectar su sombra. Buscan un buen rato. Después, todo vuelve a ser oscuridad, se proyectan sobre las paredes figuras que van tomando forma en la imaginación.

No puedo dormir. Me pregunto qué está pasando. También pienso en mi novio, en que no quedamos bien el viernes pasado. Siento un poco de miedo. Pienso en él, en cada vez que hablamos en la clase del profe de literatura, en que siempre nos sorprende cuando nos hace preguntas del libro que estamos leyendo. Por fin me llega el sueño. Cuando estoy a punto de desconectarme para irme a vivir al mundo de los sueños, siento a alguien que se sube a mi camarote y se acuesta. Es pesado, pues la colchoneta cede y se hunde.

Recuerdo que estoy sola. Intento voltearme porque suelo dormir de medio lado. No puedo moverme. Ese algo extraño, el intruso, me abraza y no me deja mover. Quedo paralizada. Quiero gritar, pero la voz se me atora.

Por más fuerza que hago, no logro zafarme de él. “Suélteme”, le alcanzo a decir. Por el escaso reflejo de la luz que se cuele por la ventana puedo ver su brazo velludo. Es un brazo grande, musculoso, al que se le sienten largas fibras. Tiene mucha fuerza. Insisto para que me suelte. Aprieta más. Es tanta la fuerza que me siento desfallecer, que me voy consumiendo lentamente en un desmayo.

Desde lo profundo, siento que me acaricia con sus dedos largos, que me pasa su lengua viscosa por los brazos, que aprieta mis costillas y busca hurgar en mi interior. “Dios, ayúdame a quitar este monstruo de mi lado”, pienso. Me siento indefensa. Alexandra, que duerme en el camarote del lado, descansa plácidamente, como si no sintiera la lucha que estoy librando. Le pido a Dios, le digo que me libere de esa cosa que me somete, que me ayude a soltarme. El monstruo me aprieta más. Me dice obscenidades al oído. Su voz es repugnante, me dice que, en adelante, va a seguir siendo él quien me haga la conyugal. Le ruego que por favor me suelte. Su mano manosea mi pierna. Se aprovecha de que duermo con pijama corto. Siento su mano deslizarse, como buscando algo. Corre el short con el cachetero. Se abre campo. Siento como si fuera un hombre, pues los movimientos son los de cualquier macho que, a las malas, intenta poseer a una mujer. Me dice: “No le va a doler, no le voy a sacar sangre”.

Siento que soba sus genitales sobre mi cola. Entonces recuerdo que cuando yo tenía ocho años, un hombre me atacaba así, al menor descuido de mi madre. Vuelvo a rogar a Dios, pues este monstruo cada vez se parece más al de mis ocho años. Como puedo, lanzando codazos, logro voltearme bocarriba. Sigo sin poder hablar. Siento la lengua pesada, como si estuviera bajo el efecto de una fuerte y prolongada anestesia y lentamente fuera saliendo de ella, pero aún tuviera la boca pesada.

Siento a esa cosa, pero no logro verla ya. Luego me siento, sola. Veo a Alexandra, tendida, dormida profundamente, ajena a lo que acaba de pasar. No me quiero acostar. Pienso que esa cosa me atacará de nuevo. Me acuesto contra la ventana y tomo el cuento que le estoy escribiendo al profesor de literatura. La seño pasa revista. Cuando llega a la mía, me ve sentada contra la ventana. “Son las doce”, me dice. Me pregunta qué estoy haciendo ahí a esa hora. Le digo que tengo miedo, que algo no me deja dormir. Sigue su camino y pasa a las otras celdas. Cuando se devuelve, me mira con sospecha. Al rato vuelve a pasar. Me mira por la ventana y me alumbra con la linterna. Sigo un rato en la misma posición. A las dos de



la mañana, Alexandra se despierta. “Qué puta noche tan larga”, le digo, “quiero que amanezca ya”. Siento que tengo un respaldo.

Al día siguiente le pregunto a la seño por qué me miraba como sospechosa. Me contesta que todas estaban durmiendo y que solo yo me desvelaba. “Seño, usted sabe que anoche había algo raro, que algo estaba pasando, ¿cierto?”. Dice que ella no cree en pendejadas, que todas a las que no les llega visita conyugal salen con el mismo cuento. Me da la espalda y se va, con una frase que no alcanzo a decirle. Solo pienso en la maldita noche, en que pronto las luces se irán apagando y en que el monstruo, como amenazó, volverá furioso a hacerme la conyugal.

# RELATOS DEL SIETE LUCAS

Javier Losada



Su apariencia física refleja unos ochenta años o más, pero al preguntarle su edad me cuenta que tiene sesenta y nueve. De esa forma empieza una conversación. Al pasar el tiempo, me doy cuenta de que estoy hablando con una persona con muchas experiencias de la vida. Empieza por decirme que es una rata y que está aquí por robar a un fiscal.

Su inicio del día en la calle era buscar en los barrios donde vive la gente que es grasa, “pudiente”, para ubicar su próxima víctima. Sorprendido, pregunto su arte para robar, ya que su apariencia física no muestra habilidades de ladrón. Es un viejo, con aspecto de andar siempre cansado. Me cuenta que su destreza es abrir carros para extraer lo que hay dentro, que este oficio es conocido como el de “cochero”.

La mañana que lo agarraron había observado largo tiempo una camioneta que, para él, era muy buena, ya que las de este estilo siempre tienen algo que quitarles. Tal vez por la marca, o su aspecto, son de personas que son firmitas, “pudientes”. Ese día, cuenta, se acercó al carro y le desprendió los boceles. Dice que en el mercado son como a treinta mil pesos. Fue sorprendido por el propietario del vehículo, quien le apuntó con un arma de fuego. “Muy de malas”, dice, “pues era nada más ni menos que un fiscal”. Ahí fue capturado por agentes que ya lo conocían en la zona. En el camino le decían: “Esta vez no podemos soltarlo, como lo hemos hecho en otras ocasiones. Se metió con un duro y no nos podemos hacer los locos”. Cuando lo sorprendían robando, los policías le quitaban lo que acababa de robar y lo dejaban ir.

Fue judicializado y condenado a doce meses de prisión, una condena mínima, conocida como tratamiento penitenciario, al aceptar cargos

e indemnizar a la víctima. Su condena la cumple el 24 de junio de 2017, dice. En el momento de este encuentro, mientras conversamos, hacemos la cuenta: le quedan veinticuatro días para irse en libertad.

Durante casi cinco meses de convivencia, juntos en el mismo patio, en la celda diecinueve del patio cuatro, todas las noches me comparte su vida, a retazos, como si la memoria le recordara a cada instante los tantos delitos que ha cometido, como si se empeñara en no dejarlo en paz.

Primero me contó que su hijo, a los veinte años de edad, fue asesinado cuando intentaba hacer un hurto. “Hijo de tigre sale pintado”, dijo con una sonrisa lánguida. Luego, que él había descuartizado a un tipo que había violado a su hija. Contó detalles del descuartizamiento, como si se tratara de una película de terror, paso a paso. Ella era la luz de sus ojos y él le había regalado el botín de ciento veinte millones que se había hurtado de un carro. Dice esto como si la palabra arrepentimiento no existiera, como si saboreara, una y otra vez, el asesinato de alguien que lo merecía. Luego sigue una serie de historias escalofrantes. Piensen en cinco meses de historias, diarias, y cada una con su propia variante del delito.

Lo último que me contó es que su esposa falleció. Vive solo, en un hueco, como él llama a una alcantarilla de la ciudad en la que tiene sus pertenencias y a la que quiere mucho. Toda su vida ha girado en torno a la delincuencia, a las drogas. La muerte lo ronda, como si fueran amigos inseparables. Se siente cansado y dice que quiere cambiar de vida cuando salga. Mira hacia abajo y dice que es solo eso, un bonito deseo, porque la calle es dura, tiene sus propias leyes y probablemente no se lo permitirá.

# COSAS DE MUJERES

María Lucelly Meléndez



Yo era muy tímida. Un día del año 2014 fui privada de mi libertad por circunstancias de la vida. Llegué a pagar mi condena de ochenta y cuatro meses de prisión al Centro Penitenciario de Rivera, Huila. Allí descubrí, de verdad, quiénes son las mujeres.

Estaba destrozada, pues tuve que alejarme de mis seres más queridos: mis hijos. La prueba más dura fue dejar solo a mi hijo de catorce años. Lloraba demasiado todos los días por su ausencia. Luego de entender mi situación, empecé a tomar las cosas con calma, pues era irremediable. Al llegar al patio, me asignaron la celda cinco, en la cual había diez internas. Todas eran diferentes entre sí y me recibieron bien.

Mis nuevas compañeras de vida me observaban demasiado, preguntaban muchas cosas de rutina, como por qué fui capturada, de dónde venía, si tenía hijos, esposo... Las mismas cosas que las mujeres preguntan de las otras, pero en una situación diferente. Entre todas, había una lesbiana. Una, afuera, ve esas cosas con otros ojos porque está lejos. Acá estaba cerca y me dio pánico. Yo la observaba mucho porque se vestía como hombre. Usaba bóxer y caminaba con las piernas muy abiertas. En ocasiones, al verla cerca, sentía temor de ser violada, porque eso era lo que me habían hecho creer antes de ingresar, que las nuevas eran abusadas, que se pagaba con el cuerpo el error cometido. Después de pasar la primera noche, y luego otras, pude comprobar que no era cierto que las violaran. Amanecía intacta, sin ultraje alguno.

Con el tiempo, hice buena amistad con una compañera. En esta condición, la soledad la lleva a una a buscar cualquier punto de apoyo. Ella fue ese apoyo al inicio. Después me decepcionó porque no era la persona que decía ser. Ni en la cárcel la gente se muestra tal como es. Con las demás compañeras de celda solo trataba en la tarde, después de la encerrada, ese

instante el que te dejan a solas con tus pensamientos. Había, también, otras dos compañeras a las que admiraba mucho porque tenían una buena amistad entre ellas. Podía decirse que eran como mamá e hija. Es increíble, pero igual que en el mundo de afuera, tampoco acá es tan fácil confiar en los otros, y ellas confiaban tanto entre sí que era difícil advertir una deslealtad.

Después de un tiempo llegó otra señora a mi celda. Era discapacitada. Tenía una pierna amputada más arriba de la rodilla y también era lesbiana. El conjunto hacía que todas nos fijáramos de forma muy especial en ella. Y ese mirarla de manera especial trajo problemas.

Sentí muchas cosas al verla llegar por lo de su discapacidad. La veía como impotente para moverse ante tanta dificultad para ir al baño. El mundo, en cualquier parte, ha sido diseñado para que los discapacitados la pasen mal. Con ella tuvimos mucha comprensión y solidaridad. Todas la ayudábamos en sus actividades. Conmigo tuvo mucha afinidad. Me contaba cosas de su vida y, de a poquito, me dejó entrar en ella. Yo, al comienzo, dormía en el piso, pues los turnos iban por orden de llegada para obtener cama. A los meses, tuve derecho a una.

Ella, con el pasar de unos días, me dijo que la dejara dormir en la cama, a mi lado, que le cediera un ladito, que ella se estaría quieta. La verdad, yo lo tomé normal y en un gesto de generosidad se lo permití. Pese a saber de su orientación sexual, pensaba que la amistad le impediría dar un paso en falso. Pasaron unos tres meses y así fue. De repente, me confesó que yo le gustaba y que estaba enamorada de mí. Lo dijo como cuando un chico se le declara a su novia, en susurros y llena de rubor. Mi sorpresa e impresión fueron totales. Me dejó sin palabras. No sabía qué decir ante una situación imprevista. Probablemente, si se hubiera tratado de un hombre, no me hubiera producido tanta extrañeza.

Tenía que darle una solución salomónica a tan bochornosa situación. Le dije: “¿Sabes? Primero, no me gustan las mujeres; segundo, tengo un esposo al que amo. Por favor, respétame y no abuses de mi generosidad, no confundas”.

Me pidió disculpas y me rogó que no le hiciera escándalo con las compañeras. Es increíble, pero la vergüenza es la misma en cualquier lugar que estemos. La disculpé y le pedí que ni de fundas se le ocurriera volver a insinuarme ese tipo de cosas. Le dije que no quería dormir más con ella y me fui a dormir al piso. Prefería la dureza del suelo a la incomodidad del acoso.

La amistad siguió, pero con las cosas muy claras. Ella era muy chistosa y el humor es algo que salva. Nos divertíamos mucho. Era extraño, pero

a pesar de su limitación era feliz. Con sus muletas, bailaba el serrucho, se subía a las camas altas y se defendía sola en todas sus actividades.

De las otras dos compañeras a las que admiraba tanto, una se fue de traslado para la cárcel de Picalaña y con la otra tenemos una bonita amistad. Se llama Rosita y la quiero mucho. Ah, ¿y la discapacitada? Ahora goza de su libertad. Prometió venir a visitarme, pero ya ha pasado un año de eso y nada. La extraño.

# TODO POR AMBICIÓN

Néstor Fabriciano Polanco



Néstor era un hombre de cuarenta y cuatro años. Vivía en la ciudad de Bogotá, con su pequeña pero hermosa familia: su esposa Paola y su hijo Stiven. Néstor tenía una pequeña fábrica de calzado con la que cubría todos sus gastos.

Beto era un hombre de negocios que gozaba de buen auto, abundantes lujos y permanecía viajando. Néstor conoció a Beto por medio del comercio. Don Carlos, que era un comerciante de calzado, los relacionó. Beto estaba muy interesado en el calzado que fabricaba Néstor, aparentemente; Beto le compraba calzado varias veces, era muy cumplido con el pago, muy correcto con el negocio. Beto no tenía almacén y decía revender el calzado en otros almacenes.

Néstor y Beto permanecían ahora juntos en los negocios. Néstor, en una de las conversaciones, le preguntó a Beto cómo hacía para ganar tanto dinero, pues Beto, cuando salían, era el que pagaba todo. Beto le dijo: “Voy a ser muy sincero... La verdad, yo trafico con droga”.

Néstor le preguntó si no era muy peligroso y Beto le dijo que no, que conocía muy bien el negocio y que no había riesgo alguno: “¿No le gustaría meterse en el negocio?”, le dijo.

Duraron varios días hablando del tema. Beto le explicó cómo se llevaba, dónde se entregaba y cuánto se ganaba. Néstor le dijo que iba a pensarlo. Beto necesitaba de Néstor para cubrir mucho dinero que de España le habían enviado. Cuando Néstor decidió entrar en el negocio, Beto aprovechó para sacar ventaja y consiguió más socios inversionistas. Beto ya no solo les debía a los españoles, sino a muchos en Colombia, pues Beto les decía a todos lo mismo, les pedía una inversión y les decía cuánto ganarían. Consiguieron más de diez inversionistas. Néstor pensó que todo estaba bien y que lo que Beto le había dicho era sincero. Nunca pensó que todo

era una estrategia. Néstor, entusiasmado, sacó su pasaporte, compró una buena maleta y habló con su esposa. Le dijo que estuviera tranquila, que cuando él volviera se irían de viaje. Volver a España sería el viaje indicado.

Beto, por su lado, tenía todo arreglado. Salieron los dos para la ciudad de Neiva, donde recogerían la droga ya empacada, lista para transportar. Néstor se alistó, tomó la mercancía, los tiquetes y su maleta. Se despidió de Beto y, sonriente, se subió en una flota rumbo al aeropuerto de Cali.

Beto continuó con su plan y entregó a Néstor a las autoridades. Néstor fue arrestado por tráfico y porte de estupefacientes. Beto, por su lado, le consiguió un buen abogado como parte de su plan.

Néstor fue condenado a cinco años y cuatro meses de prisión. El abogado le pasó todos los papeles del preacuerdo y de la condena a Beto para que los mostrara a los inversionistas. De esta manera, ya no les debería nada, porque son los riesgos que se corren en este negocio.

Ahora, Beto goza de libertad y del dinero que estafó, mientras que yo me encuentro encerrado, lejos de mi hijo y mi esposa. En el rincón de una pequeña celda escribo cómo fui engañado por la ambición del dinero.



**MAGDALENA**  
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE  
SANTA MARTA (RODRIGO DE BASTIDAS)



ANTONIO SILVERA  
DIRECTOR DE TALLER



# TODO ERROR TIENE CONSECUENCIA

Berta Elena Robles Pérez



A la edad de diecisiete años me fui a vivir con mi suegro, un hombre mayor que me complacía en todo, y al principio todo era felicidad y color de rosa. Con el pasar de los años esa felicidad se fue haciendo dolorosa, traumática, porque yo no podía salir sola sin él. Mi familia y mis amigos, todo giraba alrededor de él. Al comienzo, yo, siendo una niña delante de él, lo veía como mi protector, mi salvador. Mi estabilidad y la de mi hija era él. Todo lo que quería me lo daba, tanto así que en su mente y su corazón no existía otra mujer.

Esta relación también perjudicaba a mi hija, porque psicológicamente ella era igual que él. A cada segundo quería que le dijera todo lo que yo hacía mientras él no estaba; yo la regañaba para que no cogiera esa costumbre de estar hablando todo lo que ve y entonces él me regañaba y me decía: “¿Por qué la regañas?, déjala que hable ¿o tienes algo que esconder?”. No solo trabajaba a mi hija de esa forma, sino también a mi perro, Rambo Andrés, al que le preguntaba si yo había estado con algún hombre en su ausencia. A veces se levantaba en la madrugada, prendía el foco y yo me asustaba y le preguntaba qué le pasaba; él me respondía: “Estaba soñando que me ponías cachos”, y yo le decía: “¿Tú estás loco? Acuéstate, mira la hora que es”.

Cosas como esas fueron más seguidas y fueron empeorando. Yo decidí estudiar para auxiliar en droguería y fue ahí donde sus celos crecieron más. Él se quedaba afuera escondido a ver qué hacía yo. En una ocasión entró y le preguntó al vigilante, a la secretaria y hasta a la profesora qué hacía yo adentro y con quién andaba. La profe, muy preocupada, me dijo: “Berta, ese hombre está loco, ojo, cuídate mucho, mira cuántos hombres por celos matan a la mujer”. Esas palabras y las cosas que me decían mis compañeras, que por qué a todos los lugares me perseguía, quedaron en mi mente

y yo misma me preguntaba por qué se portaba así, si yo no salía de mi casa y era muy boba porque hacía todo lo que él me decía.

Un día en clases me formó un problema y hasta los profesores y compañeros se asustaron y llamaron a la policía. Hablaron con él, pues la situación era bastante vergonzosa. Ya cuando la cosa se calmó, nos fuimos en un taxi para la casa; por el camino íbamos discutiendo y yo le decía: “No más, hasta aquí llego, yo ya no voy a vivir más contigo”. Y por un momento se me pasó por la mente tirarme del taxi, pero no lo hice. Llegamos a la casa y las cosas empeoraron porque ahí nos encerramos a discutir y él empezó a romper las cosas y mi ropa. Yo, en un momento de ira, cogí una botella de Postobón y la partí; al rato llegó la policía y preguntó qué estaba pasando. Él respondió: “Nada, compadre, problemas de marido y mujer”.

Luego me fui para donde mi hermana y ni así me dejaba en paz, hasta allá me perseguía. Una noche se metió debajo de la cama y, sin darnos cuenta, mi hermana y yo dormimos con él. Al día siguiente muy temprano me levanté a llevar a mi hija para el colegio. Cuando regresé escuché voces, y entré y vi a mi hermana discutiendo con él. Le dije: “¿Tú qué haces aquí?”. Mi hermana me respondió: “Manita, este loco se metió debajo de la cama y duró toda la noche”, ahí empezamos a discutir y me decía “vámonos para la casa”. Yo le dije: “Ya yo no te quiero” y él cogió un cuchillo y empezó a agredirme, a darme puñaladas. Yo me quedé quieta, impactada, asustada, nula, los nervios no me dieron para defenderme. Mi hermana gritaba pidiendo auxilio, llegaron los vecinos y fueron ellos los que me lo quitaron y me auxiliaron.

Él, como si nada, se fue. Yo quedé en una clínica, herida y con toda mi familia llorando, preocupada. Luego de que me dieron de alta, hice la respectiva denuncia y aun así no me dejaba en paz; me mandaba razones, plata, que lo perdonara, que estaba arrepentido de lo que me había hecho, que él me quería.

Después de pasados unos meses, empecé a trabajar, nuevamente me fui a vivir con mi hermana. Había quedado embarazada. No lo esperaba, pero me puse muy contenta y lo disfruté al máximo. Después ocurrió algo que cambió todo, me detuvieron. Desde una prisión estoy relatando este momento inolvidable de mi vida. Mi error fue haberme enamorado de mi suegro y creer que sus celos obsesivos eran amor; mi consecuencia fue que por un momento de celos casi me quitan la vida. Un consejo para todos los hombres, los celos no son buenos, por un momento nos cegamos y podemos cometer una tragedia.

# TRABAS DE MI VIDA

Heliberto Antonio Bonett



Era una vez en la ciudad de Barranquilla. Como a medianoche en el parque del Estadio Metropolitano, estaba con el parche de la favela de Los Robles fumando marihuana. Llegaron los paracos y nos preguntaron qué hacíamos a esas horas de la noche, tan tarde. Nosotros estábamos con unas amigas y les dijimos *váyanse*; después llegó un camión y nos montaron y nos llevaron por una trocha hacia Puerto Colombia para matarnos, pero solo nos amarraron. Cuando nos soltaron, nos tocó venirnos caminando hasta el día siguiente.

\* \* \*

Otro día en una caleta de droga estaba consumiendo bazuco con los pela'os. Yo, Heliberto Bonett, tenía una bilcha entera y llegó un joven cartagenero llamado Coco que me la quería robar, pero yo no me dejé y me tiré un mano a mano a cuchillo con el joven. El cartuche me pegó una puñalada en la espalda que por poco da en la columna y yo le pegué dos. Después nos separaron y llegaron los tombos. Me llevaron a un hospital, me cogieron puntos y duré como una semana sentado y muy adolorido.

\* \* \*

En otra ocasión, en la ciudad de Barranquilla, la Bella, un día estaba en el norte de la ciudad, en el apartamento, con el primo mío que es escolta de los Char, dueños de la ciudad. Cuando me fui para mi casa, que quedaba en el sur, me bajé en el parque Metropolitano a las diez de la noche. Cuando iba a atravesar, prendí una baretta. Estaba pasando al lado de unos bandidos que habían atracado a una pareja. Llegó un policía y me dijo: “quédese

quieto y no haga ningún visaje, porque le meto un pepazo en la cabeza, ratero”. Me tiró al piso y me puso el arma en la cabeza. Yo estaba tan caga’o que se me pasó la traba. Llegó después la pareja y el policía preguntó: “¿ese es el man?”. La pareja dijo que no y el policía me soltó.

\* \* \*

En la ciudad de Santa Marta, la Perla de América como se llama tradicionalmente, un 16 de julio, día de la virgen del Carmen, en una caseta de mi barrio El Yucal tocaron dos picós, el Samurái de Santa Marta y el Rey de Rocha de la ciudad de Cartagena. Ese día se quemaron dos castillos en mi barrio y dos vacas locas. Cuando se acabó la caseta y yo iba hacia mi casa, dos manes de la SIJIN fueron a matarme con pistola de silenciador. Yo, Heliberto Bonett, me subí al techo y después escuché los dos disparos con silenciador. Luego se fueron los dos manes y yo me quedé dormido. Al otro día me fui de Santa Marta para Cartagena, para pasar la calentura de mi barrio El Yucal. Como a los seis meses, todo quedó sano cuando regresé a la tierra mía.

# ELVIRA

Javier Pérez Ospina



En una etapa de mi vida, siendo muy joven, conocí a una mujer. ¡Y qué mujer! Se llama Elvira.

Es una mujer hermosa, esbelta, de ojos grandes y bellos, cabello rizado y labios sensuales, de sentimientos hermosos y puros. Su carácter fuerte hace honor a su apellido materno (León). Ella administraba un negocio de su padre, un cuarto frío que quedaba en frente de donde yo laboraba, los baños públicos del mercado. Fue allí donde la conocí. A los días nos hicimos amigos y con el pasar de los días llegamos a una relación. A mi madre, al conocerla, le encantó por su sencillez y preparación, por su manera de pensar y por ver cómo me amaba.

Elvira se había inscrito en la Universidad Autónoma de Barranquilla en la rama de diseño y quedó. Elvira marcó mi vida, porque con ella perdí mi inocencia y a la vez el cordón del prepucio. Algo para no olvidar jamás.

Pero había algo en ella que era duro para mí, pues tenía novio y era oficial y se iban a casar. Algo que yo supe y no acepté, pues mi deseo era ser el dueño de ella.

Solíamos vernos en el romboide de La Lucha, en donde había una réplica de un pueblo indígena; ahí dábamos rienda suelta a besos, abrazos y caricias y explorábamos el uno al otro nuestros cuerpos, al punto que ella llegaba al orgasmo sin penetrarla. Qué días aquellos de amor y de esperanzas, días sublimes y bellos, llenos de deseos y locuras juveniles.

Un día cualquiera ella me dijo su secreto o más bien su calvario... Su novio era gay y ella lo había sorprendido en pleno acto. Cuando ella me contó eso, lloraba de dolor y se notaba la tristeza en su alma. Al saber esto creí ganármela, pues yo no era marica y cuando la hacía mía lo hacía con ganas. Mi amor por ella era grande y la amaba. Mas creo que ella se desahogó conmigo y por esto me aceptó.

Su mamá, Griselda, no me caía muy bien y era toda esquivada conmigo, hasta que un día me reclamó y me expresó estas palabras: “Mi hija tiene su novio, y se va a casar, ¿o acaso tú la alimentarás con papel higiénico?”, lo dijo porque sabía que yo trabajaba en un baño público. Y, la verdad, me humilló. La señora Griselda vendía cerdo y al momento del reclamo ella tenía un machete o una hachuela en su mano y me la levantó, insinuando que me daría con ella si no dejaba a su hija. Cosa que no hice y ella llegó a decirme que yo era como las cucarachas, me echaba por un lado y yo entraba por el otro. Pues yo salía despacito al verla venir y ella, al llegar, abrazaba a su hija, que desde la parte trasera me mandaba besos y abrazos.

Mi Elvira se fue para la universidad y nos tocó separarnos, pero cada semana regresaba y primero llegaba a mi casa y se quedaba horas conmigo. En uno de sus cumpleaños, la familia la esperaba, pero ella se quedó a mi lado y era tarde para irse para su casa, qué preocupación; pero Dios es grande y justo pasaba un amigo en bicicleta. La cicla era gigantesca y toda vieja, su pintura estaba roída y las llantas lisas, hasta se le veían los neumáticos; para rematar, parecía una maripalito. Ver a mi amada montada ahí fue de risas y preocupación. Risas por ver a Elvira montada, y preocupación por lo que le dirían en su casa por ausentarse el día de su cumpleaños.

Otro día salimos de mi casa y yo la iba a acompañar hasta la suya, mas su instinto le dijo que su mami la había salido a buscar. Ella me dijo: “Javi, quédate aquí porque creo que mi mamá está ahí”, y Elvira se dirigió a su casa pasando por detrás de dos quioscos que estaban en la esquina de la calle 30 con la carrera 19. La preocupación fue grande, pues no había luz y de repente vi a su mamita en frente de los quioscos y con un manduco en sus manos; vi su silueta gracias a un carro que pasaba y la alumbró. Yo corrí y me escondí en una tienda que limitaba con los quioscos. Pero qué sorpresa cuando sentí a la señora Griselda detrás de la tienda, que prendía un cigarrillo y le decía al dueño de la tienda que se andaba cazando a un hijo de puta que le estaba enamorando a su hija y que si los encontraba lo mataba a garrotazos. Qué susto, porque lo que me separaba de ella eran unas cajas de cervezas. ¡Ufff!

A veces íbamos de paseo a cine con otra pareja de amigos y comíamos chitos y pasabocas, otras veces llevábamos carne asada y papas cocidas; las comíamos frías y no nos importaba, porque caliente era lo que hacíamos allá.

Otro día nos fuimos a El Rodadero, a un hotel que administraba un cuñado, donde brindamos con Sello Negro al punto que nos embriagamos y terminamos en un cuarto del hotel. Dentro del cuarto empezó el



juego de la seducción y vi a Elvira despojándose de sus ropas; caramba, qué espectáculo tan divino ver a esta bella dama con su cuerpo desnudo, sus pechos al aire, su vientre estrecho y su vello púbico escaso. Yo bramaba como un toro y mi miembro se crecía.

Mis labios besaban cada espacio y percibía los olores de ese vientre en el que yo podía beber agua; pero yo no he sido buen bebedor y terminé mal porque empezó y no terminó con lo que yo deseaba. Para colmo de males, Elvira me manifestó que se casaba con su novio porque con él no le faltaría ni una aguja. Y se casó, qué dolor y qué tristeza la mía. Al pasar los años la encontré en El Vivero y supe que había fracasado; perdimos comunicación.

Pero hace poco mi hermana Vivi me dijo que Elvira se encontró con ella por Face y desea saber de mí, que ella vive en Suiza y es madre de dos bellas hijas; se casó allá y está anhelosa por saber de mí.

Yo llevo cuarenta y nueve meses físicos preso en la cárcel de Santa Marta, sindicado de algo muy bajo. Me comuniqué con Elvira; vive bien y está sola y en proceso de divorcio. Viene para diciembre del 2017. Sé que al estar frente a ella se encenderá de nuevo la pasión.

# ME GUSTARÍA NACER DE NUEVO

Jean Carlos Beleño T.



Solo tenía cuarenta días de haber nacido cuando guerrilleros llegaron a nuestra finca en la Sierra Nevada de Santa Marta exigiendo el pago de las conocidas “vacunas”. La producción era baja, ya que la broca y otras plagas habían afectado los cultivos de café; además, sumando mis nueve hermanos y yo, a mis padres les quedaba difícil alimentarnos y al mismo tiempo pagarles. Mi madre me contó que, aburrida del acoso, un día me cargó en sus brazos y salió buscando una mejor fortuna. Nos ubicamos en otra finca en cercanías del municipio de Plato, Magdalena.

Recuerdo los gallos cantar como una alarma avisando un nuevo día. Mi madre preparaba el café, mi padre ordeñaba las vacas, mis hermanos recogían los cultivos, yo iba a los ponederos de gallina, desayunaba, cogía uno de los caballos y me iba a estudiar a una escuela rural. Regresaba, ayudaba a mi madre. En nuestra finca producíamos casi todo lo necesario, maíz, yuca, frijoles, trigo, patilla, papaya, melón, ñame, leche, queso, suero, etc. Solo había que ir al pueblo cuando hacía falta aceite, sal, arroz y algunos aliños para darle sabor a las comidas, aunque estos no eran necesarios ya que mi madre cocina delicioso.

Todos los días eran iguales, a diferencia del día que llegó mi hermano Pablito, después de jurar bandera en el ejército. Solo tenía tres meses de haberse ido. Pablo José era el tercero de mis hermanos, pero era el más fuerte.

No dejaba de hablar de sus experiencias en el ejército y de las ganas de servirle a su país. Una tarde, cuando jugaba a parques con mi hermano Juan, Cecil, Rosa y Pablito, mi perro Tazón empezó a ladrar como si un fantasma se acercara. Y sí, eran ellos, esos demonios de los que mi madre

siempre hablaba; eran ocho guerrilleros, todos vestían igual y eran comandados por Efraín, ese hombre despiadado del que yo hasta ese día solo había escuchado sus historias.

Aún hoy, cuando me despierto, no me adapto a este lugar, aunque llevo cinco años viviendo aquí: estoy sindicado por haber hecho parte de las gloriosas AUC. Me refugio en las drogas, me ayudan a olvidar mi pasado. Mi vida se desangra, así como se desangró mi hermano Pablito después que ese guerrillero le disparó en el pecho. También mi amada flaca me abandonó; yo no la olvido. Este sistema me quitó todo lo que tuve, pero creo en las oportunidades de parte de Dios. Me gustaría nacer de nuevo.

# RECHAZADOS POR LA SOCIEDAD

Yobani Miranda



Me encuentro preso en la Rodrigo Bastidas,  
Ha sido duro para mí estar aquí  
Alejado de mis hijos y familiares,  
Entre la gente que rechaza la sociedad.  
He aprendido a levantarme de las pruebas,  
No nací aquí, y confiando en Dios de aquí saldré  
Mis familiares y amigos, poco los veo.

Me aferro a Dios,  
Me aferro a Dios  
De aquí me voy, esperaré  
Y los veré.

Los abogados muchas veces nos estafan  
Pidiendo plata para sacarnos de aquí  
Y los domingos, cuando entran las visitas,  
A veces creo que viene alguien a verme a mí.  
Me siento triste al saber que no llega nadie  
Necesitando tantas cosas, preso aquí.  
Cuando anochece empiezan a cobrar las deudas.

No tengo el fab,  
No tengo el fab  
Y me pueden sacar del patio  
Por no pagar.

# META

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE VILLAVICENCIO



CAMILO IGUA TORRES  
DIRECTOR DE TALLER



# EL VALOR DE LA FAMILIA

Darío Díaz



Estos días de insoportable perturbación,  
aquí,  
ustedes me esperan.  
Día a día  
allá entre brazos, hija,  
y yo sin verte.  
En tu embarazo,  
esposa,  
te llevo siempre presente.

Tú,  
con incansable delirio,  
dedicas domingos  
de sol, de lluvia, de inclemencia.  
Estás aquí  
en medio del cementerio:  
lugar de agobio,  
lugar rupestre, paradisiaco,  
de inimaginables sentimientos.

Mi padre se estira,  
hasta llegar a tiempo,  
a verme.  
Hablamos de los diarios  
de afuera y de adentro.

1.489 internos, riñas, maltratos.  
Guardias y “paracos” mandan.  
Una parte del piso me pertenece.  
Llega la contada.  
No vemos el atardecer,  
nos encierran.

Domingos,  
días de objetos invisibles.  
Una celda para cuatro;  
somos ocho.  
Soy uno de esos,  
carretero sin plancha.

Me río de ironía.

*Para mi familia,  
Darío Díaz*



# CAMPESINO DE TORO

Duguto (seudónimo)



Yo siempre me he desempeñado como trabajador en fincas de ganado, con bestias, con cerdos, en cultivos de pancoger y en todo lo relacionado con el campo. Soy campesino de tiempo completo. También me defiendo en construcción. En el 2009 me salió un trabajo para ir a administrar una parcela que era propiedad de una señora de nombre de Alba Marín, que por cierto queda en jurisdicción de El Toro (kilómetro 60 vía Puerto Gaitán). Vivía con mi esposa y cinco hijos.

Trabajando conocí a Pilar Clavena Barrera. Ella vivía en una parcela vecina. Las cosas entre ambos se dieron y terminamos siendo amantes. Llegó el día en que me retiré de la parcela y ella, muy amable, me propuso que me fuera para la suya. Yo, como un tonto, acepté trabajar con ellos. La tía de Pilar se llamaba Martha Barrera. Al principio todo muy bien. Yo, alucinado, caí en la trampa. Me puse a trabajar. Esta parcela no tenía ni casa. Solo había un rancho envuelto en lona. Lo que sí había era como sesenta cabezas de ganado. Arreglé cercas y corrales, sembré frutales, plátano, yuca, maíz.

Al no ser una finca de verdad, yo trabajaba por fuera de la parcela para poder conseguir el sustento de ambos y de una bebé enfermita que Pilar tenía. Ella me contó que, por descuido, la dejó consumir veneno. Se me olvidaba: Pilar tenía un primo que se llamaba Osvaldo, alias Chipó, que, en esa región, junto con otros hombres, secuestraron y mataron a Leño, un veterinario. Él está purgando una pena en la cárcel de Cómbita. Transcurrieron tal vez dos años y medio. Todo lo que yo había trabajado no había servido de nada. Pilar era una mujer muy tráfuga. Yo ya había pensado hacer una casita en la parcela. Ya tenía bloques y madera sacada con motosierra. Pero tras la traición de Pilar, desistí. Vendí todo, aunque doña Martha no me dejó sacar la madera. Decidí dejarla y volver con mi esposa. Como en esta vereda era muy conocido, Henry Llara me ofreció trabajo.

Él era propietario de la parcela número 3. Empezamos a trabajar a mediados de 2013 y, bendito sea Dios, nos fue bien. Teníamos cerdos, animales de patio, ganado y una plata.

Pilar y doña Martha empezaron a decir que me tenían que matar porque yo dizque me la pasaba acosándola y hasta me demandaron en la inspección de Puerto López, donde me pusieron una caución. Un tal señor Hever, con quien andaba Pilar, me citó en El Toro. Junto con otros que portaban machetes y garrotes, me trataron mal. Pilar se sentía grande; decía que me tenían que matar. En esos días estaba cercando frente a la casa. Eran por ahí las diez de la mañana cuando pasaron en una moto Pilar y el tal Hever. Este se bajó con un machete en la mano y me desafió a pelear, amenazando con matarme si no me iba de la región. Un amigo me aconsejó que acudiera a la fiscalía de Puerto López y pusiera la demanda. Eso hice. Al darse cuenta de esto, cesaron un poco sus amenazas.

En el 2015 me salió trabajo con el coronel de la policía. Su mamá, la señora María, me dijo que su hijo quería que le construyera una vivienda. Él viajó de Bogotá y me entregó los planos de lo que pensaba hacer: dos casitas con todos los servicios. Haciendo este trabajo, llegó Pilar con su marido a sacarle prestado a la señora María panela, papa, arroz, aceite y cosas de remesa porque no tenían que comer. Alguno de esos días, Pilar me llamó a mi teléfono. Yo contesté y me comentó que estaba muy aburrida porque estaba aguantando muchas necesidades; que ese perro que se había conseguido era muy flojo y que pronto lo iba a mandar para la mierda. También me comentó que quería hablar conmigo y me pidió que nos pusieramos una cita. Yo acepté y al otro día nos encontramos en un rancho que estaba solo. En este me pidió perdón; me dijo que no sabía en qué estaba pensando para pagarme de esa manera. Me dijo que ella iba a abandonar a su marido y me pidió que hiciera lo mismo. Yo le contesté que eso nunca. Que yo estaba bien con mi esposa. Insistió en que le prestara una plata porque no tenía ni ropa interior ni zapatos. Yo le di un dinero. Así seguimos: ella iba a la obra y me llevaba de comer. Algunas veces iba con el tal marido.

Un día Pilar me comentó que el señor se estaba dando cuenta de lo nuestro. Un vecino le oyó decir al Hever que tenía que darse cuenta bien. Y que, si era cierto, nos mataba. Como en esta vida no hay nada oculto, yo le puse una cita a Pilar en el rancho. Le pedí que dejáramos así. Pilar afirmaba que ya le había dicho a ese perro que se largara. Pero él contestaba que le pagaran el tiempo de trabajo, que eran dos años largos, y que a él no le iban a hacer lo que me hicieron a mí.

Transcurrió un poco de tiempo hasta el 19 de marzo de 2016. Mis nietos salían a vacaciones de Semana Santa y yo fui a recogerlos. Era más o menos medio día y estábamos ya sobre la moto con mi nieto de once años. De un momento a otro, salió Hever con dos grandes piedras en las manos. Empezó a tratarme mal y nos tiró una de las piedras. Por fortuna esta pasó en medio de ambos. Después de esto, yo salí para mi casa, almorcé y me puse a hacer un oficio. Como a las siete de la noche, nos llamó un vecino para que fuéramos a recoger un suero para los cerdos. Yo fui con mi nieta en la moto. Cuando pasábamos por una parte muy fea del trecho, apareció de nuevo Hever con un gran palo en la mano y me atacó a garrote. Me partió el brazo izquierdo y me sacó el codo. Pensé que me mataba y que mataba a la niña. Como pude me tiré de la moto. Al bajarnos, la niña salió corriendo hacia la casa gritando que un señor nos atacaba. Ya sin fuerza en mi brazo y con mucho dolor empecé a defenderme, tirándole con la peimilla. Como el tipo estaba engeguicado tirándome leña, aproveché para tirarle varios machetazos. Pude pegarle uno en el cuello que lo tiró al suelo. Allí lo rematé con otro en la nuca. El cuerpo quedó tirado. Yo me monté en la moto y me fui a la casa, dejando ahí el suero.

Poco después me fui para El Toro y me entregué a los policías. Ellos me llevaron al lugar donde había quedado el cadáver. Estando allá, llegó un hermano del finado con un machete en la mano, diciendo que tenía que matarme a mí y a los míos. El policía lo redujo y le puso las esposas. Un vecino que pasaba por el lugar de los hechos escuchó a otro de los hermanos del muerto decir que ahí quedaba mi familia en la parcela; que esa noche tenía que acabar con ellos. A mi esposa le dio mucho miedo escuchar tales palabras y dejó la casa. Al otro día en la marranera aparecieron dos cerdos muertos. Antes de salir huyendo, mi esposa dejó a un señor en la finca. Al otro día, por teléfono, este hombre le dio la mala noticia: al parecer, los cerdos habían sido envenenados y le había tocado quemarlos.

La policía me llevó hasta el hospital de Puerto López. Al siguiente día me dijeron que podía irme para la casa, que el teniente Barrera me avisaría cuándo debía presentarme. El 11 de junio recibí la llamada y el fiscal me citó para el 6 de julio. Ese día me capturaron sin derecho a defenderme. En estos momentos me encuentro detenido en la cárcel municipal de Villavicencio.

# HISTORIA DE CHISVI

Efraín Vargas [Alma Llanera]



Chisvi nació en el hato Las Tigras en 1964, cajón araucano. A los diez años se podía diagnosticar qué sería del porvenir de esta criatura: no tuvo estudio, a esa edad cuidaba los terneros de las vacas de ordeño, se montaba en los marranos. Flechaba a las gallinas y a cuanto pájaro se le atravesaba lo jodía; al llegar la época de sequía, encontraba muchos huevos de pato careto. Cuando tenía quince años, el padre compró una fundación en las bocas del Pauto; a esta edad Chisvi montaba caballos salvajes, salió muy buen amansador; también le sacudía el poncho por la cara a los toros y las vacas bravas; a esta edad era apetecido para trabajar en el llano. Después empezó a tomar trago y a pelear a puño limpio en las parrandas, en el pueblo y en las veredas; y compró revólver con cinto y buena munición de .38. Esto era normal para la época, ya que todo el mundo mantenía en la cintura un revólver, como una prenda más de vestir; si tenían un disgusto con alguien se despojaban de las armas y se peleaban a puño. Luego, cuando Chisvi fue reconocido por los llaneros como cantador, coleador, enlazador y cachilapero (ladrón de ganado), vendía para tomar trago; esta era una costumbre de todo llanero, era como parte de la cultura llanera.

Para entonces, empezaron a aparecer los grupos armados; las FARC, el EPL y los paramilitares empezaron a reclutar hombres en la región para incorporarlos a sus filas. Chisvi cayó en las garras de la FARC, donde recibió instrucción militar. Duró unos tres años en la guerrilla; luego lo enviaron para Santa Helena de Upía y tuvo contacto con los paramilitares del bloque Vichada; entonces desertó de la guerrilla y se incorporó a los paracos. Un ganadero de la región sirvió como garante para ingresar al otro grupo armado. Después de dos años pasó a ser comandante de una fracción de paras, de mucha confianza del jefe Luna, y su misión era recaudar

los impuestos de los finqueros de la región, para protegerlos de la guerrilla, para que no los jodieran en sus propiedades y no los secuestraran.

Al poco tiempo, Chisvi pasó a ser un duro; tenía camioneta de alta gama y estaba rodeado de hombres bien armados; tenía la orden de que al finquero que no pagara la cuota de seguridad le pegaran su susto. El dueño del hato de Las Margaritas de Puerto López, hacia la serranía, no quiso pagar. Ese día Chisvi le dijo que vendría al día siguiente; cuando faltaban unos tres kilómetros para llegar, recibió una llamada en la que le avisaron que se regresara porque habían pasado tres cuatros con linares (la ley). Chisvi informó de esto al patrón; este a su vez le dijo qué hacer y también le dijo que fuera con cuidado a Tres Matas, porque al parecer se acercaban unos treinta guevaras (guerrilleros), y que no permitiera más avance. Chisvi se comunicó con otros y cuadraron 5 x 4 con 8 cada una; cuando se acercaban al sitio encaletaron las 4x4 y avanzaron a pie por el bosque. Cuando cayó la noche, algunos contactos nocturnos hicieron reconocimiento para ver qué se veía, pero no vieron ni escucharon nada. Regresaron a donde estaban los demás, descansaron con toda seguridad hasta el día siguiente, comieron enlatados y avanzaron, cuando de pronto vieron una 4x4 que iba hacia el hato El Diamante. Regresaron entonces a donde tenían los vehículos y los persiguieron; cuando estaban a unos quinientos metros, los guerreros se dieron cuenta de que los estaban persiguiendo; entonces apretaron el acelerador y cuando Chisvi los tuvo más cerca ordenó abrir fuego, con tan mala suerte que una camioneta de los guerreros cogió un hueco, se descachó y los tres guerreros que ocupaban el vehículo fueron detenidos e interrogados y muertos con tiro de gracia.

Regresó Chisvi con su gente llevando el material de guerra incautado, pero cuando no lo esperaban vieron tres camionetas 3-50 llenas de tropa del ejército. Pararon las camionetas, pero ya era tarde.

Las unidades del ejército estaban al mando del sargento primero Mendoza, quien ordenó hacerle una emboscada; envió una camioneta para adelante, otra para atrás y él persiguió la 4x4. Chisvi ordenó por radio que dos camionetas se fueran hacia El Venado, otra hacia El Rincón del Indio y él tomó rumbo hacia El Siare, para despistar al ejército. Dio resultado; el sargento regresó para reunirse con los demás, ya que los ilegales no tomaron las vías que las tropas esperaban. A dos camionetas que cogieron hacia El Rincón del Indio fueron emboscados por un grupo del frente móvil de la FARC. Cuando Chisvi se dio cuenta de que estaba en desventaja, ordenó que regresaran, pero ya tenían dos hombres heridos, uno leve y otro grave.

Preguntaron a otros paras si veían las camionetas del ejército; les respondieron que otros los habían visto tomar hacia el hato Tres Matas. Chisvi informó que tenía un hombre grave; cuando se encontraron con el paramédico de los paras fue tarde, ya el hombre había fallecido. Hicieron lo de rigor y lo enterraron; el otro herido estaba estable, no había peligro de muerte. Las demás camionetas volvieron sin problemas.

El ejército había capturado a tres paras con todo el armamento de dotación en el hato Tres Matas. Luego cogieron rumbo hacia Carro Viejo. En ese trayecto pararon a un campero y capturaron a cuatro personas, ya que al requisar el vehículo encontraron dos fusiles Galil, nueve pistolas 9 milímetros, seis pistolas 7.65 y bastante munición. Uno de los ocupantes les ofreció cinco millones para que no se los llevaran, pero el sargento ordenó que los esposaran y fueran entregados a sus superiores en Puerto Gaitán, unos como guerrilleros y otros como paras. El sargento y los soldados fueron condecorados por la operación sin hacer un solo tiro; a los soldados les dieron licencia y al sargento diez días de permiso con anotaciones en la hoja de vida.

Regresando con Chisvi, después de cinco meses secuestraron al finquero que no pagó y que les había echado la ley. A este ciudadano lo trasladaron a la finca Mango Verde, donde estuvo por nueve meses, y la familia tuvo que pagar una fuerte suma de dinero para soltarlo. Chisvi pasó a ser el hombre de más confianza del patrón; después de cinco años de estar en esa zona, era el compraba la coca y la transportaba para el otro lado.

Un día, la familia del secuestrado informó al ejército que el Chisvi estaría en la finca Los Malabares del municipio de Puerto Rico (Meta). De inmediato comisionaron al subteniente Vargas y al sargento Mendoza, conocedores de la región, para capturar vivo o muerto a ese sujeto que tenía azotada la región. Salieron con cuatro camionetas 3-50 con más de cincuenta hombres; a unos tres kilómetros de la finca dejaron las camionetas y las tropas se acercaron a pie. Estaban a unos setecientos metros; rodearon silenciosamente la finca. A las 5:30 a. m. avanzaron hacia la casa. Cuando estaban a unos setenta metros, los perros los vendieron y empezaron a latir; el sargento Mendoza, que dirigía el bloque de asalto, les gritaba que estaban rodeados. La respuesta fue una bala corrida, pero no demoró mucho el tiroteo porque salió una señora con un trapo blanco.

El sargento ordenó no disparar más y les gritó a los moradores de la casa que salieran todos con las manos en alto. Salieron catorce personas. Los esposaron a todos y entraron a la vivienda, donde encontraron a una señora secuestrada y a un par de abuelos. La secuestrada sacó en limpio a

los abuelos, que eran maltratados por sus captores. La señora estaba encadenada a un poste de la casa. Los cautivos no tenían papeles de identificación, pero después descubrieron que entre los detenidos estaba Chisvi.

Ahora todos están detenidos, en la cárcel de Villavicencio; se les acusa de extorsión, concierto para delinquir, homicidio; están llamados a cuarenta o cincuenta y cinco años cada uno.

El lugarteniente era un soldado profesional que desertó del batallón 21, Vargas, llamado con el alias de Tabaco; tomó el mando por orden del patrón. Tabaco viajó a la finca Sol Naciente, propiedad del jefe, una hacienda estratégica donde Tabaco manejaba todas las operaciones ilícitas, como secuestro extorsivo, compra de coca y asaltos a pequeñas fincas para robarles las tierras. Estando en todo esto, le informaron a Tabaco que una patrulla de la policía de contraguerrilla iba a reforzar a los policías de Puerto Rico, y la comandaba el intendente Cuadrado. Tabaco reunió un grupo de quince hombres y él personalmente dirigió la operación en la que se emboscaría a la policía, pero Tabaco no sabía que los agentes viajaban en una buseta blindada; además, los policías contaban con un agente infiltrado en las filas de Tabaco, quien le informó al comandante de la policía que Tabaco haría la emboscada en Caño Seco. Eran aproximadamente las cinco de la mañana y el carro de la policía se acercaba al sitio de la emboscada. Cuadrado ordenó bajarle la velocidad al carro, y por la puerta de atrás se fueron tirando los agentes. Todo estaba bien planeado y calculado; cuando el carro llegó al caño fue recibido a plomo. El carro paró y Tabaco empezó a gritar a los agentes que se entregaran, que les perdonaría la vida. La respuesta fue plomo. Cuando Tabaco se dio cuenta de que les llovía plomo de lado y lado, gritó que no los mataran.

Cuadrado les gritó “salgan donde los veamos bien, con las manos en alto y desarmados”. Se hizo levantamiento de siete u ocho muertos. Cuadrado comunicó a los altos mandos de la policía el resultado de la operación. La respuesta de los jefes fue que ya iban para allá los helicópteros. A la media hora llegaron cuatro aparatos con personal del CTI, quienes hicieron el levantamiento de los hombres dados de baja. Los aparatos regresaron con el personal y también con los detenidos, que no tenían documentos de identificación, pero pronto supieron que entre los detenidos estaba Tabaco. El patrullero Cuadrado recibió la orden de llevar los muertos a Puerto Lleras y ellos continuaron a Villavicencio, donde fueron condecorados por valientes. En la operación no sufrieron ni un rasguño y la patrulla fue gratificada con diez días de permiso.

# TODO EMPIEZA ASÍ

José Miguel Pardo Castro



Gloria Stella Castro González era una señora muy trabajadora; vivía en el páramo, vereda Aguadulce, a las afueras de Bogotá. Nos cuenta mi madre que, desde la edad de ocho años, a ella le tocaba trabajar como un hombre secando papa en arenas. Por medio de mi tío Graciano conoció al que hoy en día es nuestro papá, José Gabelo Pardo. Empezaron una relación y mi madre quedó en embarazo y se fue de su casa, porque si mi abuela se enteraba de su estado, la mataba a palo. Mi papá vivía en los Llanos y se llevó a mi mamá, pero la dejó botada cuando nací yo. Luego volvió a juntarse con mi mamá; ella nuevamente quedó en embarazo y mi papá la dejó abandonada otra vez.

Le tocaba duro para sacarnos adelante a mi hermana y a mí; sufrió humillaciones, maltratos, hasta hambre. Mi familia por parte de papá es evangélica de la Iglesia Pentecostal Unida de Colombia. Llevaron a mi mamá a la iglesia y ella también se convirtió a Cristo. A nosotros nos llevaban a los cultos y los domingos a la escuela dominical. Con apenas cinco años ya teníamos conocimiento de Dios. Mi hermana y yo jugábamos a ser pastores, a predicar la palabra de Dios. Cuando nos preguntaban qué queríamos ser cuando grandes, yo contestaba pastor evangelista y mi hermana decía que pastora. Pero todos esos pensamientos cambiarían drásticamente. No sabíamos lo que la vida nos tenía preparado más adelante.

Mi mamá conoció a un hombre en esta iglesia, “Jorge Rodríguez”. Al comienzo era un hombre entregado a Dios, o esa era la cara que le hacía ver a todos. Mi madre se casó con este señor. El regalo de bodas que le dio a mi madre fue tremenda muenda que casi la mata. Ellos trabajaban en una hacienda de palmera llamada El Porvenir. Mi mamá, como cocinera en el campo, salía cada quince días. Los hombres, en cambio, cada ocho días.



Cuando él no salía y se quedaba allá era una alegría para nosotros, pues le teníamos mucho miedo.

Nosotros vivíamos en un barrio llamado La Independencia, del municipio de Acacías, Meta. Me acuerdo tanto que estábamos viviendo en una finca llamada La Esmeralda. Y este señor corrió a mi mamá con una moto-sierra y luego sacó una escopeta para matarla. Ese día nos salvó el encargado de la finca. Otro día estábamos cambiando un bombillo y a mi hermana se le movió la butaca. Este señor escuchó, cogió una ortiga de pringamoza y le dio tremenda muenda. Con mi mamá nos dieron las dos de la mañana sacándole las espinas del cuerpo. A mi madre se le desgarraban las lágrimas viendo cómo esta bestia había vuelto a mi hermana. Siempre vivíamos con temor. Decíamos: a qué horas este hombre nos mata. El dueño de la finca lo echó por lo que le hacía a mi mamá.

Este día que les voy a contar lo recuerdo como si fuera hoy. Como mi mamá salía cada quince días, él salió ese sábado de trabajar y a mi mamá le tocó quedarse. Me acuerdo de que mi hermana y yo estábamos acostados. Como a eso de las once de la noche, este señor pasó a mi hermana a la cama de él. Luego mi hermana regresó a mi cama y lloraba. Recuerdo que le di como dos patadas, pero ella con más fuerza me abrazaba. Me dijo que Jorge, nuestro padrastro, le estaba tocando todo el cuerpo y que le había introducido los dedos en la vagina. Yo al instante también la abracé y no nos soltamos. Ese señor llegó de nuevo para pasar a mi hermana a la cama de él, pero ya no pudo, pues ninguno de los dos nos soltamos. Eran la una o dos de la mañana, cuando doña Herminda, la mamá de Jorge, empezó a gritar y se botaba contra el suelo. Pudo ver que mi hermana tenía unos cucos rojos, llenos de sangre. Doña Herminda le decía: “Mire lo que hizo con sus propias hijas”. La respuesta de este señor fue: “Mamá, déjelo escándalo que no es para tanto”. Al otro día cogió a mi hermana y a mí y nos amenazó con que, si le contábamos a mi mamá, la mataba a ella y luego a nosotros. Con ese miedo que le teníamos, quién iba a decir algo.

Mi mamá lo llevó a Bogotá para que conociera a mis tíos y a mi tía. Era tan hipócrita que delante de ellos era el mejor esposo y padre. Casi que no rompía una vajilla. Tuve tantas ganas de contarles a mis tíos, pero por mi madre no lo hice. Sin embargo, le juré a mi hermana que cuando creciera lo mataría. Él seguía yendo a la iglesia; aplaudía en las alabanzas, era el mejor evangélico: siempre en la iglesia y frente a los hermanos en Cristo era intachable. La demora era que llegáramos a la casa para que se le saliera el demonio que era. Cuando yo tenía como siete años más o menos, me

preguntaban qué quería ser cuando grande. Yo les decía que mejor sicario porque tenía que matar a Jorge. Ya con apenas siete años mi mente había cambiado mucho; ya no quería ser pastor, sino un sicario para poder tomar venganza. Como testigos de lo que pasamos están el pastor Carrillo y la pastora Carmen, de la Iglesia Precentral Unida de Colombia; ellos nos ayudaron a que no nos matara. Mi mamá apenas se había alentado, pues había dado a luz a mi hermano. Este señor cogió una plancha y se la botó a mi hermano para matarlo. Pero mi hermana se metió y recibió un golpe que le abrió la cabeza. Mi madre no aguantó más; fue una fiera defendiendo a sus hijos, pero no duraría mucho, pues Jorge cogió una butaca y se la descargó encima. Mi madre se desmayó, yo la veía llena de sangre. Lo primero que dije fue “la mató”. Comencé a correr por la calle gritando y pidiendo auxilio; gritaba con mucha fuerza: “Me la mató, me la mató”, y lloraba.

Cuando pasaba una patrulla y me recogió; yo les conté y me llevaron de nuevo para la casa donde estaba mi madre; yo no quería llegar porque pensaba que mi madre estaba muerta. Cuando llegamos, la policía vio a mi mamá sentada en la cama, qué alivio tan grande. Mi mamá no lo quería demandar, porque nos había amenazado. Mi mamá nos empacó ropa y salimos huyendo del pueblo donde había nacido. No salimos huyendo de la guerra, pero sí de ese señor. Íbamos a coger un bus para Bogotá donde mis tíos, pero tocaba caminar como una hora para cogerlo; íbamos bajando y cuando vimos que venía nos botamos al piso y quedamos en medio de un ganado. Apenas pasó, corrimos y llegamos a la iglesia y los pastores nos ayudaron a escapar. Cuando nos subimos al bus, él estaba al otro lado del puente y nos vio; paró el bus, pero mi mamá gritaba: “No pare, que nos va a matar” y el bus no paró. Gracias a mi Dios nos salvamos de esa. Aunque era tan peladito, yo decía “Dios, ¿por qué permites que pasemos por todo esto?”.

Llegamos a Bogotá a donde mis tíos Víctor y Julia y qué alegría tan grande y qué alivio; se sentía una gran paz. Yo me quedé en Bogotá y mi madre se devolvió para Acacías; yo pensaba mucho en ella, tenía miedo de que algo le pasara. Después, a mí me enviaron para el páramo donde una tía Hortensia, hermana de mi mamá, en la vereda llamada Aguadulce. En esa misma vereda terminé mi primaria. Al comienzo me fue muy bien, pero después llegaron más sufrimientos. Allí viví desde los siete hasta los doce años.

Allí también viví una vida muy dura. Me terminé de criar con unos primos; trabajaba medio día sacando papa o en una arenera. Les digo que allí tampoco viví bien, me aguanté hasta donde más pude, pero cuando

tenía doce años, casi trece, me fui de allá de nuevo para mi pueblo a buscar a mi mamá. Pero no estaba en casa, estaba trabajando en La Palmera.

Nos tocó devolvernos para la finca donde mi papá, que quedaba del peaje de Acacias hacia arriba, a más de una hora. Mi papá vivía con una señora llamada María y con mi hermano Ferney, y José y Alirio, hermanos por parte de papá. Yo no quería vivir allí; mi mamá se había conseguido otro marido y tenía dos hijas más; yo no quería otro padrastro —ya lo odiaba—. Yo pensaba que mi mamá me iba a apoyar, que me iba a colaborar con la posada mientras conseguía trabajo, pero me dio la espalda, porque el nuevo marido decía que no. Empecé a cogerle odio a ese señor Jaime Rojas; me tocó irme para la finca donde mi papá. Qué rabia, esa hembra no me cayó bien, no la iba para nada con ella.

Cuando empezó a llegar la guerrilla, llegaban donde mi papá y lo obligaban a llevar cilindros para lanzarlos al peaje; yo odiaba a esa gente. Una vez tuvieron un combate y a mi papá lo llevaron para que enterrara a los guerrilleros muertos. Quería largarme de esa finca; no aguanté más, me le robé como cien pesos a mi papá.

Para ponerme a trabajar me vine para el pueblo; con la plata compre betún y cepillos de embolar; me iba a poner a trabajar y le devolvería la plata que le había quitado, pero no se pudo; llegó mi papá con mi hermano Alirio, me quitaron la plata y me hicieron devolver las cosas que había comprado. Pero no me fui para la finca; le dije a mi mamá que me colaborara, que me dejara quedar que yo conseguía trabajo y me portaba juicioso; pero no, el amor de mi madre hacia mí se había acabado. Por mantener contento al marido no me ayudó.

Ustedes no saben cuánto odio sentí. De rabia le rompí todas las puertas del salón donde pagaban arriendo; solo quería que me ayudara y más en un pueblo tan delicado, por la presencia de las AUC, pero a mi mamá no le interesaba lo que me pasara; y uno andando para arriba y para abajo lo podían matar. A mí me tocó dormir en la calle, en los andenes, con mucho miedo; cuando escuchaba una moto me asustaba, decía: “Me vienen a matar”. En la mañana me iba para el río, lavaba la ropa y comía de los palos de mango. Un día, cuando caía la noche, con mucho miedo por lo que me podía pasar me fui para donde una tía que era evangélica de la Iglesia Pentecostal Unida de Colombia. Yo pensé: “Ella sí me va a ayudar” por ser evangélica, pero me equivoqué. ¿Saben qué me dijo cuando le pedí ayuda? “Vaya al coliseo; al frente hay un sitio, un centro de rehabilitación para drogadictos, alcohólicos, indigentes, este centro es cristiano, dígales

que usted no tiene familia”. Pues en vez de estar peligrando me metí a ese centro; eso sí, me recibieron con mucho amor. El líder era el hermano Silvio, el centro se llamaba Nuevo Día de Salvación. Me hice pasar por drogadicto cuando nunca había metido nada de eso; hablaba con los demás y les ponía cuidado para decir lo mismo cuando me preguntaran qué clase de drogas consumía. Allí duré un tiempo.

A las 4:30 de la mañana nos levantaban para que nos bañáramos, nos alistáramos, a las seis ya teníamos que estar listos para el culto; el único que no asistía al culto era el ranchero, cada semana le tocaba a uno. Después del culto desayunábamos y luego a trabajar con la artesanía; a las diez comíamos algo y seguíamos, a las doce parábamos para almorzar y a las dos volvíamos a trabajar; a las tres, onces y seguíamos; a las cinco hacíamos el aseo y nos alistábamos para el culto. A las ocho ya estábamos durmiendo. Los que llevaban más tiempo salían a vender las artesanías y la bolsa para la basura, también salíamos a la plaza de mercado para que nos regalaran mercado; bueno, y así hasta que se me cayó la mentira; se dieron cuenta de que sí tenía familia y que vivían ahí mismo. Lo de la mentira de drogadicto hasta hoy se la creen, pero qué tristeza tener que hacerse pasar uno por algo que uno no es. Salí de este centro y seguí con las cosas de Dios, empecé a asistir a una iglesia trinitaria llamada El Calvario, el pastor es un médico cirujano, Francisco Lobelo; ahí empecé a crecer espiritualmente, me bauticé y ya era líder de la iglesia; ya tenía un llamado como pastor evangelista. Por falta de dinero me fui para el Vichada a raspar coca y llegué a un sitio llamado Palmarito. Los que mandaban en este sitio eran el frente 16 de las FARC comandados por el Negro. Todos los meses que había trabajado me los robaron, porque me tocó salir volado de ahí; la guerrilla me iba a matar. Esto pasó después que me fui a prestar mi servicio militar en Sabaneta, Arauca, Grupo de Caballería Mecanizado Revéiz número 18.

Ya me había descarriado y sí que me iba a ir mal; empecé a trabajar en uno de los prostíbulos de Acacias, en la calle 15 con 18 y 19. Ahí quedaban todos los puteaderos; yo empecé a trabajar en el bar Motorista como cantinero. En estos sitios fue donde conocí miembros de las AUC y veía todo lo que pasaba, los homicidios y cómo trabajaban. En el puteadero me enamoré de una muchacha que trabajaba en ese bar; sufrí demasiado, ya que soy de corazón débil. El nombre de la que es la mamá de mi hijo es Alba Hernández; cuando quedó en embarazo la primera vez abortó. Casi la mato por lo que hizo, esta mujer me embolató feo. Me acuerdo tanto de que estábamos jugando con el finadito Calismán con una escopeta de cabo, ya eran

como las 6:30 y los dardos se perdieron; entonces se fue para el billar que está en toda una esquina y yo me fui para el bar. Me devolví para el billar y cuando estaba en la esquina, frente al billar, un man se bajó de un taxi, se metió al billar y le metió unos tiros de pistola nueve milímetros. El finadito cayó y el sicario salió caminando y en una esquina lo recogieron. Llegamos y el finado nos decía: “Panita, panita, no me dejen morir”. Pero no podíamos hacer nada; llegó la policía, lo echaron al platón y se lo llevaron para el hospital, y llegó muerto, pero lo que sucedió fue que la misma policía se encargó de que llegara muerto. Antes que mataran al finado Calismán había una comandante de urbana en Acacías; era una mujer muy hermosa. El segundo al mando era el cabo; a ellos les hicieron una llamada y salieron, y al otro día los encontraron en la carretera vieja, en la vía Guamal. Parecía como si los hubieran amarrado al carro y los hubieran arrastrado por un empedrado. Cada uno tenía un tiro en la frente. Nos encontrábamos en el bar Motorista trabajando cuando se escuchó tremendo tiroteo, pues a Arias lo acababan de matar; lo dejaron al frente del puteadero Las Tortuñas. Luego cogió el mando don Fernando y como a los tres días lo mataron frente a la casa; el comandante llegó a la casa, apagó la moto y había un man esperándolo atrás de un palo, y cuando llegó, el sicario lo cogió y lo mató. Alias el Reclutador, que también se llamaba Fernando, estaba tomado tinto en un negocio por los lados de la plaza de mercado cuando el sicario lo mató. Luego cogió el mando Raúl, alias Patepalo: él estaba en el billar de arriba cuando le cayó el sicario y lo mató. Todos eran paracos y el mismo sicario los mató a todos; según dicen las malas lenguas, habían cometido una embarrada grande y los mandaron “recoger”.

Una noche, como a las diez, llegaron vendiendo un equipo de sonido y un televisor, en la zona se dieron cuenta, entretuvieron a los manes y, cuando llegó la orden, en toda una esquina los dejaron. A raíz de todo lo que estaba pasando, me fui para Villas donde Alba Hernández, la mamá de mi hijo. Llegamos al apartamento de mi cuñada Lucía, la hermana de Alba, todas estaban admiradas por cómo me había puesto a marchar esta hembra, pues había tenido varias mujeres: Yesica, Paola, Andrea, dos paissas; bueno, lo que sí es que la mamá de mi hijo me envolvió feo; no tenía ojos para nadie, solo para ella, pero yo no ganaba mucha plata y ella tenía un man que trabajaba con coca y cuando llegaba le daba mucha plata y se iba con él; eso era muy duro para mí porque la amaba demasiado.

Empezamos a cuidar los barrios de los ladrones, porque sí que roban; empezamos a controlar los peores barrios, donde había tremendas

ollas, como San Marcos, Gaitán, Alcosto y Bella Julia. Los propietarios nos pagaban mensual para que mantuviéramos el orden y en un mes teníamos estos barrios limpios. A mí me pusieron Gatillo unos policías de Acacias por un problema que hubo allá. De ahí en adelante todos me decían Gatillo. Dimos la orden de que después de las once no respondíamos y así tomamos el orden de los barrios.

Después de enero me enteré de que Alba, la mujer que me amaba, estaba embarazada. Qué alegría tan grande, pues mi gran sueño desde que tenía quince años era ser papá, y cuando supe esta noticia brincaba en una sola pata. Entonces, recién llegamos a Villavo, empecé a trabajar en construcción y empresas de vigilancia privada; luego fue cuando me metí con los barrios para ganar más dinero. Quería que Alba fuera para mí solo, y no tener que compartirla con nadie; eso lo podía lograr si tenía dinero y ahora mucho más, porque venía mi hijo en camino. Un día hicimos una vuelta y el parroquiano quedó en la carretera. Yo le dije al pelado: “No salgamos, quedémonos quietos”, pero el pelado no me hizo caso y salió por no dejarlo botado salí y nos cogió la policía. Nos llevaron a la estación, allí duramos veinticuatro horas; como no hubo demanda, para afuera. Mientras estuvimos encerrados había unos mariguaneros que nos la montaron. Cuando nos sacaron, antes de salir le dije al man: “No me dé el patazo en la calle, porque lo mato” y no creyó. Como a los veinte días de haber salido nos lo encontramos como a las cuatro de la mañana; llevaba una cicla robada y otras cosas más. Lo seguimos y cuando se metió a la olla de San Marcos lo abordamos, lo requisamos y le pregunté que si se acordaba de mí. Me dijo que no. Me quité el pasamontañas; cuando me vio, quedó asustado, pues lo tenía encañonado y teníamos una guerra con los ladrones. Habíamos hecho un pacto, que si les daba el papayazo o si me tiraban nosotros no poníamos demanda, así ellos las colgaban y yo me los fumaba, y ellos no ponían demanda; esa madrugada la colgaron, me dieron el papayazo. Lo cogimos, lo amarramos y llamamos a un taxista amigo para que nos recogiera; nos recogió y nos fuimos para el caño Negro. Le dije al taxista: “Ya no quiero usar el fierro, pare y lo amarramos al bómper del carro y dele a lo que dé”, pero se mamó. Bueno, paramos y el pela’o tenía una puñaleta y como él decía que mataba y comía del muerto lo cogí, me lo llevé para un potrero. El man me suplicaba que no lo matara, me juraba que nunca se me iba a aparecer en el barrio, se me arrodilló, me besaba los pies. Me dio rabia y le metí un tiro en la sien, uno en la nuca y dos en el pecho, y nos fuimos del lugar. Eso pasó como a las tres de la mañana. Cuentan que

como las nueve de la mañana unos ciclistas lo encontraron vivo, llamaron a la policía, lo llevaron al hospital y allí nos sapió; habíamos quedado en algo, pero no lo cumplió y nos demandó. Como al mes nos capturó la SIJIN, nos vinimos a la cana, nos condenaron por homicidio agravado en el grado de tentativa de homicidio simple y secuestro simple; como me allané, me rebajaron la mitad. Me condenaron a doce años y seis meses. Cuando caí, lo más duro fue tenerme que separar de la mujer que amaba cuando ella tenía solo seis meses de embarazo; eso fue lo que me partió el alma, saber que no iba a ver nacer a mi hijo, yo soñaba con estar ahí cuando naciera mi hijo, ser el primero en verlo, abrazarlo, besarlo, no me importaba que llorara y no me dejara dormir; mi gran deseo y sueño era verlo crecer, salir al parque con él, darle de todo, pero no se me cumplió el sueño. Recién que caí, Alba me apoyó; venía todos los domingos y antes que naciera mi hijo no me fallaba un domingo. Se puso a vender tintos y agua, eso me alegró, claro que ya, con mis celos y desconfianza, me mantenía amargado. Peleábamos de lunes a jueves, los viernes nos contentábamos.

Era mi primer canazo. Al comienzo me dio duro, no comía, cuando nos encerraban me metía debajo de la plancha y lloraba. Me enflaquecí tremendamente; pero cuando llevaba cinco meses ya no sentía tan dura la cárcel, ya estaba aprendiendo a pilotearla; me puse a trabajar, a hacer chinchorros, manillas, y así se me iba el tiempo más rápido; aquí también había una iglesia cristiana y empecé a asistir. Mi hijo nació el 17 de noviembre de 2006, nació un viernes. Mi mamá lo vio y con apenas un día de nacido entró el domingo y me lo trajo. Qué alegría y al mismo tiempo qué tristeza; alegría porque ese era mi gran sueño y tristeza porque no podía compartir con él como quería.

Un domingo después de la visita intenté ahorcarme. Me colgué, pero a un ciego que estaba en la misma celda Dios lo inquietó y fue él quien se dio cuenta y empezó a llamar a la guardia.

Pagué tres años en Casablanca, la cárcel de Villavicencio, en el patio Colombia, donde el control lo tienen los paramilitares. Me metí al control con ellos, y a los violadores les dábamos duro; los poníamos a hacer aseo a toda la cárcel los lunes y viernes. En el control no se permiten las peleas ni los cuchillos ni el bazuco ni el pegante ni las pepas, solo marihuana y perico. A los que metían otras cosas, de una los sacaban del patio. Un sábado, que era visita de hombres, se prendió el patio, paracos y ladrones; ese sábado hubo cuchillo por lado y lado. Entró la guardia y empezó a retomar el control. Ese día nos gasearon a todos y nos encerraron en las celdas

de nuevo. Había como mil ochocientos presos, y había paracos buitragos, arrancelos, de Guaviare, Meta, Central Bolívar. Las peleas eran afuera, así que cuando caían presos el que llevaba el control del patio decía: “La guerra es afuera, aquí dentro nosotros apoyamos”. Pues bien, ese sábado, como todos estábamos encerrados, empezaron a sacar traslados. Trasladaron como a cincuenta, entre los cuales estaba yo. A mí me metieron en los trasladados porque le caía mal al teniente Oregón. Ese sábado sacaron a paracos y ladrones rumbo a la peor cárcel de Colombia, llamada Alcatraz, ubicada en Acacías, Meta; es una cárcel de máxima seguridad. Allí pagué tres años y medio físicos; el día que salimos de traslado, qué terapia. En Alcatraz se maneja por patios y alas; el ala de abajo está en el patio 7, de paracos; patio 2, de paracos; patio 3, guerrilleros y ladrones; patio 4, solo ladrones; patio 5, sindicados. Arriba está el patio 6, de viejitos; patio 7, paracos; patio 8, ladrones; patio 9, paracos, y los calabozos. Al comienzo sí que íbamos a sufrir, pues en la cárcel anterior podíamos recibir visita cada ocho días, los sábados de hombres y los domingos de mujeres; cada mes dejaban entrar a los niños y estábamos acostumbrados a comer la comida que preparaban los familiares. Todos los domingos podía uno tener intimidad con la mujer; fuera de eso, cada cual podía tener televisor, ventilador y el celular no hacía falta, claro que este era ilegal y tocaba hacer caletas para esconderlos de los guardias. Si los cogían, setenta y dos horas de calabozo, sanción e informe.

Como dije, habíamos llegado a la famosísima cárcel Alcatraz, una de las cárceles más temidas por los presos. A mí, gracias a Dios, me echaron para el patio 7, patio de paracos. Para qué, fui muy bien recibido, pero mis panas no corrieron con la misma suerte: unos de ellos llegaron a los patios 8 y 4, patios de solo ladrones. Los que cayeron en estos patios salieron apuñaleados por los ladrones, pues odian a los paracos. En Alcatraz, adiós ropa civil. Nos daban unos chanchones de color habano con una línea anaranjada; en esta cárcel, nada de televisores, ventiladores y menos comida de la calle, visita cada quince días, la conyugal cada mes y apenas duraba cuarenta o a veces treinta minutos. Los que no tenían visita nunca veían gente distinta a los mismos del patio. Cuando salíamos al patio de visita nos esposaban; para salir a sanidad también éramos esposados y nos tocaba ponernos el chanchón para recibir visita.

Tocaba que la familia nos cocinara y le pedíamos al INPEC lo que íbamos a almorzar. Cuando terminaba la visita, antes de salir para el patio nos contaban y nos requisaban, nos empelotaban y si llevábamos algo de comer nos hacían botar la comida. A pesar de pasar por tanta humillación,



entraban marihuana y perico; las mecheras estaban prohibidas, pero al mismo tiempo el guarda daba candela. Había un televisor en el patio, pero apenas nos encerraban nadie podía ver televisión. Para la contada nos formaban y nos encerraban. Las luces las manejaba la guardia desde el cubículo con un botón, el agua también. A las seis de la mañana nos sacaban al patio y a las tres nos encerraban de nuevo, lo más duro de este horario de la alimentación era el almuerzo a las 9:30 de la mañana, la comida a las dos de la tarde y el desayuno a las siete de la mañana. La guardia es agresiva. Para salir a descontar la mayoría lleva puntas hechas en acrílico para que las máquinas no piten; en estos salones se prendían unos a cuchillo; en sanidad era lo mismo. Y cuando uno salía a recibir encomiendas, si se separaba de lo de uno, le metían la robada; había veces que el patio estaba caliente y tocaba que, mientras uno se bañaba, varios con cuchillos lo cuidaran. Nos cuidábamos unos a otros.

Lo único que podíamos tener era una radio pequeñita, pero después de las ocho de la noche no había luz y tocaba silencio. En mediana seguridad me cambiaron de patio, pero estos patios eran peores, tuve que agachar más de una vez la cabeza; si uno quiere salir rápido a la libertad es mejor agachar la cabeza. Los jueces ven la conducta de uno, y quién no quiere salir rápido de este encierro. En esta cárcel sí se ve la humillación y el desprecio, allí le toca a uno aprender a sobrevivir. En Alcatraz dure tres años y medio. Pedí mi libertad condicional, pues llevaba seis años y seis meses en físico más dos años de descuento, pues me apegué a las cosas de Dios, para un total de ocho años y medio. Aun teniendo mi libertad, la juez me terapió dos meses más, me la negó una vez, luego me la consolidó y me terapió como una semana para que me notificaran la libertad, pero yo ya estaba supermetido en las cosas de Dios y con más fe oraba. Yo escuchaba una emisora cristiana llamada Radio Auténtica; por la emisora dieron un curso, se llamaba Técnico en Pastorado Juvenil y yo dije: “En nombre de Jesús, voy a hacer ese curso”. Así, a los días me llegó mi libertad. Eran las siete de la noche cuando la guardia llegó con mi boleta de libertad, qué alegría tan grande: por fin se terminaba el calvario.

Yo a mi madre le dije que ya estaba saliendo, que me había llegado la boleta de libertad; había pasado como cuatro puertas de seguridad, hasta que vi la última, un portón grande de color azul abriéndose. Cuando salí, vi a mi madre que me estaba esperando; corrí hacia ella y la abracé con fuerza, ella me abrazó y lloramos de alegría. Por fin, Dios mío. Mi madre me llevó para la tienda, me gastó gaseosa y llamó a mi cuñado y a Sandra Roza,

como una hora duramos en esa tienda. Luego nos fuimos para la casa de mi mamá, todo estaba cambiadísimo; bueno, llegué a mi casa y estaba mi hermana Omaira Pardo, mi hermana Xiomara Castro, mi hermana Camila Castro, mi prima Dora Pardo, el marido de mi mamá, Jaime Rojas, y parece que mi papá Gabelo Pardo. Mi mamá tenía un ponqué, unas bombas y un letrero que decía bienvenido, qué alegría tan inmensa la que sentí; mis hermanas ya estaban hechas todas unas señoritas. Ese día conocí a mi sobrina Tamara, todavía no lo podía creer. Salí en el 2012 como un septiembre u octubre; cuando estuve allí encerrado había hecho promesas: una a Dios y otra a Liliana, que era mi novia. A Dios le había prometido que seguiría buscándolo a él y que iba a montar una iglesia para congregarme, en las mañanas no fallaba con mi oración. Llamé a la emisora cristiana y di mi testimonio de lo que me había sucedido con lo del pastado juvenil, el curso que habían nombrado por la emisora. Lo empecé y, metido con Dios, pensé que era hora de cumplirle a Liliana. Yo le había prometido algo a ella, que estaba presa en la cárcel de Sogamoso, Boyacá; por medio de cartas nos conocimos y nos hicimos novios. Le envié una encomienda en la que le decía que estaba en libertad; conseguí el dinero y me fui a visitarla. Arranqué de Acacías el viernes a las seis de la tarde y llegué al otro día por la mañana; ¡qué frío tan tremendo el que hacía! Me recogieron unos familiares de ella y me llevaron hasta la entrada de la cárcel; la visité y cumplí mi promesa; la pasamos bien, quedó contenta con la visita, lo pude ver en sus ojos. Me regresé también muy contento por haber cumplido con mi promesa. Bueno, me sentía contento y metido con Dios, pero como dice la santa palabra de Dios, no nos debemos descuidar ni dejar la oración y eso fue lo que me sucedió: empecé a vender chorizos; me hacía en la cuadra donde vivimos. Luego de la venta de los chorizos me compré un uniforme camuflado y empecé a hablar con los presidentes de los barrios para prestar mi servicio como celador comunitario cuidando barrios de noche, comenzaba a las siete y salía a las cinco; empecé a hacer papeles para que quedara legal la empresa, saqué permiso de la DIAN, de Cámara de Comercio, y empecé a laborar en diferentes barrios: Bachué, El Paraíso, La Nueva Jerusalén y Llano Verde primera etapa; contraté personal. Sin darme cuenta empecé a descuidar mi vida espiritual, descuidé el compromiso que tenía con Dios y cuando me di cuenta estaba frío espiritualmente.

Cuando empecé a trabajar cuidando el barrio El Paraíso, en Acacías, una noche, cuando llegué a mi casa a tomar tinto, escuchamos unos disparos. Salí a hacer ronda y llegué a un puente oscuro. Empecé a alumbrar

porque en este sitio acostumbraban meter marihuana; cuando estaba alumbrando llegó un man en una moto y me dijo: “Qué hace ahí”. Yo le contesté: “Mirando que nadie esté metiendo vicio”. Me dijo: “Yo soy el comandante de la urbana y ojalá me deje coger al pela’o, pues venía río arriba, el sicario acaba de sicariar un man por los lados del hospital”. Yo comenté lo que me pasó y mi madre me regañaba y me decía: “Mijo, deje ese trabajo de vigilancia, es muy peligroso”, pero por terco no quise hacer caso y seguí trabajando; dejé las cosas de Dios, me enfrié espiritualmente. Un amigo me condujo a la bebida y me la pasaba andando con él en los puteaderos, tomando y con hembras; ya me involucré con malas amistades, tuve conocimiento de veinte homicidios porque me contaban cómo los hacían. También cogí la seguridad de todos los puteaderos y no dejaba fumar marihuana, ni robar; decían que yo era paraco, pero no era así. Un día pensé: “Ya me tienen con fama, pues aprovechemos esto” y empecé a crearme fama yo mismo, eso montaba unas películas tremendas y se las comían todititas, y cuando llegaba a la zona me tenían temor; eso mantenía tomando, tenía cantidad de hembras, estaba desordenado totalmente. Por las amistades que tenía me enteré de muchas cosas, aunque el silencio se manejaba aún en muchas partes. Al ver que tenían respeto en estos sitios, y hembras, empecé a querer ser uno de ellos para que me tuvieran más respeto y conseguir más mujeres, pues ellas no sabían lo que yo hacía.

Por medio de un amigo me puse a trabajar con esta gente; empecé a ser miembro de las Autodefensas del bloque del Meta, mi comandante era alias Pelusa; él era comandante de la urbana de Acacias. El único trabajo que hice con él es el que hoy estoy pagando. En mis andanzas conocí a una hembra de un chochal de esos llamado Las Tortulias. Empecé a andar con ella y nos hicimos novios. Leydí se llamaba. La saqué a vivir; ella me ayudaba con la vigilancia de los barrios. Tuvimos problemas y nos dejamos; luego nos conocimos con Yileima, una hembra de Tumaco, una negrita. Ella me comentó que su familia era cristiana y que ella también había conocido a Dios. Yo también le conté que mi familia era toda cristiana y que yo estaba descarriado. Fuimos donde el pastor William y su esposa la pastora; oraron por nosotros y la convencí de que dejara esa vida, que buscáramos a Dios, ella me dijo que sí. Se salió de trabajar y empezamos a vivir en una piecita atrás del mismo puteadero; empezamos a vender chorizos y con eso medio nos sosteníamos.

Pelusa, que era el comandante de la urbana, me salió a buscar para que fuera a hacer un trabajo; le dije que no quería trabajar con ellos, se enojó

y me dijo unas groserías. “Usted piensa que esto es un juego, lo hace o lo hace”, qué más hacía, me tocaba.

Me fui, pues Pelusa me amenazó y me obligó a hacer este trabajo. Una señora nos dio la pistola; salimos con el que me iba a llevar en la moto; Pelusa salió en taxi hacia donde estaba el muchacho que me había mandado “sicariar”. Me dijo: “Es el que está jugando micro, sentado en la columna”.

Me dirigí y le empecé a disparar; le metí un tiro en la frente y tres en el pecho. El de la moto me estaba esperando en lo oscuro, con la moto prendida. Salí de ahí, me subí a la moto y nos fuimos; llegamos a una casa, guardamos la pistola, nos cambiamos de ropa y salimos de esa casa. Me encontré con un amigo que me invitó para la finca y le dije que sí; cuando íbamos para la finca la policía nos paró y nos condujo a la estación de Policía. Allí estuvimos como dos horas, nos reseñaron y nos soltaron. A partir de ese día no seguí trabajando con esa gente; nos mandaron a matar un muchacho al que le decían Caneco, pero nunca lo hice, les mamé gallo. Un día llegó Pelusa y dijo que tocaba dejar a Caneco quieto y yo me puse más contento; dijo Pelusa: “Es que a Caneco lo tienen para una vuelta más grande”.

Siempre se reunía Pelusa con Ronaldo y otros, y en una ocasión los vi con un señor llamado Gerardo, el presidente de una vereda llamada La Esmeralda. En otra ocasión lo escuché que dijo que tenía una reunión con unos ingenieros de una petrolera y con don Gerardo, no me acuerdo ni el día ni la fecha, lo que sí es que yo estaba trabajando en el barrio Bachué como vigilante, todavía vivía con la negra Yileima. Ella me llamó a almorzar, yo tenía un BlackBerry y tenía el pin de *NotiAcacias*; ese día era como la una y media de la tarde cuando por el pin salió la noticia de que habían abaleado a una señora en San Isidro de Chichimene; yo no le puse cuidado a eso. A los días me enteré de que Caneco era el que había estado involucrado en la muerte de la señora de Chichimene, por boca de él mismo, que estaba tomando en un puteadero y decía: “Me tocó hacer ese trabajo”. Me contó con pelos y señales cómo lo había hecho; jamás he estado de acuerdo con que le quiten la vida a una mujer, a un anciano y menos a un niño. Pelusa dijo un día: “Esa era la vuelta que había dicho” y de nuevo mandó a matar a Caneco; yo le dije “Conmigo no cuenten más”.

Un día, como a las ocho de la noche, me encontraba en el barrio trabajando cuando llegó un carro de la policía y unos manes de la SIJIN me llevaron a las afueras del pueblo; ellos me decían que hablara de Chichimene, pero no les dije nada, yo ya estaba hablando con uno de la SIJIN de Acacias, y él me dijo que no hablara con nadie, solo con él. Ese día los

manes de la SIJIN me dijeron que si decía algo me dejaban tranquilo, que si no, me atuviera a las consecuencias.

El 15 de enero de 2015 me capturaron por la muerte de la señora de Chichimene, cuando, por Dios que está en el cielo, jamás tuve nada que ver. Los de la SIJIN cumplieron su amenaza; ese día cogieron a Nikol, a Pelusa y a mí. Pero al otro día nos dejaron en libertad por un mal procedimiento en la captura; salimos, pero me quedé trabajando en el mismo pueblo. El 25 de agosto de 2015 me volvieron a capturar, esta vez por homicidio agravado y concierto para delinquir agravado, por la muerte del muchacho en la cancha.

Me enteré de que los mismos comandantes habían dado orden de asesinar me cuando estábamos en libertad; también me hicieron cuatro atentados.

Es hora de que se sepa la verdad, uno tiene que reconocer los errores que comete, eso lo hace una persona que en verdad está arrepentida de lo que ha hecho y quiere cambiar.

Yo, José Miguel Pardo Castro, estoy arrepentido de corazón de lo que he hecho y le pedí perdón primeramente a mi Dios, segundo a la justicia, tercero a la familia del finado y también a mi familia.

# MI PRIMER GRITO

Labs (seudónimo)



No era la tristeza reflejada en los colores de mi ropa, ni el día oscuro por la inclemencia del invierno; tampoco encontraba pretexto en las gotas saladas que escurrían por mi cara. Era, estoy casi seguro, la serenata de Pastor López que entonó muy en la madrugada para la celebración del 20 de julio. Ahí estaba yo. Me sentí muy frustrado por no poder comprar mi boleta para escuchar su repertorio. Fue la alborada llanera con motivo de la celebración de un año más del grito de independencia que año tras año celebran con gran algarabía, derroche y unión los vecinos de este barrio de la ciudad. Por la música recordé que para una navidad mis padres me regalaron un par de patines. Me adelantaron el detalle y de paso mi alegría como premio al esfuerzo y la dedicación de no perder mi beca escolar por buen rendimiento académico. Allí disfruté y me eduqué para ser una persona de éxito. Distinguí en este colegio a mi sirena encantada, no sin antes haber pasado por los brazos de otras voluptuosas y hermosas mujeres en su etapa de adolescencia.

Transcurría el año de 1989, año en que el Atlético Nacional ganó para Colombia la primera Copa Libertadores de América. Festejábamos y celebrábamos golpeando las alas de las águilas, y las mujeres que nos acompañaban, muy recatadas pero alegres, solo tomaban Pony Malta. En ese entonces era novio de Goyito, amiga entrañable de mi sirenita Bibi. La llamaba así por la ternura que me inspiraba. Fue mucha la impresión y el agrado cuando, al tiempo de estar hablando en los descansos de clase, me enteré de que ella practicaba taekwondo y era cinturón vinotinto. Dicen que es el tercer dan, a un paso muy cercano, para aquellos que practican ese deporte, de llegar a cinturón negro. Yo era futbolista y representaba a mi plantel en los intercolegiados municipales y departamentales, hasta el punto de llegar a pertenecer a la liga de fútbol y de fútbol del Meta. Tuve

dos lesiones y esto hizo que mi frustración fuera mayor por querer y no poder ser un jugador en la profesional.

Tuve encuentros verbales muy fuertes con un vecino de Bibi que también practicaba su deporte. Según él, la cercanía y la crianza de sus familias lo hacían merecedor de tan valioso premio. En ese tiempo, en la ciudad catalogaban al barrio 20 de Julio como una olla, ya que en uno de sus límites se encuentra la penitenciaría. Allí y en sus alrededores se sentía la mata que mata o yerbabuena para muchos. De mi casa a este sitio había tres kilómetros, que con el regreso hacían seis. Por recomendaciones del fisioterapeuta tendría que cambiar de deporte y el que me recomendó y aprobó fue el patinaje. Así lo hice. Lo practicaba en la semana dos veces, y en horas de la noche aprovechaba que Bibi se quedaba sola en su casa, ya que su mamá, su hermana y su hermano trabajaban tan duro en el día que no se sentía su presencia en este lugar.

Ella era mi motivación y mi mayor incentivo para recuperarme. Triste y acongojada me hablaba de la separación de sus padres. Él, un latonero de oficio y *accionista*, al igual y siempre igual que mi padre, del grupo Santo Domingo. Mi padre toda la vida fue conductor. Se conoció con mi suegro de ese entonces en medio de una tarde que se convirtió en madrugada bohemia. Desde ahí, como si el destino enraizara, se hicieron más fuertes las relaciones entre las dos familias hasta el punto que fue mi papá quien le sirvió de edecán a Bibi en la fiesta de quince años, representación que hizo con honores el 11 de noviembre, pues yo me encontraba disfrutando del viaje por mi graduación.

Por esos días y por esos mismos lugares ocurrió el operativo para dar de baja al narco José Gonzalo Rodríguez Gacha. Muy preocupada estuvo ella, porque ese mismo día viajamos de Tolú a Cartagena. A la llegada me desconecté tres días de este mundo porque mi cuerpo no resistió las noches de alcohol, cigarrillos, cánticos en la playa alrededor de una fogata a la orilla del mar y una que otra infidelidad con mis compañeras de curso.

Volví a practicar mi deporte y mis visitas. Seis kilómetros que se hacían más y más adictivos. Llegó la navidad, pasó el año nuevo. Llegó el 31 de enero de 1990, día de mi cumpleaños, y después de deleitarme y saciarme con la crema de ese bizcocho emprendí mi recorrido. Esos tres kilómetros de regreso a casa. Llegó la hora de la verdad, yo tenía que cumplir con un deber de patria. Aunque ella aún no lo ha aceptado, nunca me visitó cuando entré en las filas por mi propia decisión.

Hoy, 20 de julio de 2016, es el cumpleaños de mi patrón. Él es modelo 59 y no he dejado de preguntarme si el agua salada que escurría por mi cara era por la alegría de reencontrarme con mi familia, que nunca ha dejado de visitarme y apoyarme, o si es por la nostalgia que todavía me embarga después de haber escuchado “El ausente” en la alborada llanera, tema inédito de Pastor López. Es la hora que no he podido encontrar claridad a mis inquietudes. Sin embargo, sigo patinando sin mis patines y solo me separan trescientos metros de distancia, dos mallas, un muro, y en él una garita, para llegar al sitio donde en épocas anteriores di mi primer grito de independencia al lado de mi sirena encantada.



# NORTE DE SANTANDER

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE CÚCUTA



JOHANNA ROZO  
DIRECTORA DE TALLER



# TRAYECTO

Adriana Martínez



4:30 a. m. Me despierta el sonido fuerte de una fuga de agua en un inodoro, solo me volteo y pongo mi almohada sobre la cabeza, y sigo durmiendo. A veces sueño cosas tan simples, pero otras hablo con Dios para darle las gracias por un nuevo día.

5:30 a. m. Abro mis ojos a la espera de que mi compañera entre al baño para que se desocupe primero, mientras arreglo mi cara y me perfumo. Alisto mis cosas para bañarme en el patio; cuando termino mis quehaceres voy por última vez al baño y me preparo para la segunda fase.

6:00 a. m. Abren las celdas, rápidamente saco mis cosas de allí y si puedo parto al baño para ducharme, después de una contada por parte de la guardia.

6:20 a. m. Tomo mis jabones y lo que más pueda llevar al baño; me encanta bañarme con muchos productos para dejar mi piel tersa y suave, y qué rico chapuzón de agua. Eso sí, le doy tantas gracias a Dios por esa agua tan bendita que recorre mi cuerpo y enfría mis neuronas para mantenerme fresca todo el día; y por último, mis masajes corporales para un buen estímulo sanguíneo.

6:40 a. m. Sigo insistiendo en mis productos, alisto mi balde con mis perfumes, talcos y cremas. Y me aplico todo para que mi cuerpo se vea y se sienta agradable. Me visto y salgo inmediatamente a recibir mi desayuno.

7:00 a. m. Continúo con mi arreglo personal, cremas y más cremas en mi rostro para protegerme del sol y de las diminutas moléculas de mugre que recibe durante el día. Me encanta maquillarme los ojos y verme en el espejo, en el cual se reflejan mis ganas de mostrar lo agradable y hermoso que la vida nos ofrece, sin importar dónde nos encontramos y con quién estamos.

7:30 a. m. A través del sonido de las llaves tocando los tubos, sabemos que hay que alistarse para la siguiente formación y recibir la nueva guardia de turno; en este momento camino con lo poco que me haga falta, arreglo mi bolso y ordeno todo esperando lo más anhelado del día, la llamada de mi familia. Seis minutos de agradecimiento por escuchar la voz de mi mamá. Si tengo suerte, alcanzo dos o tres llamadas antes de que griten: ¡talleres-estudio-monitoras!

8:30 a. m. Llego a la biblioteca, descargo mis libros y alisto rápidamente todo lo de clase, me encuentro con caras de felicidad, pero también con unas de amargura.

11:00 a. m. Todas, en su afán de ir a almorzar o quizás algunas a llamar, piden que por favor las suban ya; me tomo un descanso de mis clases para ir a almorzar.

11:15 a. m. No siempre es este horario, pero casi siempre tomamos el almuerzo a esa hora, nunca se sabe si será rico el alimento o desagradable, pero no me importa, no me gusta molestar, tomo lo que puedo y que no falte el jugo.

11:40 a. m. Volvemos a la biblioteca, nos arreglamos y aunque tengo sueño adelanto mis trabajos en el computador. Con mi práctica y mi rapidez termino rápido y voy corriendo al taller de foami, donde realizo mis trabajos de manualidades.

3:00 p. m. Grita la seño: ¡Herramientas! Alisto todo, como siempre de afán, y hago aseo, dejo todo arreglado para el siguiente día. Salgo corriendo a la torre para coger turno para bañarme, hace calor. Y como buen soldado, me aseo nuevamente en pocos minutos y luego espero llamada de mi familia.

3:30 p. m. Rin-rin suena el teléfono. Es mi hijo o mi mamá, hablo seis minutos mientras tocan la campana y la guardia grita: “¡señoras, la contada!”. Y todas decimos “por fin”, y nos encerramos a descansar o a seguir trabajando. A asear, lavar, arreglar la ropa; esperamos que llegue la hora de la novela a las 6:00 p. m.

6:00 p. m. Qué rico relax en mi casa, qué digo, en mi cama. Tres almohadas y un buen plato de comida mientras veo *Paquita la del barrio*, hasta que lleguen las noticias. Me cepillo los dientes y a las 8:00 p. m. a dormir. Dios, gracias a Dios por mí, y le agradezco por mi familia.

# MI LLANERITA

Carmen Cecilia Coy Camacho



Soledad en mis ojos como nieve en mi cabello  
como rosas lo conservo, aunque tenga espinas no lastiman.  
En senderos olvidados de mi llano que anhelo  
donde cantan los turpiales y viven las garzas en el estero.  
Con el resplandor del sol en un atardecer llanero,  
el cielo azul como el amor que con una sonrisa dice te quiero  
Pienso en este momento feliz cantando a mis años  
en medio de la melodía del viento.  
También un día escuché un te quiero  
por eso dicen que soy un llanero  
canto con el alma a la mujer que quiero  
con el cuatro y el arpa brotan las palabras.  
Para mi linda llanera las aves cantan y le dicen  
que la llevarán a mi nido que está en el estero  
y la domarán con las garzas y los polluelos.  
En los árboles donde yo te espero para amarte  
y decirte cómo termina la historia al lado de un llanero.

# MI VIEJO AMOR

Carlos Mario (seudónimo)



Estaba pensando en los parques de Bucaramanga, cuando llegó y me dijo: amor, hoy es un día bacano para caminar, pero como era de día tenía que caminar suave; ya la policía me andaba buscando. Ella me abrazó y me dijo vámonos, ya la policía viene; me decía llorando que no me quería perder.

—Si te vas a la cárcel me quedo sola.

Las sirenas de la patrulla estaban detrás del carro, la miraba a ella y se me caían las lágrimas.

—No llores, que si te agarran, no te haré sufrir. —Vi una moto patrulla alrededor del carro, tuvimos que detenernos. Me bajaron y me esposaron. Mientras ella lloraba, se arrodillaba y les suplicaba que no me llevaran, los policías la empujaban. Le dije que se fuera, que no quería ver que la maltrataran.

Cuando llegué a la fiscalía me imputaron cargos por estupefacientes o, lo que es lo mismo, venta de marihuana; me dolía el alma pensar que mañana sería el cumpleaños de ella. Salí al otro día en la mañana, un 29 de enero.

Me dieron condena provisional a treinta y dos meses. Como salí un viernes, nos fuimos de rumba. En la discoteca me encontré con un amigo; lo conocí cuando entré a la comunidad LGTBI; a Verónica no le caía bien, porque era “trans”, una mujer que hacía el papel de hombre. Verónica dice que él me ayudaba a conseguir mujeres; en ese momento se me acercó una señora a hablarme. Verónica me dio una cachetada sin dejarme decir nada. La señora me dijo que yo no tenía novia, sino una loca, a mí solo me dio risa. Me hizo un show de celos y tuvimos que irnos. Salimos a discutir al parque. Le pregunté que por qué hacía eso, ella me recordó que era mi mujer. Duró con rabia muchos días.

Una noche se fue la luz, ella estaba sola en la habitación y yo afuera. Me sonó el celular y Verónica escuchó la voz de una mujer, se salió a la

puerta del hotel donde vivíamos. Un habitante de calle le preguntó por Carlos Mario; como yo vendía marihuana, todos los habitantes de calle me conocían.

Antes de caer en la cárcel yo trabajaba en una ONG en Bucaramanga, pero el sueldo no daba para mantenernos y me puse a vender marihuana a escondidas de mis superiores. Antes, esa misma ONG me había metido en una clínica de desintoxicación, Verónica en esa época era trabajadora sexual.

Una noche un señor se me acercó y me dijo:

—Oye, Carlos Mario, por qué no me dejas esa muchacha con la que vives.

—No, señor —le dije. A veces volvía a preguntarla.

Le pregunté a Verónica si me amaba o si era trabajo. No me respondió, y yo pensaba en separarme de ella. Me decía:

—No te siento igual, Carlos Mario.

—No te preocupes —le decía yo—, es porque estoy trabado, pero nos acostábamos y me abrazaba y yo seguía indiferente.

Al otro día le dije que no quería vivir con ella, me reprochó que fuera yo solo el que tomara las decisiones de la relación. Cedí y seguimos como si nada. Íbamos al cine, a caminar, a mirar vitrinas. Una tarde en un almacén de cadena me encontré con un viejo amor, Verónica no sabía nada de ella. Conversamos y me pidió el favor de ayudarle a sacar la cédula. Y quedamos de vernos el lunes. En la casa, Verónica me preguntó por Adriana; le mentí; le dije que era una habitante de calle a la que le vendí marihuana.

Empecé de nuevo a salir con Adriana y a darle mala vida a Verónica. Ya cumplía cinco meses con Adriana, pero con ella era sobre todo sexo. Estaba perdiendo la cabeza, cuando estaba con Verónica veía a Adriana, solo pensaba en ella. Cerraba los ojos y los abría para que su imagen se fuera.

Verónica lo sabía. Decidí dejar a Adriana, pero no era fácil. Le dije a Verónica que no la volvería a ver, pero ella no me creyó.

—Siempre me dices lo mismo —afirmó—. Por algún motivo siempre te ves con ella, ella es la culpable de que nuestro amor muera.

Cerré las puertas de mi corazón totalmente a Adriana, pero me costó mucho, le decía a mi corazón que no la llamara. Discutía de vez en cuando con Verónica, pero la relación iba mucho mejor, había días felices.

Como todo iba bien, nos fuimos de vacaciones a donde mi mamá, en Barranquilla. Allí volvimos a sentir el mismo amor; estuvimos dos meses y frente al mar fuimos felices.

# ALEJANDRA

Liliana Monsalve Dávila



Alejandra se encontraba caminando, tratando de ganarle al tiempo para realizar su entrega a la justicia y remediar de alguna forma todo lo ocurrido. El tiempo se adelantó a todos sus pensamientos y Alejandra fue sorprendida.

En el momento de la captura, se sintió traicionada, “siento la injusticia”, se repetía. Nada ocurrió como su defensor lo había pronosticado.

Ese día quiso detener el tiempo, o mejor retrocederlo para poder concluir los asuntos pendientes, despedirse, abrazar, recomendar a las personas que más amaba con alguien que los cuidara. Sola ese día fue sorprendente cómo recordó todos los momentos que desperdició para resolver sus problemas, sin lograrlo.

El miedo y la incertidumbre la golpeaban cuando se acercaba a la entrada de ese lugar feo. El miedo la invadió, pero en el fondo la fe era lo único que la sostenía. En el momento de la audiencia, Alejandra se enfrentó con la realidad que trató de evitar; allí, esperando la sentencia, supo lo que era la traición, y se aferró a Dios, que era el único que sabía el porqué de sus fallas.

Ella enfrentó el juicio, comprendió también que aún estaba en peligro y que tal vez la matarían. La odiaban, ella lo sabía. Pero había una ironía; allí estaba protegida. En esas circunstancias podía comprender que era mejor llevar su propia carga encerrada y aferrada a Dios.



# LA TORMENTA DE LA SEPARACIÓN

Maribel Suárez



Wladi y Mafer se habían conocido desde niños y siempre vislumbraban la esperanza de ser el uno para el otro, cuando ambos llegaron a la edad de poder decidir el rumbo de sus vidas y lograr el mayor de sus sueños, “estar juntos”.

Después de un tiempo de novios, decidieron unirse en matrimonio ante Dios, para prometerse estar juntos en las buenas y en las malas.

La decisión que tomaron fortalecía la relación y los sueños parece que se cumplían día a día. Después de un tiempo de casados empezaron a aparecer momentos difíciles que tenían que enfrentar. Uno de los problemas era el económico; sin darse cuenta, se vieron involucrados con personas que les prestaron dinero y luego terminaron sofocándolos, cobrándoles.

Iniciaron con las deudas porque Wladi trataba de complacer todos los gustos y exigencias de Mafer, y como la amaba, le parecía que era fácil comprarle todo lo que pedía.

Mafer, que también lo amaba, empezó a notar la preocupación de su esposo y entendió que parte de la culpa era de ella, nunca hizo nada por controlar el derroche. Ella, sin que Wladi se diera cuenta y queriendo ayudarlo, cometió un error. Aceptó la propuesta de alguien para obtener dinero rápido y fácil. Inventó un viaje para visitar un familiar argumentando que no la veía hacía mucho tiempo.

A Wladi le pareció que ese viaje sería lo mejor; con su esposa afuera, él tendría tiempo de solventar un poco los gastos que su mujer le había ocasionado.

Llegó el día del viaje de Mafer, se despidió cariñosa con un beso y un abrazo, mostrando su amor le decía: “No olvides que te amo con todas las fuerzas de mi corazón”.

Esas palabras quedaron retumbando en el corazón de Wladí. Esa misma tarde, cuando él estaba en casa, una llamada irrumpió en el silencio. Al otro lado del teléfono una voz le preguntó:

—¿Usted es el esposo de la señora Mafer?

—Claro, soy yo —contestó—. ¿Le pasó algo a mi princesa?

—Su princesa está detenida —sentenció la voz.

Wladí dijo:

—No puede ser, es un error, ella salió esta mañana de viaje a visitar a la familia.

El hombre contestó:

—Posiblemente sí, pero se quedó en el viaje.

Tomó su auto y llegó al lugar donde ella estaba. Al verla allí, sin fuerzas de tanto llorar, se echó a sus brazos; su amor estaba allí latente, prometiéndole que no la abandonaría. Ella solo quería ayudar a su esposo a salir de deudas.

Mafer era consciente de lo que estaba pasando, sabía que ahora todo sería más difícil, estarían separados físicamente. Wladí no aceptaba la idea de irse y dejarla allí sola; tanta era su angustia, que propuso que lo dejaran a él y no a ella, pero nadie escuchó su propuesta.

Decidieron el tiempo que Mafer tenía que estar encerrada lejos de su hogar. Aunque era mucho tiempo, sabían que debían estar juntos para superar esta prueba. En la casa había quedado un vacío que ninguna otra persona podía ocupar, Wladí la extrañaba en todo momento. Su consuelo era verla a través de sus recuerdos y de las fotos, la visitaba cada semana; ella lo esperaba ansiosa y él la veía cada día más hermosa.

Wladí pudo salir de deudas. Mafer obtuvo beneficios haciendo esfuerzos; se iba acortando el tiempo. Cuando llegó el momento de dejar el lugar que le había enseñado tanto, entendió que no se pueden hacer cosas en contra de la ley en nombre del ser amado.

Cuando Mafer salió, allí estaba Wladí; ella lo vio como un príncipe azul. Él la esperaba con rosas y un letrero que decía: “Te amé, te amo y te amaré por siempre”.

Ella sabía que quedaba atrás, no solo un lugar que la había distanciado físicamente de su gran amor, sino una escuela que le enseñó a vivir un día a la vez; a pesar de todo, siempre esperó en Dios en que el día de su libertad llegaría.

Juntos regresaron a casa. ¡Oh, Dios, qué hermoso es estar al lado del ser que se ama! Dios bendiga las almas unidas.

# SANTANDER

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE GIRÓN



HUGO ARMANDO ARCINIEGAS  
DIRECTOR DE TALLER



# RENCOR A FONDO BLANCO

Andrés Felipe Hernández León



Parecía que todo había vuelto a la normalidad tras una tarde de lluvia, pero apareció Isidro en su caballo blanco con una extraña prisa. Marina, quien llevaba poco tiempo en la cantina, recogía unas botellas vacías, sin percatarse aún de la presencia de aquel hombre. Al fin, el espectro de su sombra fue tal que nadie pudo ignorarlo. Inclínó su sombrero en forma de saludo, tomó una silla, se ubicó en un rincón de la cantina e hizo señas de que le trajeran una cerveza. En su cintura brillaba un revólver...

La patrona, en cuanto Marina la llamó, extrañada por la presencia del desconocido, acudió a atenderlo. Él, sin preámbulo alguno y sin que nadie se lo pidiera, rompió la incertidumbre: “Estaba dormido cuando, ya de madrugada, me despertó con un solo golpe de la puerta”. Aquello de lo que hablaba era de la forma en que, una noche antes, su hermano había abierto la puerta de su casa y, sin darle tiempo de reaccionar, se le puso en frente. Estaba completamente empapado. Su camisa, rasgada como si hubiera rodado por un peñasco, y traía un tiro en la pierna, untado de una mezcla de sangre, hierba y tierra. Mientras Isidro lo tomaba por su brazo para recostarlo, el hermano comenzó a relatarle lo sucedido. “Fue mientras estaba con la niña”.

Le contó que todo había pasado estando con su hija en la casa que, días antes, habían arrendado en Piedecuesta, una vez terminó de darle su dulce de leche con panela, que él mismo había preparado con el único objetivo de que su niña no se sintiera amedrentada por los hombres que, armados, lo amenazaban: “A ver si después de esto usted y su hermanito siguen ayudando a los rojos”.

El viaje que había emprendido lejos de su hermano, y solo con su hija pequeña, no había servido de nada aquella tarde en que varios hombres, con sus bestias, se posaron frente a la casa y, de forma salvaje, descargaron

sus revólveres sin mediar palabra, y dejaron atrás apenas el polvo que levantaron sus bestias y el humo de la pólvora.

El hermano de Isidro le continuó contando cómo, al reaccionar al fin a los estrépitos, herido como estaba, notó que a su hija también la había alcanzado una bala en el pecho. En ese momento solo aquel hombre podría dimensionar la tragedia que le impedía lamentarse de su propio dolor. ¿Por qué lo hicieron? Isidro solo sabía que quería hacer justicia por sus propias manos. El rencor lo invadía como la rabia con que mordía sus labios.

Marina, quien por la disciplina de la vida forjó un bello cuerpo y por naturaleza era hermosa, oía cautelosamente lo que Isidro, con la mirada perdida, relataba. Y mientras pronunciaba cada palabra, ella se sumergía en su pasado, cuya infancia la decoraban las melodías que entonaban las descargas de fusil, cada vez que su madre, desesperada, gritaba para que les hicieran daño los mismos villanos del relato de Isidro.

Recordó también cómo supuestos hombres del Gobierno decidieron echar a su familia y a algunos vecinos, con el pretexto de que aquellas tierras pertenecían a un nuevo proyecto agrario del país. Después de lo cual Marina había emprendido su vida sola, y había llegado así, tras muchos y diferentes trabajos, a la cantina. Oyendo a Isidro, no soportó más y, retorciendo el trapito con el que fregaba las mesas, exclamó: “Todos los martes, a las ocho de la mañana, un viejo canoso y barrigón llega con su palillo en la boca, imponiéndose que dizque porque lidera un par de embotados del Gobierno”.

Isidro la miró con un poco de gracia, como si ya hubieran hablado antes. Comprendió lo que le quiso decir, pero a pesar de eso la ignoró. Marina continuó diciendo: “Pienso que la última vez que vino, tal vez pretendía aliviar con licor lo que había hecho...”. La patrona, tras un momento de silencio, le gritó: “¡No conseguirás ni una moneda de propina de esta manera, estúpida!”.

Isidro puso entonces un billete sobre la mesa. Terminó su cerveza a fondo blanco y, de un golpe, puso la botella vacía sobre el billete. “La propina es suya, gracias”, dijo viendo a Marina, justo antes de levantarse e irse. Pasaron entonces ocho días, y el reloj marcó, a su turno, las ocho de la mañana. Un viejo tal y como lo había descrito Marina se acomodó, con malicia, un palillo en la boca y gritó: “Es que no me van a atender o qué”. Marina y su patrona presenciaron cómo el ambiente se volvió amargo, aun cuando la lluvia había cesado y el sol brillaba. Marina reaccionó y le sirvió un café.

Marina contó apenas tres sorbos de café que dio el viejo cuando, de repente, apareció Isidro. Desde el marco del portón, el sol reflejaba el brillo del revólver que le había dejado su hermano. Le apuntó desde allí y, acercándosele poco a poco, le detonó tiro a tiro mientras oía quejido tras quejido. Ya junto a él, lo tomó del pelo cano, le levantó la cabeza, le puso un emblema del partido liberal y lo soltó sobre la mesa. “Vamos, Marina”, fueron las últimas palabras que pronunció aquella mañana. Ella, sin pensarlo, se soltó el delantal y lo tiró a la misma mesa donde quedó el cadáver del viejo. Salieron juntos de la cantina y, tras cruzar el portón, solo se oía el eco del trote del caballo.

# SOLEDAD

Alonso Morales (seudónimo)



Esta soledad que calla,  
esta soledad perdida,  
pero también esta soledad que mata  
tiene mi alma al borde de la nostalgia,  
y ya casi ni canta ni suspira...

Soledad: tengo miedo a perderte,  
al mismo tiempo tengo miedo  
a que te quedes en mí para siempre,  
y que no me des la oportunidad  
de tener a alguien más que a ti.

Soledad: ya me enseñaste el camino  
y he aprendido la lección.  
Deja que mi agónica tristeza se marche  
y mi anhelante pasión encuentre  
un nuevo amor, un nuevo corazón.

Soledad: siempre serás un gran recuerdo  
y el péndulo de mi mente así lo recordará;  
por ello quiero dejarte un gran pétalo  
de rosas, porque yo partiré  
hacia un nuevo mundo, donde quiero regar  
las más hermosas flores de la rosaeda.

Soledad: oh, soledad causada  
por este encierro embrutecido



donde los pensamientos, el alma y el corazón  
del hombre se arrodillan, se magullan,  
pero jamás se quebrantan.

Soledad: creíste estar convencida  
por todo aquello vivido, quisiste cambiar  
mi vida y enturbiar mi camino,  
donde las almas de Dios  
eligen siempre un destino...  
destino que trazaré enmarcando tu olvido.

Soledad: hoy me despido de ti  
aunque no lo sepas todavía.  
Fuiste mi fiel compañía por años,  
meses y días, pero... pero te digo adiós  
y con esta sutil despedida,  
me alejo de ti y de tan cruel melancolía.

# EL ÑATO Y EL HOMBRE DE NEGRO

Libardo Chinchillá Durán



¡Noche negra y espantosa!

Campechino y jornalero, el Ñato vivía entonces en una finca de la Sierra Nevada. En un día cualquiera, tomó la decisión de desplazarse a la finca de su patrón, el Indio, la cual quedaba muy lejos. Tenía que llegar a trabajar. Ya caía la noche. De camino pasó por la finca de su compadre Julio. Compartieron un buen tinto. Eran casi las siete de la noche.

—Compadre, ha llegado la hora de partir —dijo el Ñato— El viaje es largo.

—Compadre Ñato, eso no se vaya —respondió Julio—. Ya es tarde la noche.

—Es un compromiso —replicó el Ñato—. Tengo que limpiar un cultivo de coca.

—Mire, compadre, vea que se lo digo yo. Ese camino es largo y cufebrero...

—Promesa es promesa. Me acompañan la luna y esta luz —respondió, enseñándole su linterna.

Entonces se despidieron. El Ñato comenzó su travesía. Pasada la medianoche, agotado, la ropa llena de sudor, llegó a cierto lugar donde había un rancho, abandonado hacía tiempo por la violencia. Tan agotado como estaba, tomó la decisión de amanecer en ese lugar. La luna brillaba por su ausencia. La noche se tornó oscura y fría.

Estando dentro del rancho, el Ñato miró hacia arriba y vio un zarzo y una escalera que conducían a la parte alta. Subió la escalera y, poniendo su bolso como cabecera, se acostó y comenzó a meditar en su viaje. Media hora más tarde, se oyó un disparo en la montaña, cerca de ese lugar. Se

oían también ladridos de perro. Oyendo esto, el Ñato exclamó en tono burlón, recordando una vieja leyenda de su pueblo en la que jamás creyó del todo: “¿Me guarda las tripas?”

Una hora más tarde, cuando comenzaba a concebir el sueño, sintió cómo un recio viento estremeció el rancho. Oyó también más aullidos de perro, pero esta vez dentro del rancho. Justo después vio la sombra muy alta de un hombre, el sombrero aún más grande, que prendía fuego sobre la parrilla. Mientras las ollas rechinaban, se detuvo este hombre a afilar un cuchillo. A pesar del resplandor de la cocina, el Ñato no veía bien aquella sombra.

De un momento a otro, se oyó una voz aguda, escalofriante y penetrante:

—Venga por las tripas, que ya están.

Como el Ñato no respondió, el hombre llamó por segunda vez.

—Ñato, que venga que por las tripas que encargó.

Un escalofrío invadía el cuerpo del Ñato. Sentía cómo se le paralizaba poco a poco el corazón. En ese momento, oyó la voz justo bajo la escalera, que decía:

—O baja por las tripas o se las llevo a su cama.

—¡No quiero! ¡No quiero nada! —respondió al fin el Ñato, temblando.

El hombre de negro comenzó a subir por la escalera, con gran estruendo. El Ñato, al verlo, se levantó de golpe, rompió el pajar del techo y saltó a tierra. Corriendo, salió despavorido y asustado. A gran velocidad, se volvió por un momento y enfocó aquella sombra con la linterna, pero esta, en seguida, se quemó y desapareció. Justo antes, alcanzó a ver cómo el hombre de desplazaba por el aire, no pisaba tierra.

La noche se le hacía más y más negra, y sacó fuerzas para correr. Al llegar a un gran río caudaloso, se lanzó a las aguas y nadó, como pudo, hasta la otra orilla. Al llegar, cansado, se tendió al fin sobre la orilla. Volteó a ver hacia atrás, mas no vio a nadie. Sentía cómo su alma, poco a poco, volvía a su cuerpo.

En ese momento, desde la otra orilla, se oyó una gran voz:

—Agradezca, Ñato, que cruzó el río.

—Agradezca que corrí —respondió el Ñato.

El Ñato regresó a su casa y, por mucho tiempo, contó la historia del hombre y de aquello que, según él, descubrió: el hombre no podía atravesar el río. La gente de aquella región aún comenta que, después de medianoche, se oyen disparos y aullidos de perro en las montañas.

# TU AUSENCIA

O. R. M. M. (seudónimo)



Cuando pienso en ti, el dolor regresa y me aplasta como hacen los niños con las hormigas: me haces migas. Tu ausencia es mi castigo, y aunque sé que no puedo encontrarte, recorro día y noche el laberinto de mi mente, que es la puerta a mi interior, y adentro, en lo más profundo de mi corazón, el deseo de verte crece y crece como un tumor.

Tu ausencia marea el ritmo de mis horas de insomnio. He olvidado hasta mi nombre, pero no he olvidado cada cosa que se relaciona contigo. Este es mi castigo que se convierte en mi muerte, que me desgasta lentamente, y no quisiera morir sin ver tus ojos y quedarme allí, para ver la vida, aunque sea corta, por horas infinitas sabiendo que tu ausencia es mi único pecado y mi mayor condena.

Tu ausencia es un beso invisible que se extingue en la oscuridad, en medio del frío de los barros que me rodean. Tus caricias se han ido con el pasar de las nubes, y tus palabras se apagan al esperar que alguien presione el interruptor; pero queda el dolor de tu ausencia que se ha convertido en mi perro fiel, el guardián implacable de mis días y mis noches en esta cárcel atroz, en esta celda a la que estoy confinado, donde no se escucha tu voz: solo el eco de tu ausencia.

# ENTRE SOMBRAS Y SILENCIOS

Whadith Méndez



*Desde mi trabajo rutinario en la prisión,  
una fría noche, mientras un registro hacía yo,  
asombrado y atónito se quedó mi corazón,  
cuando escuché un reo hablando con su dios.*

Oye tú, viento del oriente,  
que a los presos traes buenas noticias,  
por favor, sé un propicio aliciente  
a este indeciso corazón, lleno de pericias.

Y si algún día paseas por donde mi amada,  
y la oyes murmurar algo sobre mí,  
vuélvete donde estoy y sé cuál hada,  
y concédeme el deseo de vivir, el cual hoy no sentí.

Que yo esta noche me arropo con tu manto;  
yo que en las penumbras y en los peldaños  
de mi alma llevo tus huellas,  
te envío en este momento, con mi queja,  
un triste canto. Máxime, que de testigo  
tengo estas intermitentes estrellas.

Y cuando pasees por encima de tu inmensa gloria,  
piensa un poquito en lo nimio que soy,  
pues este panóptico está acabando mi historia,  
pues no diferencio lo real de lo ilusorio el día de hoy.

Sé que nunca has estado preso y envidio tu libertad.  
 Salir de esta lóbrega prisión es mi deseo.  
 Por favor, lleva al creador mi queja, y ojalá tenga piedad.  
*Le decía esto al viento, con lágrimas en los ojos, el reo.*

*Con pasos sigilosos me paré enfrente de la celda del interno,  
 En el ambiente arreciaba un tenaz aguacero,  
 y él, con más ahínco pedía, a cual genio, su último deseo.  
 No notó mi presencia, pues oculté mi silueta  
 detrás de los barrotes de acero.*

*De momento, en un cambio brusco, miró hacia la naturaleza,  
 y dijo él... ¿has estado presa algún día tras las rejas?  
 ¿Has estado sumida en el dolor, sin que haya alivio a tu queja?  
 ¿O has perdido tus seres queridos, quedándote solo dolor y tristeza?  
 Dime algo, y no te quedes callada, cual onagro de las malezas,  
 ¿o ya te olvidaste de la promesa que le hiciste al creador?  
 Promesa de proveerme de todos los bienes de tu natura,  
 y en cambio de ello he recibido apenas soledad y tristeza,  
 que cada día aumentan con más y más amargura.*

Has algo tú, hermanita Natura,  
 habla con tus hermanos, los luceros.  
 Ojalá se dignen y alivien mi amargura,  
 y que su ayuda descienda  
 en cada gota de este tenaz aguacero.

Oye tú, sí, tú, lucero de luz  
 diáfana, nítida y bella,  
 que tu luz ilumine mi penumbra, eso espero,  
 y perdona que interrumpa tu eterna  
 luna de miel con las estrellas.

Guarda, pues, mis palabras, y recíbelas como un manojo,  
 que te ofrezco de mis horas más sombrías;  
 guárdalo bien y ayuda a este que es un despojo  
 del edén de mis profundas melancolías.

*Mientras escuchaba todo esto  
mi cuerpo se quedó inmóvil cual colibrí aleteando en el viento.  
No tenía noción del tiempo invertido en esto,  
pero solo escuché palabras de dolor, tristeza y sufrimiento.  
Por un instante se silenció el viento,  
la naturaleza ni se inmutó.  
Y aquel juguetón y diáfano lucero se opacó.  
Y detrás de una pequeñita nube,  
aquel juguetón y sonriente lucero... no rio,  
como cuando el calor del hielo consume,  
este no aguantó más y lloró.*

*Y como el gesto de aquel nítido lucero,  
mi cuerpo se diluyó, como la lluvia en la tierra seca.  
Me reincorporé y seguí mi sendero,  
Mientras la lluvia hacía en el aire una linda fiesta.*

*Seguí sombreando un retrato de alguien,  
pero lo hacía más por costumbre que por gusto...  
Mi mente seguía abatida por ese quién,  
y mi alma se llenaba de un pequeño susto.*

*¿Qué es lo que pasa?  
Le decía mi cuerpo a mi mente y alma,  
¿a qué hora se me quitará esta borrasca  
que le ha quitado a mi turno la calma?  
¿Acaso me siento culpable por el reo,  
por no preguntarle qué tenía?  
Y si voy a su celda, y nuevamente lo veo,  
¿será que, si le hablo, le devuelvo la alegría?*

*Posterior a ello, me dirigí a la celda 74.  
Todo yacía en completa calma y silencio.  
Me di cuenta de que a la misma hora  
de la mañana vería el mismo teatro,  
pues la vida de un reo anda  
entre sombras y silencios.*





# TOLIMA

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE IBAGUÉ (PICALEÑA)



FABIÁN SIERRA  
DIRECTOR DE TALLER



# LA JAULA

Cristian Andrés Hernández



La estructura metálica formaba parte ya de las zonas más profundas del pequeño que la habitaba. Era todo su mundo desde que lo atraparon siendo solo un pequeño canario. La jaula estaba ubicada junto a la venta que daba vista a la pista de aterrizaje del aeropuerto. Toda su vida la había gastado en ver a los pilotos besando las nubes. Bajaban de sus aviones, con sus trajes elegantes y enormes lentes oscuros. Eran hombres impecables y bien formados que, generalmente, caminaban orbitados por dos o tres aeromozas igualmente despampanantes. Era imposible que el pequeño canario no sintiera el imperioso deseo de escapar de su jaula y vivir como esos hombres. Su oportunidad llegó un día: un ligero descuido con la puerta al cambiar el agua de su jaula. De salto en salto avanzó hacia su sueño, llegó al congestionado aeropuerto y en un acto de coraje se coló en una cabina de pilotaje. Se proponía volar un avión y cumplir el sueño de su alma surcando los aires. El piloto entró a la cabina malhumorado y al ver revolotear el ave sobre los comandos, la aplastó de un palmetazo. Luego la recogió y le pidió a una aeromoza que la tirara fuera del aeropuerto. Moribundo, extendido sobre la calle, vio a dos como él aterrizar justo a su lado.

—¿Cómo es que pueden volar? —preguntó el canario en medio de su agonía.

—Porque tenemos alas, idiota —respondió uno de ellos.

—He vivido en una jaula junto a este aeropuerto, es la primera vez que veo a otros como yo.

—Y creo que será la última —respondió el otro canario—. Por cierto, si te mueres y vas al cielo, procura mantenerte lejos de los aviones. No sé mucho de ángeles, pero sí sé que una turbina de avión puede mandarte al infierno.

# RÉQUIEM DE NAVIDAD

Eduin Yovany Correa



## I

Como era habitual, se encontraba don David sentado en aquel banco de madera tan viejo como él luciendo sus condecoraciones de batalla, su traje pulcro como si esperara al mismísimo presidente. Tenía un cigarrillo en la mano derecha, estaba apagado y jugaba con el pasándolo entre los dedos. Era el mismo cigarrillo que tenía desde que prometió por el alma de su esposa que lo dejaría. Su mirada reflejaba una tristeza mayor a la acostumbrada, como quien espera que la muerte le alegre el día. Fue hasta el parque y puso su pie sobre la caja del embolador.

—¿Le sucede algo, don David? Lo noto pensativo —preguntó el embolador—. Supongo que como es Navidad a un hombre de su edad le llegan muchos recuerdos.

—Como si vivieras en mi mente, Jaime, y sí, me recuerdan algo estos días decembrinos. Esta soledad, sobre todo.

—¿Pero no me había contado usted que tiene dos hijos?

—¿Hijos, Jaime? Hoy ya no sé si tengo hijos.

—Noto tristeza en su voz —replicó Jaime.

—Solo me llaman una vez al mes, siempre con afanes, y ya hace nueve años que no los veo y el tiempo me ha pasado por encima.

—Válgame Dios, don David. Me perdonará, pero recogemos lo que sembramos.

—¡No en mi caso! —gritó don David—. Les di todo lo que podía darles. Me deben lo que son hoy.

—Qué pena, don David, solo decía. Por otro lado, veo que es verdad lo que cuentan: a la familia ya no la reúne la alegría de la Navidad, más fácil la tristeza de un velorio.

En ese momento los ojos de don David se abrieron por completo. Luego se inclinó sobre el embolador y le besó la frente.

—Tienes razón, tienes mucha razón, amigo Jaime.

—¿Yo?, ¿yo qué dije? —respondió el embolador.

—Ya verás lo que has dicho Jaime, ya lo verás...

## II

En aquella oficina de Madrid en España sonó el teléfono:

—Buenas tardes, ¿con quién tengo el gusto de hablar? ¿Es usted César Aristizábal?

—Con él habla. Dígame en qué puedo ayudarlo.

—Bueno, don César, le hablo de Colombia y lamento decirle que no tengo buenas noticias.

—¿Qué ha pasado? ¿Se trata de mi padre?

—Verá, don Cesar, su padre y yo éramos muy buenos amigos, aunque usted no me conoce.

—¿Cómo que “eran”? ¿Le pasó algo a él? —dijo César angustiado.

—Eh... Cómo le dijera... Su papá me pidió que si algo llegara a pasarle me comunicara con usted y su hermana Leonor. Por eso me dio su número y por eso lo estoy llamando.

—¿Eso quiere decir que le pasó algo?

—Sí, don Cesar: él enfermó el viernes y no pudo resistir la cirugía que le practicaron el lunes. Quise llamarlo antes, pero usted sabe cómo son las comunicaciones en este pueblo. Yo soy un simple embolador y no tengo para andar llamando a larga distancia.

—¿Me dice usted que mi padre ha muerto? —preguntó el hijo con voz entrecortada.

—Lamento darle esta noticia, don César.

El silencio se apoderó de la conversación por un segundo hasta que el llanto emanó desde el corazón de Cesar.

—Pero si hablé hace ocho días con él y no dijo nada de estar enfermo —dijo más para sí mismo que para su interlocutor.

—Es que él no quería preocuparlos a usted y a su hermana. Él sabía que ustedes son personas muy ocupadas, que trabajan mucho y que tienen que encargarse de sus hogares.

—Cómo no me di cuenta de que su salud estaba mal.

—Don César, para decirle que las exequias se llevarán a cabo mañana a las 10:30 de la mañana en el cementerio central y será cremado como él quiso en vida.

—Avisaré a mi hermana, la pobre no lo resistirá. Además, es muy pronto, con suerte lograremos llegar al final del día. ¿Puedo comunicarme con usted cuando lleguemos al pueblo?

—Claro que sí, don César. Por favor anote mi número. Y nuevamente mi más sentido pésame. Su padre fue un gran ser.

### III

En el camino hacia el cementerio todo fue reproche entre los hermanos por no haber compartido más tiempo con su padre. Recordaron al viejo y su voz de militar, esa forma de expresar su cariño con frases fuertes que en el fondo estaban cargadas de amor, pero que él disfrazaba cómicamente detrás un “hagan esto o hagan aquello par de güevoncitos”. Así había sido su padre, aunque los años que pasaron sin verlo hacían tan borrosos los recuerdos que llegaron a dudarle un momento.

—Ese debe ser don Jaime —dijo César desde el taxi.

—Seguramente: es el único que tiene un cofre entre sus manos —dijo Leonor.

—¿Don Jaime? —preguntó Cesar.

—Sí, qué mal momento este para conocernos.

—Tiene usted razón.

—Alguna vez me dijo don David que quería que sus cenizas estuvieran en casa, al lado de las de su esposa.

—Así será, don Jaime, no le fallaré esta vez a mi padre. Por favor, permítame el cofre.

Las lágrimas se apoderaron de los rostros de toda la familia.

—¿Querría usted, don Jaime, acompañarnos esta Nochebuena para hablar de los últimos días de mi padre?

—Claro que sí, don César. A propósito, le hago entrega de las llaves de la casa de su padre. Déjeme acompañarlos.

—Pues vamos —replicó César.

En el camino a casa de su padre fue cayendo la noche y con ella apareciendo el color de las luces decembrinas. Se escuchaba la música en la calle y la alegría de la gente con sus familias. En el taxi en el que iban todo era silencio.

—Hemos llegado —dijo Jaime.

—Qué nostalgia nos embarga al regresar y que mi padre no esté —dijo César.

—Nueve diciembres sin verlo —replicó Leonor—. Y resulta mucho más triste pensar que nuestros hijos nunca lo conocieron.

La casa era tipo colonial, de pasillos largos y decorados con adornos propios de la época. Había decoración navideña por doquier. El aire era cálido y se percibía un leve olor que lograba abrir el apetito.

—Dígame, don Jaime —preguntó César—, quién puso estos adornos de navidad. No creo que mi padre, con sus años, hubiera logrado ubicar todo esto.

—Pues así fue, don César, lo que pasa es que lo hizo hace varios años y nunca los quitó. De vez en cuando me pedía que remplazara algunos que se veían afectados por el paso del tiempo. Solo eso.

Leonor no paró de llorar.

—Deje la bobada, culicagadita —le reclamó César, intentando hacer la mejor imitación que pudo de su padre.

Leonor no pudo evitar una ligera sonrisa. La siguiente hora la dedicaron a recorrer la casa recogiendo recuerdos en cada habitación, cada trasto viejo, cada marca en la pared. En la habitación del viejo todo estaba en perfecto orden, como si sus cosas aún no supieran que ya no eran sus cosas. Nadie quería mencionarlo, pero faltaban solo unos minutos para Navidad. Su padre había muerto y ellos estaban allí, en la casa de su infancia, en una noche de diciembre, sin saber qué hacer. Luego bajaron al comedor y se sentaron a la mesa. Todos estaban en silencio cuando César sintió el impulso de abrir la urna que contenía las cenizas de su padre. Ante la mirada de sorpresa de los demás, metió la mano hasta el fondo y sacó un pequeño pedazo de papel. Leyó en voz alta lo que decía:

—En la cocina hay un pollo asado. No crean que yo voy a servirlo, parranda de güevoncitos. Llegaré a medianoche con regalos para ustedes y para mis nietos.

La nota no tenía firma, pero la letra la conocían perfectamente. Unos segundos después escucharon que se abría la puerta del frente. Don Jaime sonreía con picardía.





# VALLE DEL CAUCA

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE BUENAVENTURA



JEFFERSON PEREA  
DIRECTOR DE TALLER



# CHAMACOS DEL BARRIO

Andrés Asprilla Hurtado



Encerrado en cuatro paredes, me encuentro muy triste por algo que en mi momento tuve que hacer.

Yo trabajaba en una buseta tipo colectivo como conductor, pero nunca me ha gustado el menosprecio hacia nadie; he sido una persona muy respetuosa, no me gusta andar armado.

El 16 de octubre de 2009, a eso de las nueve de la noche, después de haber guardado la buseta e irme para la casa con mi mujer, arrimamos a un local donde venden salchipapa, compramos una porción y salimos rumbo hacia la casa, cuando de una terraza salieron unos chamacos del barrio Antonio Nariño, de donde actualmente soy.

Uno de esos manes dijo esta frase: “A ese man qué va ahí me da ganas de matarlo”. Alcé la mirada y le pregunté: “Con quién habla”, él respondió, señalándome. Me reí y seguí caminando con mi mujer hasta la casa de mis suegros, dejé a mi mujer que estaba en ese momento embarazada y de la rabia que tenía hasta las ganas de comer se me quitaron; “Ya regreso mami”, le dije a mi mujer; ella preguntó que para dónde iba; sabía que iba donde mi hermano, porque allá tenía un fierro; ella me rogó que no saliera, sabía que yo algo iba a hacer.

Llegué donde mi hermano, le pregunté por el fierro. Mi hermano me preguntó qué estaba pasando, yo le comenté que la gente del Negro y el Mario, dizque ganoso de matarme, dizque porque le caía mal. “Pásame el fierro”, le dije a mi *brother*, él me dijo que no lo tenía, que se lo había pasado a mi primo, “Cómo así”, le dije un poco molesto; “No te preocupes, yo te acompaño”. Cuando íbamos llegando a la casa de mi suegro, vimos que esta chamaca, la que se hace llamar Morada, estaba hablando con el Mario, escuché que ella le decía que por qué se estaba metiendo conmigo si yo con él no me estaba metiendo y que yo era un chamaco que no me metía

con nadie, que a pesar de que yo estaba metido en el cuento con el papá del hijo de ella, que aunque yo era una persona decente, en el fondo yo no era cosa suave, y él le respondió que suerte, que él a mí me tenía que matar.

No le dimos mente, seguimos caminando; un amigo de él nos llamó. “Vení, ¿qué está pasando con Mario?”, preguntó; “Nada de mi parte, pero el man dice que me va a matar sin yo haberle hecho nada”, le dije sin ningún temor, “¿Vos te querés morir?”, me dijo, sacó su fierro calibre 38; intenté cogerle el tambor, cuando vimos que los demás amigos del Mario se vinieron. Mi hermano le gritó: “¿Me vas a matar a mi *brother*?”. Yo empujé al que me estaba apuntando, corrimos y todos esos manes atrás de nosotros enfierrados, ninguno le dio fuego a esos fierros. Mi Dios es grande y nos libró de la muerte. Mi hermano corrió hacia otro lado. Llegué donde mis suegros, me estresé por mi hermano, no sabía dónde estaba; de la desesperación hice una llamada a unos frenes (amigos). Porque me llegó el rumor que se estaban armando para matarme porque ya sabían que habían picado un árbol que no era de tocar.

Cuando apareció mi hermano con la policía y me sacaron del barrio hacia el CAI de El Pailón, me interrogaron, pero no les dije nada, me fui a mi casa.

Al otro día se metieron mis frenes y no había ni uno. Seguí trabajando normal en el colectivo; la mamá del que me sacó el fierro se montó al colectivo, me dijo que se sentía mal por lo que el hijo me iba a hacer. “Tranquila, madre, en la noche hablamos”. En la noche fui a hablar con ella, cuando el chamaco me vio, cargó a la hija, me pidió disculpas, no le di mente, lo disculpé. Pasaron unos días, me siguieron buscando el lado para matarme, hasta que no vieron más de otra y el 11 de diciembre de 2009, a eso de las dos de la mañana, me mataron a mi mejor amigo, el que me ayudaba en el colectivo. Por eso los empecé a cazar para destramparlos, porque si no el segundo era yo, por eso hice lo que hice, y aquí estoy.

# PRISIÓN, MUERTE O TRIUNFO

Perrenke (seudónimo)



Fueron tres días de zozobra. Me dirigía al puerto de Merizalde, Naya. Andaba con mi padre. Íbamos a despachar unas embarcaciones con cocaína. Llevábamos tres días refugiados en un lugar. Cuando pasaron esos tres días de preocupación, pensando que en cualquier momento se nos podían meter a robar la merca, llegó la hora de despachar las embarcaciones hacia sus destinos; entonces hicimos un par de oraciones para encomendarnos a Dios. Zarpamos, llevábamos aproximadamente ocho horas corriendo; íbamos felices porque todo estaba saliendo bien. A lo lejos vimos una embarcación como a media hora de donde estábamos nosotros; detuvimos la embarcación para asegurarnos de qué tipo de embarcación era. Hicimos un par de llamadas, y al momento decidimos votar la mercancía; cada vez veíamos que la embarcación se acercaba más. Fueron unos cuarenta y cinco minutos de persecución, hasta que la patrulla nos chocó por un lado y, aun así, seguimos votando la mercancía, solo pensaba en Dios y en mi madre. Le doy gracias a Dios porque estamos con vida, ya que a otros los matan en el intento.

# SE LLAMABA NIKOL

James Minotta B.



Una calurosa tarde, cansado de la rutina, me dio por frecuentar un lugar de esos en donde dicen que están “las chicas malas, pero que mejor caminan”.

Pedí una caneca de guaro y me han presentado una niña hermosísima ¡Uff! Quedé fascinado.

Ella me dijo el nombre, pero bueno, eso no importa mucho, el hecho fue que pasé una noche estupenda, no quiero entrar en detalles, por no parecer un boca de sopa. Seguí frecuentándola, hasta que comenzamos a vernos por fuera del establecimiento, sin reglas, sin compromisos.

Yo era consciente de que lo que hacía estaba mal, pero... pero... ustedes comprendan que era ¡placer y dicha!... Al cabo de pocos meses me dijo que estaba en embarazo. ¡Uy, marica, así no vale! ¡Un veinte uñas! Y siendo un hombre comprometido, cómo iba a tener un hijo de puta. “¡Ay, de todos los manes que han pichado a esta, el más de malas soy yo!”, pensé. Traté tan mal a esa dama, que pienso que para ella era mejor que se le tragara la tierra. Con todo respeto y más el que le debo a ella, pero entré en un mar de dudas...

No fue cuento, no la volví a ver más, desapareció de mi vida.

Ahora, veinte años después, no puedo ver pasar a una mujer joven, en embarazo, porque pienso que se llama Nikol.

# LO QUE EL RÍO SE LLEVÓ

Juan Antonio Murillo



Andando por el mundo, buscando un mejor futuro, he llorado, he reído, he pasado días que nadie creería. En el 2006, estando en Buenaventura con mi familia, tuve que irme del país porque me habían dicho que me iban a matar, porque mi hermano era miliciano de las FARC, y eso me hacía sospechoso de pertenecer a ese grupo. Busqué protección, me fui a España como exiliado político, con tan mala suerte que me negaron el asilo porque habían llegado demasiadas personas con la misma versión. Fue ahí cuando el 12 de abril de 2007 volví a Colombia para estar con mi familia. Pasó un tiempo y salió la minería en Zaragoza; me fui de rebusque, me gané un dinero considerable, cien millones de pesos. Me compré una draga, o sea una máquina para sacar oro. La vida me cambió por completo; éramos ocho personas y cada una tenía su propia máquina. Un día, al terminar jornada, las dejamos amarradas en una de las lagunas. Ese 3 de mayo de 2013 cayó un aguacero, se desbordó el río Dagua, se metió a la laguna y, para mi mala suerte, se llevó solo mi máquina. Al día siguiente llegué a la laguna, qué decepción, quizás la más grande de mi vida, al ver que lo que con mucho esfuerzo había construido la naturaleza en un momento lo desapareció.

# ¿DÓNDE ESTÁ EL DELITO?

Roberto Freidman del Castillo Quiñones



Los días pasan  
Ya no vuelven  
Encerrado  
sin destino.

Pienso en esta vida  
tan desigual  
Ser pobre es un problema.

Vivir la crueldad del sistema  
Que te juzga y no investiga  
Ensucian tu vida.

Tu vida es un negocio,  
Tú, el perdedor, pagando con tiempo  
¿Y el ganador?



# VALLE DEL CAUCA

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE PALMIRA



WALTER MONDRAGÓN  
DIRECTOR DE TALLER



# LA CICATRIZ

Gabelo (seudónimo)



Era miércoles, sabía que esa semana no abrirían el negocio (el bar Colombia) y más ese día que era libre para el cantinero y las camareras, pero llevaba dentro de mí una alegría inexplicable por lo que presentía que sería la salida a mis necesidades de ese día, y más de la casa, a pesar de que no abrieran el motor del sustento diario en nuestros trabajos, que es embetunar zapatos.

Tenía mi mente en ir a la casa grande de los López, una familia muy adinerada del pueblo, donde cada miércoles me esperaban Ricardo y Esteban, dos hijos de los dueños de mi misma edad más o menos. Yo tenía diez años. Como de costumbre, ya estaban en el balcón en espera de mi presencia; la alegría se les notaba en los rostros, sabían que de alguna manera les traería el reporte de nuevas aventuras de la gente de la calle, la gente que recorre los senderos sin cadenas, como las aves libres. Al contrario de ellos, que estaban sometidos a las órdenes de los padres por el hecho de ser de “la sociedad”; yo era ese eslabón del que aprendían las cosas de la vida enrollando aventuras en sus pequeñas mentes.

—Hola, Gabelo, suba —me insinuaron—. Papá y mamá no están.

—Okey, voy para arriba.

Después de subir por las grandes escaleras que brillaban como cristal en su piso de mármol, abrieron rápido la puerta.

—¿Qué nos trae hoy?

—Hermanos, les traigo algo novedoso.

—Ah, bueno, pero que sea fantástico.

—Hermanos, van a ver lo genial que es.

Entramos a la sala-comedor, pasando por la cocina, donde se encontraba la cocinera, quien nunca hacía resistencia a mi visita y que, según veía, no le comentaba a sus patrones, ¿por qué? No sé. Nos sentamos y les dije:

—¿Tienen alcohol?

—¿Ese de curar heridas?

—Sí. Ese sirve, van a ver que hoy les traigo magia con esto. Hubieran visto cómo, en la barriada aquella, los muchachos una noche oscura me enseñaron esta magia.

Cogí la botella del líquido, y claro, como ese alcohol entre los ricos era del puro, puse la tapa y la llené, sin advertirlo.

—Traigan un fósforo —pedí.

Era una casa inmensa, del comedor a la cocina había treinta metros de distancia; estaba sentado frente al balcón y de espaldas a la cocina mientras que ellos daban la espalda al ancho balcón. Las cortinas jugueteaban con el fuerte viento; sin notarlo, prendí el fósforo y lo acerqué a la tapa: una gran llamarada de color azul hizo su aparición, causando gran impacto y alegría a mis dos amigos, quienes entre fuertes vivas, comentaron:

—Uy, ¡qué bueno! Y bonito, ¿no? —dijo uno de ellos. Y dijo el otro:

—Hágale, Gabelo, échele otro poco para ver otra vez.

Incauta o inocentemente, acerqué de nuevo la botella a la tapa.

Lo que no sabía era que el alcohol al quemarse deja una llama transparente, o sea, invisible casi, y por un juego del destino un fuerte viento sopló en el instante en que acercaba la botella a la tapa, y vi cómo una fuerte e inmensa llama hizo explotar la botella, que me cayó encima, más que todo en mi cara.

La llamarada corrió por todo ese pasillo, pasando como una sombra por la puerta de la cocina, asustando a la cocinera, quien pronunció estas palabras:

¡Dios mío! ¡Ayyy! ¿Qué es esto?

Los gritos angustiosos míos y el sobresalto de los muchachos alertaron aún más a la cocinera, que salió a ver lo que sucedía, y el cuadro dantesco que vio la hizo estremecer; el mayor de ellos vio cómo mi cara y cabello ardían como carbón y solo, en un impulso valiente, estiró las manos y apagó las llamas de mi pelo y rostro, quedando en ellas parte de mi piel y cabellos.

De lo demás no me acuerdo, pues solo a los tres días desperté con unas vendas en la cara y con muchas visitas.

Hoy todavía quedan huellas de ese terrible accidente que marcó mi vida.

Como digo, por ignorancia o inocencia, y por ser el más ante los demás. Solo resta decir que como resultado de ese suceso, una cicatriz me recuerda este inolvidable momento.

# SOLO VEN

Morralito (seudónimo)



Solo ven cuatro muros, cuatro paredes, cuatro amigos  
Solo ven puertas, candados, y cerrojos  
Solo ven televisión... novelas,  
Tal parece que esa caja que almacena imágenes es el mundo.

Muchos ya saben su condición sexual  
Se han entregado a todos los placeres sucios y mundanos.  
Solo ven hombres...  
Hombres como bestias que oprimen más que las cadenas  
Más que los candados  
Más que una enfermedad.

Solo ven que ya no son humanos sino simples sombras,  
Que ya no los nombran ni los extrañan.

Solo ven hombres que mueren  
Hombres que lloran al ver que nunca más volverá "su mujer".

Solo ven hombres que se mueren por falta de...

Solo ven hombres superfuertes que se tiran al abismo  
Por la pena que los embarga...

Ya nadie se muere por ellos;  
Quizás ellos nunca fueron importantes.

Solo ven que quedarán atrás, en el pasado  
Solo ven la angustia, la tristeza,  
La falta de cariño y el afecto.

Solo ven que estaban ciegos.

Solo ven que no quedó nada.

Solo ven un infierno:  
Solo ven que ya no volverán de él  
Y que así como le sirvieron al Diablo,  
Le pueden servir a Luzbel.

# LA PATASOLA

Juan Pablo Cruz Hernández



*Se dice que este personaje fue inventado por los hombres celosos para asustar a sus esposas infieles, infundiéndoles terror y respeto por el hogar y por sus hijos.*

Cuentan que en cierta región del Tolima Grande un campesino tenía como esposa a una mujer muy linda, y con ella tuvo tres hijos. El dueño de la hacienda donde trabajaba el campesino quería conseguir un administrador para que se encargara de todo en la hacienda y llamó a uno de sus vaqueros para que le ayudara; este le recomendó que fueran al río, donde se reunían las mujeres a lavar, y después los dos fueron allá a buscar a la esposa de ese campesino para contratarla, pues el patrón, al ver a esa hermosa mujer, quedó enamorado de ella. A partir de ese momento comenzó la conquista del patrón hacia la esposa del campesino, hasta que lo logró, empezando así un romance clandestino.

Pero una tarde de vaquería el esposo de la bella mujer relató al vaquero sus tristezas; se quejó de su esposa, pues la notaba fría y muy poco cariñosa, no había alimentos a la hora del almuerzo ni cariño para sus hijos.

El vaquero, sabedor del secreto, compadecido de su amigo le contó lo del patrón, advirtiéndole no tener ninguna culpabilidad. El entristecido y traicionado esposo se fue caminando solo para el rancho. Una vez allí, le contó a su esposa que se iba para el pueblo porque el patrón lo mandaba por una correspondencia y que no regresaba hasta la noche; salió y se marchó; se quedó todo el día en el pueblo, para matar el tiempo, y a eso de las nueve de la noche regresó a su casa y no encontró a nadie; ni esposa ni hijos.

Se acostó y a eso de la medianoche llegó su mujer, y al preguntarle por sus hijos dijo que los había dejado donde una vecina, y que su demora se debía a que estaba lavando una ropita. Lleno de dolor por la ausencia y la ridícula excusa, le mintió a su mujer diciendo que al día siguiente se

iba para el pueblo, pero en realidad madrugó a la casa del patrón a esperar escondido. Al poco tiempo de estar esperando, llegó la esposa a la hacienda del patrón; este salió a recibirla y ella se arrojó en sus brazos besándolo, acariciándolo. El enfurecido esposo, que estaba viendo todo, brincó con la peinilla en alto, y sin darle tiempo al enamorado de brincar ni defenderse le cortó la cabeza de un solo machetazo. La mujer, sorprendida y horrorizada, intentó salir corriendo, pero el enardecido esposo le dio tremendo machetazo que le cortó una pierna, y, como si fuera la rama de un árbol, la dejó allí.

Ambos murieron casi a la misma hora en el clímax del dolor y el desespero.

Sin pensarlo dos veces, le prendió fuego al rancho donde había sido feliz. Luego se fue a donde la vecina, recogió los hijos y entristecidos se marcharon de la región, para nunca más volver.

Cuentan que su ánima regresa al rancho en ruinas, saltando con dificultad en una sola pata, y mira entristecida los frutos de su engaño. En una mezcla de arrepentimiento y furia, se convierte de una bella mujer en un rostro malvado y horroroso que lanza unos tenebrosos gritos. Las personas aseguran ver esa ánima saltando en una sola pata por sierras, cañadas y caminos, lanzando gritos lastimeros; dicen que se aparece por los caminos con apariencia de bella mujer para atraer a los hombres y enamorarlos, luego los lleva hacia la oscuridad del bosque, donde se transforma en una horrible mujer, con ojos de fuego y boca desproporcionada; con dientes de felino se lanza contra su víctima y le chupa la sangre y termina triturándola con los colmillos. Y, en medio de una nube de mortecina, desaparece con su presa.

La Patasola, dicen, es el alma de esa mujer infiel que deshonoró a sus hijos y no supo respetar a su esposo.



# EL RIVIEL

Max Neil López



En la costa pacífica nariñense existen muchas leyendas o mitos que han sido narrados por nuestros ancestros para conservar la cultura, las tradiciones y la historia de los pueblos de esta hermosa región del país.

En esta ocasión les hablaré de El Riviel, un ser mítico que se aparece en las noches a los pescadores desprevenidos.

Cuentan nuestros abuelos que cierto día, en un pequeño pueblo llamado El Rosario, asentado en inmediaciones del río Tapaje, en la costa pacífica nariñense, un humilde campesino de nombre Parmenio se embarcó en su canoa para iniciar una larga jornada de pesca, pues con ese oficio había mantenido a su mujer y a sus doce hijos durante muchos años.

Don Parmenio alistó sus herramientas de pesca a eso de las cinco de la tarde, se despidió de su familia y partió hacia un lugar del río donde habitualmente pescaba, con excelente resultado.

Aunque todos en el pueblo conocían el mito de El Riviel, ya que se había transmitido de generación en generación, don Parmenio no sentía MIEDO DE QUEDARSE SOLO en su faena de pesca hasta altas horas de la noche.

Aquel día, el humilde pescador se encontraba muy ocupado en su trabajo alumbrándose con su lámpara de petróleo, solitario en la noche estrellada e incierta, cuando más o menos a las diez de la noche empezó a escuchar el ruido de una canoa remada por alguien, cada vez más cerca.

Parmenio pensó que se trataba de otro pescador de algún pueblo vecino, pero se equivocaba; al verlo de cerca, vio que su visitante no pertenecía al mundo de los vivos. Increíblemente todavía, lo alumbró bien con su lámpara y pudo comprobar que era un horrible ser de mediana estatura, con forma de pescado y muchas escamas; sus manos y piernas tenían muchas

callosidades y su cuerpo era gelatinoso. Por un largo rato se miraron cara a cara, don Parmenio quedó petrificado de horror.

Con los pelos de punta trató de huir, pero, peor, El Riviel era más diestro en el río, y sin pensarlo dos veces detuvo la canoa de Parmenio e inmediatamente la hundió, dejando al viejo pescador debajo de ella.

En medio de la oscuridad y de las frías aguas que lo bañaban, se quedó inmóvil allí debajo de su canoa. Su plan era engañar a El Riviel, haciéndole creer que lo había ahogado.

Esperaba que el truco le saliera perfectamente.

El Riviel estuvo por largas horas paseándose de un lado para otro sobre la canoa volteada atinando a que Parmenio saliera para hacerlo su víctima, pero él escuchaba sus pisadas y con mucha dificultad aguantaba la respiración bajo el agua; salía a tomar aire levemente, sin sacar el cuerpo a la superficie.

Rato después, El Riviel decidió abandonar la canoa volteada, no sin antes demostrar un fingido sentimiento de culpa, diciendo estas palabras en verso:

*Pobrecito, pobrecito hasta tendría sus hijitos  
Pobrecito, el pescador hasta tendría mujercitas  
Pobrecito, el canoero hasta tendría madrecita*

Repitiendo esto con hipocresía, se fue alejando del lugar y desapareció en la ya fría y oscura noche.

Don Parmenio salió asustado de su escondite, organizó su canoa y sin hacer mucho ruido remó sigilosamente, hasta llegar a su casa.

Asustado y temblando de frío y de miedo todavía, se metió en las cobijas.

Nunca, desde entonces, volvió a pescar de noche en las aguas peligrosas del río Tapaje.

# EL CUIDADOR

Milton Bolaños Pérez



Trascurría el sexto día de la semana. Empezaba a morir un hermoso día resplandecido por los rayos solares, refrescado por la suave brisa que desciende de las azules montañas que limitan con la ancha planicie irrigada por una gruesa vena de aguas nacidas a cientos de kilómetros.

Anocheecía. Se observaba la migración de diversidad de aves que compartían árboles, potreros y pequeñas lagunillas consiguiendo sus alimentos; la negrecita de ojos grandes, de una constante sonrisa, pestañas cortas, larga de brazos y piernas, se inquietaba porque toda la servidumbre apresuradamente pretendía alistar la enorme casona para la llegada de los amos, barrer los anchos corredores empedrados, limpiar los altos ventanales y puertas, ordenar los cuartos que ocuparían, ornamentar los jardines. Todos estaban apresurados, nadie atendía a la chiquitina, la negrita quería sentirse útil.

—Hija, ve y dile a tu abuelo que ya no se ve con claridad.

—Sí, madre. —Se dirigió a toda prisa hasta el jardín y le dio la razón al viejo.

—Hijita, dile que ya termino y comienzo a encender las lámparas.

La pequeña negra se dirigió a la casona, tomó la iniciativa de colaborar con el abuelo e ingresó a la habitación donde se guardaba el aceite de higuierilla en un ánfora y abocó el aceite en un pequeño recipiente; buscó un taburete alto, el pequeño mechero y el cerillo. Inició un recorrido de lámpara en lámpara; algunas las llenaba de aquel grueso aceite, a otras solo las encendía. Aquella niña se caracterizaba por desear colaborar con sus padres al ritmo que podía; decía que su abuelo debía estar descansando meciéndose en su silla de mimbre, como lo hacía don Payán, su padre, del que heredó la hacienda. De repente se escuchó una algarabía:

¡Abuelo, abuelo, abuelo, llegaron!

A lo lejos se observaba la silueta de un carruaje halado por seis caballos blancos, el mismo color de las garzas; el carruaje tenía al lado del auriga dos faroles que iluminaban dejando ver la silueta del hermano de la inquieta chiquilla.

El abuelo soltó la escoba hecha con hojas de palma para abrir de par en par la portada de madera.

Por fin llegaron; el carruaje arribó al portalón de la casona... so, so, so, so, quietos, se paró y ató las largas riendas al descansabrazos de su puesto; por último, tiró hacia atrás la pieza que servía para frenar las ruedas.

La servidumbre se encaminó al carruaje; el abuelo, que llegó de último, se acercó al carruaje llevando consigo un pequeño butaco acolchonado; con mucho cuidado se aseguró de que no quedara lunanco.

De pronto se abrió la portezuela de madera con cerrojo de color amarillo oro; por dentro lucía acolchonada con telas de la India, el piso cubierto de una alfombra de reluciente color habano. Uno a uno empezaron a descender, primero fue el amito Camilo.

—Dónde está mi viejo y querido negro... ven a recibir este anciano. — Esperó hasta que llegó, y apoyándose en el hombro de mi abuelo descendió sin esperar que los demás integrantes de la acaudalada familia bajasen. Se alejaron los dos ochentones, deambularon por entre el olor de los rosales; la noche con su redondo altísimo, entre cocuyos daba claridad e incontables visos. Paso tras paso los dos olvidaron que el tiempo no se detiene. Don Miguel, el hijo mayor del amito, decidió salir en la búsqueda de ellos:

—Padre, por fin te encuentro, son las diez de la noche, no es hora para que estés por fuera de tu aposento —le insinuó.

—Hijo, estoy en la hacienda. Por muchos, muchísimos años, recorrí estas laderas y siempre me acompañó este anciano, el mismo que te enseñó a dar los primeros pasos, a montar en tu caballo... no pretendo desaprovechar estos días aquí. No te preocupes por mí, en un rato llego.

—Yo sí me retiro a descansar, buenas noches. —Miguel se despidió de los dos ancianos.

El tal amito le hizo un comentario a mi abuelo; pretendía hacerle entrega de un manuscrito que por mucho tiempo escribió indicando lo que escondía. Su riqueza estaba en tierras, ganados, diversidad de cultivos; de lo que le llegaba en dinero astutamente desaparecía una parte y convidaba a mi abuelo a llevarlo a su propio banco. Esa noche mi abuelo ingresó a casa un poco antes de media noche, después de acompañar al amito a su aposento.

Por costumbre, se levantaba a las cuatro de la madrugada, atizaba los pocos carbones que quedaban en la hornilla, la alimentaba con leña y la luz de una cerilla, y a los pocos minutos brotaba entre las tulpas una debilu-cha llamada para que cuando mi madre iniciara las labores culinarias, el fuego estuviera avivado.

## II

Ese domingo mi abuelo y el amito tomaron los tragos del amanecer y se despidieron y alejaron de la casona juntos. Mi abuelo amarró a la cintura una funda vieja que sostenía un machete sin cache y con filo pompo. Calzaba unas sandalias que ataba con cualquier trozo de guasca; cubría sus encanecidos cabellos con un deshilachado sombrero que lo acompañaba desde antes de nacer yo. El amito lo único que se terció por el hombro izquierdo pasando por debajo del brazo derecho fue el bolso de cuero de aquel torete que se mató al caer al abismo. Lo seguí con la mirada hasta cuando los perdí en el lejano horizonte.

Muchos años más tarde, mi abuelo, postrado en la cama, me habló de aquel domingo: hacia dónde se dirigieron y con qué finalidad lo convidó.

Mi abuelo y el amito se criaron juntos en esta misma hacienda; nunca pretendió ser el amo con mi abuelo; lo trataba como se aprecia a un verdadero amigo, tal vez esa sería la razón por la que tenía prelacones con la familia.

El amito desde joven frecuentaba la casucha que había al lado del lago en medio del verde montuoso, que siempre habitó el mulato y su descendencia.

Ese domingo, antes de arribar a la casucha —empezó el abuelo—, reposamos un rato al borde del lago; deshinchamos los pies entumecidos en las frías aguas, mientras me contaba su secreto, como si presintiera su partida de este mundo, de este terruño que lo adoptó noventa años. Tú tendrías trece años, tal vez; creo que hoy andas por los veinte. A los pocos días inició el viaje sin retorno; desde hace siete años, en algún lugar de ese valle de cielo a veces grisoso, me debe estar esperando.

Cada que deseaba guardar el dinero que sobraba, llevaba en el fondo de esta vieja mochila las morrocotas de oro que enrollaba en un trapo y las joyas que encontraba. Nunca permitía que yo ingresara a la pieza de la casucha, siempre estuvo asegurada por una gruesa cadena, de aquellas con

que trajeron a los negros esclavos, el candado que abre con esta llave — dijo mostrándomela—la dejó ese domingo a mi cuidado.

### III

Ese domingo el mulato se disponía a salir al mercado y asistir a misa dominical. Quedamos solos en la casucha; buscó en la mochila la llave, retiró el pesado candado para luego empujar la nave de la pesada puerta, crujieron los resecos goznes oxidados y brotó del interior de la oscura casucha un desagradable olor a humedad; sacó de los bolsillos del pantalón una caja de cerillas, encendió una para iluminar por dónde pisar, se dirigió al otro extremo y tomó la pequeña barra que aseguraba el ventanuco. Destellaban rayos en el metal filtrando la luz y descubriendo la tiniebla.

—Viejo, entre y ajuste la puerta, no me gusta que me vean qué tengo guardado—dijo el amito.

Le ayudé a correr la cama, él se sentó en el suelo y yo me puse de frente a la ventana, para estar pendiente por si alguien llegaba.

Con las manos corrió la tierra que reposaba sobre las tablas que cubrían un hoyo. Se puso de rodillas y se estiró hasta el fondo extrayendo de un baúl unas pocas monedas guardadas allí. Se puso de pie y dirigiéndose a la cama agarró su vieja mochila, vació su contenido sobre el amarillento y sucio ropón hecho de retazos, tomó el paquete, se dirigió al baúl y echó el contenido; se escuchó el chocar del metal de las... no sé cuántas monedas eran.

—Ven, acércate y mira. Por esto te convidé —me dijo y prosiguió. Eres el primero y único que sabrás mi secreto, en el debido momento sabrás qué hacer.

Me arrimé cautelosamente. Al ver aquello me sorprendí... Giré mi cabeza y pude observar en un hueco cuatro cajones sin tapa, rebosados de casi infinitas monedas de oro y plata. Un verdadero tesoro. Quedé sin voz. Perplejo. Nunca, en toda mi existencia, he visto algo igual y hasta hoy no lo vi.

Muchas historias se han tejido desde aquella noche. Los cuidadores de la casucha debieron desalojar a los tres o cuatro días de su partida definitiva.

Esa mañana le dije:

—No hables así, como si te fueras a morir.

—Todos nos marchamos, lo único seguro en esta vida es la partida, cuándo, no lo sabemos, pero a mí se me acerca —contestó.

Bajó el baúl, que quedó sostenido sobre otros dos, y por última vez pude disfrutar del resplandor amarillento del precioso metal, tesoro incalculable. Muy sigilosamente acomodó las tablas, las cubrió con la tierra, y el piso quedó con su mismo nivel. Le ayudé a correr la cama.

Levantó el reguero y lo depositó en la mochila. Quedó liviana. Estiró el cubrelecho y se percató de que todo quedara tal como estaba al llegar.

Se acercó a la ventana y me ordenó:

—¡Sal, que nos marchamos!

Ajustó el pasador, salió a oscuras, buscó la llave de entre los bolsillos, y yo me agaché y levanté la pesada cadena, con su candado herrumbroso. Encadenó la puerta y reanudamos el viaje de regreso, hicimos estación en el lago, nos refrescamos en sus frías aguas.

## IV

En el transcurso del retorno me explicó su secreto: Yo heredé esta hacienda cuando cumplí veinte años; mi padre falleció a la edad de cuarenta años. Una amante, con “el trabajo” de una bruja, lo mató. No quedé sin riqueza porque la amante no supo cómo apoderarse de todo. Como hijo único, con mis padres fallecidos fue fácil reclamar la herencia. Afortunadamente, la amante de mi difunto padre no contó con el apoyo total de la bruja diabólica, y a las pocas semanas, en estado de alicoramiento, se dejó caer de espaldas, se golpeó la cabeza y se rompió el cráneo, logró sobrevivir tres días. La última noche, misteriosamente, su cuerpo desapareció de la cama; se percibió un extravagante olor a azufre, las lámparas de la habitación se apagaron, los acompañantes se llenaron de pánico al ver encenderse las lámparas y notar que, envejecido, el cuerpo se fue desvaneciendo. En tropel abandonaron la pequeña casa. Uno de ellos, con los primeros rayos solares, ingresó muy cautelosamente y encontró todo tirado por el suelo; ella estaba al lado de la cama, inerte, sin signos vitales, pero con su aspecto habitual. Tal vez, esa noche, el amo de las tinieblas lo llevó a su reino a despojarla del alma.

La amante se marchó, nunca más supe de ella. Esto sucedió con mi padre y me condujo a guardar secretamente parte de mi propio dinero. En mi mente creé una forma de guardar con qué sostenerme, por si algún día me sucedía una nefasta tragedia, pero ya puedes ver, mi viejo amigo, no sucedió y no lo necesité.

El resto de mi vida ya la conoces: siempre has estado a mi lado, siento la necesidad de compartir este secreto y... quién mejor que tú. Me queda muy poco tiempo.

—No. No digas eso. Tú eres como el roble.

—Eso creemos, pero el tiempo ya me llegó.

—Tienes hijos, quiénes mejor que ellos para recibir lo que guardas.

—No, a ellos no. Tienen todo lo que les heredo; en cambio, hay otros que han estado a mi lado, se han preocupado por lo mío y los míos; no sería justo. La vida se debe recompensar; esos cajones serán tuyos cuando yo me vaya. Debes sacarlos sin que nadie se entere, compartes uno con el cuidador, pero debe prometerte que se marchará lejos, ninguno de mis hijos debe enterarse. El dinero crea enemigos.

## V

Después de contarme su secreto me comprometí a guardarlo. Llegamos de regreso a la casona de la hacienda y se marcharon esa tarde. Esa fue la última vez que lo vi con vida, a las pocas semanas llegó de regreso en un cajón fúnebre. Le hizo prometer al hijo mayor que al extinguirse su vida lo condujera al único socavón al que deseaba llegar.

“Busca al viejo en la casona y dile que te indique el lugar donde podré cuidar desde el más allá lo mío, mi lago, mi verde monte, mi llanura”, le recomendó.

No lo dudé, los guie hasta la casucha, se paleó una fosa en la parte de atrás, al lado de la ventana diminuta. Qué mejor lugar para cuidar su tesoro. Han pasado siete largos años y aún lo cuida.

No transcurrió mucho tiempo para que el mulato abandonara la casona. Comenzó a sentir ruidos extraños, sonidos diabólicos; escuchaba cuando un jinete que llegaba chalaneando un brioso corcel, respirando fuerte, mascaba freno, descendía de su cabalgadura, pateaba la puerta e ingresaba. Se escuchaba verter las monedas. Se regó la noticia, y muchos han llegado hasta el lugar a buscar, pero cuando ingresan al montuoso lugar en días soleados, de repente se larga una tempestad, se oscurece, las aves se desesperan y el bosque es sacudido por fuertes vientos; eso los desespera tanto que se ahuyentan.

El mulato y su hermano se marcharon a vivir al poblado.

Mi pequeña nieta, me queda muy poco tiempo, tú eres la elegida. Tu corazón irrigado de bondad, humildad, respeto, amor por la familia y por



tu prójimo me indica que sabrás darle uso a lo que el cuidador guardó con recelo. Ya cumplí lo encomendado, voy a reunirme con el viejo, tu amito.

Alcánzame el diario que está entre las tablas y el colchón.

Mi abuelo buscó una hoja amarillenta que contenía un dibujo de cómo era la casa y me mostró dónde estaba la X. “Debes ir un Viernes Santo desde el anochecer hasta las seis de la mañana del sábado, no te preocupes por cuidarte, cuidará de ti, ve sola, de lo contrario no te dejará ingresar. Yo estaré a su lado. Recuerda, un cajón es del mulato y su hermano, estoy seguro que le darás buen uso”.

Después de esto me pidió que lo dejara dormir, quería descansar. Fue la última vez que lo vi con vida.

## VI

Mi abuelo quedó enterrado en el cementerio comunitario de la hacienda donde reposan los restos de mis ancestros desde cuando eran esclavos.

A las siete semanas me adueñé de valor, me despedí y sin decir a dónde me dirigía realmente, llegué al monte cuidado por el “cuidador”. Cuando sonaron las seis retomé el viaje, todo estaba en total silencio, se percibía el agradable aroma de la naturaleza. No se sentía frío ni calor. Llegué hasta la casucha, busqué en la vieja mochila la llave para abrir el candado y halé la pesada cadena; empujé la puerta. Se sintió el olor a moho y un escalofrío me recorrió. Busqué de nuevo en mi mochila unas velas y las cerillas, encendí de dos en dos, el paquete debía aguantar para toda la noche.

La cama, el edredón, el tendido estaban en estado en descomposición, no soportaron los siete años de encierro. Procedí a levantar los restos de la cama para hacerlos a un lado. Con un gran sigilo retiré la tierra de las podridas tablas que, cuando pretendí levantar, se cuartearon como una hojaldre. Encendí otra vela, estiré la mano hasta el fondo del hueco; pude divisar el color amarillento del terrible y valioso metal. Busqué el atado de costales, y debí pasar el tesoro de los cuatro cajones a ocho costales; las monedas del cajón que empecé a guardar por última vez, las deposité en la vieja mochila.

Toda la noche debí trabajar para retirarlas de la casona hasta el otro lado del lago; las dejé escondidas para luego ir con mi hermano a recogerlas.

Por último regresé a la casucha, busqué el lugar donde mi abuelo sepultó al amito, oré por un largo rato pidiendo por su eterno descanso y

para que dejara de deambular por este reino, dejando en paz este hermoso lugar. Por último lo rocié con agua bendita, al igual que la casa.

Desde hace diez años mi situación económica cambió, me preocupo por que los más desprotegidos estudien, sean atendidos por un médico; la clínica de este próspero pueblo es de mi propiedad. Las almas de mis dos abuelos bendicen y protegen esta clínica; a galope, alejan a los maldadosos y dañinos.

La clínica se llama Mi Amito y solo yo sé por qué.





